Horacio Vázquez-Rial

LA IZQUIERDA REACCIONARIA

Síndrome y mitología

Las izquierdas europeas han venido actuando en los últimos años, en especial desde 2001, con una irresponsabilidad absoluta, valiéndose de todas las consignas que la historia ha desprestigiado con eficacia: la paz, como si los congresos por la paz no hubiesen sido nunca una práctica del stalinismo dedicada a presionar sobre terrenos políticos muy diferentes de los enunciados; la igualdad, no como proyecto, sino como realidad, a la vez que se habla de desigualdades cada vez más profundas —los parias o intocables de la India pertenecen a otra cultura, que hay que respetar, pero Ben Laden es un defensor de los pobres—; la libertad como opción opuesta a la seguridad. Esta breve lista, únicamente, a guisa de ejemplo.

Si las izquierdas se proponen sobrevivir al *shock* de la realidad sin convertirse en otra cosa, tienen que revisar tanto su pasado como su presente. No se puede avanzar hacia el porvenir con Stalin. Pol Pot. Mitterrand y Craxi, por citar sólo algunos nombres, a la espalda. Y no se puede dar a las cuestiones de hoy respuestas tan profundamente reaccionarias como las que se dan.

epublibre

Horacio Vázquez-Rial

LA IZQUIERDA REACCIONARIA

Síndrome y mitología

ePub r1.0
Titivillus 28.07.2019

Título original: *La izquierda reaccionaria*
Horacio Vázquez-Rial, 2003

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

... un residuo espectral de aquellos maravillosos tiempos revolucionarios en que cuantos anhelaban el cambio de una manera programática, ingenua, alocada, imperdonable, subestimaban cómo la humanidad destroza sus ideas más nobles y las convierte en una farsa trágica.

PHILIP ROTH, *Me casé con un comunista*

Lo importante no es estar enojado, sino estarlo por las cosas adecuadas.

PHILIP ROTH, *Me casé con un comunista*

PRÓLOGO DE JOSÉ MARÍA MARCO

La única revolución que ha cumplido con éxito sus objetivos es la revolución norteamericana. Además de eso, es la única que ha sido beneficiosa para quienes la hicieron, sus descendientes y todos los que se incorporaron y se siguen incorporando a la nación que creó. Es por tanto la única revolución auténticamente revolucionaria.

Entre otros muchos, así lo afirma Norman Podhoretz, el ensayista neoconservador. Un neoconservador es, como dijo un colega de Podhoretz, un hombre de izquierdas asaltado por la realidad. A la hora de hablar de un trance similar, Horacio Vázquez-Rial prefiere un término de origen inglés. Habla del «*shock*» al que la realidad ha sometido a la izquierda. Y en el paso de salir de un mundo, sugiere que si quiere sobrevivir sin traicionarse, la izquierda debe sobreponerse a ese «*shock*» y revisar su pasado y su presente.

Para el neocon norteamericano, la creación de Estados Unidos permitió que por primera vez en la historia los individuos hieran tratados por lo que son, no por lo que sus padres hicieron. Y con todas las salvedades que se quiera, el principio se ha ido imponiendo con el curso del tiempo. Los años no lo han desmentido. Al contrario, desde entonces ha cobrado una nueva vigencia. Por ampliar algo más el argumento de Podhoretz, la revolución norteamericana puso en pie un sistema político que demuestra que si se quiere democracia, en los dos sentidos que sugiere Tocque-

ville —igualdad de condiciones e igualdad ante la ley—, habrá que respetar la ley. Y viceversa.

Desde aquel momento, buena parte de la historia del Viejo Continente ha consistido en impedir que esos principios triunfaran de este lado del Atlántico. No se trataba de calcar el sistema, sino de aceptar la verdad.

Entre quienes más han intentado que esa verdad no se abriera paso ha estado la izquierda, en particular desde que el socialismo empezó a recorrer el mundo, a mediados del siglo XIX. Marx no se equivocaba cuando recomendaba a uno de sus discípulos que no se fuera a vivir a Estados Unidos porque le pasaría lo mismo que a otro de ellos, es decir que dejaría de ser socialista. Tales son los efectos milagrosos de la democracia liberal, cuando se hace el esfuerzo de aplicarla: que cura de las enfermedades utópicas tanto como de las nostalgias visionarias.

Horacio Vázquez-Rial afirma en estas páginas que el antiamericanismo es uno de los elementos clave de la mitología en que consiste la izquierda.

Estoy de acuerdo, aunque creo que hay algo más. El antiamericanismo es uno de sus elementos esenciales, en la medida precisa en que la mitología de la izquierda se construye para neutralizar el desmentido —otro *shock*, a su modo— que le propinaba la realidad norteamericana. Aquello por lo que la izquierda decía estar movilizando todas las fuerzas a su alcance se había cumplido ya del otro lado del Atlántico. ¿Por qué no aceptarlo, entonces? Pues bien, por empezar por lo más sencillo, ¿de qué iban a vivir los profetas de la utopía, los resentidos y los nostálgicos? Y para ir al fondo del asunto: ¿acaso esa izquierda podía vivir sin desear la desaparición de quien no piensa como ella y, por el solo hecho de hacerlo, la pone en peligro?

¿Fue siempre así? No creo. Los liberales del siglo XIX, la izquierda de entonces, de antes del triunfo de la mentira socialista, no se

dieron cuenta, en general, de la dimensión de lo que se había producido en el Nuevo Mundo. Era demasiado temprano, y sus ideales estaban puestos más en el doctrinarismo francés o en la Monarquía constitucional británica. Aun así, cuando se asoman a la realidad norteamericana observan, como lo hace Tocqueville, que lo que allí se ha producido podría ser el futuro del mundo entero: la democracia liberal, ni más ni menos.

En el siglo XX. otra parte de la izquierda europea se abstuvo a su vez de manifestar signos virulentos de antiamericanismo. La socialdemocracia de después de la Segunda Guerra Mundial, antes de la crisis de los años sesenta y setenta, admiró, más que el modelo en sí, la solidez de los consensos en que se fundaban: el patriotismo, las virtudes cívicas, la exaltación del concepto de ciudadanía... Por mucho que los liberales desconfiaran del poder de las mayorías y los socialdemócratas de la libertad, sobre eso se podía fundar un proyecto como el socialdemócrata de entonces.

Hubo por tanto, en su momento, una izquierda templada que hizo suyos los principios de la democracia liberal encarnada en la revolución norteamericana. No es de esa izquierda de la que escribe Horacio Vázquez-Rial. Ésta es una izquierda que sigue alzando una bandera expresamente revolucionaria... para detener los efectos de la única revolución que sigue vigente, la de la democracia liberal. Sabemos que lo hace en nombre de lo mismo: de la libertad, de la democracia, también de los derechos, del progreso e incluso de la felicidad, incorporada a la Declaración de Independencia de Estados Unidos antes de que Saint Just descubriera que era una idea nueva en Europa. Pero esos nombres no significan lo mismo de este lado de la revolución. De la libertad, esta izquierda ha llegado a tener una idea muy particular: libertad sin responsabilidad, gratis en más de un sentido, y encadenada por tanto a la mentira perpetua. La democracia es para ella un concepto meramente instrumental, inútil o engorroso cuando no

está puesta al servicio de la buena causa, que nunca puede dejar de ser la suya. Los derechos han dejado de ser barreras contra la arbitrariedad del poder; al contrario, se apela a él para cumplirlos o ejercitarlos, cuando no para generarlos y multiplicarlos al albur del deseo expresado por algún «colectivo», que es tanto como decir un grupo de presión antisistema. (Palabra clave esa del deseo, que sustituye a todas las leyes de la historia incluida la lucha de clases). El progreso no se mide según el imprevisible, y a menudo caótico, aumento de la prosperidad cuando es fruto de la libertad; dependerá del grado de cumplimiento de un programa ideológico. Y la felicidad —no «la búsqueda de la felicidad» como escribió Jefferson en la Declaración de Independencia, después de haber corregido lo que en el borrador aparecía como «la propiedad»— se habrá convertido en una obligación o un castigo, de tanta desdicha como provoca.

Desde la Revolución Francesa hasta el socialismo, una importante porción de la izquierda ha formado parte de las fuerzas decididas a impedir que el Nuevo Régimen, el de la democracia liberal, se instaurara fuera de su país de nacimiento. Aunque había abandonado la tradición polla racionalidad, seguía echando de menos un mundo estable, cerrado, donde cada uno tuviera su lugar fijado de una vez para siempre. Cuando se derrumbó el Muro de Berlín —o antes, cuando se colapsó la ilusión comunista en los años sesenta—, la izquierda tuvo que reinventarse a sí misma. Lo hizo con la mejor de las conciencias y salvando todo lo que se podía salvar de la hecatombe. Menos postmoderna de lo que se a veces se piensa, esa nueva izquierda reaccionaria, sigue tejiendo su mitología con los fragmentos de la antigua. Allí siguen los héroes revolucionarios, como el Che Guevara, Castro y el castrismo, el líder de esa «revolución virtual» que es el Subcomandante Marcos o Rigoberta Menchú, mistificación esperpéntica elevada a categoría de símbolo. Tampoco se ha ido la «clase trabajadora»,

aunque sea propietaria —en más de una ocasión lo es incluso de su puesto de trabajo— y compre a crédito con tarjeta de plástico. Ni a pesar de la orgía consumista y de la distracción compulsiva, se confía más en la libertad de mercado.

Al revés, se diría que la querencia por el Antiguo Régimen se ha acentuado. Como la libertad económica da miedo, se propagan formas de proteccionismo que disfrazan bajo el nombre de sindicalismo un nuevo gremialismo. Se exalta el indigenismo, los nacionalismos, cualquier identidad colectiva con tal de que rompa la igualdad ante la ley y arrincone la libertad individual, condenada por insubordinación frente los derechos de la tribu. Se recrean y se multiplican los fueros, los antiguos derechos concebidos —y concedidos— como privilegios. Se formulan textos legislativos nuevos, casuísticos, y si es necesario se interpreta el derecho en contra de la ley misma o de su espíritu evidente. Se reinventan las idolatrías y las supersticiones bajo nombres inauditos, como la «ecología profunda». Para la izquierda reaccionaria la libertad y la ley están bajo sospecha.

Aquí es donde se produce la mutación protagonizada por esa nueva izquierda. Ahora sí estoy plenamente de acuerdo con Horacio Vázquez-Rial en su análisis del antiamericanismo como elemento primordial de la mitología de la izquierda. Pero en esa mitología, el antiamericanismo ha cobrado un nuevo significado. Al autor se le reveló en algunas de las manifestaciones que sucedieron a los ataques del 11 de septiembre. Aquél fue un momento de catarsis, donde quedaron fijadas las posiciones de quienes a partir de aquel momento han hecho del odio a Occidente —no ya sólo a Estados Unidos— su bandera, lo que ellos llamarían su seña de identidad. En eso consiste la mutación del antiamericanismo. Con la abdicación a modo de telón de fondo, la culpa se asume como principio al tiempo que se rechaza cualquier posibilidad de transgresión, no digamos ya de pecado, y la rendición se

practica como protocolo preventivo, justificación de cualquier ataque recibido.

Este libro está escrito en el momento en el que su autor comprendió esta realidad. Sin duda su redacción contribuyó a que el «*shock*» no quedara en eso. Por eso es un libro irrepetible. Habiendo descubierto la verdad, Horacio Vázquez-Rial descubre también una libertad nueva. La izquierda reaccionaria tiene su propio ritmo, a veces atormentado. Es el de quien ha decidido adentrarse por propia voluntad en el agujero negro del que acaba de salir y en el que podía haber quedado atrapado. No extrañará por tanto la ansiedad del autor, que descubre nuevas dimensiones y nuevas perspectivas en multitud de asuntos, desde el terrorismo islámico, el multiculturalismo. Israel, los Balcanes y Serbia, el nacionalismo, los inmigrantes o la prostitución.

Por eso un libro tan pegado a la actualidad, escrito como un reportaje tanto como un ensayo, sigue vivo. Era profético, como ha corroborado el éxito del socialismo de Rodríguez Zapatero, quintaesencia de la izquierda reaccionaria, la del síndrome y la mitología antioccidentales, llegada al poder con la bandera de la rendición luego de los ataques del 11 de marzo.

Hacía falta mucho valor para enfrentarse de este modo a lo que hasta ahí había constituido parte del propio universo. ¿Dónde queda la izquierda a estas alturas? Respiremos hondo para adentrarnos con el autor en este viaje.

Cuando vaya descubriendo la respuesta a esta pregunta, el lector dirá conmigo: gracias, Horacio.

PRÓLOGO DE MARÍA TERESA GONZÁLEZ CORTÉS

«Así, la izquierda resulta no ser más que un ámbito retórico que no soporta el contacto con la realidad».

En 1989 se organizaban los festejos para conmemorar por todo lo alto el segundo centenario de la Revolución Francesa. Pero la celebración, la pompa y la liturgia que se esperaban en torno a tan mítico evento fueron cercenadas por la guillotina de la caída del Muro de Berlín. En ese momento, hubiese subrayado Jean-François Lyotard, de fin y desplome de los grandes relatos, el repudio público por parte de quienes padecieron los efectos sanguinarios de la política marxista habría bastado por sí mismo para deslegitimar los cimientos de un discurso autorreferencial que únicamente defienden, por ficticio y autológico, los valedores del socialismo violento. Sin embargo, eso no fue lo que pasó, ni mucho menos. Y quienes nunca sufrieron los zarpazos de las dictaduras marxistas siguieron empeñados en aplicar su malherido, regresivo y tambaleante catecismo ideológico. Ya nos alertó sobre ello la filósofa y sindicalista francesa Simone Weil, al anotar el enorme grado de ensimismamiento de los simpatizantes socialistas, defensores de relaciones de vasallaje y dominio, y precursores de la armonía comunitaria, pero dentro de un porvenir socialmente injusto y políticamente dictatorial.

No sirve de mucho que, a día de hoy, ciertos colectivos e individuos se afanen en convencernos de su amor al ser humano, y se

proclamen progresistas y entusiastas de la modernidad, si resulta que en la práctica —tal es su *libido dominandi*— transgreden la esencia liberal de la modernidad, es más, anhelan el poder absoluto y, en nombre del dogma revolucionario, defienden autocracias y tiranías, y acaban, en fin, justificando toda una iconografía de lo monstruoso.

Ante esta impudicia, publicaría en el año 2003 Horacio Vázquez-Rial un libro de título tan incómodo como provocador. Nos referimos a La izquierda reaccionaria, obra que ahora felizmente se reedita y cuya escritura comienza con los atentados terroristas del 11-S, ocurridos en los Estados Unidos. Pues bien, Vázquez-Rial cita, y no por azar, las declaraciones harto indecorosas de un pujante sector intelectual. Y si en breve van a cumplirse diez años del asesinato de miles de civiles en el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York, todavía resuena en nuestra mente el terror que condujo a tamaña barbarie. Sin embargo, a los pocos días de producirse el brutal atentado terrorista, el filósofo Jean Baudrillard postulaba en su artículo *L'esprit du terrorisme* [El espíritu del terrorismo], publicado en el diario Le Monde (3-XI-2001), que la violencia en sí puede ser perfectamente banal e inofensiva: «*la violence en soi peut être parfaitement banale et inoffensive*». Estamos ante la trivialización del dolor. O peor. Igual que la élite romana se acercaba al Circo a contemplar la muerte de seres humanos ante fieras y gladiadores, los Baudrillard de turno minimizan de forma incomprensible el sufrimiento ajeno e incluso se regocijan ante los actos sanguinarios que afectan a otros. No a ellos.

Por supuesto, la defensa de cualquier ideario político no ha de alentar ni llevar aparejadas la carencia de reflexión y, menos aún, la justificación del asesinato, como denuncia el novelista, historiador y periodista Horacio Vázquez-Rial. Sin embargo, y pese a esta obviedad, en Occidente subsisten numerosos grupos de opinión que, aferrados a sus trincheras políticas, viven inmunes e

impermeables a la crítica, atrapados en las naftalinas de una ideología caduca que alienta el terror y la desmesura. Todo lo cual, analiza muy bien Vázquez-Rial, arrostra un inconveniente muy peligroso, el del empecinamiento y la aversión al pensamiento como rasgos propios de tradiciones no democráticas.

Es cierto que la estupidez humana carece de límites y que rebelarse, advierten Heath y Potter, vende. Pero, quizá sea aún más cierto que el virus platónico del dogmatismo no deja de provocar obstinación, sectarismo e intransigencia. De ahí que Horacio Vázquez-Rial demuestre en su libro La izquierda reaccionaria cómo importantes sectores de la izquierda actual, europea o no, incurren en paradojas, incoherencias y... no pocos actos de intolerancia; cómo con pretensión de validez universal reafirman sus opiniones y preferencias políticas hasta perder la epidermis de lo humano y silenciar, más allá de las evidencias de la realidad, los laberintos del dolor por los que transitan los más de cien millones de muertos que ha causado la utopía marxista.

El escritor polaco, largamente asentado en Argentina, Witold Gombrowicz solía repetir que los problemas de la humanidad no vienen originados por los que trabajan y se preocupan por vivir su día a día, sino por políticos e intelectuales que defienden y engendran Estados serviles y colocan a la mayoría bajo el fuego de ideologías socialfascistas. Y tenía bastante razón Gombrowicz cuando comprobamos cómo de Sócrates a Campanella, de Platón a Descartes, de Rousseau a Marx, de Robespierre a Heidegger, la mayoría de la clase intelectual occidental se ha sentido profundamente seducida por los hierros de la dictadura espartana.

Un detalle más para entender el libro de Horacio Vázquez-Rial. Al francés Roland Barthes, conspicuo tótem del pensamiento europeo, no le importaba mostrar su afición a lo inasible y, por tanto, reconocer: «a mí me seduce el sujeto del discurso, no el sujeto de la realidad». Pues bien, si las leyes de la ficción adquieren pri-

macía hasta subestimar platónicamente los problemas y sufrimientos reales de las personas de carne y hueso, viene muy a cuento recordar las palabras visionarias de Francis Bacon. Diagnosticó este filósofo empirista inglés que «quien no quiere pensar es un fanático; quien no puede pensar es un idiota; quien no se atreve a pensar es un cobarde».

No vamos tanto a detallar aquí los pormenores del estrangulamiento y asesinato de Heléne Althusser en 1980 a manos de su marido, el célebre filósofo marxista Louis Althusser, cuanto a destacar la angustia que sentía este izquierdista ante los cambios que contemplaba: «mi universo de pensamiento ha sido abolido. No puedo pensar más».

Tampoco ahora se trata de estudiar el pánico que atenazó a la mujer de Artur London hasta el extremo de querer separarse de su marido, legendario comunista y conocido excombatiente, por el hecho, herético a sus ojos, de que estuviese cambiando y girando ideológicamente. En este momento, se trata tan sólo de reparar en que los manifiestos, los escritos y las declaraciones públicas de buena parte de los miembros de la clase intelectual actual forman parte de La izquierda reaccionaria, de una izquierda que, embotada por la brújula de su imaginario, señala Vázquez-Rial, no sólo ha dejado de reflexionar, sino que también se mueve con lemas y adhesiones entre el fanatismo, la idiocia y la cobardía.

Éste es el espacio a todas luces antiilustrado, regresivo e hipogresista, que no progresista, en el que ha buceado Horacio Vázquez-Rial. Éste es el camino, plagado de no pocos prejuicios, que desnorta a importantes gremios de la *intelligentsia*, a la que por cierto, y ya hace más de cien años, el socialista de origen polaco Jan Waclaw Machajski atribuyó el afán de buscar, en condiciones de monopolio, el uso y beneficio del poder.

Haciendo, por un lado, gala de un profundo conocimiento de la historia más actual y sabiendo, por otro lado, a quiénes van di-

rigidos los dardos de su investigación, Horacio Vázquez-Rial ni se deja hechizar por el aleteo del poder ni atrapar tampoco por las inercias acéfalas de la propaganda política. Y como ya hicieron Ayn Rand. Rosa Luxemburg, Margarete Buber-Neumann, Simone Weil, Albert Camus. François Furet, Jean-François Revel, Gabriel Albiac y otros, Vázquez-Rial se aleja de cualquier forma de complacencia y autocensura, y se dedica a desmitificar los excesos y abusos de la izquierda filomarxista, incluso a destapar, con nombres y apellidos, a esos herederos del gremialismo violento y, de paso, a desmontar la arquitectura reaccionaria de sus aparatos ideológicos.

Antonio Machado aconsejaba: «*¿Tu verdad? No, la Verdad, / y ven conmigo a buscarla. / La tuya, guárdatela*». Pues bien, si usted está dispuesto a intentarlo, le aconsejo las páginas que Horacio Vázquez-Rial dedica, entre otras perlas, a los apologistas del terrorismo, a las conexiones entre islamismo y petróleo, al multiculturalismo, al tráfico de órganos o a la explotación infantil, pues, con los trazos del gran escritor que lleva dentro, Vázquez-Rial procede a viviseccionar las fantasías y distopías de una ideología anacrónica. Y desprovista de cualquier signo de espíritu democrático.

Zaragoza, 5 de octubre de 2010

PRÓLOGO DEL AUTOR PARA ESTA EDICIÓN

La primera edición en papel de *La izquierda reaccionaria* apareció en abril de 2003. La segunda, dos meses después. No hubo una tercera porque la editorial entró en una crisis interna, cambiaron directivos y directores de colecciones y, como suele ocurrir, los nuevos llegaron con proyectos nuevos y seguramente se sintieron moralmente obligados a no reconocer ningún éxito de sus predecesores. Pero el libro, ya distribuido, siguió su propio y misterioso camino, más allá del momento en que alguien saldó ejemplares, gracias, sobre todo, a Internet y su inescrutable mercado. En 2006, cuando gané el premio de novela «La otra orilla» del Grupo Editorial Norma con *El camino del norte*, me entrevistó un periodista venezolano. Me llamó la atención que me hiciera más preguntas referidas a La izquierda reaccionaria que a El camino del norte, y se lo dije. Me respondió que era evidente que yo no sabía lo importante que había sido mi ensayo en Venezuela, sobre todo para los antichavistas. En realidad, yo no era consciente de lo que había sucedido con el libro en ninguna parte, pero había funcionado más allá de toda previsión. Poco después, cuando presenté en Quito *El camino del norte*, en Libri Mundi, se presentaron unos cuantos lectores a que les firmara libros, y constaté que La izquierda reaccionaria era el más difundido, más incluso que *Las dos muertes de Gardel*, que había sido muy leído en América latina.

La expresión «izquierda reaccionaria» no existía en 2003 pero ahora, en 2010, hay más de 30 000 entradas en Google que la re-

cogen, en parte en referencia directa al libro, en parte remitiendo a trabajos de otros que la incluyen o citan la obra. En julio de este año creé el término «atrasismo», que no existía en los buscadores, y a mediados de octubre tiene 7500 entradas. Si llevó siete años reunir 30 000 entradas de «izquierda reaccionaria» a partir de un libro impreso, pero bastaron tres meses y medio para que «atrasismo» reuniera una cuarta parte de 30 000, es porque el segundo apareció en un artículo publicado en un medio digital.

Los editores del mundo hispánico tienden a no reeditar libros, por exitosos que hayan sido (y éste lo fue y lo es). Se debe en parte a que sospechan que cuando has vendido diez mil ejemplares hace cinco años y después has desaparecido de las mesas de las librerías, es porque la obra alcanzó su límite de mercado. Pero también hay otro factor que pesa en su voluntad: el valor de la novedad, por inferior que sea al libro que ya ha recorrido el camino. De modo que la propuesta suele ser del tipo: «Si me das un libro nuevo, te reedito éste en bolsillo. Pero es un libro de hace siete años, lleno de datos que habría que actualizar». Así que finalmente abandonas.

Además, existe otra razón para no actualizar el libro, y es que sería otro. *Del buen salvaje al buen revolucionario*, de Carlos Rangel, uno de los libros más importantes sobre el conjunto de los países latinoamericanos que conozco, fue reeditado en 2008 por Gota a Gota. Como Rangel había muerto en 1988, no se le podía pedir que lo actualizara, de modo que se imprimió tal y como había sido escrito en 1976. Y se vio que la actualización no era necesaria, que las grandes líneas de análisis del continente trazadas por el autor siguen vigentes, y de eso se trata. Que Rangel apostara por entonces por una socialdemocracia que la desastrosa acción de Carlos Andrés Pérez demostró ineficaz es sólo un detalle, porque lo que cuenta en el texto no son las profecías, sino el rigor con que en él se estudia el pasado.

Dicho esto, quiero hacer una reflexión sobre este libro. Cuando inicié su escritura, yo me consideraba un hombre de izquierda. ¿Qué significa esto? ¿De qué manera se es de izquierda si uno es honesto? Del mismo modo en que se es católico o budista: asumiendo por entero una larga tradición, que para el caso incluye los crímenes, las disidencias, las desviaciones, las recreaciones y hasta el modo de concebir la historia. Dicho de otro modo: la lucha de clases como motor de la historia, los veinte millones de muertos de Stalin, la aprobación de los créditos de guerra por la socialdemocracia alemana para iniciar la Primera Guerra Mundial, el genocidio de Pol Pot, la destrucción de Cuba —que en 1959 no era el burdel que suele pintarse, sino uno de los países más avanzados y cultos de América, con una de las tasas de alfabetización más altas del mundo—, la represión del levantamiento de Kronstadt en 1921 por Trotski, el tradicional antisemitismo de la izquierda «pobrista» o atrasista; y, para colmo, la pretensión de poseer una explicación «científica» para todo ello. Todo eso era y es el ser de izquierda, o todo eso hay que asumir, por pura dignidad, si se aspira a autodefinirse así.

Verá el lector que en alguna parte de la obra reivindico para mí esa condición, la de hombre de izquierda, a pesar de todo. Pero en realidad, el proceso mismo de la escritura, la exposición sistemática de las taras de la izquierda, me estaba apartando de ese espacio. Los lectores lo entendieron mejor que yo, tanto los que me siguieron como los que me condenaron. Había empezado a escribir en la izquierda y había terminado en otro sitio, que no era la derecha, ni el liberalismo tal como se había ejercido hasta la fecha. Como en toda catarsis, salí transformado en algo desconocido, algo que yo mismo no podía nombrar, porque lo mismo que había hecho con la izquierda, su disección —sin entender al principio que mi objeto de estudio era un cadáver—, podía hacerlo con la derecha, con la Iglesia católica o con cualquier otra

concepción abarcadora a la que me enfrentara, y en cualquier caso iba a tener que asumir un pasado, una tradición, una serie de horrores.

Es decir que había dejado la izquierda pero no era un hombre de derecha. Otros vinieron en mi ayuda: Manuel Azaña, el cambiante Unamuno, Joaquín Costa, Ortega y Gasset y muchos más. Es raro el hombre que tiene conciencia de su presente histórico —los marxistas siempre se arrogaron ese don—, pero algunos intelectuales serios, es decir, honestos, van cambiando porque son demasiado inteligentes para ignorar los cambios en la realidad. El verdadero profeta es el que comprende su presente histórico. Encontré un ejemplo brillante en *La agonía de Francia* de Manuel Chaves Nogales, uno de los más grandes escritores españoles del siglo XX, felizmente recuperado por ese gran editor que es Luis Solano en Libros del Asteroide.

Chaves Nogales era gran amigo de Azaña y dirigía el diario azañista *Ahora*, pero se marchó a Francia a finales de 1936 porque no quería ver al «futuro dictador» que iba a salir «de un lado u otro de las trincheras» de la guerra civil —que el asombrosamente brillante y siniestro Willi Münzenberg, que murió en 1940, había llamado, para la propaganda de la Komintern, «guerra de España»—. Obviamente, tenía razón, porque no se trata de aquello que los conciliadores suelen decir —«se cometieron barbaridades de los dos lados»—, sino de que los dos lados eran igualmente bárbaros en lo esencial, y sólo podía vencer Franco o aquel que en el momento final estuviese a cargo de la República, probablemente Juan Negrín, con un comisario político enviado por Stalin en todas las reuniones de gabinete.

Me crié en la Argentina de Perón, uno de los mejores lugares, en términos geográficos e históricos, para aprender el valor de la estética en la política. Siempre he sido especialmente sensible a ese aspecto de la realidad. El peronismo, como el fascismo, el na-

zismo, el comunismo soviético y el cubano, son, además de modelos políticos, estéticas. Las masas no desempeñaban el mismo papel en el *ballet* peronista que en el castrista. Por eso uno —los intelectuales, es decir, uno mismo, o Sartre, o Cortázar— podía asumir la revolución de 1959 después de haber rechazado la de Perón.

Al dejar atrás la izquierda, comprendí que, entre otros fenómenos que desembocaron en la escritura de La izquierda reaccionaria, hacía mucho que rechazaba la estética de la izquierda, que ya no era la de los cartelones de un sonriente Stalin, ni la del atildado Trotski, sino la de la vociferante Hebe de Bonafini, el patriarcal Carrillo con su ficción de hombre bueno o la de los psicópatas de las guerrillas —analfabetos como Tiro Fijo o cultos propagandistas del crimen como Ernesto Guevara y su fría máquina de matar como definición del hombre nuevo—. No, ya no eran estéticamente aceptables. Pero esa misma sensibilidad me impedía acercarme a la derecha. Una serie de meditaciones, unas hechas sobre el papel, otras de viva voz en seminarios y conferencias, me fue llevando a la idea de la necesidad de preparar a la gente para el pensamiento independiente, algo sobre lo cual no me voy a extender aquí.

Lo más grave de cuanto entendí a la larga no era que yo había roto con la izquierda, sino que la izquierda no existía. La izquierda no existe. La derecha tampoco. Se trata de categorías obsoletas. Carecemos aún de los términos adecuados para definir lo que representa Obama tanto como lo que representa el *Tea Party*. para definir lo que representa Zapatero tanto como lo que representa Mariano Rajoy para definir lo que representa Cameron como lo que representa Lula. Aznar y Blair se han salido de las cuentas. Pero también se ha salido de las cuentas en Uruguay José Mujica, que de viejo guerrillero ha pasado a ser una especie de liberal de 1812, de los que tenían la aspiración, como se expresa en la Cons-

titución de Cádiz, de que los españoles fuesen patriotas, justos y benéficos: «el amor de la Patria es una de las principales obligaciones de todos los españoles y, asimismo, el ser justos y benéficos», reza el artículo 6.

Todos los partidos se parecen, y no sólo porque haya socialistas en todos ellos, como decía Hayek, ni porque tiendan a ser de «centro» —de manera vergonzante, se autodefinen como de «centro izquierda» o de «centro derecha», mientras los unos tildan a los otros, y viceversa, de «extremistas»—, sino porque todos son esencialmente populistas y clientelares.

No obstante, existen los partidos políticos, cada cual con su patología y todos con síntomas comunes: el poder del aparato, las familias mafiosas interiores o el caciquismo son cosas que comparten los demócratas y los republicanos, los laboristas y los conservadores, el partido independentista escocés, los partidos micronacionalistas catalanes o el MAS de Evo Morales. Existen los partidos y las elecciones en más países de los que cabe llamar democráticos. Y el derecho al voto es producto de una serie de luchas que ocuparon siglos y costaron sangre. Claro que no es lo mismo votar en Inglaterra que hacerlo en Pakistán, pero hay que votar. O no votar, pero no por desidia o indiferencia, sino como protesta explícita, metiendo en las urnas sobres vacíos.

¿Qué hacer cuando uno no es capaz de definirse como ciudadano de izquierda o ciudadano de derecha? Mirar alrededor, trabajar con lo que hay, que eso es la política. Pero desde un pensamiento independiente que dé al cesar lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Hay que evaluar en cada ocasión los programas mínimos, lo que en ellos es creíble y lo que no, las necesidades urgentes del momento y algunas líneas generales. Necesidades urgentes en España en 2010: detener el paro, reducir impuestos, reducir el gasto público —haciendo daño, de paso, a las redes clientelares—, mejorar los contenidos de la educación —hay es-

cuelas suficientes y maestros suficientes, pero hay que recobrar calidad de contenidos, establecer jerarquías, recomponer las redes de selección, moralizar en el sentido de restaurar el mérito como principal categoría—, reordenar la sanidad pública, destinar el dinero que se retiene a los trabajadores al pago de pensiones, y no a cualquier otra cosa, etc., etc.

En esos etcéteras, está la urgente reforma del régimen electoral para que los partidos de ámbito autonómico no tengan privilegios discriminatorios que hacen que estén sobrerrepresentados: un hombre un voto, sea el hombre catalán o extremeño; también es urgente la liquidación de las listas cerradas. De lo expuesto en el párrafo anterior, cabe dudar. De estos dos últimos asuntos, la reforma electoral en orden a la representatividad y en orden a la composición de las listas, no cabe dudar: no lo hará nadie. Y eso que hay una clara mayoría de miembros y votantes de los dos grandes partidos nacionales que apoyarían la iniciativa sin vacilar: pero tienen en contra el aparato. Y eso hace que no haya a disposición del ciudadano un partido dispuesto a hacer lo que hay que hacer desde el poder si se pretende algún progreso, de modo que se hace necesario crear una zona política nueva, ahora ausente, que sólo puede surgir de la comprensión de que una democracia que se desnaturaliza deriva en alguna forma de dictadura. Más aún: de dictadura perfecta, como calificara Mario Vargas Llosa a la democracia relativa del PRI mexicano. Esa zona política no puede ser otra que el pensamiento independiente.

La izquierda reaccionaria es la plataforma de lanzamiento del pensamiento independiente. De una zona política en que las ideas se elaboren en el plano individual y sólo después sean puestas a prueba, una a una, no como *weltanschauung* en la sociedad general. No es necesario ser liberal ni haber leído a Hayek para comprender las ventajas de un sistema fiscal mínimo. Ni es necesario ser un dictador africano para tener claro que las ayudas in-

ternacionales consisten en quitarles el dinero a los pobres de los países ricos para dárselos a los ricos de los países pobres. Es una cuestión de sentido común.

La ideología general de nuestra época, sea que los individuos se definan como socialistas, conservadores o liberales, es la de aquel viejo Partido Socialdemócrata al que ya en 1917 Rosa Luxemburgo consideraba «un cadáver putrefacto». Son aquéllos los valores que predominan: el cadáver goza de buena y contradictoria salud: el partido pacifista votó entonces en favor de la concesión de créditos al Estado para que se pudiera iniciar la Gran Guerra. Entonces, la izquierda se dividió. Trotski ejerció el pacifismo extremo, y Lenin aprovechó la ocasión para prometer a los rusos «paz, pan y trabajo» y aliviar a los alemanes del frente oriental. Mussolini fue partidario de la entrada de Italia en la contienda junto a los aliados, por lo cual lo echaron del Partido Socialista Italiano, lo cual, si bien se mira, es un absurdo, porque la guerra no se hubiera podido iniciar sin los créditos votados por los socialistas alemanes. El comunismo y el fascismo nacieron de aquellos créditos de guerra. El nazismo también. Pero todos, antes o después o durante, tuvieron que llamarse socialistas. Un país socialista, la URSS, derrotó a otro gobernado por un partido nacionalsocialista, con la inestimable ayuda de una Inglaterra gobernada por el Partido Conservador de Churchill —donde el liberalismo del líder chocaba muchas veces con los socialistas interiores— y por unos Estados Unidos gobernados por el ala más socialista del Partido Demócrata.

No es por ahí por donde debemos transitar, por el camino de las guerras socialistas. Pero tampoco por el apaciguamiento, que también se ha hecho bandera socialista en la Alianza de Civilizaciones y que se ha convertido en la postura preferida de los conservadores «moderados». El pensamiento independiente, sin aparato político y organizado sólo en momentos puntuales para

un objetivo por vez, es la senda más lógica hacia la creación de una zona política exclusivamente democrática que no dé lugar a fosilizaciones.

Confío en que este ensayo de pensamiento independiente que es *La izquierda reaccionaria* contribuya a esa transformación de las sociedades, de entrecerradas, como lo están hoy, a totalmente abiertas pero con capacidad de defensa y con noción de soberanía ante los virus del multiculturalismo, el buenismo y otras enfermedades de costoso y largo tratamiento.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Contra lo que algunos creen, no me ha alegrado escribir este libro. Soy consciente de que los tics ideológicos del stalinismo, que impregnan tanto a comunistas como a socialdemócratas de viejo y de nuevo cuño, les han llevado a despacharme, al aparecer la primera edición de este libro, al desván de conversos y traidores. Soy consciente también de que el único antecedente histórico que tiene mi posición —la crítica de la izquierda desde la izquierda y el apoyo a las derechas en el poder en todo aquello que implique progreso objetivo— es la actitud de Amadeo Bordiga frente a la lucha de Mussolini contra la mafia —véase pág. 260—. No obstante haber pasado Bordiga a los archivos más olvidados de la historia de las izquierdas tras su obligada separación del PCI, tengo la convicción de que un cierto neobordiguismo renovado ha adquirido relevancia en los últimos tiempos en la vida política occidental, y tiene todas las posibilidades de desarrollarse en un futuro inmediato. Hay un apoyo general de las gentes sensatas —no de las izquierdas institucionales, que siguen siendo remisas a reconocer el progreso fuera de sus propios límites— a gobiernos populistas con programas viables, como es el caso de Lula y de Kirchner en América latina. Hay gestos constantes en ese sentido en personalidades de distintas organizaciones, como el Partido Radical en Italia. Y hay declaraciones precisas, como las de Iñaki Ezquerra en el País Vasco, quien dijo, al explicar su inclusión como independiente en las listas electorales del Partido Popular, que hoy por hoy la izquierda en Euskadi estaba allí, y no

en el PSOE ni en IU. Éstos, añado yo, están desnaturalizados por sus alianzas con el nacionalismo independentista: una izquierda que olvida el Estado, deja de ser izquierda.

Han pasado tres largos meses desde que terminé de escribir este libro, y uno desde su primera edición. En ese lapso han ocurrido al menos cinco cosas fundamentales, que merecen unas palabras en esta segunda edición porque glosan acabadamente varias de las tesis que se sostienen en el texto: la mal llamada segunda guerra del Golfo —que no fue sino la finalización del conflicto iniciado en 1991—, las elecciones municipales en España, las elecciones presidenciales en Argentina, la formalización de la crisis económica en Alemania, y la escasamente comentada normalización de las relaciones hispano-marroquíes. Ninguna de ellas está separada de la otra, ni el conjunto lo está de lo que debiéramos entender como una nueva política exterior española —más próxima en su concepción a aquélla por la que abogaba el joven Manuel Azaña en relación con la implicación de España en la Gran Guerra que a ninguna otra posterior— y como una redefinición de los vínculos internacionales dentro y fuera de la Unión Europea, dando lugar a un marco en el que el eje francoalemán pretende hacer pagar sus propios problemas a los países periféricos de la organización, marco en el que España ha singularizado su posición.

Empecemos por el final: por las consecuencias de esa nueva política exterior. En Argentina, Néstor Carlos Kirchner ha asumido la presidencia con un plan perfectamente elaborado y se ha puesto a aplicarlo en los primeros días, sorprendiendo a propios y extraños con la decisión y la celeridad de sus movimientos. Ya antes de tomar posesión de su cargo, como consta en la prensa mundial del 24 de mayo pasado, anunció que no daría satisfacción a la exigencia del Fondo Monetario Internacional, un organismo de día en día más separado de los intereses de las naciones

que lo financian y más encerrado en su propia perduración que en ningún otro de los asuntos que le competen, en el sentido de emplear el derecho de veto presidencial para la ley emanada de la Cámara de Diputados prorrogando por tres meses la ejecución de las hipotecas: la negativa de Kirchner a vetar ese texto está ligada al resumen de su proyecto económico, enunciado el mismo día con el compromiso de reforzar el papel del Estado argentino en Mercosur para entrar en las mejores condiciones en el ALCA. Lo que implica dar satisfacción a un tiempo a los inversores europeos y a los americanos. Un anuncio así no se hace sin el debido respaldo. Como tampoco se dice sin el debido respaldo que el pago de la deuda externa no es la primera prioridad, sino la segunda, de su gobierno: la primera es la solución urgente del desempleo y la pobreza en términos de un aumento de la productividad y un crecimiento neto de la economía mayor que el del último año. Para ello, Kirchner, que no es un enemigo de las privatizaciones ni un nacionalista a ultranza en materias de producción, introduce un matiz keynesiano en su política, completando los proyectos de obras públicas abandonados por sus antecesores e iniciando otros. Es de imaginar que ese respaldo lo tiene tanto de la Unión Europea como de Estados Unidos.

En los primeros días de mandato, Kirchner hizo tres cosas que los argentinos habían esperado en vano de los presidentes anteriores, fuesen radicales o peronistas, contasen o no con el apoyo de las izquierdas o de las derechas: pasó a retiro a todos los militares comprometidos con la dictadura, iniciando un proceso de regeneración en las fuerzas armadas, tan importante en el interior de ese estamento como en el exterior del mismo, en lo tocante a su imagen y al respeto general de la población; jubiló a varias decenas de comisarios generales, iniciando una imprescindible limpieza en la policía, una de las más corruptas del mundo; abrió la instancia del juicio político a los miembros de la Suprema Cor-

te de Justicia impuestos por Carlos Menem, encargados en última instancia de garantizar la impunidad de altos cargos y cargos electos en los posibles juicios por las incontables tropelías cometidas por unos y otros, y que van desde el desfalco de las arcas públicas liso y llano, hasta el tráfico de armas y de drogas.

Aunque toda la acción de Kirchner en los próximos cuatro años se limitara a esas cuatro primeras medidas —a las que ya han seguido otras—, ya habría cumplido con la misión para la que ha sido elegido. Y, se quiera o no, guste o no a los ortodoxos, su gestión habría entrado en la historia como una gestión de izquierdas, tal y como ha entendido la más rancia derecha argentina, la cavernaria oligarquía local que le acusa de «zurdo» en un alarde de creación eufemística. Muchas gentes de izquierda, amigos míos de quienes me consta la buena voluntad, votaron en las últimas elecciones al candidato López Murphy, que hubiese hecho todo lo contrario de lo que ha hecho Kirchner, y justificaron su decisión en que sus principios les impedían apoyar a un peronista. La tozuda realidad, sin embargo, se muestra una vez más contradictoria: así como la paz hay que hacerla con el enemigo, negociando con él sus condiciones, se ve que por grande que sea el deseo popular de que «se vayan todos», no cabe inventar dirigentes políticos al margen de la política real existente, y la política real, hoy por hoy, está en Argentina en manos del peronismo. Por ende, el hombre que resuelva los problemas que aquejan a la nación deberá surgir de sus filas, tal como Adolfo Suárez surgió de las filas del régimen anterior en España para dar su primer impulso a la transición democrática. Kirchner, que inició su militancia en Montoneros siendo un adolescente, cuando no pocos hombres de su edad creían que eso era la izquierda, ha aprendido la lección de la historia y sabe que se derrama sangre para poder negociar, y que los problemas estructurales de un país sólo se su-

peran con una determinada política, que no es de izquierdas ni de derechas, sino de Estado.

¿Qué es lo que ha permitido a este hombre, al que sólo votó un veintipoco por ciento de los electores argentinos en la primera vuelta, y al que Menem impidió, con una de las arteras maniobras que le caracterizan, ratificar su triunfo con un ochenta por ciento en la segunda ronda, emprender todo esto sin que le temblara la mano? ¿Qué es lo que le ha permitido actuar una política eficaz en el mes de mayo de 2003 sin que tenga lugar el siempre imaginado y tan temido desembarco de los marines en el Río de la Plata, donde jamás han sido considerados necesarios, a la vista de la eficacia represora de las fuerzas armadas locales en el llamado frente interno? Lo mismo que ha permitido la normalización de las relaciones hispano-marroquíes sin temor a un desembarco por sorpresa en Perejil ni a una marcha verde sobre Ceuta y Melilla, táctica que tan buenos resultados dio en su día a Hassan II: la asociación de España con Estados Unidos derivada del apoyo dado por el presidente Aznar a la intervención en Irak. Una asociación claramente percibida desde el principio por Fidel Castro, que no dudó un segundo en incluir a Aznar en la lista de sus bestias negras favoritas, buscando inclusive la ruptura diplomática con España al encabezar una manifestación en La Habana ante la embajada española.

En tanto que territorio en disputa en la inacabable contienda interimperial, esa Argentina en la cual los principales inversores netos son españoles y norteamericanos —no España ni Estados Unidos— no se verá por ahora despedazada en nombre de empresas de cualquiera de los dos países. Tanto unos como otros, a la vista de sus propios intereses, necesitan que Argentina funcione. Entretanto, la izquierda argentina organizada —si es legítimo emplear el término en relación con unos partidos fragmentados hasta extremos inconcebibles, sin programas realizables y sin

personalidades destacadas— insiste en la reivindicación de Ben Laden y en la exaltación del antiimperialismo cuando más capitales hacen falta para el desarrollo.

España, por su parte, necesita que, al menos a medio plazo, el agresor potencial que tiene al otro lado del estrecho se mantenga en su territorio. Bastante se perdió en su día con la penosa descolonización del Sahara, que convertirá a Marruecos en país productor de petróleo antes de lo que se prevé, como para discutir ahora la soberanía sobre Ceuta y Melilla.

La izquierda española se negó a comprender el evidente alcance de la decisión del gobierno respecto de Irak, y prefirió manifestarse en las calles en la esperanza de que la movilización le procurase réditos electorales. Voy a ahorrar al lector comentarios que se hicieron oportunamente en la prensa sobre los contenidos y los fines del «no a la guerra», una consigna lo bastante amplia y lo bastante hueca como para que nadie en su sano juicio pudiese rechazarla sin hacer un análisis serio de la política nacional e internacional, en busca de razones y matices. La izquierda mundial se manifestó en forma llamativamente organizada —demasiado organizada como para hablar de salidas espontáneas y de milagros de internet, e ignorar a la vez la posición de grandes potencias, el eje francoalemán en primer lugar, a ese respecto— en torno de esa misma consigna y de otra, no por aparente más precisa, más verdadera: «no más sangre por petróleo».

Para masticar y digerir eso de «no más sangre por petróleo» había que aceptar dos nociones decididamente falsas: 1) que el petróleo de los pozos iraquíes perteneciera al Estado iraquí, y no a Total Fina-Elf, la empresa francesa que los posee realmente; y 2) que el coste de la guerra misma fuese ampliamente compensado por la adquisición de esos pozos, cuando en realidad harían falta las regalías de más de una década para empezar a pagar la movilización militar. No. La intervención en la zona ha tenido menos

que ver con el petróleo —los intereses de la pacífica y pacifista Francia en ese terreno continúan estando garantizados, ahora por las fuerzas internacionales de intervención, mientras el presidente Chirac dedica lo mejor de su tiempo a las guerras africanas — que con el problema de la paz en los países árabes y el conflicto israelo-palestino. Por otra parte, Siria, país al que las izquierdas universales han atribuido la condición de próximo invadible — sin que haya el menor dato cierto de tal propósito, ni casus belli en proceso de argumentación— no tiene petróleo ni, por no tener, agua.

Es de señalar igualmente la contradicción flagrante entre la idea de que no había armas de destrucción masiva en territorio iraquí y la idea de que el imperialismo yanqui se ha pasado una década vendiéndoselas a Sadam Husein. Una mancha más en el leopardo del antiamericanismo, que es pantera desde hace mucho.

¿Qué debieran pretender o haber pretendido las izquierdas en esta coyuntura? Un exitoso gobierno Kirchner. Una larga paz con Marruecos. Una larga paz en Medio Oriente, con un Estado de Israel en fronteras seguras y con un Estado Palestino democrático. Un Medio Oriente estable, donde el desarrollo no sea una cuestión interna, sino un problema de la humanidad. Para todo esto son imprescindibles acuerdos sólidos entre Europa y Estados Unidos. Y, puesto que la Europa política enganchada a la locomotora francoalemana ha defeccionado con su falso y circunstancial pacifismo, le cabe a España el honor —y la ventaja— de asumir el papel de socio.

Algo de esto debe de haber comprendido la ciudadanía española cuando, tras las masivas manifestaciones del «no a la guerra», que contaron, según las encuestas oficiales, con un noventa y uno por ciento de apoyo, las izquierdas —PSOE e IU— fueron a las elecciones convencidas de que les aguardaba un triunfo indis-

cutible y salieron trasquiladas. Confiaban Zapatero y Llamazares en relegar al Partido Popular a un lejanísimo segundo lugar y el PP no tuvo más pérdida de caudal electoral que la que le hubiese correspondido por el simple desgaste de cualquier gobierno al cabo de ocho años; ha habido inclusive lugares en que esa reducción fue aún menor, y hasta algunos en que el número de votos subió, como en el Ayuntamiento de Barcelona, donde tuvo lugar una seria radicalización de posturas en torno de la cuestión nacionalista y el PP ganó un concejal más. Por otra parte, los acuerdos entre socialistas y comunistas a los que supuestamente se iba a llegar con facilidad como consecuencia de la también supuestamente eficaz movilización proiraquí común, se demostraron más difíciles de alcanzar de lo que se había esperado. Con sólo un cinco por ciento de los votos totales, IU puso por las nubes el precio de su apoyo para que el PSOE alcanzara algunas alcaldías y, cuestión de gran proyección a la larga, la presidencia de la Comunidad Autónoma de Madrid. En este caso, las exigencias de IU sirvieron de argumento formal a dos diputados socialistas con intereses inmobiliarios espurios para ausentarse de la sesión en que se iba a proceder a la elección de presidente de la Asamblea de Madrid, dejando a las izquierdas en minoría por un voto y entregando el cargo a la candidata del PP. Rafael Simancas hizo hincapié en su campaña en el propósito de su partido de promover una nueva ley del suelo que contribuyera a reducir el increíble coste de la vivienda en la comunidad. El PP no tenía en su programa nada parecido, entre otras cosas porque, hace aproximadamente un año, José María Aznar, de acuerdo con su ya establecida costumbre de lanzar globos sonda para medir reacciones antes de enviar un proyecto de ley al congreso, había hablado de una nueva ley del suelo, de nivel estatal, que recortara los poderes de ayuntamientos y comunidades autónomas en el establecimiento del precio de los terrenos mediante recalificaciones. En

ese momento, las izquierdas, más atraídas por el ejercicio de la oposición que por la posibilidad de apoyar una medida de progreso, pusieron el grito en el cielo, aliándose objetivamente con autoridades locales susceptibles de enriquecerse personalmente vía recalificación de terrenos y con especuladores inmobiliarios cuya acción depende únicamente de decisiones municipales y autonómicas. Cualquier otra actitud hubiese sido demasiado pedir. Y ésa coincide con el diagnóstico de realidad intentado en estas páginas.

Madrid, 13 de junio de 2003

A MANERA DE PRÓLOGO

Leonid Breznev y Alexei Kosyguin no empezaron a encerrar a los disidentes en clínicas psiquiátricas porque se sintieran en la necesidad de disimular que en la Unión Soviética había presos políticos, cosa que se sabía en todas partes, sino porque realmente creían que la disidencia era una forma de enfermedad mental. Y no fueron los únicos en pensarlo. De hecho, en cualquier régimen autoritario o totalitario, el que se siente instalado en la jerarquía tiende a decir: «¿Usted está loco? ¿No sabe con quién está hablando?». Y en las democracias de esta época la cosa no es tan grave pero sigue ahí: el que se aparta de las ortodoxias en boga da lugar a que los demás murmuren para sí mismos «este tipo está loco». De modo que he asumido la posibilidad de ser objeto de ese diagnóstico desde el momento en que empecé a escribir este libro, sabiendo que iba contra corriente en casi todos los órdenes.

El 11 de setiembre de 2001, ataques simultáneos a Nueva York, Washington y algún otro punto de Estados Unidos, que no ha sido mencionado en la prensa pero al cual se dirigía el avión secuestrado y derribado por sus pasajeros en la ruta de Pennsylvania, marcaron el comienzo de una nueva época. No porque el ataque en sí fuese algo inesperado —no dejaba de ser un capítulo más de lo que Sadam Husein había iniciado con la invasión a Kuwait—, ni por la magnitud del mismo, sino porque puso en evidencia a todo el mundo.

Por aquella fecha, yo estaba escribiendo un libro con idéntico título que éste, pero que no era éste, aunque el tema central haya perdurado y los problemas que en él se tratan sean nominalmente los mismos. Venía, como tantos otros, preocupándome por la situación de lo que hasta aquí se ha venido llamando izquierda, por la identidad de día en día más borrosa de ese sector del pensamiento, o del no pensamiento, con el cual me identifiqué durante largos años, probablemente a falta de algo mejor. Intuía, más que veía, la miseria en la que había caído y seguía cayendo, como en un pozo de fondo remoto, pero no alcanzaba a precisar lo que la violencia de Al Qaeda reveló aquel día y los que le siguieron: que el pozo no tenía fondo y que la decadencia de las nociones que habían alimentado las visiones del mundo en general tenidas por progresistas, ya no se iba a detener.

Sabía ya, por ejemplo, que la izquierda tradicional, fuese comunista, socialista o socialdemócrata, era antisemita, explícita o implícitamente, de forma consciente o inconsciente, pero ignoraba hasta qué punto. Sabía que esa izquierda no se había hecho cargo de problemas como la inmigración, el funcionamiento democrático o las relaciones entre países, asuntos en los que había salido del paso con respuestas tan ridículas como inadecuadas, del tipo del multiculturalismo, la política de masas o el pérfido imperialismo, cuando no con alianzas perversas con gobiernos de países expulsores de emigrantes como Cuba o Marruecos, pero no conseguía distinguir con claridad, o me negaba a ello por oscuras razones afectivas, que esas respuestas eran producto de un odio a Occidente —a la cultura de la que nació el pensamiento progresista, a la cultura de la Ilustración y la razón, y a las sociedades abiertas en las que prosperó— rayano en lo patológico y, desde luego, profundamente irracional.

Sabía, en suma, que la izquierda había devenido reaccionaria, pero desconocía la medida real de su reaccionarismo. Pero entre

el 11 y el 20 de setiembre de 2001, aproximadamente, ésta se definió con toda precisión. No fueron únicamente los niños y los adolescentes palestinos, impulsados por sus mayores, como es obvio, los que celebraron la acción de los suicidas de Ben Laden, sino toda una gama de personajes y personalidades que va desde miembros del mismo Parlamento de Escritores que poco después visitó devotamente a Yasser Arafat, hasta un sector de las históricas Madres de Plaza de Mayo, liderado por Hebe de Bonafini, quien no se corta a la hora de elogiar a ETA, y que tampoco se cortó esta vez al decir que se alegraba de lo sucedido. Lo dijo en La Habana, donde Fidel Castro acababa de repudiar públicamente la agresión, por la cuenta que le traía, y lo repitió poco después en Buenos Aires, rodeada de intelectuales, algunos de los cuales me habían parecido respetables hasta ese momento. Cabría pensar que tanto la señora de Bonafini como los amigos de Arafat reaccionaron de manera previsible, pero ¿qué decir de las declaraciones de un líder socialdemócrata de la importancia de Pasqual Maragall, candidato a la presidencia de la Generalitat de Cataluña y con toda probabilidad próximo presidente, exalcalde de Barcelona y presidente del Partido de los Socialistas de Cataluña, es decir, un número dos del Partido Socialista Obrero Español, en el feliz supuesto de que haya número uno? Maragall no se atrevió a decir que se alegraba del ataque terrorista a Estados Unidos, ni mucho menos a vociferar que era la justa venganza de los pobres del mundo contra el imperio, porque es demasiado político para eso, pero sí dijo que tras la acción de Al Qaeda había «un elemento muy importante de rencor con base real», [*ABC Cataluña*, 15-9-2001], que es una forma decorosa y taimada de expresar que se lo tenían merecido. Inmediatamente después, en lo que se supone fue un intento de matizar las palabras de Maragall, el eurodiputado y antiguo primer secretario del partido, Raimon Obiols [*ABC*, id.], explicó que «nadie puede discutir que es necesaria

una acción implacable contra el terrorismo» pero «también se deben afrontar situaciones de desigualdad, pobreza, racismo e incomprensión cultural de las que el fanatismo puede extraer fuerzas para librar su combate criminal». Naturalmente, hay que deducir que todas esas situaciones se originan en la conducta política de Estados Unidos, y sólo en segundo término en los errores de la Unión Europea, y en ningún caso en ningún otro país o bloque de intereses, y que, por mal que lo haga Ben Laden, por su boca hablan los desposeídos, desde los niños de la calle de Brasil hasta los enfermos de sida de África. Ese mismo día [*ABC*, id.], la Generalitat llamó a la calma para evitar brotes de violencia contra el colectivo musulmán e impuso medidas de seguridad en puntos clave para la industria.

Veinte días después de las declaraciones de Maragall y las aclaraciones de Obiols, *El País* [15-10-2001] publicó en sus páginas de información internacional un cable de Berlín, firmado por Ciro Krauthausen y con el título «Neonazis alemanes justifican los atentados para combatir a EE.UU.». En el texto se dice que las autoridades alemanas prohibieron a Horst Mahler, líder del Partido Nacionaldemocrático Alemán, «ultraderechista», pronunciar un discurso en la manifestación que su partido había convocado para celebrar el día de la reunificación de Alemania. El señor Krauthausen no se recata al escribir que las «autoridades no querían correr el riesgo de que se pudiera difundir por todo el mundo la imagen de un alemán, en este caso Mahler, poco menos que aplaudiendo los atentados que destruyeron las Torres Gemelas y una parte del Pentágono». Mahler, cuenta el corresponsal, había dejado bien claro en su página de Internet que los ataques, aunque «crueles» debido a sus «daños colaterales», eran «justificados» y «eficaces» para combatir a EE.UU. y el «poder del dinero». Lo más curioso no es la coincidencia de Mahler con algunos portavoces de la izquierda real, sino el resumen biográfico que de él

brinda a continuación la nota: «Mahler es un siniestro personaje que de cofundador y abogado de la ultraizquierdista Fracción del Ejército Rojo en los años setenta, ha pasado a ser el principal ideólogo de la extrema derecha alemana». Sin más comentarios.

Complementaria y simultáneamente, Rossana Rossanda, última superviviente de lo que en los años sesenta y setenta fue la crítica radical desde la izquierda al stalinismo, declaró que los norteamericanos merecían morir porque nadie es inocente de lo que hace su gobierno. Creo no equivocarme si digo que nadie, absolutamente nadie, desde la constitución de las izquierdas en la modernidad, había sido capaz de decir algo ni siquiera remotamente semejante. No se dijo ni ante los alemanes, cuya conducta aplastantemente mayoritaria fue encarnación del mal obrado por cada uno: por el ferroviario que conducía los trenes, por el profesor que ocupaba el lugar del colega secuestrado, por el periodista que cubría la información de los hechos, por la cineasta que, como Leni Riefenstahl, llegaba a los cien años cubierta de gloria tras haber realizado los grandes filmes de propaganda, por el banquero que traficaba con los dientes y las alianzas de los prisioneros y que, después de la guerra, siguió al frente de sus negocios como si nada hubiera pasado. Es más: se dijo lo contrario, se buscó con denodado esfuerzo explicar lo inexplicable, hablando *de psicología de masas del fascismo*, del efecto del paro entre los obreros, de taras feudales demasiado arraigadas, de una cierta disposición cultural para la obediencia jerárquica y la servidumbre voluntaria en un país que aún no había modernizado sus relaciones sociales, de terrorismo del Estado: cualquier excusa parecía buena, aunque fuera inútil. Y en setiembre de 2001 apareció Rossanda: no proponía a los ciudadanos de veinte países que salieran a matar italianos, que fueran a Italia a poner bombas en los colegios por lo que las empresas italianas les hacen. No. Rossanda se refería a los humanos de raza estadounidense, una suerte de

untermensch, de subhumanos puestos fuera de la ley por ser ciudadanos de Estados Unidos. Porque para esta izquierda no existen las relaciones imperiales, sino el imperialismo en un solo país, y la maldita raza de los americanos, desde Bush hasta la negra caribeña que limpiaba retretes y vivía en una caravana abandonada, y que quedó atrapada en el piso 80 de una torre.

Por supuesto que las desigualdades y toda la injusticia están ahí, pero: 1) no es digno ni ético achacarlas a Estados Unidos en su totalidad desde partidos de la izquierda que por dos veces en un siglo contribuyeron a precipitar a Europa en guerras totales, y varias en guerras parciales, guerras que Estados Unidos se vio obligado en última instancia a terminar actuando en el lado correcto; 2) no es digno ni ético achacarlas a Estados Unidos en su totalidad desde la Europa que conquistó y colonizó América, y menos aún desde la España que llevó a América su propio atraso, ni desde la Europa que conquistó y colonizó África —y que después la descolonizó de la peor manera posible, dejándola convertida en parte en un gigantesco sidatorio, y en parte en un moridero por desnutrición—, ni desde la Europa que conquistó, colonizó y descolonizó parte de Asia a regañadientes —recuérdese la Francia de Indochina, precursora de Estados Unidos en Vietnam, aunque los vietnamitas no fueran etíopes: nunca se mostraron mancos a la hora de responder, y ganaron las dos guerras—; 3) no es digno ni ético atribuir al terrorismo islámico el papel de representante de los desheredados del mundo, porque no lo es: los atentados de Nueva York, lo mismo que otros varios centenares o miles desde el asesinato de los atletas israelíes en Munich el 6 de setiembre de 1972, por poner una fecha de inicio —aunque no faltaron atentados entre 1920 y 1960, muy anteriores a las ocupaciones de Gaza (a Egipto), Judea y Samaria (a Jordania), ocupaciones que, según la prensa occidental proislamista, son la causa de los atentados más recientes—, responden a un proyecto ex-

pansionista de un modelo de sociedad y de una concepción religiosa del mundo cuyo triunfo nos sumiría en siglos de oscuridad, a cargo de los mismos musulmanes que estuvieron en los orígenes de la trata de esclavos y fueron socios y colaboradores de Europa en el arrasamiento de África; 4) los desheredados del mundo no tienen ni siquiera fuerzas para alzar un arma: simplemente, mueren como moscas en nombre de nada, y menos en nombre de un dios, el que sea; 5) el hambre genera muertos y supervivientes, no suicidas; 6) un largo etcétera, que iré precisando en las páginas que siguen.

Lo que siguió al 11 de setiembre fue un estallido. Una confesión pública de identificación con la barbarie, de repudio a la civilización y al pensamiento como tal, de repugnancia ante lo político, de tolerancia ante el terrorismo, y de cólera frente a la legalidad y la legitimidad de los Estados como marco de garantía de los derechos humanos. Nada de eso era nuevo. Hoy por hoy, me asombra constatar cuánto hemos aceptado, yo el primero, a regañadientes o no, de las enormes zonas oscuras de la historia de la izquierda. Constatar hasta qué punto barrimos bajo la alfombra crímenes —¿quién podría hacer la historia de las revoluciones sin mencionar a Lavrenti Beria?—, desvíos y pruebas de represión a lo largo de un siglo entero, el XX, un siglo corto que va de 1914 a 1989, es decir, desde la Primera Guerra Mundial hasta la rendición definitiva e incondicional de la Unión Soviética.

En la izquierda, el XX fue el siglo de la pereza mental, después del XVIII y el XIX, que lo habían sido de creación y elaboración, aunque no estuviesen exentos de elementos cancerígenos, como el antisemitismo en gran parte del movimiento obrero del XIX, esa parte que, tan repudiada por otros, fue definida por August Bebel como «el socialismo de los imbéciles». En 1917, la toma del poder en Rusia, que abrió paso al más curioso y completo de los procesos de desarrollo capitalista autárquico de que se tenga noticia,

estableció las condiciones iniciales. La tortuosa reescritura de la historia que a partir de entonces se perpetró, acabó por hacer creer que en aquel país se había realizado una revolución de masas, cuando lo que realmente había tenido lugar era un golpe de Estado, impulsado desde Alemania, que necesitaba desesperadamente la paz y había contribuido a materializar el retorno de Lenin del exilio a través de su territorio, en el célebre tren sellado, para ponerse al frente de la nación. Como sólo las tropas rusas deseaban la paz más que los alemanes, la consigna «paz, pan y trabajo», lanzada por los bolcheviques, hizo fortuna y se materializó en los soviets de campesinos, obreros y soldados, en los que el número de miembros de cada estamento era muy desigual, con amplia mayoría de soldados, un cierto número de obreros de tradición socialista revolucionaria y contadísimos campesinos, que sabían de revolución, lucha de clases, imperialismo y política en general lo mismo que de física cuántica.

A Lenin se le deben algunos adefesios ideológicos aún vigentes en ese espacio de no pensamiento que es la izquierda actual, y de los que nos ocupamos más abajo: la noción de imperialismo tal como se la maneja hoy —el imperialismo en un solo país, complementaria de la idea de socialismo en un solo país, que Stalin y sus sucesores impusieron como credo de los partidos comunistas — y la noción de socialismo como sucesor natural del capitalismo, en general por la vía violenta. Sin embargo, el alcance de la derrota sufrida por el mercado autárquico soviético ha sido de tal envergadura que ni Lenin ni Stalin han perdurado en la iconografía de la izquierda excomunista. Ni siquiera Trotski cuenta con el respeto que se profesa a los nuevos ídolos, comunes a las izquierdas excomunistas, socialistas, socialdemócratas y hasta, en ciertos casos, libertarias. Me refiero a figuras como Marcos, Arafat o Rigoberta Menchú.

No es imposible que la decadencia de los antiguos líderes tenga que ver con su condición de hombres de Estado. Todos los dirigentes revolucionarios de la primera mitad del siglo XX procuraron el asalto al Estado, y muchos lo consiguieron. Lenin y Stalin, desde luego. Y Mao Zedong, Ho Chi Minh, Kim Il Sung, Enver Hoxha, el mariscal Tito, Pol Pot. Pero también lo pretendieron los comunistas alemanes y centroeuropeos que fracasaron en los años inmediatos a la Gran Guerra. La abrumadora mayoría de las figuras que hoy desempeñan un papel, si no dirigente, al menos referencial, se mantienen al margen del Estado, aun cuando procuren influir en su destino. Los mencionados Marcos, Menchú y Arafat —éste reclama un Estado, pero en modo alguno lo que en la cultura política tradicional se denomina Estado, y mostró claramente su miedo, en diciembre 2001, cuando más cerca estuvo de convertirse en fundador del que su propaganda reclama, optando por reanudar la guerra en lugar de poner la firma al acuerdo de paz—, los líderes antiglobalización, desde John Zerzan, el gurú de Seattle, hasta José Bové, pasando por el cantante Bono y los dirigentes de ONG, que encontraron en esa forma organizativa todas las ventajas del Estado sin las correspondientes responsabilidades y limitaciones. El único hombre de Estado aún vivo en la mitología de la izquierda es Fidel Castro. Lula Da Silva aún no ha pasado la prueba del gobierno, y es difícil que la pase. Amén de que su ascenso, acogido con real entusiasmo en el Brasil, no ha causado en las izquierdas del mundo el impacto que parecía previsible, habida cuenta de que se trata de un obrero, de que posee una larga trayectoria de lucha y de que su país, uno de los más grandes y ricos de la tierra, es hoy el de más influencia en Iberoamérica, con proyección sobre el África de antiguo dominio portugués.

Definitivamente, las izquierdas no quieren gobernar Estados. Quizá le baste con gobernar aparatos subvencionados, como sin-

dicatos y ONG, haciéndose eco del rechazo que obviamente deben suscitar todas y cada una de las manifestaciones de desigualdad, injusticia y depredación que genera la marcha real del sistema. Un rechazo que convoca emocionalmente a una parte de las gentes, que mezcla reclamos correctos con fobias y leyendas, y que no es vinculante. ¿Cómo gobernar atendiendo a las apetencias populares y, al mismo tiempo, excluir al Estado, que es el que financia la satisfacción de esas apetencias, del saqueo de los más débiles? ¿Podría esa izquierda renunciar a la producción y exportación de armas? ¿Podría afrontar el desafío de la reforma del tráfico automotor —120 000 muertos y el doble de mutilados al año — por un modo de transporte más racional? ¿Podría afrontar el previsible aumento de precios que se derivaría de una auténtica política de control sanitario en la industria de la alimentación? ¿Menciona acaso esa izquierda un programa de nuevo orden económico mundial que hiciera posible la reducción de tantos daños sin causar otros perjuicios, como el aumento del paro o la carestía? No, esa izquierda no quiere responsabilidades de Estado, y menos a escala mundial. Quiere ser la voz de los resentidos, de los que combinan un buen nivel local con unas lágrimas por sufrientes lejanos, de los que jalean terrorismos remotos bien lejos de la muerte, de los que se quejan del Estado pero le reclaman al Estado que mantenga las jubilaciones y la limpieza de las calles, partiendo de la previa impotencia del que-ya-sé-yo-que-esto-no-lo-arregla-nadie.

La socialdemocracia europea, con Alemania a la cabeza, como es obvio, no está interesada en los hombres de Estado, ni en el Estado como tal, desde el momento en que se echó sobre los hombros la tarea de liquidarlo, subsumiéndolo hacia arriba en la Unión Europea, el territorio de hegemonía germano-francesa, y disolviéndolo hacia abajo en zonas de poder locales cada vez más reducidas y, por cierto, cada vez más caras. De modo que no es de

sorprender que no estimule a los Lula que en el mundo son para que asuman y desarrollen las reformas de principio que, en todo caso, sólo pueden llevarse a cabo a escala planetaria, porque el socialismo en un solo país ya no sirve ni como consigna para bobos.

El 11 de setiembre de 2001, pues, vino a subrayar la podredumbre previa, los rasgos esenciales que definen a la izquierda realmente existente o, para abreviar y evitar confusiones desde ahora, la izquierda real. Las características ideológicas de sus dirigentes virtuales o sus referentes personales. Ya representaba un esfuerzo aceptar que la gente que se considera a sí misma lo mejor de la sociedad, la depositaria del porvenir, tenga entre sus iconos a un subcomandante, de un ejército irregular cuyo comandante no existe, al que nunca se le ha visto la cara. Ahora hay que aceptar también que buena parte de esa gente reconozca en Osama ben Laden al vengador de los pueblos oprimidos. Y eso lo resitúa todo: la cuestión de la droga y la del racismo, la de la justicia extraterritorial y la de la democracia occidental, las de África, Asia y América Latina, envueltas a la fuerza por el stalinismo en el mismo paquete del Tercer Mundo, y la del antiamericanismo fóbico, la de las migraciones masivas y la de la expansión del islam, la de los populismos y la del petróleo y las energías alternativas, la de la corrupción y la de la mafia y las mafias, la del desastre ecológico, la de la información y la de la contrainformación, la de las revoluciones y la de las masas, la de la Unión Europea y la del imperialismo.

Sobre todos esos asuntos había venido escribiendo en la primera versión, previa a la acción de Mohamed Atta y sus colegas, de *La izquierda reaccionaria*. Con paciencia, procurando dejar de lado pasiones, elecciones éticas y estéticas, dolores y rabias. Pero la experiencia de las Torres Gemelas vino a impedírmelo. Alrededor de 5000 muertos, cada uno una familia, es decir, 20 000 vícti-

mas directas; y 10 000 000 de personas, en estimación del Banco Mundial, que —por quiebras de empresas, suspensión del turismo y otras causas ligadas a los atentados— cambiarían su nivel social, situándose por debajo del umbral de la pobreza. Suspendí entonces la labor porque, de haber seguido en ella, el producto se hubiese parecido más a la feliz salida de tono de Oriana Fallaci que a un ensayo sobre la realidad de la izquierda, y demasiadas cosas hubiesen quedado fuera. No obstante, lo que finalmente consta en estas páginas se relaciona constantemente con ese suceso y los consecuentes cambios del escenario político mundial.

1

LA IZQUIERDA REAL: LO QUE ES, LO QUE NO ES, LO QUE CREE Y LO QUE PUEDE SER. SÍNDROME Y MITOLOGÍA

El concepto de izquierda escapa a las definiciones limitadoras. De hecho, si algo ha caracterizado a las izquierdas desde sus orígenes, ha sido el permanente debate acerca de su propia identidad, lamentablemente mucho más intenso y extenso que el debate acerca de la identidad de las derechas, que no dejan de ser, en el imaginario de la izquierda real, un enemigo difuso con múltiples rostros en el que se funden Adolf Hitler y Winston Churchill, Benito Mussolini e Indro Montanelli, los coroneles griegos y Mario Vargas Llosa, Francisco Franco y José María Aznar, por mucho que el sentido común nos invite a horrorizarnos de tal mezcla. La confusión al respecto es tan enorme que ha alcanzado a las mismas derechas: hemos visto cómo en España los viejos franquistas se convertían en votantes del Partido Popular, cuyo proyecto neoliberal de desregulación del Estado se opone en todos los aspectos al proyecto estatalista, autárquico y corporativo de Franco.

Una parte de la crisis actual de las izquierdas encuentra su fundamento en esas polémicas sobre la propia identidad. Por supuesto que un anarquista jamás ha pensado que los socialistas o los comunistas fuesen izquierda, al igual que los socialistas no lo

han pensado de anarquistas y comunistas. En cuanto a los comunistas, más próximos en eso al fascismo, decidieron desde Lenin no ser izquierda. Y tampoco derecha. Ni siquiera políticos, ya que la política pertenecía a la llamada democracia formal de los Estados burgueses. El ser considerado un político horrorizaba tanto a Stalin como a Mussolini: los dos se veían por encima de esa condición y elegían autodenominarse revolucionarios. Ahora, cuando el definirse como libertario o comunista ya no es algo que corresponda a forma organizativa alguna, y el socialismo que queda vegeta en las filas neoliberales de la socialdemocracia, lo único que resta a las gentes de izquierdas para verse en el espejo es el enemigo; y el enemigo es impreciso y ubicuo hasta el punto de ocupar, además del presente, la totalidad del pasado. Cuando se carece de formación teórica para sostener una posición, y la vaguedad del enemigo es prueba de esa carencia, se termina por adoptar frente a lo real una actitud parecida a la del Babbitt de Sinclair Lewis, la mayor suma de lugares comunes en una sola cabeza que haya reunido jamás la literatura. Todo puede caber en una improvisación ideológica como la de las izquierdas actuales, sin Unión Soviética, sin movimiento obrero, sin Gran Timonel, y de hecho cabe: el mito del *lobby* judío y la convicción de que Cuba es un modelo a emular, el derecho a la diferencia en reemplazo del olvidado derecho a la igualdad, y el enredo, que no la relación, entre lo económico y lo político.

De modo que los términos «izquierda» y «derecha» se vacían hasta volver a designar, como en la revolución burguesa de 1789 en Francia, un lugar en los parlamentos. Con la salvedad de que entonces esos lugares tenían un contenido preciso.

La palabra izquierda

La Real Academia Española de la Lengua, fiel a su misión de limpiar, fijar y dar esplendor a las palabras, tras establecer tautológicamente las acepciones referidas a lo espacial [«izquierda»:

«Mano del lado izquierdo del cuerpo»; «izquierdo»: «Dícese de lo que cae o mira hacia la mano izquierda o está en su lado»; «derecha»: «mano derecha»; «derecho»: «Que cae o mira hacia la mano derecha, o está al lado de ella»], se aboca a una descripción de orden político, llegando, como se verá de inmediato, a definirse a sí misma antes que a las vertientes de pensamiento en cuestión: «izquierda»: «2. Hablando de colectividades políticas, la que guarda menos respeto a las tradiciones del país»; «izquierdista»: «Partidario de la izquierda, en política»; «izquierdo»: «6. Torcido, no recto»; «izquierdear»: «Apartarse de lo que dictan la razón y el juicio»; «derecha»: «Hablando de colectividades políticas, la parte más moderada o que en su doctrina guarda más respeto a las tradiciones»; «derechez, derecheza, derechura»: «calidad de derecho; rectitud, integridad»; «derechamente»: «2. Con prudencia, discreción, destreza y justicia. 3. Directamente, a las claras»; «derechista»: «Persona amiga de la tradición y de las costumbres establecidas, sobre todo en política y otras instituciones sociales»; «derecho»: «2. Recto, igual, seguido, sin torcerse a un lado ni a otro; 7. Justo, fundado, razonable, legítimo». No obstante el escaso tacto demostrado por los redactores de las correspondientes entradas a la hora de guardar una cuando menos elegante neutralidad, y pese a lo tosco y casi brutal de unas frases en las que lo derecho es justo, fundado y razonable, y lo izquierdo, por contrapartida, se aparta de la razón y del juicio, se intuye una adscripción, cierta, de lo derecho a la conservación de un estado de cosas dado, y de lo izquierdo al cambio del mismo. Lo cual no es del todo falso si se excluye de la ecuación lo político, porque es lo político lo que determina que la conservación de ciertos elementos en lo social y en lo material pueda ser progresista, a la vez que determina que ciertos cambios puedan ser profundamente reaccionarios. Ésa es una de las tragedias de la izquierda real de nuestros

días: la abolición de lo político, que trae aparejado el desconocimiento del sentido de los cambios.

Existen, desde luego, aproximaciones al tema algo menos cavernícolas que la de la Academia. Norberto Bobbio, por ejemplo, en una muy fina elaboración [*Derecha e izquierda*, Taurus, Madrid, 1998], llega a diferenciar los fundamentos doctrinales de las dos posiciones apuntando a la priorización, por cada una de ellas, de la igualdad y la libertad. Según el ilustre pensador y político italiano, la izquierda pone el acento en la igualdad entre los seres humanos, en tanto la derecha lo hace en la libertad individual. Así, las luchas de la izquierda se habrían desarrollado en pos de un mejor reparto de las riquezas —lo que es verdad, pero no verdad suficiente—, mientras la derecha habría batallado, sobre todo, por preservar la libertad de los ciudadanos —lo que es, si no rigurosamente falso, sí falaz a la luz de la historia—. Los militantes de las izquierdas han abogado por la igualdad en el reparto de las riquezas, por la igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos y, en el caso de la izquierda marxista, por la abolición de las clases sociales, pero también, y no en segundo término, han combatido por la libertad y las libertades, desde la implicada por el derecho de las naciones a existir como Estados hasta la de elección en el ámbito sexual. Entretanto, las derechas se han empeñado en remitir al último lugar de la lista la cuestión social, valiéndose de un discurso alusivo a las libertades en general y a los distintos y sucesivos derechos de propiedad que en el mundo han sido, desde el que afectaba a los esclavos hasta el que toca a la composición de los accionariados de las grandes corporaciones de hoy. No hay, seguramente, mala intención en la lectura que Bobbio hace de la realidad: sólo hay una ingenuidad inadecuada a la estatura de su magisterio. Cuando su libro se publicó, nos sirvió a algunos como punto de apoyo para defender la supervivencia de una izquierda y una derecha, ante el embate ni-

velador, arrasador, de un discurso político supuestamente nuevo que negaba la vigencia de tales categorías en nombre de un indefinible e indefinido centro político, repartido entre los herederos de las estructuras partidarias de las derechas tradicionales y los socialdemócratas, todos ellos empeñados en la reducción a mínimos del papel del Estado y, en última instancia, en su liquidación. Y si he calificado de supuestamente nuevo el discurso negador o seudosuperador de las diferencias esenciales entre la izquierda y la derecha, es porque, mucho antes de que lo adoptasen los neoliberales de nuestros días, ya había sonado en los labios de los ideólogos del fascismo en los años veinte y treinta, aquellos que, como he apuntado antes, se situaban más allá de la política y pretendían no ser entendidos como políticos, sino como revolucionarios.

Por los días en que apareció la obrita de Bobbio, había que oponerse a ese discurso, había que insistir en la reivindicación de la política y lo político, y había que mantener viva la idea de que una porción de la humanidad estaba del lado del progreso y otra estaba del lado de la reacción, es decir, en oposición a la mejora sustancial de los niveles y las calidades de vida para la mayor parte de la humanidad, y en defensa de una feroz acumulación por parte de una exigua minoría. Eso sigue siendo así en lo fundamental, sólo que la mayoría de quienes se imaginan a sí mismos en el lado del progreso están siguiendo un camino que se contradice con sus propósitos —y hablo de mayoría porque en el ámbito dirigente de la izquierda real contemporánea hay un número no despreciable de individuos que saben perfectamente a qué apunta su batería de consignas: véase el caso D'Alema o, un poco más atrás, el caso Carrillo—. Por dar un ejemplo, digamos que no cabe situar acontecimientos como la conferencia de Durban, sobre la que volveremos más abajo, en la historia de la lucha por la igualdad o por las libertades. El propio Bobbio, un par de años

más tarde, siguiendo a Paolo Bellinazzi [*L'utopia reazionaria, Analisi comparata delle filosofie nazista i comunista*, Name Edizioni, Genova, 2000], empezaría a hablar del comunismo como utopía reaccionaria, diciendo que en el «diseño utópico de transformación radical de la sociedad está implícita una idea antiliberal», [«Nazismo y comunismo fueron reaccionarios», entrevista con Norberto Bobbio de Gian Carlo Rosetti, *El País*, 29-1-2001, inicialmente publicada en *La Repubblica*].

El ejemplo de lo nacional: la autodeterminación

Por los días en que apareció la obrita de Bobbio, anoté en el párrafo anterior, había que insistir en lo político. Lo político era el último lugar en el que los restos de las izquierdas podían sobrevivir en las sociedades abiertas, creándose a sí mismas en formas nuevas, redefiniéndose en términos de futuro mediante una acción concreta en el presente que respondiera a lo mejor de su tradición, y emprendiendo a la vez una crítica seria de lo peor de su pasado, desde las salidas totalitarias y policiales hasta la falta de democracia interna en las organizaciones partidarias; y no porque las derechas no tengan idénticos baldones en su historia, ni porque en los partidos de las derechas de hoy la democracia interna sea una realidad, que no lo es, sino porque esa limpieza deben hacerla las izquierdas. Pero no: todo, todo lo que han hecho las izquierdas en el planeta en los últimos años ha servido únicamente para precipitarlas en el abismo de lo no político, de la abolición voluntaria de lo político, desde la adhesión al nacionalismo vasco —directa y brutal en el caso de los excomunistas, solapada y chamberlainesca en el caso de la socialdemocracia— hasta la fiesta del 11 de setiembre.

Cuando el presidente del gobierno vasco, el *lehendakari* Ibarretxe, lanzó su propuesta de autodeterminación —término terrible, una vez manipulado y malversado por el stalinismo— y su modelo probable de Estado libre asociado para Euskadi, tan

anunciado y poco novedoso como el 11 de setiembre, pero de trascendencia equivalente en su ámbito por lo que demostró acerca de los demás, los excomunistas se pusieron sin vacilar de su lado mientras los socialdemócratas, de nuevo por boca de Pasqual Maragall, lo asumieron con relativas matizaciones: Maragall vino a decir que el proyecto de Ibarretxe coincidía en lo esencial con el suyo, que él denomina, sin explicar demasiado bien en qué consiste, federalismo asimétrico, y que, como el del vasco, no es un proyecto local, para Cataluña, sino un proyecto de reorganización, o de desmembramiento, según se vea, del Estado español. Un Estado que seguiría teniendo todas las obligaciones para con las nacionalidades llamadas históricas —todas lo son, para eso trabajó el Romanticismo, y todas son iguales hasta en lo de creerse diferentes—, pero no conservaría ningún poder de decisión en esos territorios. Desde luego que se trataría de federalismo asimétrico, con un Estado a cargo de las zonas menos desarrolladas y sin la colaboración de las más desarrolladas. Los federalismos reales, es decir, los Estados nacionales surgidos de una voluntad federativa —caso opuesto al que propone una porción importante de los socialdemócratas españoles, que pretenden separar lo que ya está unido para reunirlo luego de otra manera—, tienen la asimetría como tragedia interior, aunque no como factor centrífugo: la federación voluntaria implica delegación de poderes hacia arriba, hacia un Estado central unificador, superador del fraccionamiento de poderes propio del feudalismo, y es un baldón para ellos la no igualación. No es lo mismo nacer en Frankfurt que nacer en Hamburgo, ni nacer en Massachusetts que nacer en Carolina del Sur, y eso no es una solución para la convivencia, ni en Alemania ni en Estados Unidos —donde, por cierto, los desgraciados del sur no se dedican políticamente a montar atentados terroristas contra los afortunados del norte—, sino un problema para los gobiernos.

¿Son los nacionalismos, la asunción en propiedad de los reclamos nacionales, parte de la cultura de la izquierda? Era progreso, por lo que acabamos de decir, el nacimiento de los Estados nacionales superadores de la anarquía feudal. Es progreso la creación de Estados nacionales en las zonas de descolonización, donde no había habido Estado con anterioridad, y eso incluye a Israel y Palestina, en los términos de reparto establecidos en 1947. Pero no es progreso el desmembramiento de Yugoslavia —en el que desde el comienzo participó activamente el socialdemócrata Javier Solana, al ser el primero en reconocer, como ministro del gobierno de Felipe González, la secesión de Croacia y Eslovenia, para terminar, tras la «liberación» de Bosnia, arrasando Kosovo y entregando los despojos a la Conferencia Islámica que ya posee Albania—, ni implicó progreso la independencia de Pakistán separado de la India, ni representaba progreso —y eso nadie lo duda, por curioso que parezca en quienes sí sostienen la conveniencia de subdividir países— la secesión de los Estados del Sur de Estados Unidos, que llevó a la más prolongada y sangrienta guerra civil de la que se tenga memoria.

Los nacionalismos de las llamadas naciones sin Estado subsumidas en un Estado son, en la mayoría de los casos, supervivencias ideológicas del Romanticismo, del que tratamos en otra parte de este libro. Y la respuesta a la pregunta precedente, como se verá, es negativa: las reivindicaciones nacionales por sí mismas no forman parte de la cultura de la izquierda; sí de la del stalinismo. No en vano el primer cargo de relieve de José Stalin en el gobierno surgido de la acción bolchevique de 1917 fue el de comisario [ministro] para las nacionalidades, que ocupó hasta 1922, y desde el cual redactó la *Declaración de los derechos de los pueblos de Rusia*, que preludia la organización futura de la Unión Soviética. Y no en vano fue ésa su experiencia fundamental a la hora de trazar políticas para la época llamada de la guerra fría, que sus

sucesores prolongaron con regular eficacia delante de los procesos de descolonización iniciados al término de la Segunda Guerra Mundial y que alcanzaron su punto más caliente en la década de 1960. El término clave, el que permitió la intervención soviética en esos procesos, solapada —como en el caso del Congo— o abierta —como en el de Argelia—, fue *autodeterminación*, que ya entonces sirvió tanto para un barrido como para un fregado. Se autodeterminan los irlandeses, y quieren autodeterminarse, en relación con los tres países en los que viven, los kurdos. Quieren autodeterminarse los vascos y los corsos, por razones bien diversas. Quiere autodeterminarse Bossi con su criatura, la Padania, que pertenece a las entradas enciclopédicas de geografía fantástica a las que Borges era tan afecto. Se autodeterminó Pakistán. Se autodeterminaron los países africanos en los que finalmente gobernaron los Bokassa y los Mugabe. Se autodeterminaron hutus y tutsis, para que los primeros pudieran acabar con los segundos a machetazos, cortándoles la cabeza y los pies para limar las asperezas étnicas: el azar genético que había hecho más altos a los tutsis. Se autodeterminó Cuba, con crisis de misiles incluidas, y sigue autodeterminándose en la más profunda de las miserias después de la retirada de los rusos. En su día —1824, por 96 829 votos frente a 60 400 favorables a la integración en las «provincias de Centroamérica»— se autodeterminó Chiapas, decidiendo integrarse en los Estados Unidos de México —país federal asimétrico donde los haya— y no en Guatemala: fue una buena opción, al fin y al cabo, y ahora el invisible Marcos y la izquierda del mundo quieren que se autodetermine de nuevo, cosa que no contribuye a la solución de las asimetrías del Estado mexicano.

El profesor Félix Ovejero Lucas [«La autodeterminación y la izquierda», *El País*, 19-2-2001] anota que «la izquierda no se ha entretenido mucho en justificar su reivindicación del derecho a la autodeterminación», incluido en sus programas por «considera-

ciones tácticas, de oportunidad política, precisamente lo que nunca puede suceder con los derechos, que siempre son incondicionales».

Las palabras, y ésta, autodeterminación, es una de ellas, tienen una historia. Lo mismo que la palabra izquierda, sea que se use en singular o en plural. Y lo mismo que la palabra historia. Y cada vez que se las emplea, se pone en el discurso toda esa historia. ¿En nombre de qué habla usted? ¿En nombre de la izquierda? Pues sepa que habla en nombre de la izquierda real, de toda la historia de la izquierda, y de toda la historia de la historia de la izquierda. Es un asunto para pensar seriamente si uno se ve a sí mismo como parte de un sector de la sociedad que desde hace dos siglos discute los determinantes de su propia identidad.

Una respuesta más, pues, para la pregunta de qué es la izquierda: la izquierda real es la historia de las izquierdas, con todo lo que ello implique.

Propondré, antes de cerrar el capítulo, dos respuestas más.

La primera es la que se refiere a la noción de proceso.

La noción de proceso

Atendiendo al problema de la finalidad de la historia, que impregna toda la cultura judeo-cristiana, toda la cultura occidental, y que la diferencia de todas las demás, incluida la islámica, que se propone a sí misma como cierre y, por ende, abolición de lo histórico, la izquierda asume, al menos en el plano teórico, una línea ascendente de desarrollo, lo que suele llamarse progreso. Eso presupone la noción de proceso, rechazada por las concepciones circulares de la historia asumidas por algunas formas dominantes del pensamiento oriental y por un sector del nazismo, ligado a los movimientos esotéricos a los que tanto interés dedicaba el Führer.

Lo que hoy hace que la enseñanza de la historia en España sea profundamente reaccionaria, no es únicamente el incalculable número de mentiras que se vierten en los manuales como consecuencia de pactos políticos del presente sobre el pasado, sino la acumulación desordenada de circunstancias, la presentación de la materia histórica sin respeto por el orden temporal, que desemboca en la abolición de hecho de la noción de proceso y, por tanto, de finalidad en la acción humana.

Lo mismo sucede con las fidelidades, de orden afectivo antes que racional, a lo que aún se denomina revolución cubana, que dejó de ser ambas cosas hace mucho tiempo. Dejó de ser revolución en algún punto situado entre la escabechina de intelectuales de 1966 y el fusilamiento del general Ochoa. Y dejó de ser cubana desde el momento en que los cubanos empezaron a ser las principales víctimas de los acuerdos de Castro con diversas y sucesivas potencias para perpetuarse en el poder: así pasaron por la isla los rusos, los alemanes, los chinos y, últimamente, y sin que ninguno de sus antecesores se haya ausentado del todo, los españoles: todos han invertido un poco a corto plazo y mucho a largo plazo, todos esperan su gran oportunidad después de Fidel, pero todos le han mantenido allí mientras negocian los imposibles términos de la era póstuma, ignorando que la ley de Murphy tiene sus mejores demostraciones en la historia política.

Por otra parte, una de las biblias del capitalismo de la última década, *El fin de la historia* de Francis Fukuyama, va en el mismo sentido. Marx suponía que su propia obra cerraría el camino de la humanidad, y Hegel, que vio pasar en la persona de Bonaparte al Espíritu Universal a caballo, puso el broche en el Estado prusiano, más por razones de supervivencia personal que porque su filosofía fuera necesariamente a desembocar en ello. En eso, la izquierda tiene un lastre insoslayable, del que debe librarse si pretende seguir existiendo. O se recobra la noción de proceso o se

acaba el papel de quienes luchan por el progreso. Engels, pese a las sumisiones múltiples que padeció por obra de su socio desigual, intuyó algo de esto y, a pesar de lo esencialmente positivista de sus respuestas a Dühring, abrió un camino en la *Dialéctica de la Naturaleza*.

Como es evidente, las derechas, Fukuyama incluido, siempre pensaron que su propia época tenía algo de definitivo, pero al menos fueron arbitrando métodos para la defensa de sus propios intereses e hicieron lo posible por conservar sus privilegios. La izquierda real contemporánea, en cambio, desde la rendición de la Unión Soviética, que ya no desempeñaba ningún papel de progreso pero aportaba algo a la persistencia en lo simbólico de la idea de revolución, parece haber abdicado de todas las posiciones de poder que podía haber alcanzado a lo largo de un siglo y medio de luchas, desde la Comuna de 1848.

La noción de proceso y lo que pasó en Rusia, China y Cuba

Los nuevos capitalistas rusos, pocos e infinitamente ricos, no han surgido de las filas de los sin poder, sino del propio Partido Comunista y de los aparatos de seguridad, al igual que Gorbachov, Yeltsin y Putin. La forma en que fueron preparando su toma del poder, la contrarrevolución desde el interior de la revolución y a partir de la podredumbre de la revolución, implicó una prolongada, oscura y cuidadosa labor: esa labor permitió el paso del mercado autárquico al mercado mundial a la vista de todo el mundo y en sólo cinco días: los de agosto de 1991 en que Gorbachov permaneció en su dacha para permitir a Yeltsin hacerse cargo del poder con todas las apariencias de un golpe de Estado, aunque hay que recordar que, aún formalmente detenido, el presidente depuesto escribió a Gro Harlem Brundland, primera ministra de Noruega, en apoyo al gobierno que lo había desplazado, asegurando que iba a instaurar «un nuevo orden mundial». Con Yeltsin, en efecto, se quebró definitivamente la autarquía, ya muy

mermada, y los antiguos dirigentes comunistas se convirtieron en los nuevos patronos. Tal vez no sea del todo desatinado situar el comienzo de esa transformación en el XX Congreso del PCUS, en 1956, cuando Kruschev y unos pocos más seguían creyendo en la patria soviética del proletariado: de ahí que el informe «secreto» del secretario general se filtrara a Occidente en el mismo instante en que era debatido. Desplazado Kruschev y tomado en su totalidad el aparato del Partido, se procedió a la depuración del KGB y del ejército: pocos de los generales de tradición stalinista que habían sobrevivido a Siberia sobrevivieron a Afganistán, una guerra con todo el aspecto de haber sido creada para la derrota. Los jerarcas implicados en todo ese trámite, cuyos nombres ilustran hoy numerosas cuentas corrientes en todo el mundo, incluidas las que la mal llamada mafia rusa tiene en Marbella —mal llamada porque una mafia es alternativa al Estado y ésta está firmemente ligada a él—, sabían ya, alrededor del año 1970, que la única oposición política que les quedaba por liquidar era la que sin duda iban a encontrar en los partidos comunistas de Occidente tan pronto como revelaran sus verdaderos propósitos. De modo que procedieron a su liquidación sistemática a través de los dirigentes más fieles a Moscú, los tipos como Santiago Carrillo, a los que se podía encargar cualquier cosa, incluso que se desdijeran de su propia trayectoria de cuarenta años —a contar desde la guerra—. Así nació el eurocomunismo, una versión de la socialdemocracia, ligeramente más roja que la oficial, a la que, a la larga, como ya se ha visto, no le iba a quedar otra salida que integrarse en la socialdemocracia general. El eurocomunismo entró por la puerta que había abierto en 1965 Roger Garaudy —traidor de traidores que recorrió un largo camino, con variadas estaciones, desde su papel de teórico marxista e ideólogo del Partido Comunista Francés hasta el de propagandista del islam integrista en Granada, pasando por el negacionismo del Holocausto, al servi-

cio de cuya causa escribió *Los mitos fundacionales de la política israelí*, digno sucesor de los *Protocolos de los sabios de Sión*—, que por entonces convocó al diálogo entre cristianos y marxistas a título de novedad, desarrollando un vínculo que existía en Italia, España y Francia desde hacía muchos años. Así fueron liquidados, desde el interior, los partidos comunistas de gran peso electoral, como el italiano, el francés o el chileno, o de gran peso simbólico, como el español. Y así fue como los militantes se quedaron con la boca abierta y eligieron no contar nada de su pasado a sus hijos, por aquello que expresa el tango en un verso: la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser. La URSS implosionó para volcarse en el segundo capitalismo más salvaje de que se tiene noticia en estas fechas; el primero es el chino, con sus zonas especiales, su matanza de inútiles niñas, su comercio de órganos de condenados a muerte y un largo etcétera.

Rusia se encuentra en plena degradación. Se puede entender que el Ejército Rojo fuese derrotado en Afganistán, con sus 23 millones de habitantes, sus 652 000 km² (un 20% más que España, aproximadamente) y su accidentadísima superficie, con grandes cadenas montañosas y valles de difícil acceso, aun desde el aire. Pero que no consiga controlar Chechenia, con sus 11 000 km² (poco más que la comunidad de Madrid, que tiene 7995 km²) y sus 1 250 000 habitantes, un cuarto de los cuales viven en la capital, Grozni, es algo muy diferente. Sobre todo, teniendo en cuenta que según Mariano Aguirre, del Centro de Investigaciones para la Paz de Madrid, hay estacionado un contingente de 100 000 soldados rusos en ese territorio, uno por cada doce habitantes y nueve por kilómetro cuadrado. El ejército ruso contaba en 1991 con 3 993 000 efectivos, y se pensaba en reducir esa cifra en un millón y medio para 2002. De haber sido ésa la reducción, seguiría habiendo dos soldados rusos por cada checheno, incluidos niños, ancianos y mujeres. Pero no: la realidad es que en 2002 el ejército

ruso llegó a tener 1 200 000 soldados, de los cuales 200 000 estaban a punto de ser licenciados. Aproximadamente un soldado por checheno. Y sin embargo, esa guerra no se termina de definir.

De un lado, está el innegable fanatismo checheno. Putin, interrogado en Bruselas por un periodista sobre la situación de los derechos humanos en Chechenia, le soltó un discurso agresivo, revelador de todo su cansancio en relación con ese problema. Allí, le dijo, «si es usted cristiano, está en peligro, pero si decide renunciar a su fe y se convierte al ateísmo, también estará entre los que ellos se plantean liquidar. Hacerse musulmán tampoco le salvará, porque consideran que el islam tradicional también está reñido con sus objetivos. Si decide convertirse al islamismo radical y está dispuesto a hacerse la circuncisión, le invito a Moscú. Nuestro país es pluriconfesional y tenemos especialistas en el tema. Recomendaré que le hagan la operación de tal modo que nunca más le crezca nada» [narrado por Roberto López Belloso en «Kaliningrado, el enclave que eclipsó a Chechenia», *Brecha*, Uruguay, noviembre de 2002].

Del otro lado, está la casi total ineficiencia del ejército ruso. Según Alexéi Arbatov, vicepresidente del Comité de Defensa de la Duma, «al ejército ruso se le teme como aliado, no como contrincante», [*El País*, 24-2-2002]. Por una parte, están las deserciones, los problemas para completar las levas, objeción de conciencia incluida —pese a lo cual se recurre a las redadas y el reclutamiento forzoso, aún de enfermos e inválidos—, las desastrosas condiciones socioeconómicas, y la corrupción, que ha hecho que haya cuarteles con la luz cortada por falta de pago. Por otra parte, hay que tener en cuenta la información de *webislam.com*, del 12 de junio de 2002, en el sentido de que el «Comité Ifta de Rusia, en colaboración con el Ministerio de Defensa de ese país, ha publicado varios libros islámicos, incluyendo copias del Sagrado Corán en idioma ruso para militares de esa nacionalidad, según in-

formó el periódico *Izvestia*. Dichas publicaciones han sido revisadas por varios eruditos musulmanes, entre ellos algunos muftís. Los libros y folletos explican los principios y prácticas básicas del islam. Su publicación ha sido el resultado de las peticiones realizadas por los militares musulmanes rusos de este tipo de libros, en especial copias en los idiomas ruso y tártaro del Sagrado Corán. Según el periódico, el número de musulmanes dentro del Ejército ruso está creciendo rápidamente».

El Ministerio del Trabajo y Desarrollo Social ruso estima en un millón el número de niños de la calle que tiene el país, la fiscalía general calcula dos millones, el Ministerio del Interior se extiende hasta los dos millones y medio, el Consejo de la federación (Senado) pone la cifra en tres millones, y los expertos independientes la elevan a cuatro, informa Rodrigo Fernández [«Rusia afronta el drama de los niños de la calle», *El País*, 24-2-2002]. Teniendo en cuenta que la población de la Federación Rusa es de 148 millones de habitantes, y que 31 de éstos se encuentran en la franja de edad entre 0 y 14 años, estamos hablando de un niño de cada ocho habitantes. Aquellos que son recogidos por las autoridades e internados en orfelinatos escapan al poco tiempo y entran en la droga, la prostitución y el crimen. Sólo en Moscú hay no menos de 50 000 niños vagabundos, y en San Petersburgo no menos de 40 000. Las mafias que explotan niños cuentan con la colaboración de un buen número de policías, y su actividad va desde la prostitución hasta la mendicidad, en la que hay sumas diarias mínimas y pagos que a menudo se realizan sólo parcialmente en dinero: el pegamento para esnifar es un valor añadido. Hay que apuntar que, en la mayoría de los casos, los menores han huido de sus hogares a causa de los malos tratos, muy relacionados con el alcoholismo, o han sido abandonados.

Respecto de la corrupción en la clase política, baste un botón para muestra. En su número del 8-5-2000, el semanario *Tiempo*

publicó un extenso artículo de investigación titulado «Caso Putin: La conexión española», firmado por Carolina Martín y Samuel Hutchinson. En él se explica que Putin y otros hombres del entorno inmediato del alcalde de San Petersburgo, Anatoli Sobchak, distrajeron, entre 1993 y 1995, más de 22 millones de dólares de las arcas del ayuntamiento, concediendo préstamos a empresas, en primer término la Twentieth Trust, de Sergei Nikeshin, diputado al Parlamento de Petersburgo y vicepresidente del comité presupuestario del mismo, además de administrador de varias empresas en Torrevieja, Alicante, a las que transfirió gran parte del dinero. La deuda de Nikeshin con el ayuntamiento de su ciudad era en 1997 de 28 millones de dólares, destinados en principio a construir un centro de negocios local que jamás se materializó y a restaurar un convento ortodoxo en Israel (!!!). La Guardia Civil cuenta con un grupo operativo especializado en delincuencia organizada de origen ruso, pero en el momento en que apareció el reportaje había transferido a otro la investigación de los negocios de Nikeshin. Por su parte, «las autoridades rusas retrasan o envían el mínimo para esclarecer el origen del dinero que se invierte en España», dice textualmente una fuente de la Benemérita.

Con este panorama por delante, discutir la minucia metodológica de la fuerza encargada de liberar el teatro de Moscú, tomado por hombres de Basáyev, es una tontería. Aunque haya que precisar que, por bestias que hayan sido los geos de Putin, difícilmente superen a los chechenos. No es muy seguro un país donde es posible asesinar al gobernador de una provincia en plena calle céntrica de la capital —Novi Arbat— a las nueve de la mañana: eso fue lo que le ocurrió a Valentín Tsvetkov, gobernador de Magadán, situada en el extremo oriental de Rusia, el 19 de octubre de 2002, un par de días antes del secuestro del teatro Dubrovka, y es

probable, a la vista de lo ocurrido, que no hubiese nadie más adecuado para ocuparse de los rehenes.

El desvanecimiento del sueño comunista soviético dejó unos cuantos cadáveres por el camino. Cuba es el más notable.

La sociedad cubana se degrada incesante y dolorosamente. Nadie puede creer ya que esa realidad tenga algo que ver con pasados proyectos igualitarios. Hay hambre, hay prostitución, hay miedo, hay hastío, hay una desesperación tal que cada día son más —incluidas antiguas personalidades del régimen— los que se echan a nadar hacia las costas de Estados Unidos, conscientes de que uno de cada cuatro muere en el intento de alcanzarlas. En el muro de Berlín, la muerte era más rápida y menos cruel. Y hasta tenía un mayor sentido, porque aún existían los dos bloques, y el capitalismo principal, con todas sus lacras, era una alternativa a las lacras del capitalismo autárquico o socialismo real.

Durante treinta años, la Unión Soviética proporcionó a Cuba una ayuda de 5000 millones de dólares anuales, es decir, 500 dólares por habitante. Una suma envidiable para cualquier otro país del área, cuya renta per cápita en moneda equivalente no alcanzaba ese nivel. Y, al cabo de esas tres décadas, se descubrió que todo ese dinero había pasado por allí sin dejar la menor huella: no se había abandonado el monocultivo, lo cual, suceda lo que suceda en el futuro, dificultará la instalación de Cuba en el mercado mundial; no se había diversificado la producción agrícola dirigida al consumo interior ni se había fomentado la cría de ganado y de animales de granja, con la honrosa excepción de la célebre vaca lechera de Fidel, cuya estirpe no prosperó; tampoco se había instalado una sola fábrica de conservas ni se había organizado un sistema de transportes para evitar que los alimentos proporcionados por la naturaleza se pudrieran al pie del árbol; y tampoco se había desarrollado la pesca, porque es imposible abrir la isla al mar sin correr el riesgo de las deserciones masivas.

Si un saldo positivo había quedado, era el número y la calidad de los profesionales que había formado la universidad, que en la primera oportunidad que se les presenta se van a ejercer a otra parte: como en el caso de Argentina, España es la principal beneficiaria de esa fuga de cerebros, como se decía en los años sesenta.

En cambio, Cuba ha invertido bienes y hombres en guerras que sólo un sentido stalinista del humor permite llamar «de liberación» —como la de Angola, que ni siquiera ha terminado, salvo para el general Ochoa y sus amigos—, y ha influido en la política de América Latina y de África, trabando oscuras alianzas con personajes que poco o nada tenían ni tienen que ver con ningún espejismo socialista, desde Mengistu hasta Noriega, pasando por Videla, «general patriótico y antiimperialista», según aleccionaba a diario Radio La Habana. Lo que ha quedado, finalmente, de todos esos alardes tácticos y estratégicos, es una enorme miseria en todos los órdenes. Porque las carencias cubanas no son únicamente materiales: bien lo saben los familiares de los ciclistas habaneros asesinados de un palo en la nuca durante alguno de los frecuentísimos apagones, con el solo fin de robarles el vehículo.

¿Quién tiene la culpa de todo esto? La respuesta de la izquierda es tajante: el imperialismo norteamericano con su bloqueo. Toda la izquierda, y hasta una parte de la derecha, la más ingenua, coinciden en afirmar que no habrá solución política ni económica para Cuba mientras Estados Unidos no levante el bloqueo a la isla. Lo expresan como si el comercio exterior cubano hubiese estado suspendido en su totalidad desde el 1 de enero de 1959. Y, lo que es más llamativo, son muchos los españoles que lo creen, ignorando que España, durante el franquismo y después del franquismo, no dejó jamás de comerciar con Cuba, y que la reducción al mínimo de las compras de azúcar y tabaco no obedeció en su día a la sumisión del Estado español al imperialismo, sino al simple hecho de que la vida económica de varias de nues-

tras provincias está ligada a la remolacha y el tabaco. Más aún: el Departamento del Tesoro de Estados Unidos dio a conocer en 1994 el hecho de que empresas americanas habían comerciado con Cuba durante diez años, a través de filiales en el extranjero, por valor de 700 millones de dólares al año.

Lo cierto es que hoy Cuba no comercia porque no tiene con qué: sus productos tradicionales han sido sustituidos por otros, locales, en la mayoría de los países otrora compradores. Lo mismo ocurre en muchas otras naciones subdesarrolladas, sobre las cuales no pesa embargo alguno pero cuyas economías dependían de necesidades ajenas, ahora autosatisfechas. El bloqueo americano ha restado algunos clientes a Cuba, pero no ha perjudicado su comercio en la medida en que lo ha hecho el monocultivo. No es novedad: lo sabían y lo dijeron en su momento los economistas soviéticos y franceses que polemizaron con Ernesto Guevara, a la sazón ministro del ramo, en los primeros años sesenta, sin que el Che ni Castro les hicieran caso. Por último, el argumento de oro de que el bloqueo americano impide a Cuba comprar petróleo, no proporciona respuesta para la pregunta de oro: ¿con qué puede comprar petróleo Cuba?

Sólo un antiamericanismo cerril, y de eso sobra en la izquierda, puede explicar el que se atribuyan al bloqueo todos los males de Cuba y el que se cifren en su finalización todos sus remedios. En realidad, sólo existen en la actualidad tres impedimentos de peso para el levantamiento del embargo: el proverbial empecinamiento de algunos dirigentes mafiosos de los sectores más reaccionarios de la comunidad cubana de Estados Unidos, que insisten en su mantenimiento y que, con un cierto respaldo electoral en el estado de Florida, se arrogan la representación del conjunto; el ya herrumbroso anticomunismo de algunos líderes de tendencia en el interior del Partido Republicano, que no quieren entender que el fin del bloqueo es la mejor fórmula para acelerar la

caída de Castro, o que no tienen prisa si la espera se ve compensada con una liquidación brutal y definitiva del castrismo, sin transición ni acuerdos; y el hecho de que *el bloqueo es la gran coartada de Fidel Castro*, que se ampara en él para explicar hambres, enfermedades, corrupciones e ineptitudes. Las cosas funcionan como funcionan, dice el comandante en jefe, por culpa del enemigo americano. Tampoco es novedad: la mayor parte de las castas en el poder en la América hispana se valen del fantasma del imperialismo desde hace un siglo, tanto para lavar sus culpas endilgándolas a otros como para ganar elecciones con discursos populistas que no perjudiquen sus propios intereses. Sin esa coartada, ¿cuánto tardarían los cubanos en reconocer sin ambages el fracaso histórico de la revolución que ha marcado casi la mitad de su vida como nación independiente?

Cuanto más tarde caiga Fidel Castro, menores serán las posibilidades de Cuba de ser la nación que fue, y mayores las de retrogradar hasta convertirse en un infierno como Haití. Cuanto más se resista Fidel Castro a abandonar el poder, más violento será el final del régimen, aunque él muera en la cama. No hay nada que defender en la Cuba actual: los avances en el terreno de la educación y de la sanidad con que suele justificarse la totalidad de la acción política de la revolución, pese a ser menores que los alcanzados en varios países capitalistas, no se sostienen si no hay comida. Y no hay comida en Cuba. No hay medicinas en Cuba. No hay libros en Cuba. No hay ropa en Cuba. No hay transporte en Cuba. No hay libre circulación de personas en Cuba. No hay sinceridad en Cuba, porque hay miedo en Cuba. Y cada vez hay menos cubanidad en Cuba, el país de América con un mayor número de exiliados en proporción a su población que haya existido, y con un mayor número de rehenes, y con el grueso de su cultura viva en la diáspora. Y sólo un cínico redomado puede decir que hay un principio que defender en Cuba, sea que se llame socialis-

mo, sea que se llame igualdad. Cuanto más tarde caiga Fidel Castro, menos habrá de todo. Menos Cuba habrá. Y las gentes de las izquierdas, las que hace cuarenta y cuatro años depositamos nuestras esperanzas de transformación en la revolución cubana, debiéramos ser las más críticas, las más interesadas en que esa pesadilla no se prolongue. Si es necesario, reclamando el fin del bloqueo, pero con conciencia de que el final del bloqueo es el final del régimen, el más deseable, el menos sangriento de los finales.

¿Y China? El país de la «verdadera» revolución, tan distinto del social-imperialismo soviético. El 17-6-2000, *El País* publicó un artículo de Thomas Fuller, aparecido inicialmente en el *International Herald Tribune*, titulado «China comercia con riñones de presos ejecutados» y subtitulado «Cientos de enfermos renales malasios acuden a clínicas chinas, en donde pagan por un trasplante procedente de reos ajusticiados». Empieza narrando la experiencia de los malasios que fueron a China, con no menos de 10 000 dólares en metálico, y se encontraron «una cultura médica en la que los riñones se otorgaban a quien tenía dinero y un médico era capaz de suspender el tratamiento si un paciente no pagaba». «Los cirujanos —continúa Fuller— les aconsejaban que esperasen hasta una fiesta importante, que es cuando las autoridades suelen ejecutar a la mayoría de los presos. El método preferido de pena capital en China, el tiro en la nuca, sirve para los trasplantes porque no contamina los órganos de los presos con sustancias químicas venenosas, como la inyección letal, ni afecta directamente al sistema circulatorio, como lo haría un tiro en el corazón». Pero la parte más extraordinaria del relato es la que se refiere a la publicidad del negocio y la institución que la facilitó: cuenta Fuller que en «1998 dos médicos [...] de Chongqing vinieron a Malaca y hablaron en el capítulo local del Lions Club sobre sus procedimientos». «La pena de muerte en China se aplica a

delitos que en los países occidentales no se considerarían crímenes capitales», dice Roy Caine, cirujano que enseña en Cambridge. «Es imposible saber cuántos asiáticos viajan a China en busca de trasplantes de órganos —apunta Fuller—, pero los datos extraoficiales indican que la cifra es de varios centenares al año». ¿Es ése el resultado de medio siglo de socialismo, o el Gran Timonel emprendió la Larga Marcha únicamente para poder hacer, también él, una experiencia capitalista autárquica?

En todo caso, ésa es la China que el 15 de noviembre de 1999 firmó un acuerdo con Estados Unidos sobre las condiciones para entrar en la Organización Mundial del Comercio, aunque el PIB per cápita, calculado en dólares en relación con el poder adquisitivo, sea de 3970, aproximadamente una octava parte del estadounidense (31 488) y algo más que la mitad del de Brasil (6990).

También es la China que, por las mismas fechas, se preparaba para recibir Macao, entregada por Portugal. Macao tiene 22 km^2 (Barcelona y su cinturón ocupan 3200 km^2) y 450 000 habitantes, sus casinos permanecen abiertos las 24 horas del día, hay loterías y apuestas a los caballos y a los galgos, de modo que el juego constituye el 90% de los ingresos de la región y en 1998 representó 2500 millones de dólares. El propietario en monopolio de ese imperio y de las actividades aledañas —viajes desde Hong Kong, prostitución, préstamos usurarios— se llama Stanley Ho, es uno de los hombres más ricos del mundo, posee empresas en Estados Unidos, Hong Kong, Filipinas, Canadá, Australia, en la misma China, en España —el 25% de uno de los casinos de La Manga— y, ¡oh, delicias de la colonización y la descolonización!, controla en Portugal los casinos de Estoril y Povoa de Varzim, y tiene una participación en el Crédito Predial Portugués, en manos del Banco Santander Central Hispano. China, naturalmente, ha asumido Macao como «zona especial». [«Las mafias chinas tratan de hacerse con el control del juego en Macao», por Javier García, en-

viado especial, *El País*, 18-12-1999]. Aunque cabe preguntarse quién colonizó a quién a estas alturas, digamos que la potencia colonial portuguesa se ha retirado de Macao. Eso sí: quien se autodeterminó fue Stanley Ho, y no el pueblo inexistente de Macao.

Habría que apuntar que el negocio de los órganos no es exclusivo de los chinos. Muchos niños de la calle de Brasil, y no pocos de Rusia, han sido secuestrados y asesinados para robarles las vísceras. Y el 29-12-1999, *El Mundo* publicó un espeluznante artículo de David Jiménez titulado «En el Mercado de órganos de Tondo», donde explica que allí, en «el barrio más pobre y violento de Manila, desesperación y falta de escrúpulos han coincidido para formar el mercado de órganos, donde cada pequeña chabola es un comercio y lo único en venta, sus habitantes. Para sobrevivir en Tondo, las niñas y las mujeres alquilan sus cuerpos; los jóvenes y los hombres donan parte de los suyos». Son ya cientos los habitantes de esa chabolada que han vendido sus riñones: las mafias cobran hasta cinco millones de pesetas al receptor y pagan entre 200 000 y 400 000 al «donante». «Nadie conoce el número de órganos que se han vendido en Tondo, pero con [...] las mafias distribuidas por toda la ciudad de Manila, no hay duda de que la pobre capital filipina se ha convertido en uno de los centros mundiales del tráfico de órganos. Uno de los médicos que han realizado los trasplantes, que prefiere no dar su nombre, calcula en varios miles el número de órganos vendidos desde 1991». Pero claro, eso sucede en Filipinas, un país atrasado, seguramente por culpa del imperialismo, y no en un país donde se ha hecho una revolución política y, por si eso no bastara, también se ha hecho una cultural.

Año y medio después de la firma del acuerdo para el ingreso en la OMC y de la recepción de la zona especial de Macao, Jiang Zemin firmó un acuerdo de amistad con Vladimir Putin, que incluyó el mantenimiento del tratado antimisiles balísticos por

veinte años y el reconocimiento por Rusia de la soberanía china sobre Taiwan [«China y Rusia entierran medio siglo de rivalidad», Luis Matías López, *El País*, 17-7-2001] «para contrarrestar la hegemonía de Estados Unidos».

Cuatro días más tarde [*El País*, 23-7-2001], aparecía un artículo firmado por Jordi Solé Tura —otrora prohombre del comunismo catalán, actualmente prohombre de la socialdemocracia española—, titulado «La China de hoy... y la de mañana». En las mismas fechas en que Jiang Zemin se había desplazado a Moscú, Solé Tura había visitado China con una delegación del Senado español que devolvía la visita hecha un año antes por representantes de la Asamblea Popular Nacional china. Y había vuelto entusiasmado, maravillado por el hecho de que el país, de 1300 millones de habitantes, hubiese logrado el sueño del príncipe de Salina, de cambiar sin cambiar, a diferencia de Rusia, donde el capitalismo había entrado a saco y de un día para otro. Es de hacer notar la gran admiración de Solé Tura por el «conductor de un cambio tan sutil, el veteranísimo Deng Xiaoping [que] fue el mismo que resolvió la dificultad de integrar plenamente Hong Kong en la China oficialmente comunista con el concepto de *Un solo país, dos sistemas*», y su fervor al anunciar que China, «a finales de este año 2001 dará un paso de gigante en un terreno menos espectacular y tanto más decisivo como es la entrada en la Organización Mundial del Comercio y se convertirá en una de las estrellas del comercio libre sin dejar de ser oficialmente un país marxista-leninista».

Todo eso fue un golpe mortal para la noción de proceso, en la medida en que lo fue para la noción de finalidad: los rusos y los chinos vinieron a demostrar que la lucha, política o armada, no tiene sentido. Obviamente, tiene sentido, pero no es el que el stalinismo y el maoísmo le dieron. Cierto que no había que ser un lince para comprender que la URSS no era un país socialista ni

una democracia obrera, pero de todos modos la *perestroika* y la *glasnost* y todo el discurso que permitió ir levantando la cortina para mostrar el escenario real, así como lo que vino después, desalentaron a la gran mayoría, quizá definitivamente, y ahora ésta vive vicariamente las acciones ajenas, aunque las perpetre Ben Laden. Eso en el plano subjetivo. En el objetivo, lo que se demostró fue que la historia no tiene cierre, que sólo se alcanzan objetivos parciales y que cada época genera nuevas necesidades.

Una izquierda viva será aquella que recobre las nociones de proceso y de finalidad de la historia como un conjunto dinámico, constante y temporalmente ilimitado.

En última instancia, esas nociones no se realizan necesariamente en el comunismo ni en la socialdemocracia, sino en el espacio de legitimidad de la república, un espacio pedagógico, de educación y mutua adaptación colectiva para el desarrollo de la democracia.

La izquierda está para abrir aún más las sociedades abiertas, pero atendiendo a su preservación y no contribuyendo a su ruina con el argumento de la «superación».

Síndrome y mitología

La segunda respuesta a la cuestión de qué es la izquierda pasa por la crítica de la pregunta misma. ¿Es legítimo interrogarse acerca de qué es la izquierda? ¿Legítimo preguntarse qué es *ser* de izquierdas? ¿No se trata de una inquietud esencialista y, por lo tanto, reñida con las ideas de proceso y progreso? En realidad, se *está* en la izquierda. La izquierda es un lugar, un punto de vista. Y el punto de vista no es necesariamente el espacio de la acción, que puede realizarse en cualquier otro sitio. Por otra parte, el lugar desde el cual se observa la realidad en el trámite de su conversión en lo real, no es determinante de los resultados finales de la observación, en la medida en que el observador mismo interviene en los fenómenos y en la medida en que la realidad se refleja

de manera invertida en la cabeza de los hombres, en lo que ha insistido un buen número de pensadores marxistas.

Sin embargo, sea que se *esté* en ella o se *sea* ella, la izquierda real es algo.

Es un síndrome. Y a la vez, y de manera indisociable, una mitología.

César Alonso de los Ríos, ilustre creador de la mítica revista *La Calle*, referente de las izquierdas de la transición, y con una trayectoria ideológica en la que no ha hecho concesiones a ningún prejuicio, definía hace poco [«Ser progresista hoy», *ABC*, 17-9-2002] en un artículo, que no me resisto a citar extensamente por su extraordinaria precisión, «una serie de elementos que componen el imaginario de un progresista español a comienzos de este siglo», y quien dice español, para el caso, puede decir europeo, latinoamericano o, incluso, norteamericano de izquierdas de la especie Chomsky, o sea, un progresista occidental en general. Aunque algunas de las menciones sean específicamente españolas, tienen su correlato en otras realidades.

«—El antiamericanismo como principio orientador en política internacional. Cualquier enemigo de Estados Unidos debe contar con la comprensión del verdadero demócrata. Así, por ejemplo, Sadam Husein.

»—Quien representa verdaderamente a Estados Unidos es Bush. Los demócratas son una debilidad del sistema. Todos están por la pena de muerte, pero tan sólo Bush goza con ella.

»—Norteamérica vive de una permanente caza de brujas. Ayer, gracias a la guerra fría; hoy, a la lucha contra el terrorismo.

»—Todo hecho que pueda conducir a la solidaridad con Estados Unidos debe ser tratado con reservas. Por ejemplo, la "sospechosa" destrucción de las Torres Gemelas.

»—La seguridad es un principio de la derecha, y se da a costa de la libertad. [...]

»—El progresista debe distinguirse del conservador en su percepción del inmigrante y del multiculturalismo como el método para que las gentes del pueblo, los más débiles económicamente, luchen entre sí. La racionalidad del proceso está en la cabeza del ilustrado a costa de los odios del ciudadano de base.

»—El lugar de los sindicatos está en la calle y en la empresa estatal. [...]

»—La realización del ser humano, hoy, se hace en el ámbito local y en la cultura local. El universalismo, que dio grandes frutos, ya no es de fiar. Está controlado por las tecnologías financieras e informáticas. Por el imperio.

»—El discurso político debe abandonar los intereses comunes, globales, propios de la mayoría de la sociedad, y atender a la fragmentación de ésta. [...]

»—La Guerra Civil del 36 sigue siendo la gran fuente "ideológica". [...]

»—La destrucción de los mitos españoles debe ser sustituida por los mitos nacionales-regionales. Arana frente a Unamuno; Prat de la Riba frente a Cambó; Montserrat frente a Covadonga; el Modernismo frente al Barroco. [...]

»—El progresista debe alinearse con los enemigos de España.

»—El método para desactivar el conservadurismo y la patria es el diálogo con todos los enemigos.

»—El control de la memoria es clave y debe reposar en esa clase de clérigos intelectuales mantenidos por el complejo industrial/ideológico que favorece tanto al partido como a la empresa».

Hasta aquí, Alonso de los Ríos.

Resumiendo el resumen: antiamericanismo; alineación incondicional con los enemigos de Estados Unidos; identificación de seguridad con represión; renuncia a la consideración del problema migratorio como tal problema; valoración equívoca del papel histórico y presente de los sindicatos; apoyo a movimientos fragmentadores de la sociedad y del Estado; rechazo de valores que en el pasado pertenecieron a la izquierda, como es el caso de la familia; subestimación del papel de lo religioso e incomprensión del sentido de lo laico; subestimación, cuando no rechazo, del papel de la propia condición nacional; manejo de la memoria. Una perfecta descripción clínica del síndrome.

La mitología que lo sustenta, que es inseparable de él y que, en buena medida, lo genera, está sugerida en la misma lista: el mito del imperialismo en un solo país y, por tanto, del imperio como unidad de poder y de acción, que es lo que el progresista medio denomina globalización; el mito multicultural —que se complementa con el mito de la lenidad política de las religiones y con el de la corrección política—; el mito sindical; el mito nacional local o étnico, que nuestro autor tipifica para España pero que tiene su correlato en otras sociedades: así como se exalta a Arana contra Unamuno, se exalta a Toro Sentado contra Custer o Miles, en nombre de la nación lakota, o la nación india, y en contra de la nación americana, igual que a los caciques contra Roca en la Argentina; el mito de la liberación sexual; el mito del pensamiento estático de las derechas y de las izquierdas, que no deben moverse jamás del mismo punto; el mito del diálogo con el enemigo. A los que yo agregaría el mito ecológico, el mito pacifista y las supervivencias de tres grandes mitos del siglo XX sólo en apariencia superados: el del proletariado universal, el de la raza aria y el de la guerra fría, que hoy se realizan en el mito de los pueblos oprimidos —el imperialismo, fase superior del capitalismo, dejó dicho Lenin—, en el antisemitismo y en el proyecto de la justicia

universal, extraterritorial, que lo hace perseguible casi todo en todas partes, aboliendo de hecho el derecho de asilo, que en muchas ocasiones beneficia a los peores, pero a veces también a los mejores: los que reclaman juicio a Kissinger suelen olvidar que, con el mismo rasero, se podría reclamar el procesamiento de Fidel Castro, y que hasta en la profesión más sórdida del mundo, que es la de espía, hay santuarios.

Esa mitología tiene que estar acompañada de realizadores. El 30-4-2000 se publicó en *El País Semanal* un artículo de Joaquín Estefanía titulado «O luchas o te callas», en cuya entradilla se afirma que las que se presentan en esas páginas «son las caras del contrapoder en el mundo. Gente que lucha a favor de los débiles, en una batalla desigual, contra las injusticias de los grandes poderes». Conociendo el rigor profesional del autor del texto, se puede tener la lista tanto por completa como por representativa: Jody Williams, norteamericana, 49 años, Premio Nobel de la Paz por su coordinación de la Campaña Internacional para la Prohibición de las Minas Antipersonas, en la que aglutinó a un millar de ONG de todo el mundo; José Bové, francés, 46 años, fundador de la Confederación Campesina, luchador antiglobalización, criador de ovejas, antimilitarista, cooperativista, antinuclear; John Zerzan, norteamericano, 57 años, abogado, anarquista, sin coche ni ordenador, se opone a la que llama sociedad de las tecnologías y al consumo, y se hizo famoso en Seattle; Vandana Shiva, india, no consta la edad, empeñada en la defensa de los pequeños agricultores y las mujeres, de sus tierras y sus derechos, frente a los grandes poderes políticos y económicos: escribe Estefanía que «le ha plantado cara a la "biopiratería" de las multinacionales, que considera que arrebatan en forma de patentes los conocimientos ancestrales de las poblaciones indígenas y que quieren imponer una agricultura de productos transgénicos», cosa que considera «una nueva forma de colonialismo»; el Dalai Lama, ti-

betano, cabeza de Estado y líder espiritual de su pueblo, en el exilio desde 1959 a causa de la ocupación por China de su país, «responsable», en palabras del autor del texto, «de la expansión de los principios budistas en Occidente», lucha por un Tíbet libre de China, un Estado desmilitarizado, pacifista y neutral; Somaly Mam, camboyana, 30 años, vendida como esclava y obligada a ejercer la prostitución, el hombre con el que se casó en 1991 la sacó de los burdeles de Phnom Penh, y desde entonces lucha por las mujeres que no tuvieron su misma fortuna: fundó Acción para Mujeres en Situación Precaria y obtuvo el Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional por su defensa de la dignidad de la mujer; Wole Soyinka, nigeriano, 65 años, escritor, Premio Nobel de Literatura en 1986, lucha contra las dictaduras africanas, y en especial la de su país, como intelectual comprometido [no se apunta con precisión el carácter de ese compromiso]; Aung San Suu Kyi, birmana, no consta la edad, Premio Nobel de la Paz 1991, soportó seis años de arresto y sigue luchando por el restablecimiento de la democracia en su país, actualmente llamado Myanmar; Samuel Ruiz García y Chiapas, mexicano, 75 años, exobispo de San Cristóbal de las Casas, destituido por la misma Conferencia Episcopal que después le encargaría la mediación entre el Ejército Zapatista y el gobierno de México; Bono, irlandés, 40 años, cantante, líder de U2, lucha por la condonación de la deuda de los países más pobres por los países acreedores del G-7; Salima Ghezali, argelina, 44 años, periodista y escritora, la primera mujer del Magreb que estuvo al frente de una publicación, directora de *La Nation*, semanario cerrado por el gobierno argelino en 1996, ha ganado el Premio Sajarov de Derechos Humanos y Libertades, y vive en la clandestinidad; Ralph Nader, norteamericano, 66 años, abogado, y Lori Wallach, norteamericana, 36 años, también abogada, defienden al individuo, su libertad y su responsabilidad frente a los grandes poderes desde las orga-

nizaciones Public Citizen (Nader, con 100 000 miembros) y Global Trade Watch (Wallach): ideólogos de la antiglobalización. También incluye Estefanía algunos colectivos que considera de especial relevancia: el Sierra Club, norteamericano, ecologista; Médicos Sin Fronteras; Amnistía Internacional; el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra de Brasil, liderado por Joao Pedro Stedile, de 47 años, que reivindica la propiedad de un trozo de tierra, de los 100 millones de hectáreas sin cultivar con que cuenta el país, entregado en propiedad a cada uno de los trabajadores rurales que no poseen nada, y que son el 79% del total; los Teólogos de la Liberación; Ecologistas en Acción, federación de organizaciones ecologistas españolas; Sos Racismo, bien conocida en España; la Plataforma 0,7, que reúne a 300 ONG, entre ellas Caritas, Intermón y Manos Unidas, que reclaman del gobierno español que destine el 0,7 del PIB a la cooperación y se movilizan en la Campaña Deuda Externa por la condonación de la deuda de los países más pobres; Human Rights Watch, que asumió la vigilancia del cumplimiento de los acuerdos de Helsinki de 1975 sobre derechos humanos, participó en la campaña para procesar a Pinochet y lucha contra las ejecuciones, las torturas, las detenciones arbitrarias, los recortes en las libertades de expresión, reunión o creencia, y las discriminaciones por raza, sexo o religión, está presente en más de cien países y es la mayor de las organizaciones estadounidenses en este campo.

La lista merece un análisis detallado.

El primer comentario que se impone tiene que ver con la composición nacional del conjunto. Los individuos son cuatro norteamericanos, dos europeos, cuatro asiáticos, dos africanos; las organizaciones, dos norteamericanas, dos españolas, dos de América Latina y una con sede en Francia y en España que agrupa a inmigrantes.

El segundo es que no existen afinidades ideológicas generales, y varias de las figuras, como el Dalai Lama o Ralph Nader, fueron bestias negras para la izquierda durante toda la guerra fría: el que hoy se los acepte como compañeros de ruta y luchadores por el progreso es, cuando menos, curioso, y presupone un reacomodo intelectual muy importante por parte de los militantes clásicos. El que todos ellos sean realmente luchadores por el progreso es un asunto a discutir.

El tercero: de los individuos, una parte notable ha creado o dirige alguna ONG. La organización de Nader es bastante anterior al auge de este tipo de asociación. Amnistía Internacional fue impulsada en sus orígenes desde los servicios de inteligencia occidentales para que se ocupara de los presos de conciencia de los países entonces comunistas, aunque ese dato ya no parezca pertenecer a su pasado. Lo del Dalai Lama está más allá de las ONG: lo suyo es la recuperación de un Estado teocrático, bajo su dirección y al margen del planeta, aunque no deja de exportar su propia revolución al difundir en Occidente el pensamiento budista. Podía ser peor, pero lo cierto es que ocupa el lugar que ocupa porque el delirio chino por la seguridad interior, sumado al interés chino por poseer sin intermediarios el Tíbet y al sectarismo chino respecto de cualquier religión que no fuese, en su día, el pensamiento del presidente Mao, le convirtieron de pronto en un peligroso agente de los servicios occidentales y en una bomba de alcance regional. La lucha de Acción para Mujeres en Situación Precaria se contradice sustancialmente con una de las afirmaciones de última cosecha de la izquierda real: la de que la prostitución es un trabajo como cualquier otro, de la que trataremos en otra parte de este libro.

Veamos algunos de los individuos.

José Bové es el hombre al que la prensa ha elegido llamar «líder francés de la antiglobalización» a partir del 12 de agosto de

1999, fecha en que, al frente de un grupo de miembros del sindicato campesino —de pequeños propietarios— Confederación Agraria —el segundo de Francia en número de afiliados: 40 000 —, arrasó un local donde se estaba instalando un McDonald's en nombre de «el derecho de los pueblos a alimentarse por sí mismos». Posteriormente, también lideró la destrucción de plantaciones experimentales de cultivos transgénicos. Después del 11 de setiembre, declaró que una de las lecciones de lo ocurrido es la «necesidad del multilateralismo y el derecho en las relaciones internacionales; la necesidad de pensar si una cierta dinámica económica puede favorecer situaciones que puedan *legitimar* actos aberrantes», [«Bové: "La barbarie no frenará el movimiento antiglobalización"», J. R. González Cabezas, *La Vanguardia*, 25-9-2001, dentro de las páginas encabezadas con el acápite: «Ataque a Estados Unidos. Reflexión en la izquierda radical»]. «Pese al nuevo escenario creado tras el ataque a Estados Unidos, Bové no sólo se declara decidido a mantener el debate y las movilizaciones, sino, incluso, a involucrar en ello a la sociedad civil de los países árabes», dice el corresponsal, para citar a continuación al propio Bové: «No hay razón para que una región tan vasta del mundo [los países árabes] se vea marginada de esta cuestión crucial». Y se informa que, «tras su reciente estancia en Gaza, [Bové] participará a finales de octubre en una reunión de grupos antiglobalización en Beirut». Es decir, en el democrático Líbano convertido en provincia de la democrática Siria, con su presidencia hereditaria y su narcotráfico global. Octavi Martí [«Astérix contra el capital», *El País Semanal*, 8-10-2000] resume así el ideario de Bové: «Queso roquefort contra hamburguesa, artesanía contra industria, agricultura biológica contra carne loca, identidad contra uniformidad, David contra Goliat, Bové contra McDo.». Una serie de opciones del tipo patria o muerte, es decir, una serie de no opciones. ¿Por qué roquefort *contra* hamburguesa? ¿Qué significa ro-

quefort en Sierra Leona? ¿Es progresista *oponer* la artesanía a la industria? Es como si nada se hubiera movido desde la época en que los obreros ingleses, con la colaboración de lord Byron, quemaban telares de vapor con la idea de que así no se perderían empleos. «No hago política, sigo sin votar —dice Bové—. El sindicalismo me basta». A Mussolini también le bastaba, y Franco no se metía en política. En Seattle, ante 3000 miembros de ONG, Bové sacó un queso roquefort y lo mostró a todo el mundo para explicar a continuación que tenía un gravamen de un 100% en Estados Unidos, «como represalia americana ante la negativa europea a comprar vacuno hormonado», explica Martí. Lo explicó en inglés, porque de los 3 a los 7 años vivió en Estados Unidos con sus padres, investigadores en cuestiones agrarias, ingenieros agrónomos y profesores en Berkeley, y habla inglés perfectamente. ¿A quién representaba Bové en Seattle? A su sindicato, a 40 000 minifundistas. A los intereses franceses frente a los intereses americanos. A los intereses del eje franco-alemán, en pugna por la hegemonía en el mercado mundial frente a Estados Unidos. En modo alguno al campesinado de los jornaleros andaluces que siguen yendo a la vendimia en Francia. El mito del imperio ha llevado a una parte importantísima de las izquierdas europeas a suscribir principios como los de Bové. Y lo mismo ocurre en Hispanoamérica. El domingo 11 de marzo de 2001, *La Jornada* de México publicó un artículo de Blanche Petrich, «¿Desarrollados para esto?», que incluye un retrato ideológico y una entrevista con Bové, a raíz de la invitación que el subcomandante Marcos hizo llegar al francés, a través de persona tan caracterizada en la izquierda como Ignacio Ramonet, para viajar a México. «A pesar del obvio contraste —apunta la autora de la nota—, los ricos productores del queso roquefort de la región de Millau, Francia, tienen puntos en común con los miserables maiceros de temporal de Chiapas». Y Bové: «Los zapatistas plantean la defensa de la

comunidad india como un derecho fundamental en contra de las leyes del mercado. Los tratados de la globalización comercial —el TLC, el ALCA— pretenden transformar sus territorios en áreas de explotación agrícola y petrolera, sólo en función de los intereses de las corporaciones transnacionales. Por eso nosotros nos identificamos con ellos. [...] El alzamiento [zapatista] se sintió en Europa como algo muy fuerte, porque al tiempo que planteaba los derechos de los indios sobre sus tierras empató con la resistencia mundial en contra de la lógica del libre mercado. Nos sorprendió el levantamiento, pero no sus reivindicaciones. En todo el mundo el Plan de Ayala de Emiliano Zapata es una referencia fundamental de la resistencia campesina independiente».

El problema, como se ve, es la globalización, el establecimiento del mercado mundial que Marx había previsto como culminación del capitalismo y de cuyos orígenes, en los que tuvieron parte activa los predecesores de Bové, dio rendida cuenta histórica Immanuel Wallerstein en 1974 [*El moderno sistema mundial. I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI* y *II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Siglo XXI, Madrid, 1979]. Una globalización, en el imaginario de la izquierda, en la que, desde luego, sólo Estados Unidos globaliza.

Un último apunte sobre Bové, en referencia al proceso al que se le sometió por los sucesos del McDonald's [«El fiscal pide una pena simbólica para el líder francés de la lucha contra la globalización», José Luis Barbería, *El País*, 2-7-2000]: «El argumento central de la defensa es que el ataque a McDonald's fue una acción sindical, defensiva y no violenta [???], dirigida a denunciar las sanciones estadounidenses a la comercialización del queso Roquefort [*sic*, mayúscula] y a poner de manifiesto el carácter arbitrario y antidemocrático de una OMC que "reúne en sí misma los poderes ejecutivo, legislativo y judicial". La tesis defendida

dentro y fuera del Palacio de Justicia es que a la OMC actual, "puro instrumento de las multinacionales", hay que oponerle una Organización Mundial de la Ciudadanía, de la misma manera que el proceso de globalización económica debe estar acompañado indisolublemente por el proceso de globalización de los derechos humanos».

A John Zerzan le llamó *El País* [19-12-1999], en título de nota, «El apóstol de la contracultura», sea lo que sea lo que se pretenda decir con eso. La entradilla para la nota de Javier Valenzuela reza: «Zerzan, un filósofo anarquista de Oregón, está considerado el líder espiritual de la revuelta de Seattle». ¿Cuál es el pensamiento de este activista anti-Vietnam del Berkeley de los sesenta, en el que por poco no debe de haber coincidido con los padres de Bové? «Marx se equivocó al creer que el sufrimiento económico sería la base de la revolución; quizá lo sea la angustia psíquica, el sufrimiento espiritual», dice. Tenía 56 años en el momento de Seattle, había nacido en una familia católica, se había licenciado en Ciencias Políticas y en Historia por Berkeley y Stanford, estaba divorciado y tenía una hija. Trabajaba entonces como canguro en una guardería y vivía «monacalmente», según la nota, en una habitación de un edificio gestionado en régimen de cooperativa en un barrio obrero de Eugene, Oregón. Se desplazaba en bicicleta y en tren, no tenía automóvil, tarjetas de crédito ni ordenador, aunque sí un televisor de hacía 20 años. Curiosamente, este antólogo del pensamiento anarquista y autor de dos libros —*Elements of Refusal* y *Future Primitive*— ha escrito decenas de artículos y ensayos breves difundidos por Internet en páginas web anarquistas. Zerzan cree en la edad de oro y en el retorno a la naturaleza, y su filosofía es conocida como anarco-primitivismo. «El anarquismo clásico del siglo XIX —dice—, se concentraba en la abolición del Estado. Pero ahora somos esclavos de una forma de dominación que es más amplia y profunda que el Estado: una civilización do-

minada por empresas que hacen constantes innovaciones tecnológicas con el único objetivo de que la gente compre más y más». Por supuesto, no se le ocurre que el Estado es una posibilidad de control del mercado, es sólo otra servidumbre. Ni se le ocurre que en el futuro haya algo más que pasado. Bové también quiere retroceder, pero es un poco menos radical: sólo a la época de sus abuelos. *The Wall Street Journal*, citado por Valenzuela en su información, comentó en los días de Seattle: «Para ser un hombre que quiere retrasar el reloj de la civilización en 12 000 años y devolverla a la época de los cazadores y recolectores, Zerzan pasa un montón de tiempo en las bibliotecas». También ha dedicado una parte de su tiempo a visitar en la cárcel al célebre *Unabomber*, quien, pese a estar en el extremo opuesto al del pacifismo, parece tener con él ciertas afinidades en lo libertario.

Y ya aquí convendría plantearse qué significa la palabra antiglobalización. Significa lo contrario de lo que expresa: los antiglobales pretenden una globalización a todos los niveles, más allá del marco financiero: en lo político, en la justicia, en los derechos humanos, en lo ecológico y en otros campos. Eso es lo que los hace reaccionarios y los pone objetivamente del lado de aquéllos a los que dicen combatir: del lado de los enemigos de la noción de Estado, ya sea en nombre de un Estado superior, mundial, incontrolable y temible, ya sea en nombre de la nada, de un mundo sin fronteras, lo que implica también sin límites.

Vandana Shiva plantea otro tipo de interrogantes, más allá de su defensa de los «pequeños campesinos y las mujeres», en relación con las empresas multinacionales que «arrebatan en forma de patentes los conocimientos ancestrales de las poblaciones indígenas y [...] quieren imponer una agricultura de productos transgénicos». Y el interrogante surge por sí solo cuando reparamos en que está hablando desde la India, un país con una esperanza de vida de 58 años, comparable a la de Haití, una mortali-

dad infantil del 119 por 1000 —o sea, el 12%, más de un niño de cada diez, en las cojas estadísticas del subdesarrollo—, una tasa de analfabetismo del 48% y una situación demográfica insostenible: 1039 millones de habitantes en 3 290 000 km², lo que da una densidad de 336 habitantes por km², más de cuatro veces la de España, de alrededor de 80. ¿Dónde están o, si están, de qué sirven los conocimientos ancestrales de las poblaciones indígenas? ¿Incluyen métodos contraceptivos? ¿Por qué no transgénicos, si garantizaran la alimentación? Pero ésta es la posición de la izquierda multiculturalista: los pueblos tienen derecho a su cultura. O a su ignorancia. ¿Por qué no el derecho al desarrollo? Que incluye, naturalmente, el derecho al control de la natalidad y la superación del sistema de castas, del que no habla la ilustre Shiva al referirse a su lucha por «las mujeres» en general, o por «los pequeños agricultores y sus tierras», que no son Bové con sus ovejas y su queso, pero tampoco son intocables, parias.

Wole Soyinka, Premio Nobel de Literatura, pertenece al Parlamento de Escritores. En varias ocasiones ha reivindicado la tradición yoruba, a la que dice pertenecer, frente al islamismo y el cristianismo, las dos religiones «importadas» a su país, Nigeria, país miembro de la Conferencia Islámica, donde, como es sabido, hay un estado de perpetua crisis, una guerra civil debida a la acción de los musulmanes, que tuvo una de sus cumbres en torno de la elección de *Miss* Mundo 2002 —desde el año 2000 se han registrado más de 2000 muertos en enfrentamientos entre musulmanes y cristianos [*ABC*, 23-11-2002]—. Contra la periodista Isioma Daniel, que cubrió el fracasado concurso de belleza para la revista local *This Day*, dictó Mamuda Aliyu Shinkafi, gobernador del estado de Zamfara, uno de los doce —sobre treinta y seis — estados de mayoría musulmana del país, una *fatwa*, diciendo que «Al igual que la de Salman Rushdie, la sangre de Isioma Daniel debe ser derramada». No obstante, Soyinka, hombre hábil

cuyo ambiguo discurso es muy apreciado en los círculos oficiales cubanos, formó parte de la delegación del Parlamento que se reunió solidariamente con Arafat en Ramala el 24 de marzo de 2002, en la que se contaba el negacionista Saramago, icono indiscutible de la izquierda real.

Faltan en la lista de Estefanía, para completar el imaginario de la izquierda que se piensa a sí misma como antiglobalizadora, nombres como el de Rigoberta Menchú o Marcos. Y más, todos parte del síndrome, todos parte de la mitología.

Marcos, que se llama fuera del escenario Rafael Guillen, consiguió lo que, con su habitual agudeza, Gabriel Albiac llamó «la revolución virtual», en la que no pasa nada que no sea puro espectáculo. El desfile de un ejército que no es tal, con un subcomandante que no es tal, para colmo encapuchado, delante de un presidente Fox que no toma una sola medida en su contra, ni tampoco una sola a su favor, pese a declarar que la causa indígena es también la suya. A nueve años de la aparición de su Ejército Zapatista de Liberación Nacional, éste no se ha impuesto como alternativa política y la situación de los indígenas es peor que al principio. De todos modos, hubiera sido peor, y es probable que las masacres perpetradas por el gobierno mexicano hubiesen tenido lugar de todas maneras: sería preferible para Marcos asumir esta hipótesis, porque de haberse perpetrado tan sólo por la existencia de su «ejército» sin que éste respondiera de una manera proporcional, él sería corresponsable. Tal vez no le importe mucho a este personaje soberbio, que habla de Aznar, de Felipe González y de quien se le ponga por delante en términos despectivos pero sin ningún análisis político real, ser corresponsable de cosas así. Guillen está perfectamente instalado en su personaje y cuenta con la devoción de las figuras intelectuales clave de lo que queda de la izquierda real internacional, aunque Emiliano Zapata, el nieto del revolucionario de 1910, diga de él que es «un monigote

que no ha hecho nada por los pobres», y la anciana sobrina del general afirme que «es un puro pendejo» y que su tío «era fuerte, sin capuchas, no un chingón ni un vendido», [*El País*, 9-3-2001].

El drama de Guatemala es uno de los más intensos y carentes de sentido de todo el mundo y, sin duda, el más doloroso de América Latina. La represión, el hambre, las enfermedades, la mortalidad infantil, el analfabetismo y el atraso en general están allí por decisión de fuerzas militares y paramilitares que ni siquiera pertenecen a una estructura lógica y que ni siquiera están actuando en beneficio de un imperio, y de una guerrilla cuyos objetivos y cuyos métodos son, por decir lo menos feroz, poco claros. A estas alturas, no se sabe quién arma a quién, ni quién ha promovido y mantenido la guerrilla, que tiene armas de todos los orígenes. En medio de esa gran confusión surgió la confusa figura de Rigoberta Menchú.

En 1982, Elisabeth Burgos, a quien *El País* [3-1-1999] define como «antropóloga venezolana residente en París y coautora de la primera autobiografía» de Menchú, sin mencionar que, además, es la esposa de Regis Debray, intelectual del socialismo mitterrandista y oscuro coprotagonista de la guerrilla del Che en Bolivia, la entrevistó en 1982 durante 19 horas, y de esa conversación salió *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* [Argos-Vergara, Barcelona, 1983], lo que se suponía un relato autobiográfico, que Burgos, una vez escrito, le envió al líder guerrillero Ricardo Ramírez para que éste se lo devolviera con sólo dos correcciones: una relativa a la participación de niños en acciones de la guerrilla —que sí participaron, y participan, como también participan en las bandas paramilitares— y otro que afectaba al asalto de la embajada española en 1980, en el que murieron 39 personas, entre ellas, por lo que parece, Vicente Menchú, padre de Rigoberta, porque, elijo Ramírez, «había ahí algunos elementos confusos sobre el origen del fuego».

En 1998 apareció el libro del antropólogo norteamericano David Stoll, *Rigoberta Menchú y la historia de todos los pobres guatemaltecos* [Westview, Boulder, 1999; versión en español en: www.middlebury.edu//rdstoll]. En él, escribe con delicadeza Octavi Martí [id.], «se cuestiona la exactitud de los datos biográficos que hicieron de la indígena guatemalteca el Premio Nobel de la Paz de 1992». Pero antes de que surgiera ese estudio, admite Elisabeth Burgos, ella ya era consciente de que había participado en una empresa de mistificación. «A finales de la década de los ochenta —cuenta—, comencé a recibir informaciones que desmentían mi relato. Comprendí hasta qué punto la estrategia de la guerrilla era jacobina, voluntarista y peligrosa. Fue entonces cuando empezó la campaña de promoción de Rigoberta como candidata al Nobel y a mí *ya no quisieron asociarme a ella* porque les había dicho que ciertas cosas no me parecían bien. El libro de Stoll, que está muy bien documentado, que no tiene nada de panfleto, demuestra que no es cierto que Rigoberta no haya ido nunca a la escuela, que no es cierto que su hermano Nicolás muriese de hambre —en realidad, sigue con vida—, que aún es menos exacto que Rigoberta hubiese trabajado como criada en la capital y por tanto no pudo sufrir ciertas vejaciones racistas de las que habla, que tampoco asistió al asesinato de su otro hermano, Patrocinio, a manos de unos militares que lo quemaron vivo, y que tampoco se corresponde con la verdad la imagen idealizada que da de su padre». La cursiva me pertenece e invita al lector a preguntarse qué hubiese sucedido si hubiesen asociado a Elisabeth Burgos a la campaña del Nobel.

No obstante, ni Burgos ni Stoll se sienten ofendidos, y justifican a Menchú por su pertenencia a una cultura en que la historia es colectiva y donde, por tanto, sería normal asumir como propia la historia de los otros, sobre todo cuando se trata de hechos que realmente han ocurrido y que potencialmente podían haberle su-

cedido a cualquiera. Más o menos por la misma vía van las respuestas del Comité Nobel.

El gran reproche que le hace Burgos a Rigoberta —Burgos, esposa de un miembro de la guerrilla del Che, conocedora de primera mano de la historia de la guerrilla en toda América— «es el mismo que le hace Stoll: seguir ocultando cómo la guerrilla se servía de la violencia» y, sin negar que el ejército había cometido crímenes, «desvelar que la guerrilla también ha violado los derechos humanos, que también ha matado indígenas para radicalizar la situación y atraerse a los indios a su causa» [id.]. ¿De qué, si no, estaríamos hablando? ¿De una guerrilla pacífica?

No obstante, Burgos está encantada de haber contribuido a dar a conocer lo que sucedía en Guatemala, porque hasta entonces, «en Europa sólo había curiosidad por Argentina y Chile, por una izquierda blanca que hablaba en francés». «Y no hay que olvidar —añade finalmente, con discreción— que cuando se lucha en un movimiento de resistencia se recurre a métodos que en otro contexto no son aceptables».

Menchú, puesta en evidencia, decidió acusar a los antropólogos de racismo, como era de esperar. ¡Iconos! ¡Dios mío! Ahora es un personaje político democrático.

El problema de las guerrillas es uno de los temas candentes para la izquierda real. ¿Es posible mantener esa mitopatología después de Guatemala? ¿Después de Pol Pot? ¿Después del Frente Moro? ¿Después de Al Fatah? ¿Durante las FARC en Colombia, una banda de narcotraficantes que controla medio país y que sirve para que, cuando el presidente Álvaro Uribe intenta su liquidación con la única ayuda a la que puede acudir, la ayuda americana, ya que cuenta sólo con una parte de su corrupto ejército, que tiene negocios con las guerrillas desde los años sesenta, se le tilde de traidor y agente del imperialismo? ¿Durante el negocio

de la droga de los servicios cubanos? ¿Durante el UCK? ¿Durante la guerrilla urbana de ETA?

Porque no hay ninguna diferencia esencial entre unas y otras que no sean sus consignas de alcance local, ni ninguna de ellas es independiente de las demás. Después de que la OTAN, vía Solana, arrasara la riquísima provincia minera de Kosovo para ponerla en manos del UCK —¡Ejército de Liberación Nacional!—, una organización mafiosa dedicada al narcotráfico y al tráfico de menores para la prostitución, y protegida por los servicios de inteligencia alemanes y la Conferencia Islámica, y dijera con el cinismo del que sólo él es capaz que había logrado «que Pristina [sea] mucho más segura que Chicago o Moscú», [*El País*, 22-3-2000], se supo que una parte importante de las armas que llegaban a ETA eran provistas por el serbobosnio Veljko Borovina, exmiembro del grupo de Radovan Karadzic y suministrador también de armas y material de transporte militar, helicópteros incluidos, de las FARC [*El Mundo*, 18-3-2001]. Desde luego, esto no se hizo público porque Solana ame la ética, sino porque era un argumento más para la condena de Milosevic por el TPI. Milosevic, el que habló durante el proceso de «la criminal asociación de potencias aliadas con la mafia albanesa», [*El Mundo*, 16-2-2002], cosa que, aunque la diga Unabomber o Hannibal Lecter, es cierta, y determinante del destino de la región. Milosevic, que pidió la comparecencia en La Haya, *como testigos de la defensa* [*ABC*, 16-2-2002], de Clinton, Chirac, Blair, Schröder, Solana, Madeleine Albright, Lamberto Dini, Hubert Vedrine —ministro de Exteriores francés—, Rudolf Sharping —ministro alemán de Defensa—, Kofi Annan, el enviado de la ONU a la zona, Thorvald Stoltenberg, y el representante de la misma en los Balcanes, Yasushi Akasi, así como a Richard Holbrooke, que encabezó el equipo de negociadores de Dayton. A Dini lo quiere para que ratifique que él le entregó a Ibrahim Rugova después de evitar que el kosovar Thaci le asesi-

nara. De Klaus Kinkel, el exministro de Defensa de Alemania, dijo que «había reunido delincuentes del mundo entero para llevárselos a Kosovo», lo cual, *si non é vero, é ben trovato*. Milosevic, cuyo proceso empezó en televisión, ya que Carla del Ponte se prometía un gran *show*, pero fue primero relegado a espacios de trasnoche y después desapareció porque el acusado puso el ventilador desde el primer instante y empezó a repartir porquería a mansalva, poniendo nervioso a todo el mundo. La justicia internacional, que es algo a lo que cualquier persona con ánimo progresista y que entienda que el asilo es un derecho del hombre —sea el exiliado asilado don Salvador de Madariaga, Pau Casals, Pinochet o Bokassa, a quien no se le negó en su día, aunque el gobierno francés se viera obligado a alterar su dieta—, no tuvo el valor de llevar el proceso con luz, cámaras de televisión, taquígrafos y miles de receptores grabando lo que podía obligar a altas jerarquías de todo el mundo, países subdesarrollados inclusive, a retirarse a cuarteles de invierno.

Entretanto, en Kosovo, para que los manejos de dinero se hagan con comodidad, ha intervenido el Estado alemán. No Estados Unidos, sino Alemania, de la que daremos mucha más información en el apartado correspondiente a la actual guerra fría. La misma Alemania que en 1976 instauró su protectorado informal sobre la Albania de Hoxha. La misma Alemania que ha dividido el territorio yugoslavo según el modelo de Ante Pavelic, devolviéndolo a 1940. Y esa Alemania ha intervenido fundando el primer banco kosovar, a los cinco minutos de terminar los bombardeos que hicieron de Pristina una ciudad segura. Ya tenían locales, en Prístina y en Prizren, y personal contratado, cincuenta empleados y ejecutivos: sólo esperaron el momento de poner el cartel. Ese momento fue a principios de 2000, tras la guerra y la instalación del marco como moneda de la «provincia serbia de Kosovo administrada por la ONU», como se leía en los papeles ofi-

ciales. El Banco de la Microempresa —lo de Yunus, pero germanizado— se creó con un 21,7% de capital de Commerzbank y un 78,3% de «instituciones públicas de Alemania y Holanda», es decir, los dos estados, y el Banco Europeo de Reconstrucción y Fomento. En marzo de 2000, el MEB ya tenía 4000 clientes y contaba con ser la entidad que gestionara los cheques de instalación que iban a recibir las 30 000 familias de la región al regresar a sus casas desde la Europa occidental [*El País*, 25-3-2000]. Tal vez al MEB haya ido a parar una parte del botín de los más de 2000 atracos —4000 millones de pesetas; 24 millones de euros— que la mafia de los expolicías y exmilitares albano-kosovares han cometido en polígonos industriales de toda España entre 1995 y 2000 [*El País*, 7-5-2000].

Pero volvamos a ETA y a las confusiones de la izquierda. Decíamos que esta banda se vale de los mismos proveedores que el resto de las guerrillas. Vendedores de armas que no produce el complejo militar-industrial norteamericano. Pero resulta al menos curioso que siempre se vea a ETA *únicamente* en el marco del nacionalismo o los nacionalismos radicales, y que la vea así una izquierda que tiene por costumbre buscarle los cinco pies al gato norteamericano.

Es cierto que ETA sirve al programa nacionalista-independentista de los partidos nacionalistas vascos. Sería una ingenuidad tan enorme como no mirar a sus enlaces internacionales el dar por hecho que, con Herri Batasuna, primero, y Euskal Herritarrok después, se ilegalizó el «brazo político» de ETA —nadie ha registrado el momento exacto en que los términos se invirtieron y se dejó de hablar del «brazo armado» de Batasuna para empezar a hablar del «brazo político» de ETA—. Y sería ingenuidad porque el brazo político de ETA son el Partido Nacionalista Vasco —con Arzalluz o Ibarretxe a la cabeza, monta tanto, tanto monta— y Eusko Alkartasuna.

Es cierto que los servicios secretos de Estados Unidos colaboraron con ETA en el atentado en que murió Carrero Blanco, porque, aunque Eisenhower se paseara con Franco por la Castellana, asunto del que nos ocupamos en otra parte de este libro, el imperialismo no estaba interesado en que la dictadura se perpetuara.

Es cierto que, después de eso, esos mismos servicios se apartaron de ETA.

Es cierto que ETA pudrió la situación a lo largo de treinta años —algún periódico podría ensayar un recuento de los muertos desde Carrero Blanco— hasta llegar al punto actual, en que es una suerte de dictadura en la sombra que genera exiliados y cadáveres políticos, y que legitima con la fuerza de las armas el proyecto de Ibarretxe de Estado libre asociado —un proyecto no muy bien definido, por lo que parece, a la vista de que dirigentes del PNV han visitado hace poco Gibraltar para empaparse de los contenidos de la Constitución del Peñón, cosa que podían haber hecho en Internet con un poco menos de publicidad y un poco menos de ridículo; también podían haber visitado Sicilia para estudiar el régimen autonómico especial de la región—, asimétrico, desde luego, y al que se opone el empresariado vasco frontalmente: mucho antes de que Ibarretxe situara la autodeterminación como prioridad de su gobierno para lograr la paz [*El País*, 7-6-2001] y de que Arzalluz dijera que «no necesitamos a Madrid para nada», [*El País*, 4-8-2001], Alfonso Basagoiti, presidente del Círculo de Empresarios Vascos, había dejado bien claro que «nunca apostaremos por aventuras soberanistas», [*El País*, 5-12-1999]. Josep Lluís Sureda [«Las consecuencias económicas de la secesión», *El País*, 28-11-2001] había señalado la carencia de estudios como el que la propia organización empresarial vasca reclamó oportunamente, «un análisis objetivo y serio de la gran interdependencia que existe entre las empresas y la economía del País Vasco y las del resto del Estado, así como del coste económico y

social de las posibles alternativas», pero este análisis no había sido hecho cuando Ibarretxe lanzó su propuesta.

Es cierto que ETA se financia por medio de empresas a nombre de testaferros —después de haber superado la fase de los atracos — en España, en Francia y en varios países de Hispanoamérica. En Punta del Este, Uruguay, hay un restaurante vasco del que todo el mundo sabe, y comenta con una sonrisa, que es de ETA: la cosa es pública porque allí solían comer y cocinar etarras que fueron posteriormente detenidos y extraditados, pero ni el Estado español ni el uruguayo expropiaron un inocente local. Y las inversiones se multiplican a lo largo de todo el continente.

Es cierto que ETA ha intermediado en el tráfico de armas para guerrillas de otras partes del mundo, desde Argelia y desde Cuba.

Pero también es cierto que ni las FARC, ni Montoneros, ni el 26 de julio en Sierra Maestra, ni ninguna otra guerrilla, con la excepción, tal vez, del efímero Tupamaros, existieron ni sobrevivieron jamás sin el apoyo de algún Estado. Muchas veces, como en el caso de Montoneros, con el apoyo de los servicios de inteligencia del propio Estado en el que actúan, lo que no se condice con la realidad de ETA, deletérea para el Estado español. ETA no es, no puede ser, la excepción. Alguien apoya a ETA y, como hemos visto, el empresariado, la clase dirigente vasca, no es: la independencia de Euskadi no es su proyecto. Puede usted buscar en Cuba, en Libia, en Argelia, aunque hoy mantengan un perfil muy bajo en relación con sus apoyos al terrorismo. Pero, por favor, vaya un poco más allá de la superficie, porque esos tres países tienen socios y patrocinadores en distintos sitios.

¿Por qué el Estado francés le compra trigo a sus agricultores y se lo vende a Cuba con un crédito que sabe incobrable?

¿Cuál es el único Estado de la Europa occidental que no tenga o haya tenido en los últimos años problemas con algún separatismo?

Respondiendo a esas preguntas se podría llegar a conclusiones interesantes sobre ETA, Córcega, la Padania, Irlanda y esa isla de Chipre misteriosamente admitida en la UE con la mitad ocupada por Turquía.

2
EL 11 DE SETIEMBRE DE 2001

El ataque no era inesperado

El 10 de setiembre de 2001

Para comprender hasta qué punto cambió el mundo tras el ataque de Al Qaeda —la Base [en alusión a la base de datos en la que Ben Laden inventarió a los voluntarios reales y potenciales de la *yihad*]— a Estados Unidos, basta con echar una ojeada a los periódicos matutinos del mismo 11 de setiembre. Los titulares de portada de *El País* de ese día se dedicaban sobre todo a la información española, en relación con la sociedad de inversión en bolsa creada por la Conferencia Episcopal, a la reunión de Aznar con todos los embajadores del país para preparar la presidencia de la Unión Europea y a los oscuros manejos judiciales de Jesús Gil. En lo internacional sólo destacaba una denuncia de revistas médicas contra la industria farmacéutica. En la página 2: «La UE intenta que Arafat y Peres se reúnan para atajar la ola de violencia» y «El enemigo en casa. Mohamed Shaker Habishi, el último suicida de la Intifada palestina, era un ciudadano árabe israelí». A una sola columna: «Al menos seis muertos en otro ataque de EE. UU. contra Irak» y «Dos policías mueren en un atentado suicida en Estambul». Página 3: «El Partido Demócrata lanza una ofensiva política contra el escudo antimisiles de Bush». A una sola columna: «Powell viaja a Colombia para reforzar la lucha contra el narco». Página 4: «El ministro de Defensa alemán se niega a dimitir por

sus polémicos viajes». A una sola columna: «Los laboristas noruegos logran una mínima victoria electoral».

Sin embargo, el ataque de Al Qaeda no era inesperado.

Más inesperada había sido la invasión de Kuwait por Irak.

Una de las cosas más sorprendentes del 11 de setiembre fue la ignorancia, no sé si real o aparente, del público respecto de Ben Laden.

En fecha tan remota como el 29 de junio de 1999, es decir, dos años y casi tres meses antes del ataque, *El Informador*, periódico de Guadalajara, Jalisco, México, publicaba un cable con el título «Extremista egipcio advierte a Estados Unidos». El texto completo es el siguiente: «El Cairo, Egipto. Un extremista egipcio advirtió que los integristas islámicos atacarían instalaciones de Estados Unidos y les aconsejó a los británicos distanciarse de los norteamericanos, informa un diario en árabe que se edita en Londres. Yasser Tawfig el Siri, que encabeza en Londres un grupo de promoción de los derechos humanos [!!!] llamado Centro Islámico de Observación, se refirió a una *fatwa* o edicto islámico, *de febrero de 1998* [la cursiva me pertenece] que insta a los musulmanes a atacar instalaciones de Estados Unidos. "Estados Unidos es aún el enemigo directo y número uno de los árabes y las naciones islámicas", dijo el Siri según el diario *Al Hayat*. La *fatwa* fue emitida por el Frente Internacional Islámico de Lucha contra los Judíos y Cristianos, fundado por el multimillonario Saudita Osama ben Laden. "La *fatwa* está dirigida a todos los musulmanes, por lo que se espera que lo cumpla todo musulmán en cualquier parte del mundo, aun cuando no sea miembro del Frente", dijo el Siri. La semana pasada, los funcionarios norteamericanos de inteligencia dijeron que creían que Ben Laden estaba en las etapas finales de planificación de otro ataque a las instalaciones norteamericanas. Es culpado por Estados Unidos por los sangrientos ataques dinamiteros de 1998 a las embajadas norteamericanas de

Kenia y Tanzania. Estados Unidos cerró temporalmente el jueves seis de sus embajadas en África, arguyendo amenazas a su seguridad. Al día siguiente, Gran Bretaña cerró cuatro de sus embajadas en África. El Siri descartó la posibilidad de un inminente ataque a los intereses británicos en todo el mundo. "Gran Bretaña, hasta ahora, no llegó al estado de ser considerado enemigo directo de los movimientos islámicos —dijo. Sin embargo, le advirtió al gobierno británico que— la continuación de la política de subordinación a Estados Unidos lo único que hará será crearle problemas al pueblo británico". El Siri dijo que no preveía un proceso imparcial de los acusados de los últimos ataques a las embajadas de Estados Unidos. "No es más que una escenografía creada en la Casa Blanca para ser puesta después por jueces norteamericanos", dijo. El Siri es uno de los más buscados en Egipto. Fue condenado a muerte en ausencia por su implicación en un intento de asesinar al entonces primer ministro Atef Sedki».

Ben Laden se hizo lo bastante popular ya entonces como para que *El País* del 7 de mayo de 2000, un año y cuatro meses antes de los sucesos de las Torres Gemelas, en su suplemento de espectáculos *El Espectador*, publicara una crónica de su corresponsal en Nueva York, Isabel Piquer, a propósito de la profética *Estado de sitio*, bajo el título «Una película bélica desata la ira de la comunidad árabe», y que empezaba así: «Tras el final de la guerra fría, Hollywood se quedó sin rusos. Con el proceso de paz palestino-israelí, el aislamiento de Osama ben Laden en Afganistán y el olvido momentáneo del arsenal de Sadam Husein, también se arriesga a quedarse sin árabes».

El 9 de setiembre de 2001, aunque la noticia no trascendió hasta después del 11, Ben Laden se quitó de encima a Ahmed Masud, líder de la guerrilla antitalibán: dos falsos periodistas, con una bomba escondida dentro de una cámara, consiguieron una entre-

vista con él e hicieron estallar el artefacto. Al menos uno de ellos murió con él.

Sin embargo, el 11 de setiembre de 2001 se podía tener la impresión de que nadie jamás había oído hablar de él, de que los servicios de seguridad americanos se habían sacado al enemigo de la manga.

Después de los ataques, el 4 de octubre de 2001, Tony Blair presentó ante la Cámara de los Comunes un informe sobre Ben Laden, de 21 páginas, del que reproduzco a continuación las partes más importantes [tomadas de la traducción de *El Mundo*, 5-10-2001, que conviene comparar con la publicada en *El País* de la misma fecha por sus sutiles diferencias; las cursivas me pertenecen] en relación con lo que hacia esa fecha se sabía sobre el hombre, sus métodos, sus actos y sus proyectos:

«—Osama ben Laden y Al Qaeda, la red terrorista que él encabeza, planeó y llevó a cabo las atrocidades terroristas del pasado día 11 de setiembre de 2001.

»—Osama ben Laden y Al Qaeda poseen el claro deseo y los recursos suficientes para poder llevar a cabo más atrocidades.

»—El Reino Unido y los ciudadanos del Reino Unido son todos blancos en potencia; y ...

»—Osama ben Laden y Al Qaeda han sido capaces de cometer dichas atrocidades debido a su estrecha alianza con el régimen talibán, que les ha permitido operar con absoluta impunidad en la realización de sus actividades terroristas. [...]

»—Al Qaeda es una organización terrorista con vínculos de red global que ha existido durante los últimos diez años. Fue fundada y dirigida durante todo este tiempo por Osama ben Laden.

»—Osama ben Laden y Al Qaeda han llevado a cabo una *yihad* contra Estados Unidos y sus aliados. Uno de sus objetivos decla-

rados abiertamente es la matanza de ciudadanos estadounidenses y ataques contra todos los aliados de America.

»—Osama ben Laden y Al Qaeda han establecido su centro de actividades en Afganistán desde 1996, pero tienen una red de operaciones montada por todo el mundo. La red incluye campos de entrenamiento, almacenes, instalaciones para comunicaciones y operaciones comerciales, capaces de reunir grandes cantidades de dinero para apoyar sus actividades. Esta actividad incluye la explotación en gran escala del tráfico ilegal de estupefacientes desde Afganistán.

»—Al Qaeda de Osama ben Laden y el régimen talibán tienen una alianza muy estrecha y de mutua dependencia [...] Osama ben Laden no podría llevar a cabo sus actividades terroristas sin esta alianza y apoyo del régimen talibán. La fuerza de los talibanes resultaría seriamente dañada sin el apoyo tanto militar como financiero de Osama ben Laden.

»—Ben Laden ha reconocido la autoría del asalto contra los soldados estadounidenses en Somalia en octubre de 1993, que se saldó con 18 muertes; del ataque contra las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania en agosto de 1998, que dio un balance de 224 muertos y casi 5000 heridos; y que estaba relacionado con el ataque contra el *USS Cole* el 12 de octubre de 2000, que terminó con 17 miembros de la tripulación muertos y otros 40 heridos.

»—Ellos han intentado adquirir materiales nucleares y químicos para emplearlos en sus armas terroristas.

[...]

»16. En junio de 2001, ante la creciente evidencia de la amenaza de Al Qaeda, Estados Unidos advirtió a los talibanes de que tenían derecho a defenderse y de que responsabilizaría al régimen de los ataques contra ciudadanos americanos llevados a cabo por terroristas refugiados en Afganistán.

»17. En esto, Estados Unidos tenía el apoyo de Naciones Unidas. El Consejo de Seguridad, en la resolución 1267, condenaba a Osama ben Laden por financiar el terrorismo internacional y operar una red de campamentos terroristas, y pidió que los talibanes entregasen a Osama ben Laden sin más dilación para ponerlo en manos de la justicia. [...]

»22. El 12 de octubre de 1996 [Ben Laden] hizo la siguiente declaración de *yihad* o guerra santa: "Las gentes del islam hemos sufrido la agresión, la iniquidad y la injusticia que nos han impuesto la alianza de la cruzada sionista y sus colaboradores...". "El deber de todas las *tribus* de la península arábiga es ahora combatir en la *yihad* y limpiar la tierra de estos cruzados invasores. Su riqueza es el botín de los que les maten". "Hermanos míos musulmanes: vuestros hermanos en *Palestina* y en la tierra de los dos Lugares Sagrados (Arabia Saudí) os están pidiendo ayuda y que toméis parte en la lucha contra el enemigo: los norteamericanos y los israelíes". "Os están pidiendo que hagáis todo lo que podáis para expulsar a los enemigos de las santidades del islam".

»Más tarde ese mismo año dijo: "Aterrorizar a los invasores norteamericanos [de los lugares sagrados islámicos] es una obligación religiosa y lógica".

»En febrero de 1998 expidió y firmó una *fatwa* que incluía un decreto dirigido a todos los musulmanes: "... matar a norteamericanos y a sus aliados militares y civiles es un deber religioso para todos y cada uno de los musulmanes, que debe ser llevado a cabo en cualquier país en el que se encuentren hasta que la mezquita de Al Aqsa haya sido liberada de sus garras y hasta que sus ejércitos hayan abandonado las tierras musulmanas". En la misma *fatwa* hizo un llamamiento a los estudiosos musulmanes, a sus líderes y a sus juventudes para que "lanzaran un ataque contra los soldados estadounidenses de Satán". Y concluyó: "Nosotros, con la ayuda de Dios, hacemos un llamamiento a todos los musulmanes

que creen en Dios y desean ser recompensados para que cumplan el mandato de Dios de matar a los norteamericanos y robar su dinero cuando y donde lo encuentren". "También hacemos un llamamiento a los musulmanes... para que lancen el ataque contra las tropas norteamericanas de Satán y los seguidores del diablo que se alían con ellos y para desplazar a todos aquellos que les apoyan".

»Cuando se le preguntó en 1998 sobre la obtención de armas nucleares o químicas dijo que "adquirir tales armas para la defensa de los musulmanes [era] un deber religioso".

»En una *entrevista emitida por la televisión Al Jazeera* (Doha, Qatar) afirmó: "Nuestro enemigo son todos los *varones* norteamericanos, ya estén directamente combatiéndonos o pagando impuestos".

»En dos *entrevistas emitidas por la televisión estadounidense en 1997 y 1998* se refirió a los terroristas que llevaron a cabo el anterior atentado en el World Trade Center en 1993 como "ejemplos a seguir". Y continuó exhortando a sus seguidores a "llevar la lucha a América". [...]

»26. Al Qaeda funciona tanto por sí misma como a través de una red compuesta también por otras organizaciones terroristas. Entre estas organizaciones se incluyen la Yihad Islámica egipcia y otros grupos terroristas extremistas del norte de África, así como otros grupos partidarios de la *yihad* (guerra santa) en otros países como Sudán, Yemen, Somalia, Pakistán y la India.

»27. Osama ben Laden encabeza la red de Al Qaeda. Por debajo de él hay un cuerpo conocido como la Shura (Consejo), que integran representantes de otros grupos terroristas, tales como el líder de la Yihad Islámica egipcia, Aymán Zawahirí, y otros prominentes lugartenientes de Ben Laden, como Abu Hafs Al Masri. A todos los efectos, la Yihad Islámica egipcia se ha fusionado con Al Qaeda. [...]

»32. Desde 1989, Osama ben Laden ha dirigido sustanciales transacciones financieras y de negocios en nombre de Al Qaeda y en persecución de sus objetivos. Entre dichas transacciones se incluyen la compra de tierras para campos de entrenamiento, compra de naves para almacenamiento de productos incluyendo los explosivos, la compra de equipamiento electrónico y de comunicaciones, y el transporte por todo el mundo de divisas y armamento para su distribución entre los miembros de Al Qaeda y otros grupos terroristas asociados.

»33. Desde 1989, Osama ben Laden ha proporcionado campos de entrenamiento y casas de acogida para uso de los miembros de Al Qaeda y otros grupos terroristas asociados a ellos en *Afganistán, Pakistán, Sudán, Somalia y Kenia*. [...]

»54. El 22 de diciembre de 1998, la revista *Time* preguntó a Osama ben Laden si era responsable de los atentados de agosto del mismo año. Ben Laden respondió: "El *Frente de la Yihad Islámica Internacional por la yihad contra EE. UU. e Israel* ha emitido por la gracia de Dios una *fatwa* de claridad meridiana en la que pide a la nación islámica que lleve a cabo una guerra santa para liberar los santos lugares". "La nación de Mahoma ha respondido al llamamiento. Si instigar a la guerra santa contra *los judíos y los estadounidenses* se considera un delito, la Historia será testigo de que soy un delincuente". "Nuestra misión consiste en instigar. Lo hicimos y, por la gracia de Dios, determinadas personas respondieron al llamamiento". *Time* preguntó si conocía a los atacantes: "[...] Los que arriesgan sus vidas para ganar la gracia de Dios son verdaderos hombres. Han conseguido liberar a la nación islámica de la vergüenza y los tenemos en muy alta estima". En cuanto a lo que EE. UU. podía esperar de él, declaró: "[...] Cualquier ladrón o delincuente que entre en otro país para robar debe ser consciente de que se expone a la muerte en cualquier momento [...]". "Estados Unidos sabe que he atacado, por la gracia de Dios, durante

más de 10 años [...]". "Dios sabe que nos alegramos de la muerte de soldados estadounidenses en Somalia, en 1993 [...]". "Se consiguió por la gracia de Dios y los esfuerzos de los *muyahidín* [...]. La hostilidad hacia EE. UU. es un deber religioso y esperamos ser recompensados por Dios". "Confío en que los musulmanes serán capaces de terminar con la leyenda de la denominada superpotencia estadounidense"».

La idea de que los servicios de inteligencia de Estados Unidos no estaban prevenidos y no esperaban nada es radicalmente falsa. Lo que no esperaban era que el ataque tuviese las características que tuvo: hay que reconocer a los hombres de Al Qaeda originalidad y capacidad para el trabajo secreto, aunque buena parte de ese trabajo se haya desarrollado fuera de Estados Unidos, en territorio alemán. La CIA, el FBI y los demás organismos de seguridad se vieron desbordados tanto por la magnitud de la agresión como por el hecho de que ésta tuviese varios objetivos simultáneos.

La idea de que los servicios de inteligencia de Estados Unidos estaban prevenidos, conocían en detalle el plan y permitieron que se llevara a cabo para justificar la guerra de Afganistán, tal como se dice que Roosevelt permitió el ataque a Pearl Harbor para justificar la entrada de su país en la Segunda Guerra Mundial, es simplemente estúpida. Estados Unidos no necesitaba ni necesita esa justificación ni ninguna otra, y es más que probable que, sin los ataques, el gobierno se hubiera implicado de todos modos en el derrocamiento del régimen talibán y en la persecución de Ben Laden —amparándose en la resolución de la ONU 1267, mencionada en el informe de Blair—, del mismo modo en que lo hizo en su día, y volverá a hacerlo, en relación con Irak. Y como lo hizo la Unión Europea en los Balcanes.

Esa idea suele complementarse con otra, referida al Pentágono: según algunos periodistas y autores de libros de oportuni-

dad, no se estrelló ningún avión contra el Pentágono. Lo curioso del asunto es que, si algún mérito tiene la acción de los hombres de Ben Laden para el imaginario de las izquierdas reales, es precisamente la de haber golpeado en el lugar del que se supone que es el más seguro o el más protegido del mundo. El núcleo del centro del imperio: el núcleo de su poder militar. Y, sin embargo, muchos prefieren asumir que no ocurrió.

Si no fuera un síntoma de imbecilidad, llamaría la atención comprobar que las personas que dicen que el ataque era esperado y se dejó que sucediera, las que dicen que el ataque al Pentágono fue fingido, las que dicen que los servicios americanos dieron pruebas de total ineptitud y las que dicen que Estados Unidos se lo tenía merecido, son las mismas. Y pertenecen a la izquierda real o a la derecha más rancia, lo que ahora se llama ultraderecha.

Los hombres del atentado

«En nombre de Dios todopoderoso», encabezó su testamento, preceptivamente, Mohamed Atta. Y en él, entre montones de detalles rituales de una escalofriante ortodoxia —las ortodoxias siempre son escalofriantes—, especifica que las «mujeres no deben acudir a mi funeral ni visitar más tarde mi tumba. [...] Rechazo que mujeres embarazadas o personas impuras se despidan de mí. [...] Aquellos que laven mi cadáver deben ser buenos musulmanes. [...] Aquel que lave la parte de mi cuerpo cercana a mis genitales debe llevar guantes para que yo no sea tocado en esa zona».

Hay muchos miles de mujeres, sin necesidad de acudir a los exabruptos de Hebe de Bonafini, que han dicho sentirse representadas por Atta en su furia justiciera contra las Torres Gemelas.

Otros dieciocho hombres, de características ideológicas afines a las de Atta, todos nacidos en países musulmanes, participaron del secuestro de los cuatro aviones para suicidarse en ellos. Más

de la mitad de ellos procedían de Asir y de Baha, en Arabia Saudí, y muchos habían combatido en Chechenia.

Todos ellos, para preparar el atentado, se valieron del teléfono, de Internet, de tarjetas de crédito, del sistema de correos americano y, puesto que viajaban un día sí y otro también, hasta gozaron de las ventajas de los programas de fidelización de las compañías aéreas, acumulando puntos para más billetes y ahorrando así en nombre de Ben Laden muchos y muy repugnantes dólares. Se valieron del desarrollo occidental y del dinero occidental.

No pasa mes, o semana, sin que algún otro vuele por los aires en algún lugar de Israel o en cualquier otra parte del mundo.

El islam tiene ya mil millones de fieles, y adquiere decenas de miles cada día.

Los talibanes

El opio

«Las armas que hoy compran los talibanes se han pagado con las vidas de los jóvenes británicos que compran su droga en las calles de Gran Bretaña», dijo Tony Blair poco antes del comienzo del ataque de Estados Unidos contra Afganistán [*La Razón*, 14-10-2001]. Afganistán era en ese momento el principal productor mundial de opio: el 70% del consumo de todo el planeta, y el 95% del consumo europeo de heroína procedía de ese país. El negocio no lo inventaron ni el *mulá* Omar ni sus «estudiantes», sino que ya estaba organizado cuando llegaron al poder en 1996. Como bien explica el citado periódico, «estalló con la invasión soviética de Afganistán, en 1979», cuando «los *muyahidines*, que luchaban contra los comunistas con el apoyo de la CIA y el ISI, servicio secreto pakistaní, encontraron una manera fácil de ingresar dinero para la causa —y para sus propios bolsillos— en el tráfico de opio», mientras en «el bando contrario, las mafias rusas aprovecharon la entrada de las tropas soviéticas para extender sus re-

des en Afganistán a través de las ahora exrepúblicas soviéticas Tayikistán, Uzbekistán y Turkmenistán, fronterizas con el territorio afgano».

En su imprescindible obra *Los talibán* [Península, Barcelona, 2001], el periodista Ahmed Rashid cuenta que a «sólo tres kilómetros del centro de la ciudad de Kandahar, los campos de adormidera se extienden hasta el horizonte» y cita en la página siguiente a Wali Jan, un anciano campesino desdentado al que entrevista mientras deshierba su campo: «No podríamos estar más agradecidos a los talibanes. Los talibanes han traído la seguridad y ahora podemos cultivar en paz la adormidera. Necesito la cosecha para mantener a mi familia de catorce miembros».

«Los talibanes han dado una aprobación islámica a los campesinos como Wali Jan para que incluso cultiven más opio, aun cuando el Corán prohíbe a los musulmanes producir y tomar sustancias tóxicas —continúa nuestro autor—. Abdul Rashid, el jefe de la fuerza antinarcótico de los talibanes en Kandahar, explicó claramente la naturaleza de su singular tarea. Está autorizado a prohibir de manera estricta el cultivo del hachís "porque lo consumen los afganos y musulmanes". Pero, con un dejo de sarcasmo me dijo: "El opio es permisible porque lo consumen los *kafirs* [no creyentes] de Occidente y no los afganos y musulmanes". Existen otros imperativos políticos para permitir que florezca el cultivo de adormidera. "Dejamos que la gente cultive adormidera porque los campesinos consiguen buenos precios. No podemos obligarles a cultivar trigo, porque [...] habría un levantamiento contra los talibanes". El gobernador Mohammed Hassan justificó esta original política con otro ardid: "Las drogas son malignas y nos gustaría sustituir la adormidera por otra cosecha rentable, pero eso no es posible de momento, porque no tenemos el reconocimiento internacional". En el transcurso de los dos años siguientes, el *mulá* Omar ofrecería periódicamente a Estados Unidos y a

la ONU el cese del cultivo de la adormidera, si los talibanes obtenían el reconocimiento internacional».

Para definir el nivel del negocio vale la historia, contada por Rashid, del comandante [del ISI pakistaní], Zahooruddin Afridi, que fue detenido en la carretera de Karachi a Peshawar transportando 220 kilos de heroína pura, y la del teniente de la fuerza aérea Jalilur Rehman, capturado en iguales condiciones. Era la quinta vez que Rehman hacía el viaje. Los dos envíos, 440 kilos de heroína, tenían en el mercado estadounidense un valor de 600 millones de dólares, equivalente a la suma total de la ayuda norteamericana a Pakistán de aquel año. Se estima que 240 toneladas del total consumido en Occidente durante 1995 procedían de Afganistán, lo que hace subir el total de la exportación a 328 000 millones de dólares: la mitad del PIB español [650 000 millones en 1998], el doble de la deuda externa argentina [160 000 millones], poco menos del total del gasto militar norteamericano [365 000 millones de dólares en 2000] y un tercio del PIB total de África [1 000 000 de millones de dólares].

Una cantidad nada despreciable, que convierte a Afganistán, en esas estimaciones absurdas que surgen de la estadística, en un país con una renta per cápita de más de 14 000 dólares, pero, sobre todo, pone en evidencia que se equivoca Shlomo ben Ami, exministro de exteriores de Israel, al valorar Al Qaeda como una «pequeña y perversa organización terrorista», [«La guerra contra el enemigo invisible», *El País*, 12-9-2002]: el PIB israelí era en 1998 de 77 000 millones de dólares, y el PIB per cápita de poco más de 16 000 dólares. E Israel, que es una potencia militar, destina cada año a educación, salud y desarrollo tecnológico mucho más de lo que los señores del opio de Afganistán destinaron a ello en el último medio siglo.

No obstante, *El País* del 18-11-2001 publicó «La batalla del opio afgano», artículo firmado por Pablo X. De Sandoval, en Madrid,

que comienza así: «Entre las batallas que libraban los talibanes en Afganistán antes de la guerra, como la guerra contra la música, el cine o las monumentales figuras de Buda en Bamiyán, en los campos afganos se luchó contra el opio». Y dice luego que en «apenas una cosecha, la del año pasado, el gobierno talibán que estos días huye hacia las montañas erradicó prácticamente de sus campos la amapola. [...] El último informe del UNDCP [el programa de la ONU contra la droga] refleja una reducción del 91% en el cultivo. [...] A raíz de un acuerdo con la ONU, en julio de 2000, el *mulá* Omar [...] firmó un decreto por el que prohibía el cultivo de opio e imponía un severo castigo a los agricultores. Poco después, los ulemas declaraban el opio como "antiislámico", y convirtieron el decreto en *fatwa*. [...] Más de 1000 personas fueron detenidas y 75 000 hectáreas de cultivo arrasadas».

Ya en 1997, según Rashid, Pino Arlacchi, entonces director del UNDCP, había logrado un acuerdo similar, que no se cumplió. Arlacchi no consiguió entonces más que 25 millones de dólares para financiar la sustitución de cultivos. En 1998, las agencias de la ONU se retiraron de Afganistán.

Según un cable de Kabul de la Agencia EFE distribuido el 1-3-2002 [«El cultivo de opio se dispara en Afganistán»], una «investigación del UNDCP calcula que en 2002 se llegaron a cultivar entre 45 000 y 65 000 hectáreas de opio, frente a las 7606 de 2001. [...] La cantidad prevista para 2002 se acerca a las 58 379 hectáreas cultivadas en 1997, año en que los talibanes se comprometieron con el UNDCP a erradicar el cultivo de amapola en Afganistán. Ese acuerdo, según el jefe del UNDCP, Pino Arlacchi, suponía eliminar la mitad de la heroína del mundo, pero nunca fue cumplido y en 1999 el cultivo de opio alcanzó la cima con 91 583 hectáreas, que se redujeron a 82 515 en el año 2000. En 2001 el cultivo de amapola se redujo drásticamente a 7606 hectáreas porque los talibanes impusieron una prohibición el año antes, explicó el jefe

de la oficina del director ejecutivo del UNDCP, Francis A. Maertens».

Una digresión: el argumento latinoamericano sobre la droga

He escuchado los mismos cínicos argumentos de Mohammed Hassan en boca de gente de la izquierda colombiana, con más o menos simpatía por la guerrilla que controla una parte de su país y está en guerra abierta con el Estado: nuestros campesinos viven de la coca, es una exportación como cualquier otra, los cultivos de sustitución no les darían para vivir. Una de esas personas, por otra parte muy culta, a la que conocí cuando ella hacía un posgrado en sociología en Barcelona, me dijo que yo convertía la droga en un problema moral, cuando no lo era, y que en última instancia por qué me preocupaba yo por el hecho de que al imperialismo —no necesitó decir norteamericano— se le estuviera jodiendo una generación por eso: mejor, así acababan antes. No tenía que sorprenderme: sabía que idéntica cosa se había dicho en los estamentos más altos del poder cubano, y que la de liquidarle una generación al imperialismo en su propio territorio era frase del comandante en jefe Fidel Castro Ruz. Como narra Norberto Fuentes en su deslumbrante y esencial *Dulces guerreros cubanos* [Seix Barral, Barcelona, 1999], «nadie pasa a la historia por trasegar codificadores de señales de televisión, pero sí por matar. Cuando tienes suficiente cultura política te das cuenta de que el crimen no existe. Y participas tranquilamente del mecanismo. Eso no es endurecerte. Es comprender. [...] Pero había algo en lo que yo me equivocaba, la principal actividad comercial de MC, el tráfico de drogas, era un asunto político, no económico. ¡Tenía que ver con la independencia!, me había explicado meses antes Carlos Aldana, el secretario ideológico del partido, repitiendo algo que le acababa de escuchar entonces a Raúl Castro. Claro, Raúl, no refiriéndose a MC sino, en general, al narcotráfico como vía de escape de los países latinoamericanos». Y cita después lo

que al respecto le dijo en su día Tony de la Guardia: «No todos los negocios son aborrecibles, Norbertus. No todos. Hay algunos que es necesario hacerlos. Estamos obligados a trabajar en determinadas áreas y con determinadas mercancías. Si no lo haces, no puedes entrar en la política latinoamericana».

También aquí tráfico de órganos

La Organización Revolucionaria de Mujeres de Afganistán, Rawa, principal movimiento civil de oposición a los talibanes, denunció en noviembre de 2001, es decir, tan pronto como tuvieron la oportunidad de denunciar algo, que el régimen «no sólo ha llenado sus arcas con el impuesto al tráfico de opio», sino también con el de «órganos humanos extraídos a los afganos más pobres y desesperados, sobre todo míseros niños sin nombre a los que luego se liquida, incluso antes de que despierten de la anestesia». Rafit, portavoz del grupo, dijo que en el tráfico «están involucrados los talibanes, los terroristas, las mafias de Pakistán y las redes de las zonas tribales». Es muy frecuente el secuestro de niños de las etnias marginales hazara y tayika, pero hay familias que venden a sus hijos, que «carecen de documentos de identidad. [...] No existen, por eso no dejan rastro. Creemos que a algunos los matan tras ser amputados en casas particulares. Los adultos ofrecen sus órganos voluntariamente a los talibanes por dinero, pero a los pequeños los secuestran», etcétera, etcétera. [«Los talibanes, implicados en el tráfico de órganos infantiles», por Julio Fuentes, *El Mundo*, 12 de noviembre de 2001].

Ortodoxia islámica

Las historias que circularon en Occidente acerca del régimen talibán, con ser muchas, no alcanzan a ser un pálido reflejo de lo que allí ocurrió. Ni de lo que, seguramente, ocurrirá a partir de ahora, porque ya ocurría antes y porque no está bien intervenir en lo cultural. El *burka* no es un invento de los talibanes: ellos lo hicieron obligatorio y lo llevaron a la ciudad, lo hicieron formar

parte de la vida urbana, pero las mujeres del medio rural, el 80% de las mujeres, lo llevaba con anterioridad [«La prensa ha satanizado a los talibán», declaraciones de Taysser Alouny, corresponsal de Al Jazeera en Kabul, *El País*, 3-10-2001].

El 26 de setiembre de 2001 [*El País*, 27-9-2001], los talibanes incendiaron el edificio de la embajada de Estados Unidos en Kabul. Entrevistado por un periodista, Jaled, uno de los aproximadamente 70 000 militantes que recibieron entrenamiento en los campos de Afganistán y que pertenecía a Harakat ul-Mujahidin, organización islámica con base en Pakistán, declaró que «si para cometer un atentado no hay otra solución que mi muerte, lo haré de todas formas» y que su propósito y el de sus compañeros era «instaurar un gobierno islámico y un centro islámico en Afganistán».

Según Rafit, la portavoz de Rawa, en el artículo de Julio Fuentes citado en el apartado anterior [enviado desde Peshawar siete días antes de que el periodista fuera asesinado en una emboscada de las fuerzas del régimen], los talibanes de las *madrasas* o escuelas islámicas «jamás han estado con una mujer», les inculcan que son «diablos». Pero como las desean a pesar de todo, «terminan secuestrándolas para torturarlas sexualmente, son verdaderos psicópatas». Los *mulás* tienen cuatro mujeres. Se casan con niñas de 13 o 14 años, como el propio *mulá* Omar, líder de los talibanes, que se casó a los 40 años con su última esposa, hija de Ben Laden, cuando ella tenía 16.

El 13 de octubre de 2001, ese mismo *mulá* Omar hizo un llamamiento a los musulmanes de todo el mundo: «Nuestro pecado es haber hecho respetar la fe islámica en este país. ¿Es que vuestra fe os deja quedar en silencio y apoyar a los americanos? ¿Os permite vuestra fe tolerar la barbarie de EE. UU. contra unos musulmanes?», [*El País*, 14-10-2001].

Los países musulmanes

Las reacciones ante los atentados en los países musulmanes tuvieron apariencia de diversidad, pero hubo un denominador común a la hora de pronunciarse sobre la intervención en Afganistán: los gobiernos podían estar más o menos dispuestos a cooperar, pero las poblaciones estuvieron francamente en contra y manifestaron su hostilidad hacia Estados Unidos, fuese de forma abierta, fuese a través de sus representantes religiosos.

Irán, por boca del presidente Jatamí, dijo que cualquier «acción en la región que no tenga en cuenta el papel de Irán en la estabilidad regional, amplificará los problemas». «El Irán shií de los ayatolás odia al régimen suní de los talibanes, al que considera una "desfiguración" del islam. Hace tres años, Teherán estuvo a punto de entrar en guerra con los talibanes, cuando éstos masacraron a los habitantes shiíes de la ciudad afgana de Mazar Sharif y mataron a nueve diplomáticos iraníes. E Irán lleva muy mal la existencia de un millón y medio de refugiados afganos en su suelo, que acentúan los problemas sociales», recordaba Javier Valenzuela el 26 se setiembre de 2001 [*El País*, «La neutralidad de los ayatolás»], pero también señalaba que había ayatolás de gran prestigio que «han señalado que Irán no debería cruzarse de brazos ante un ataque a un país musulmán». Jatamí, responsable, según la oposición iraní residente en España, de la ejecución de 120 000 enemigos políticos, es tenido no sólo por un moderado, sino por un reformista. En su reciente visita a España, la Casa Real y el gobierno tuvieron que alterar sustancialmente el protocolo porque el visitante no estaba dispuesto a estrechar las manos de la reina, ni de la ministra de Exteriores, ni de la presidenta del Senado, ni de la esposa del presidente del gobierno, ni a sentarse con ellas en una cena. No obstante, todas esas señoras le recibieron y aplaudieron las reformas que el hombre está introduciendo en la sociedad iraní y que, según Tomás Alcoverro, corres-

ponsal de *La Vanguardia* en Oriente Medio, es «el ídolo *de las muchachas*» [!!!] y «el político más cercano al corazón de los jóvenes».

Arabia Saudí, país del que procedía la mayoría de los terroristas del 11 de setiembre, rompió relaciones con el régimen talibán el 25 de setiembre de 2001, pero con grandes limitaciones y matices en relación con su actitud ulterior, ya que Ben Laden era muy popular en la oposición clandestina al régimen de Riad y, tras los atentados, empezó a ser popular en todas partes: el gobierno, pues, lanzó un comunicado a través de la agencia oficial de noticias en el que se decía que continuaría «apoyando a sus hermanos musulmanes en Afganistán», sea lo que fuera que quisiera dar a entender con ello [«Arabia Saudí rompe con los talibán», Ángeles Espinosa, corresponsal en Islamabad, *El País*, 26-9-2001]. No hay que olvidar que la dinastía de los Saúd se inscribe en la corriente del islam llamada *wahabismo*, de aparición relativamente reciente —en el siglo XVIII—, ultraintegrista e inspiradora a la vez de los talibanes. Un año más tarde [*El País*, 22-9-2002], «ante el empeoramiento progresivo de sus relaciones [de Arabia Saudí] con Washington», «los inversores saudíes retiran 200 000 millones de dólares de sus cuentas en Estados Unidos». Un tercio de la fortuna de los Saúd, como veremos más abajo.

Egipto presentó inicialmente sus «reparos a una coalición limitada y una respuesta militar precipitada». Mubarak declaró que estaba «contra el terrorismo» y apoyaba a Estados Unidos, aunque pidió que no se tomaran decisiones al margen de la ONU [*La Vanguardia*, 25-9-2001]. «Apoyamos a Estados Unidos porque nosotros también hemos sufrido el terrorismo y hemos aprendido mucho», dijo [*El Mundo*, 25-9-2001]. No obstante, en todos sus movimientos, Mubarak tuvo que contar con el apoyo popular de los egipcios a Ben Laden, extendido y manifiesto. No hay que olvidar que Egipto lleva más de veinte años en estado de excepción,

que hay 16 000 presos islámicos radicales y que, como informara Javier Valenzuela [*El País*, 24-10-2001], los Hermanos Musulmanes, con más de setenta años, «una amplia y eficaz red de ayuda social que suministra educación, asistencia médica y sanitaria, y pensiones a los pobres», y que tiene «una implantación mayoritaria en los sindicatos», «son el segundo gran poder en el valle del Nilo», un poder paralelo y en la sombra. Desde el asesinato de Sadat en 1981, los terroristas islámicos de Gamaat y Yihad han matado a 2500 personas dentro del país, a pesar de la creciente reislamización del país, que ha hecho que en los restaurantes de los barcos anclados en las riberas del Nilo en El Cairo ya no se sirvan bebidas alcohólicas, y que el 80% de las mujeres se cubran la cabeza con el *hiyab*.

Pakistán, sin cuya colaboración no hubiera sido posible la intervención militar en Afganistán, es tal vez el más singular de los países islámicos. Y esa singularidad depende de la figura de Pervez Musharraf. Según la célebre Kenizé Mourad, autora del *best seller De parte de la princesa muerta*, éste es «un general que ha reducido en un 5% el presupuesto del Ejército para aumentar el de cultura y asistencia social. Su golpe de Estado en 1989 tenía por objeto poner límites a la corrupción, limitar la influencia de los yihadistas [100 000 antiguos combatientes pakistaníes aliados de los talibanes, armados hasta los dientes, utilizados en el frente de Cachemira ante el ejército de la India] y reactivar la economía del país. Quiere un país para los musulmanes, no un país musulmán, en el que las mujeres tengan reconocidos sus derechos, como el de heredar. El padre de Musharraf era un diplomático, su mujer no lleva velo, él consume vino, no es ningún fanático ni un dictador que quiere eternizarse en el poder». Pero, después de ese elogio, la escritora añade que «en realidad, no creo que viva mucho tiempo: un fanático integrista o alguno de sus compañeros de armas acabarán con él», [«Musharraf acabará asesinado

por un integrista islámico», entrevista de Octavi Martí, *El País*, 10-11-2001].

Atatürk era mucho más que todo eso, e hizo una revolución que parecía profunda, pero ya estamos viendo dónde ha quedado la Turquía laica y moderna. Y Atatürk no tuvo en su país la situación actual de Pakistán. En junio de 2002, la joven Mukhtaran Mai, de 18 años, fue violada durante una hora por cuatro hombres. No se trataba de un delito, sino de todo lo contrario, de una pena impuesta por un jurado tribal, por un delito que no había cometido ella, sino su hermano: haber mantenido relaciones ilícitas con una mujer de una casta superior. El padre intentó defenderla, pero los violadores estaban armados y él no. El Tribunal Supremo de Pakistán, que acusó a la policía de laxitud, se pronunció a favor de la muchacha y decretó una indemnización que fue entregada por Attiya Inayatullah, ministra de Desarrollo de la Mujer: 500 000 rupias, equivalentes a 8370 euros. Fue todo bien: Mai no se suicidó, cosa que es bastante frecuente. La Comisión de Derechos Humanos de Pakistán calcula que en el país es violada una mujer cada dos horas, y las violaciones por grupos de hombres tienen lugar cada cuatro días, pero en 2001 sólo fueron denunciados 321 casos por el temor al estigma social [*ABC*, 6-7-2002].

En todo caso, frente a la opinión de Kenizé Mourad, es imposible obviar la de Benazir Bhutto, líder del Partido Popular Pakistaní y primera ministra de su país en dos períodos (1988-1990 y 1993-1996), exiliada en Londres [«Soy el siguiente objetivo de Ben Laden», entrevista de Nathan Gardels, *El País*, 20-9-2001], quien, además de la preocupación por su propia integridad, manifestó al periodista que «Islamabad tiene en la actualidad un régimen militar que carece de base popular» y que ese régimen se «centra en exprimir a los grupos moderados y permitir el libre reinado de los elementos protalibanes». Bhutto no negaba la posibilidad del

apoyo de Musharraf a Estados Unidos, pero, preguntada por el aparato de seguridad de Islamabad, declaró que éste «está plagado de partidarios de los talibanes» que «por dos veces desestabilizaron mi gobierno». «Si mi gobierno seguía una política —dijo —, el Estado dentro del Estado se adhería a otra. Cuando me quejé al jefe militar de un oficial poco fiable, no lo sustituyó. Cuando se produjo un levantamiento en Karachi, mi gobierno recibió muy poca información secreta específica del aparato de seguridad. Tuve que sacar a los militares y establecer un control civil total para acabar con el levantamiento. El régimen militar carece de un servicio de espionaje político. Depende totalmente del aparato de seguridad. El general Musharraf podría decir que apoya la coalición internacional contra el terrorismo y que va a prestar su ayuda. El reto para él es demostrar que puede traducir la política estatal en acción estatal. La cuestión de las repercusiones para el mundo musulmán es importante. Ahora mismo se están produciendo cuatro debates internacionales. Son la militancia, la libertad, Palestina y la emancipación económica. Los militantes intentarán arrastrar a Palestina al debate sobre el terrorismo. Si se mantiene el alto el fuego en Oriente Próximo, las repercusiones para el mundo musulmán serán fáciles de contener».

Es interesante constatar la naturalidad con que Bhutto habla de lo que rara vez menciona la prensa occidental: el hecho de que la militancia, Palestina y la emancipación económica sean objeto de debate internacional entre los musulmanes. No es fácil comprender a qué se refiere cuando habla de emancipación económica, ya que los países árabes productores de petróleo no sólo no son dependientes, sino que son extraordinariamente poderosos y capaces de inclinar más de una balanza política en Occidente, en China, en Rusia o donde se les ocurra. Y los que no son productores de petróleo viven en la Alta Edad Media y sirven de refugio a toda esta actividad yihádica. ¿Se referirá a los países que

aún no son definidamente musulmanes, pero que lo serán al cabo de un par de matanzas más y que tienen grandes deudas externas, como el caso de Nigeria? ¿Se referirá a la independencia de Chechenia, que pondría en manos del islam la llave del petróleo del Cáucaso, que no es cuestión menor? En cuanto a Palestina y la militancia, la cosa queda clara: los 6 millones de habitantes de Israel, y los aproximadamente 14 millones de judíos que en el mundo son [incluidos en esa cifra los 6 de Israel] no están enfrentados a los 3 millones de habitantes de la Autonomía Palestina, sino a 600 millones de árabes o, si se prefiere, a 1000 millones de musulmanes, más o menos organizados. Qué cosa sea específicamente la militancia, no lo aclara Bhutto.

Cuando Colin Powell llegó a Pakistán, fue recibido al grito de «muerte a América», y una encuesta reveló que sólo un 3% de la población respaldaba el apoyo de Musharraf a Estados Unidos. El ejército tuvo que hacerse cargo de controlar a las multitudes.

En Kuwait, el apoyo a Estados Unidos fue muy débil, en palabras del jeque Saud Nasser al Shabaj, exministro de Petróleo e Información, quien desde Londres calificó esa actitud de «vergonzosa traición» después de que su país hubiese recibido la ayuda americana inmediata ante la invasión iraquí [*El País*, 16-10-2001]. Pero el problema no estaba en el gobierno, sino en la población, poco afecta a los americanos.

El gobierno indonesio ofreció apoyo a Bush, pero tuvo que vérselas con la mayoría musulmana de la población, claramente protalibán [*El País*, 16-10-2001]. Hay que recordar que las organizaciones islámicas extremistas de Indonesia, muy activas, reciben financiación de Irán y de Siria.

Las organizaciones palestinas y el 11 de setiembre: la cuestión israelí

En *ABC*, Juan Cierco, corresponsal en Jerusalén, hizo el 12 de setiembre un repaso detallado de las organizaciones palestinas y

sus reacciones frente a los atentados contra Estados Unidos, del que me valgo para la presente síntesis.

Hamás, Movimiento de la Resistencia Islámica, tiene un brazo armado, Ezzedin al-Kassam, y una organización de ayuda social que la hace muy popular entre los palestinos más pobres. Nació el 14 de diciembre de 1987, con la primera intifada, a partir de militantes de los Hermanos Musulmanes. Partidario de la violencia, su líder espiritual, el jeque Ahmed Yasín, no hace diferencia entre los intereses americanos y los israelíes, y sus suicidas son los más activos en Israel.

Yihad Islámica, «guerra santa» contra Israel y Estados Unidos. Integristas, directamente ligados con Irán y con Ben Laden. Nació en 1980 y estuvo en el origen de la primera intifada, movimiento al que siempre se quiso pintar como espontáneo. Niegan toda relación con los atentados, pero están felices. «Es una consecuencia directa de la política de Estados Unidos en Oriente Medio», dice un portavoz.

Hezbolá. Chiíes proiraníes del sur del Líbano. Desde 1982, cuando Israel entró en el Líbano, financiera y materialmente apoyada por Irán y Siria, llevó la lucha terrorista contra el Tsahal hasta su retirada. Su máximo dirigente, el jeque Hasan Nasrallah, que extendió la organización más allá del plano militar, convirtiéndola en partido político e institución de asistencia social, ha vinculado siempre a Israel con Estados Unidos. Hezbolá es, según Juan Cierco, el punto en el que confluyen todas las demás organizaciones.

Frente Popular para la Liberación de Palestina y Frente Democrático para la Liberación de Palestina, ambas de origen marxista y no confesionales, se inscriben en el marco de la OLP de Arafat, aunque no apoyaron el proceso de paz de Oslo [en realidad, como se ha visto después, Arafat tampoco, pero ésa fue su jugada política de entonces]. El FPLP fue creado por George Habash en

1967. El FDLP es una escisión de ese grupo, que saltó a la prensa en los años sesenta y setenta por sonados secuestros de aviones.

Los ayatolás iraníes han financiado siempre, con armas, dinero y campos de entrenamiento a todos estos grupos.

«De fondo —concluye el corresponsal de *ABC*—, prueba de que todo lo que sucede en Oriente Medio, la región más caliente del mundo, linda con la locura más absoluta, las manifestaciones de alegría que estallaron nada más conocer las dramáticas noticias procedentes de Estados Unidos en diversas localidades palestinas como Nablús, Gaza y Ramala. La muerte llama a la muerte. Sentencia que en esta parte del globo se conoce de memoria».

En ningún momento, ningún llamamiento ni declaración de los movimientos hostiles a Occidente, sea el de Ben Laden, sea el de Sadam Husein después de la invasión de Kuwait, dejan de hablar de solidaridad con la causa palestina. En el caso de Sadam, la cuestión era, textualmente, «la desaparición del Estado de Israel» y con ese fin se inició el lanzamiento de misiles Scud, a cuyo perfeccionamiento posterior contribuiría Alemania, como veremos en el capítulo sobre la guerra fría.

En el caso de Ben Laden, es imposible olvidar que su organización, más allá del cómodo referente de Al Qaeda, se llama *Frente de la Yihad Islámica Internacional por la yihad contra EE. UU. e Israel*.

El número dos de Ben Laden, el médico egipcio Ayman Mohamed Rabie al Zawahirí, jefe de la Yihad egipcia, abandonó su país «a mediados de los ochenta, después de haber pasado tres años en prisión por su relación con el atentado contra el presidente egipcio Anuar el Sadat», [*El País*, 26-9-2001, «Interpol ordena la captura del "número dos" de Al Qaeda»]. Zawahirí fue fundador de la Yihad Islámica local, y a ella pertenecían los soldados que en 1981, en el curso de un desfile militar, asesinaron a tiros a El Sadat, quebrando un proceso favorable a la paz en Oriente Medio.

Fuera de Egipto, organizó el atentado de Somalia, en el que murieron dieciocho *rangers* de Estados Unidos. Su gente de confianza organizó los ataques a las embajadas americanas en Nairobi y Dar es Salam. Él bautizó a la suma de organizaciones coordinadas de más de veinte países como *Frente Islámico para la Lucha contra Cruzados y Judíos*. La vocación judeófoba de Zawahirí le viene de casta: su abuelo fue nada menos que gran imam en el Centro Islámico de Al Azhar, el mayor y más importante núcleo de formación musulmana integrista, y su tío Abdel Rahman Azzam fue el primer secretario de la Liga Árabe, la que decidió «echar a los judíos al mar» en 1947 [la información procede de «Doctor Muerte: el heredero de Ben Laden», Alfonso Rojo, *El Mundo*, 25-9-2001].

Inmediatamente después del 11 de setiembre, en celebración del primer aniversario de la intifada, Hamás organizó en la Universidad de Al Haj'ah, en Nablús, sin que nadie le pusiera la menor objeción, la primera muestra de arte terrorista, en la cual el cuadro estrella era un enorme mural en el que se representaba el atentado a la pizzería de Jerusalén ocurrido un poco antes de los de Estados Unidos. Todo era claro: la kipá de las víctimas, las cabezas separadas del tronco, pero, para que no hubiese la menor duda, el autor instaló al pie del lienzo los restos del hombre bomba, un bulto cubierto por una tela en representación del shaid o mártir islámico y, junto a él, el teléfono con el que habría activado la carga y unos alambres [Ramy Wurgaft, *El Mundo*, 25-11-2001].

Las izquierdas y alrededores

El mismo 11 de setiembre, en España, sólo el diario *ABC* sacó una edición especial en la tarde del mismo día de los atentados. Esa edición traía un artículo del director, José Antonio Zarzalejos, titulado «La Tercera Guerra Mundial», en el que caracterizaba la situación y arriesgaba un primer análisis: «La historia ha registra-

do hoy una inflexión irreversible y definitiva. El paroxismo del terrorismo —y ya no importa cuál de ellos— ha desatado la tercera guerra mundial al atacar el corazón político, militar y económico de los Estados Unidos de América. [...] Las fuerzas [...] que en el siglo pasado se encarnaron en las dictaduras totalitarias han sido sustituidas, a lo que se ve con la ventaja de la impunidad, por el terrorismo que, cuajado en el fanatismo de los delirios nacionalistas, étnicos y religiosos ha jugado con la vulnerabilidad de la civilización, con el debilitamiento moral de las democracias occidentales y con las complacencias de los sinuosos equilibrios ideológicos y estratégicos de las potencias democráticas. [...] El arrumbamiento de las tesis filosóficas, éticas y teológicas que legitimaron en siglos pasados el empleo de la fuerza para la defensa del bien, ha conducido a esta extraña vulnerabilidad que permite que una tercera guerra mundial se desate sobre Washington y Nueva York en apenas unas horas, el sistema financiero quede paralizado, la inteligencia militar se vaya al garete, los sistemas de seguridad superados y los discursos políticos envejecidos hasta límites insospechados».

Una posición clara y asumible por cualquier persona sensata. Inmediatamente después, o mientras los acontecimientos se sucedían, una reflexión sobre el presente y sobre los hechos del pasado que llevaron a ellos. ¡Ah, pero Zarzalejos es el director de *ABC*, y *ABC* es un periódico de derechas de toda la vida, ya se sabe! No importa cuán razonable sea su artículo, no se puede estar de acuerdo con él por ser quien es su autor.

Ni que decir tiene que el hecho de que en Italia el primer artículo firmado sobre el tema, simultáneo al de Zarzalejos, haya sido el de Gianni Baget Bozzo en la página web de Forza Italia y en *Il Giornale*, lo condena por principio para la izquierda. Sin embargo, también había allí un elemento muy a tener en cuenta si se quiere hacer un análisis mínimamente realista del problema,

sobre todo ahora, cuando, después de que la ministra española de Exteriores dijera, respondiendo a Giscard —quien, además, había dicho que la incorporación de Turquía representaría el fin de Europa—, que Europa no es un club cristiano, y después de que la UE la diera garantías de ingreso a corto plazo a Turquía, esta Turquía que ha enterrado y olvidado la revolución laica de Atatürk y en la que los partidos islámicos campan por sus respetos: «El terrorismo islámico ha revelado por entero su rostro. Es un error pensar que esto esté limitado a la cuestión palestina y al problema de Israel. Hacer del terrorismo islámico una cuestión judía es olvidar que en su origen fue una cuestión cristiana [...] la persecución musulmana de los cristianos, desde Argelia hasta Afganistán, pasando por Sudán, es una guerra contra Occidente: Occidente se engaña si cree posible separar en sus relaciones con el islam la cuestión cristiana de la cuestión occidental. La persecución de los cristianos es tan esencial para el islam como su hostilidad hacia Occidente. [...] Hoy, a pesar de la hipocresía de los gobiernos, el mundo musulmán estará de fiesta por la humillación que el coraje de los musulmanes ha infligido al Gran Satán. [...] Los afganos, es decir, los militantes musulmanes de la guerra antisoviética son los promotores tanto de la guerra musulmana en Bosnia como de las masacres argelinas».

Pero tampoco. Baget Bozzo no es de recibo para la izquierda real aunque esté diciendo una verdad de a puño: que la hostilidad del islam hacia los cristianos no es distinta de su hostilidad hacia los judíos. Lo que sucede en la izquierda real es que, al amparo de una judeofobia irremediable e irredimible, se niegan a ver que lo que le sucede a Israel es lo que le está empezando a suceder a Occidente en su conjunto. Y ya ni siquiera tienen la excusa teológica de los países socialistas porque éstos han dejado de existir. Mientras esto les ocurra sólo a los judíos, todo está bien. Se tendría la impresión de que la izquierda real está funcionando

hoy como una parte de las derechas y de la socialdemocracia europeas funcionaron en relación con Hitler: dejad que acabe con los comunistas, eso es lo más importante. Después veremos qué hacer con Alemania. Y, en el ínterin, fueron haciendo todas las concesiones necesarias e innecesarias que el loco de Berlín reclamaba para hacerse fuerte: tan fuerte que después, como ya es norma, hubo que pedir ayuda a los odiados Estados Unidos para sacárselo de encima, a un precio de sesenta millones de muertos. Dejad que los musulmanes acaben con los judíos y después veremos, y en el ínterin construyamos mezquitas con los fondos de los contribuyentes europeos, y discutamos lo indiscutible —si es o no es un crimen la ablación de clítoris, por ejemplo— y hablemos de integración. Además, la izquierda real tampoco puede hacerse cargo de la defensa de los cristianos, puesto que el Vaticano es también el enemigo.

Finalmente, en la madrugada del día 12 de setiembre, salieron los demás periódicos.

El País titulaba en cuerpo catástrofe: «América, atacada. Máxima alerta mundial», y dedicaba una página interior a la «Alegría en los campos de refugiados palestinos», con foto a cinco columnas mostrando a los niños en las calles de Jerusalén con sonrisas de oreja a oreja y banderitas palestinas. El editorial se iniciaba en la contraportada: «Golpe a nuestra civilización». «Se trata —decía— del mayor ataque padecido nunca por Estados Unidos en territorio propio, pero por encima de todo es una agresión integral contra su sistema político, contra la democracia y la libertad de mercado. En definitiva, contra todos los que compartimos unos mismos principios democráticos que tanto costó conseguir en nuestro país». Todo bien pero... ¿contra la libertad de mercado? Ah, pues entonces ha sido un acto de izquierdas, se lo mire como se lo mire, y cuenta con el aplauso y el regocijo teórico de toda la izquierda real, incluido el proteccionista José Bové.

Dentro de esa edición de *El País* venía también un artículo de opinión, «Hacia el choque de culturas», firmado por Enrique Gil Calvo, caracterizado defensor del PSOE en los difíciles años que fueron de 1993 a 1996, al que conocí personalmente en la presentación de un libro de memorias de José Barrionuevo, *2001 días en Interior*, a cargo de Felipe González. La primera manifestación de la izquierda real que uno podía echarse a los ojos aquel día. Y también el primer exabrupto de los muchos que nos depararían las semanas y los meses siguientes: después de buscar y encontrar antecedentes de guerra total precisamente en la Guerra Civil americana, reconoce que es «verdad que aquí no parece haber guerra declarada, pero sí que la hay, sólo que se trata de una guerra desigual, que opone a la mayor potencia militar del planeta contra un puñado de sectas fanáticas, dispuestas a todo con tal de impugnar al poder dominante. Y fuimos nosotros los españoles, precisamente, quienes inventamos contra el ejército napoleónico (el Pentágono de inicio del siglo XIX) la táctica del guerrillero que sacando con astucia fuerzas de flaqueza es capaz de tomar por sorpresa y poner en jaque a un poder mil veces superior». Después de invertir todos los términos del enfrentamiento, Gil Calvo busca culpables y dice que «el siglo XX nos ha dejado huérfanos de leyes internacionales. Y la mayor parte de la responsabilidad recae sobre los Estados Unidos de Norteamérica, precisamente, pues, poco a poco, sobre todo después de la guerra fría, ha terminado por desnaturalizar a las Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad. Ahora le echamos la culpa a Bush, con su nueva Guerra de las Galaxias, su negativa a acatar la jurisdicción extraterritorial del Tribunal Penal Internacional y su reanudación de la guerra bacteriológica [!!!]. Pero antes que Bush fue Clinton, quien, con ocasión de la guerra de Kosovo, vulneró por la fuerza las convenciones dimanadas del Consejo de Seguridad, al que anuló en la práctica reduciéndolo a la impotencia. Todo ello por

no hablar del estado de Israel, producto de la mala conciencia europea por tantos siglos de holocausto judío, y nacido como ahijado del Imperio Británico y de su sucesor, el Imperio Americano. Pues casi desde su fundación, el estado de Israel, con la anuencia de su padrino estadounidense, se ha burlado impunemente de todas y cada una de las resoluciones del Consejo de Seguridad. Y ahora, rotas las negociaciones de paz iniciadas en Oslo y proseguidas en España, Israel sólo practica el más ciego y criminal terrorismo de Estado. [...] En suma, la causa última de todo lo que acaba de ocurrir es la propia prepotencia estadounidense, que por su excesiva confianza en su hegemonía militar y su supremacía científica, llegó a creerse independiente del resto del planeta. De ahí su ciego unilateralismo, que ha destruido el orden internacional. Y ahora el resto de pueblos que lo componen también adopta cada uno su propia política unilateral, no necesariamente militar, económica o científica, sino muchas veces religiosa, cultural o ideológica, y desde luego siempre depredatoria, agresiva y revanchista. Es la política de la venganza, que enciende y realimenta el odio cultural».

O sea: la culpa de todo la tienen los judíos y los norteamericanos, por ese orden, no faltaba más.

No importa la desafortunada comparación del Pentágono con los ejércitos de Bonaparte; no importa que la guerra bacteriológica la haya reiniciado, aunque sólo en un plano experimental, Al Qaeda o algún imitador después del 11 de setiembre, que Sadam Husein esté en las mismas y que en el primer atentado contra el World Trade Center, en 1993, con seis muertos y mil heridos, Ramzi Youssef fallara en su intento de detonar una bomba química con la que se proponía matar a 200 000 personas; no importa que Kosovo haya sido arrasado por la OTAN con la recomendación política de la UE encarnada en Javier Solana, ni que el resultado de esa acción sólo haya favorecido la política de la Confe-

rencia Islámica; no importa que el estado de Israel haya nacido, entre otras cosas, por abandono del Imperio Británico, ni que haya contado con la anuencia de la URSS hasta que las alianzas de los rusos con los países árabes obligaron a su defección, y que sólo entonces Estados Unidos le brindó su protección; no importa quién haya roto las negociaciones de Oslo y Madrid. Tampoco hay necesidad de explicar qué orden internacional destruyó Estados Unidos: sería demasiado comprometido recordar 1945 y los caminos por los que se había llegado hasta allí. Podemos decir cualquier cosa, y encima decir que lo que eructamos es de izquierdas, que eructamos en nombre de los desposeídos y no de nuestro propio absurdo resentimiento.

Pero hete aquí que veinte días después, el mismo Gil Calvo publica otro artículo en el mismo periódico [«Provocación», *El País*, 1-10-2001] diciendo exactamente lo contrario de lo que escribió el 11-S y, lo que es peor, criticando a «aquellos izquierdistas que culpan a la satánica trinidad del capitalismo, la globalización y el imperialismo», aunque «en esta ocasión no se han atrevido a abrir una campaña contra la reacción estadounidense, como sucedió hace diez años con la guerra del Golfo». Él mismo había intentado abrirla el 12 de setiembre, la primera provocación había sido la suya.

«Pero no por eso —continúa Gil Calvo en un alarde de cinismo y desconociendo su propio recientísimo texto— dejan de insinuar que la responsabilidad por lo sucedido es de Estados Unidos, añadiendo que la desigualdad económica y la injusticia histórica son *causas* que en última instancia *explican* el estallido criminal. Pues bien, nada de eso». Las cursivas son del autor. Ruego al lector que tenga la paciencia de retroceder cuatro párrafos para releer frases como «la causa última de todo lo que acaba de ocurrir es la propia prepotencia estadounidense», que no es precisamente una insinuación, firmadas por la misma persona en el

mismo diario. Un profesor de Sociología de la Universidad Complutense que colabora en uno de los periódicos más prestigiosos de lengua española.

«Por una vez —prosigue el señor Gil—, suscribo la declaración del presidente Aznar ante el Congreso, cuando señaló: "Ben Laden no es la expresión de los pobres, como el terrorismo que tenemos aquí no es la expresión de ninguna demanda de libertades". Y añadió: "No podemos analizar las motivaciones que llevan a los terroristas a cometer sus fechorías", porque existe el peligro de "echar la responsabilidad sobre las víctimas". [...] ¿cuál es la causa del masivo atentado del 11-S? Sin duda, la criminal voluntad de poder de un actor político extraestatal. [...] ¿Con qué objeto? Sin duda, con el de provocar una represalia comparable, pues Estados Unidos está obligado a responder, abriendo un nuevo ciclo de acción-reacción. Y lo más maquiavélico de esta provocación es que, al no reivindicar su autoría, impide toda respuesta proporcional. Pues Estados Unidos está obligado a dar respuesta a una provocación que ni se puede responder, porque no se sabe ante quién, ni se puede dejar de responder, entrando en un círculo recurrente de violencia». Lo único falso de todo esto es la supuesta no reivindicación de la autoría de los atentados, que Ben Laden asumió, y, en consecuencia, la imposibilidad de responder: para el 1 de octubre, fecha del texto, la respuesta afgana estaba en marcha.

Tres días después del primer artículo de Gil Calvo y cuatro después de los atentados, el propio Felipe González [en «Globalización del terror», *El País*, 15-9-2001] salió a hablar en sus propios términos del orden internacional: «El orden internacional post muro de Berlín, en términos de seguridad, con sus implicaciones económico-sociales, no sólo de defensa ante las amenazas, no está definido —mucho menos articulado— porque ni siquiera están identificadas las verdaderas amenazas».

Pero no se queda ahí. «La necesidad de encontrar al enemigo —afirma González más abajo—, de poner un rostro al mal, puede arrastrarnos a criminalizar al otro, al que es diferente en sus creencias religiosas, en sus pautas culturales o en el color de su piel, deslizándonos hacia un mundo enfrentado por razones alternativas a las que lo dividían antes de la caída del muro, y aún más peligrosas para la paz. [...] identificando y combatiendo a la peor criminalidad que se conoce: el terrorismo, como el enemigo de la convivencia en paz y libertad, más peligroso y evidente. Es posible hacerlo sin deslizarse hacia el odio entre religiones, culturas o civilizaciones, porque no está ahí el problema, pero la confusión puede contribuir a agravarlo en vez de resolverlo».

Sé que González no es, nunca fue, un prosista brillante, pero solía ser inteligible. No obstante, sólo él sabe qué significa esa última cláusula, a partir de «la confusión...». Lo que sí queda claro es que González desea que no nos equivoquemos y no atribuyamos los atentados a un modelo de pensamiento [religión, cultura, civilización, dice él] que se expresa mediante el terrorismo, sino al terrorismo mismo, un terrorismo aséptico, sádico e intelectualmente inofensivo. Un terrorismo sin otro propósito que el terror. Y para colmo, el expresidente del gobierno termina mezclando el color de la piel en el asunto.

El 20 de setiembre [*El País*, «Preguntas, preguntas, preguntas»], Juan Goytisolo, hombre culto y lúcido, y desde hace mucho desligado de izquierdas y derechas. Su artículo se abre con el llanto por el Manhattan arrasado. En parte, políticamente correcto, cosa que sorprende: «¿Es razonable persistir a la luz de lo ocurrido en la doctrina unilateral y voluntarista de Bush, basada en el dogma de América como única depositaría de la seguridad mundial —y no sujeta por tanto a las leyes y convenciones internacionales— en vez de buscar una acción coordinada en el ámbito social, económico y militar con todos los Estados democráti-

cos enfrentados también a la amenaza de los fanáticos del ultranacionalismo y de fundamentalismo religioso?». Lo aséptico de la pregunta podría corresponder a cualquier portavoz de la UE, incluso en lo del fundamentalismo «religioso», como si hubiera muchos fundamentalistas de las más variadas religiones en el entuerto.

Pero, pregunta Goytisolo: «¿Se puede combatir eficazmente al fanatismo terrorista recurriendo a un lenguaje ofensivo y discriminatorio contra vastas comunidades humanas —musulmana, árabe, palestina, etcétera [!!!]— y trazando comparaciones letales entre un patético e impotente Yasser Arafat y Osama ben Laden?».

Pues claro que se puede, aunque Arafat no tuvo en su día los medios para una acción de la envergadura de la de Ben Laden. ¿O acaso Al Fatah no fue la Al Qaeda de hace treinta años? ¿O ese patético Yasser Arafat, viejo terrorista donde los haya, quedaría excluido de la acción de ese Tribunal Penal Internacional tan selectivo que tantos piden a gritos? Acongojado por la impotencia de Arafat, Goytisolo fue unos meses después a visitarlo, en la amistosa delegación del Parlamento de Escritores que viajó a Ramala el 24 de marzo de 2002.

Pero, otra pregunta de Goytisolo: «¿Se puede seguir guardando silencio y mirar al otro lado ante el brutal sistema de *apartheid* en Gaza y Cisjordania, la política de tierra quemada de Sharon, la humillación y acoso del pueblo palestino reducido en guetos infames sin comprender que ese estado de cosas prolonga *sine die* el conflicto y convierte a decenas de millones de jóvenes [nota recordatoria: la población palestina es de 3 millones de personas, de las que son jóvenes sólo una parte] sin esperanza de futuro ni de vida decente en candidatos a la inmolación en criminales atentados suicidas? La mejor manera de derrotar al terrorismo

antiisraelí ¿no sería la de eliminar las razones objetivas que favorecen la conversión de un joven en un kamikaze terrorista?».

O, lo que es lo mismo: ¿no sería lo más conveniente eliminar a Israel?

El mismo 20 de setiembre, en el mismo periódico, otro artículo [«El precio del miedo que envenena el mundo»], esta vez de David Grossman, un escritor israelí «moderado» en la jerga políticamente correcta. Un judío autoculpabilizado, muy apreciado por la izquierda real europea: «Y por lo que se refiere a Oriente Próximo, hoy más que nunca es indudable que Israel tiene derecho a defenderse del terrorismo. Y, sin embargo, esta lucha no basta: el Estado hebreo tiene el deber de infundir a los palestinos la esperanza de un futuro mejor que impida que algunos de ellos elijan el camino de la lucha armada».

21 de setiembre, día en que el alcalde de Nueva York dice que las víctimas han sido más de seis mil. *El País*, «Los heraldos del historicismo», artículo de José María Ridao, diplomático: «Lo decisivo es que el milenarismo que estuvo en la base de la creación de Israel y del que Rabin quiso distanciarse hasta que fue asesinado, ha terminado provocando que, poco a poco, *la resistencia al Estado judío* [la cursiva me pertenece] se haya ido definiendo, por reflejo, más como musulmana que como árabe o palestina. Si se contemplan con ojos de hoy aquellos tiempos en los que Arafat reclamaba la creación de un Estado laico en el que cupiesen todas las confesiones, se observará que la importante penetración del islamismo en Cisjordania y Gaza obedece al fracaso político de la antigua opción, siempre impotente contra el muro de Israel y el apoyo cerrado que recibe de Estados Unidos».

Lo que significa, si no he leído mal, que la resistencia al Estado judío es en sí misma una causa digna, que estaba mejor cuando era laica que ahora, cuando es religiosa. Cuando se miran con ojos de hoy aquellos años de Arafat, se entiende que, con el apo-

yo soviético, el jefe de la organización terrorista Al Fatah, que además no corría el menor riesgo de tener que gobernar nada, hablara de Estado laico. Y en ese Estado laico en el que cabrían todas las confesiones, el lugar de los judíos era muy cuestionable, en la medida en que, para que ese Estado existiera, había que «echarlos al mar».

21 de setiembre. *El País*. Norman Birnbaum, catedrático emérito de la Universidad de Georgetown, definido por *Chispas*, revista de Unificación Comunista de España [mayo 2002], a la que concedió una entrevista, como «un referente de las posiciones críticas y democráticas que sobreviven en Estados Unidos, incluso después del 11-S» y como «judío no sionista». Su artículo se llama «Atenas y Roma, ¿otra vez?».

Birnbaum se pregunta cosas, como Goytisolo: «¿Por qué fallaron tan lamentablemente los organismos de seguridad? ¿Son las pruebas contra Ben Laden convincentes o meramente prácticas? (ha sustituido al ayatolá Jomeini, a Gadafi y a Sadam Husein en la demonologia nacional). ¿Hay conexiones desconcertantes entre los perpetradores y gobiernos ostensiblemente amigos como el de Arabia Saudí? ¿Qué explicación hay de la presencia de un oficial israelí en uno de los aviones condenados?». Y luego lamenta que «casi nadie ha pedido a la opinión pública que reflexione acerca de por qué la política estadounidense ha engendrado odio en otras partes del mundo». «El grupo de presión israelí —continúa Birnbaum—, que no suele destacarse por su discreción, ha mantenido silencio, excepto para recordar de vez en cuando que Israel no está sorprendido. Además, ninguna figura pública ha tenido el valor de señalar que la campaña de Israel contra los árabes ha intensificado las amenazas para sus ciudadanos».

¿Se puede responder al profesor Birnbaum? No. Sus preguntas son circulares, se desemboca de la una en la otra. Nadie sabe por qué fallaron los organismos de seguridad. Las pruebas contra Ben

Laden son lo bastante convincentes para el propio Ben Laden como para enviar un vídeo de reivindicación a Al Jazeera: confesión de parte. No ha sustituido al ayatolá Jomeini, a Gadafi y a Sadam Husein en la demonologia americana: se ha sumado a ellos. Desde luego que existen conexiones desconcertantes entre los perpetradores y gobiernos ostensiblemente amigos como el de Arabia Saudí, y tal vez con algún otro gobierno aún más amigo. No hay, ni tiene por qué haber, ninguna explicación de la presencia de un oficial israelí en uno de los aviones condenados, a menos que se quiera pensar que era un suicida cómplice de los atentados, o un suicida estúpido que sabía lo que iba a ocurrir y así y todo decidió volar, o los terroristas eligieron precisamente ese avión porque sabían que él viajaba allí, o era un señor que pasaba por ahí. El negacionismo es terrible en sí mismo, causa espanto que haya tipos como Garaudy que digan que no ocurrió nada de lo que ocurrió, pero es aún peor el negacionismo que no osa decir su nombre y pretende ocultarse con un discurso insidioso. No se trata de calumniar porque algo queda, sino de sugerir sospechas porque algo queda. Preguntar en este contexto por qué fallaron los organismos de seguridad implica sumarse a la sospecha de que los atentados fueron permitidos por el gobierno americano con fines bélicos, cuando lo más probable es que haya ocurrido lo que dijo Barbara Probst Solomon, una de las personas más lúcidas y auténticamente situadas en el lado de progreso de cuantas hemos oído en esta época: que el «FBI estaba tan plagado de bostezos burocráticos que ni siquiera podía leer sus propios mensajes urgentes de que Nueva York estaba a punto de saltar por los aires», [«EE. UU. da un giro histórico», *El País*, 24-9-2001].

24 de setiembre. Gaspar Llamazares, coordinador general de Izquierda Unida, *El País*: «Defender la justicia y el derecho internacional». Doce párrafos de retórica hueca, a mitad de camino entre el pésame y las declaraciones de lealtad a las instituciones

internacionales, para acabar afirmando que Ben Laden fue agente de la CIA y que Afganistán «no es el único lugar del mundo» donde pasan cosas terribles por obra de Estados Unidos, y señalando que «Palestina es otro caso de aplicación de un doble rasero por parte de Estados Unidos» y que su «apoyo indisimulado a Israel en su continuada agresión contra el pueblo palestino ha levantado una ola de indignación que debe ser tenida en cuenta». Éste, dice más adelante, «es el modo en el que el mundo se ha llenado de agraviados y desesperanzados, de élites gobernantes socializadas en el cinismo y la mentira», y propone una solución: «Asegurar que el derecho internacional es la vara de medir y que un Tribunal Penal Internacional vela por su cumplimiento contribuirá a hacer más predecible nuestro planeta y más seguras nuestras vidas». Más de lo mismo, con el añadido de otro reclamo de justicia extra o supraterritorial, el gran hermano de los grandes y pequeños hermanos. El 24 de noviembre, dos meses después, Llamazares insistió en pronunciarse, esta vez en *El Mundo* y acerca de la cuestión de las libertades y los derechos comprometidos por una nueva política antiterrorista, implementada a partir de la obra de Ben Laden, que incrementaría los controles y daría ciertos privilegios a los cuerpos de seguridad: «No [estamos] dispuestos a ceder nuestra libertad en pos de una seguridad basada en la injusticia social a nivel planetario ni en Estados occidentales militarizados». O sea, si es que lo he entendido bien, cosa que no es fácil en esa redacción, que Llamazares no quiere más seguridad en el orden democrático, lo cual, seguramente, le hará perder unos cuantos votos, porque todo el mundo quiere más seguridad. ¿Tal vez sí la querría en Estados occidentales no militarizados? ¿Qué significa *militarizados*? ¿Tal vez Estados occidentales sin defensa? ¿O sí la querría en Estados no occidentales? ¿En cuáles? ¿Qué pirueta es la que hace que la seguridad occidental esté *ba-*

sada en la injusticia social a nivel planetario? ¿Sólo hay que defenderse de Estados Unidos?

25 de setiembre, *El Mundo*. «El terrorismo nace de la pobreza», artículo de Marek Halter, que no es presentado como el excelente escritor judío que es, sino como «escritor de origen polaco», sin más.

Halter se ha hecho una mezcolanza bíblico política de las que suelen hacerse los descifradores de profecías. «Jerusalén y Nueva York. Jerusalén, ciudad varias veces santa, y Nueva York, capital internacional de los negocios y centro fundamental de la cultura contemporánea. [...] ¿No decía ya el profeta Jeremías que Jerusalén y Babilonia estaban íntimamente vinculadas?».

Pero Halter habla con Peres, con Sharon, con Juan Pablo II, con intelectuales palestinos. Y dice cosas que importan para una izquierda posible, que ocupe en el mundo el lugar del progreso a partir de una profunda autocrítica.

«Unos días después de la caída del Muro de Berlín —cuenta Halter—, el romano pontífice se mostraba feliz, como un general que hubiese ganado una batalla. ¿No se decía entonces que el imperio soviético había sucumbido por culpa de la CNN y del Papa? Pero el Papa preparaba ya otra campaña. "El mundo —decía— no se divide entre buenos y malos, sino entre ricos y pobres". ¿Cómo van a entenderse esos 2000 millones de individuos que, con ciertas diferencias de nivel, tienen la suerte de acceder a su parte de riqueza, de libertad y de cultura, con esos 4000 millones de desgraciados, hambrientos, atormentados por oscuras enfermedades y humillados por las imágenes que ven desfilar en sus pantallas de televisión, imágenes de un mundo ricachón, en el que se tiran los alimentos para asegurar los precios y en el que se matan vacas sanas?

»Estas masas humanas buscan una esperanza, una promesa. El comunismo pretendió responderles. Desde el primer congreso

del Tercer Mundo, organizado por los bolcheviques en Bakú en 1922, las élites de África, Asia y Latinoamérica saludaron con entusiasmo al marxismo. Fueron ellas las que dirigieron las revueltas anticoloniales y las guerras de liberación. Con la caída del comunismo, quedó un hueco por rellenar. El Papa creyó que su Iglesia sería capaz de ocupar ese vacío, como lo hizo en la Europa del Este. Pero fracasó. A pesar de sus obstinados esfuerzos, a pesar de sus múltiples viajes y de las muchedumbres que congrega, no supo acoger a los desheredados, como supo hacerlo el islam. "No el islam de los califas, el que preservaba la cultura griega en lengua árabe, sino el islam oscurantista", me dijo un día el Papa. Y el comunismo del *gulag* dejó su sitio al islam de los kamikazes».

No obstante la utilidad de la reflexión de Halter, hay que señalar algunos déficits en su lectura de lo real: 1) La reunión de Bakú del 22 inició una descomunal confusión, que perdura, al mezclar Hispanoamérica, parte legítima de Occidente, un continente de países con más de un siglo de existencia independiente, con la excepción de Cuba, que sólo llevaba 24 años, con dos continentes coloniales en los que sólo una parte de China y, hasta cierto punto, Japón conservaban su autonomía. Tampoco se habló entonces, ni se volvió a hablar hasta ahora, aunque de una manera vaga, del Asia entonces soviética. 2) El proceso de descolonización no se originó en las revueltas anticoloniales ni en las guerras de liberación, salvo, tal vez, en el caso argelino, sino en el hecho de que las metrópolis descubrieran que el mantenimiento de sus imperios era demasiado caro y decidieran retirarse: las llamadas guerras de liberación fueron, sobre todo, guerras por el poder en los nuevos países que iban a surgir tras el abandono de los colonizadores, en el marco de la guerra fría, donde cada sector se arrimaba a alguno de los bloques, como fue el caso del Congo; en este esquema habría que incluir también a Argelia, donde el problema del poder está tan poco resuelto como en Nigeria, aunque

ciertas apariencias hayan inducido durante largo tiempo a creer lo contrario. 3) La pobreza no tiene un correlato directo con la expansión del islam, por mucho que éste haga su labor de organización social de los desheredados, como en el caso de Justicia y Caridad en Marruecos: los treinta mil nuevos conversos de cada día proceden de capas sociales y de países bien diferentes.

26 de setiembre. *El País*. «Actuar sobre las causas profundas del drama», por Sami Naïr, propagandista de las bondades del islam «moderado» y partidario del «diálogo» que a veces pierde los papeles y lanza tremendas diatribas contra el Occidente en el que vive y que lo financia. Profesor universitario. Eurodiputado por el Partido Socialista Francés. Más de lo mismo: «Sin duda la justicia tiene que castigar a los culpables. Pero nada sería peor que *talibanizar* la fe de mil millones de musulmanes. El islam no es integrismo y Afganistán no se tiene que confundir con los talibanes. [...] Ahora Estados Unidos tiene que interrogarse sobre las razones de su rechazo en el mundo islámico [...] tres causas de esa situación. Primero, la política de dos pesos, dos medidas, aplicada al conflicto israelo-palestino. Estados Unidos está más que implicado, está considerado como el actor de una denegación de justicia, ya que decidió ser el único tutor de la paz, excluyendo cualquier otra potencia (Europa, Rusia, etcétera), y no quiso imponer a los protagonistas el respeto escrupuloso de los acuerdos de Oslo (a pesar de los tardíos esfuerzos de Bill Clinton). Segundo, el fuerte sentimiento de injusticia compartido por la inmensa mayoría de las poblaciones del mundo árabe-musulmán ante la situación infligida desde hace diez años al pueblo iraquí. La crueldad del embargo, la indiferencia occidental ante este desastre humano se perciben como una injusticia infinita. Ahora bien, se considera a Estados Unidos como principal responsable de esta situación. E incluso los gobiernos aliados en el mundo musulmán no se atreven a hacer suya esta política».

Algunos recordamos a Bill Clinton reunido con Barak y Arafat, Clinton al borde de las lágrimas, diciéndole a Arafat con la voz crispada: «¡Usted no puede decir que no a todo!». Es decididamente una infamia hablar de los «tardíos esfuerzos de Bill Clinton» por la paz en Oriente Medio. Los acuerdos de Oslo y la conferencia de Madrid pasaron a mejor vida por los constantes esfuerzos de Yasser Arafat.

El problema iraquí es evidente: el embargo no se levantará, y la amenaza de guerra seguirá allí mientras Sadam Husein no desaparezca, sea asesinado o depuesto, o ponga en claro sus cuentas de armamento. Las otras potencias, a las que Naïr llama Europa, Rusia, etcétera, teniendo el buen tino, para sus propios intereses, de definir a Europa como potencia sin nombrar a la Alemania hegemónica ni a la Francia asociada, y dejando un etcétera lleno de interrogantes a los que nadie puede responder, vendieron armas a mansalva a Sadam Husein durante la última década [véase, *infra*, pág. 201]. A Sadam Husein le conviene el bloqueo tanto como a Fidel Castro, pero es infinitamente más peligroso que éste, y así como el levantamiento del embargo debilitaría decisivamente a Castro, reforzaría decisivamente al iraquí.

Mary Kaldor, autora de *Las nuevas guerras: violencia organizada en la era global* [*New and Old Wars: organised Violence in a Global Era*, 1999, Tusquets, Barcelona, 2001], probablemente el mejor libro que se haya escrito en cualquier lengua sobre las situaciones bélicas o parabélicas después de la guerra fría, resumió su postura en un artículo publicado originalmente en *OpenDemocracy.net* y dado por *El País* el 27-9-2001 con el título «Comprender el mensaje del 11 de setiembre». Allí, sin desautorizar a nadie, pero advirtiendo a todos, dice que «el verdadero mensaje de la imposible tragedia del 11 de setiembre es que vivimos en un mundo interdependiente en el que ningún territorio, por rico y poderoso que sea, se puede aislar de la catástrofe». «Vivimos en un mundo en

el que la anticuada guerra entre Estados se ha vuelto anacrónica», apunta más abajo. E invita a la reflexión al gobierno de Estados Unidos al afirmar que «no es el comienzo de una guerra porque no hay nadie a quien atacar» y «la única consecuencia de encontrar un Estado extranjero al que echar la culpa, digamos Afganistán, sería empeorar la situación» porque las «represalias desde el aire matarán a más gente aún y crearán más jóvenes alienados listos para convertirse en bombarderos suicidas». Es un razonamiento, cuando menos, digno de ser atendido, y más aún cuando desarrolla algunos de sus aspectos.

«Estas "nuevas guerras" tienen tendencia a extenderse —sostiene Kaldor—, a través de las fronteras y del tiempo. Se aceleran en las organizaciones de criminales y extremistas. Se propagan por medio del trauma y de la inseguridad que generan, y por medio de los intereses creados de los nuevos empresarios. Y son "guerras" que por estas mismas razones son muy difíciles de acabar. Éste es el tipo de violencia que sufre Oriente Próximo, África, los Balcanes, el País Vasco e Irlanda del Norte [...]».

Lo que no señala Kaldor es que tanto en Oriente Próximo como en el conjunto de África y en los Balcanes, el motor ha sido y es el islam y que, en el caso particular de Yugoslavia —que ha tornado a ser «los Balcanes»—, quienes encendieron la hoguera de la liquidación del Estado, los gobernantes de esa Alemania empeñada en reconstruir geopolíticamente el mapa del III Reich a su servicio, sabían que el precio de la independencia de Croacia y Eslovenia iba a ser la islamización de la región. Y esto no sólo no lo dice Mary Kaldor, sino que no lo dicen las izquierdas en general, ni nadie en particular, con contadas excepciones, como la de Peter Handke, que se apartó del gran rebaño de la prensa que, por primera vez en la historia no presentó fisuras ni disensiones sobre una cuestión particular en ningún país del mundo. Prefiero creer que ello se debió más a la ignorancia de la mayoría y a la

mala fe de unos pocos, que a una mala fe mayoritaria. El problema de la Federación Yugoslava como asociación inestable fue planteado en el curso de la Gran Guerra —que no se inició porque sí en Sarajevo— por los americanos, los italianos y algunos ingleses. Tanto Woodrow Wilson como Benito Mussolini, que todavía estaba en el Partido Socialista y fue uno de los motores ideológicos de la incorporación de Italia a la contienda en el bando aliado, pidieron entonces la independencia de Serbia como solución para la estabilidad de la región. Pero a la hora de firmar los documentos de compromiso para la precaria paz que se estableció, y pese al papel decisivo que Estados Unidos jugó en el desenlace del conflicto, nadie quiso escuchar a Wilson.

Tampoco dice Kaldor que en los casos vasco e irlandés, el catolicismo ha sido y es uno de los motores del problema. Un catolicismo fundamentalista, decimonónico e inquisitorial que predispone al apasionamiento sectario. Desde luego que no es el eje formal en la cuestión vasca, como sí lo es en la irlandesa, pero no es ajena al imaginario nacionalista vasco la archicastellana noción de unidad de Iglesia y Estado, e incluso del catolicismo como factor de cohesión, que los reyes de Castilla y Aragón, a imitación del modelo de su enemigo árabe, escogieron a la hora de dar forma a lo que hoy es España [véase, en este sentido, José Ignacio García Hamilton, *El autoritarismo y la improductividad*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998].

El mismo día 27 de setiembre, también en *El País*, pero en las páginas locales de Cataluña, Francesc de Carreras, habitualmente ponderado, habitualmente asumible, escribe «¿Soy antinorteamericano?». La respuesta es afirmativa, en nombre de Dresde, de Hiroshima y Nagasaki, de las guerras del Golfo y de Kosovo [siguen endilgando a Estados Unidos la guerra de Solana en nombre de Alemania], el bloqueo de Cuba, el golpe de Pinochet [felizmente, ya no hablan de la Argentina de la dictadura, bloqueada

por Carter y apañada por la URSS], Oriente Medio, Latinoamérica en general, el macartismo, el código Hays en Hollywood [que no impidió que allí se hiciera la mayor parte del mejor cine del mundo] o la pervivencia de la pena de muerte [en 38 de los 50 estados, por obra y gracia del federalismo asimétrico]. Nada nuevo, nada que no se haya discutido ya hasta el hartazgo: ciertamente, dice nuestro autor, «por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial, la izquierda europea ha discrepado abiertamente de la política exterior norteamericana». De Carreras cita en apoyo de sus tesis a Schlesinger, Birnbaum, Chomsky, Vidal, Paul Kennedy, Sami Naïr, Juan Goytisolo, Carlos Fuentes y otros, incluyendo, a mi juicio de manera más bien caprichosa, a «personalidades tan caracterizadamente neoyorquinas como Woody Alien o Paul Auster» que «se han mostrado matizadamente críticas con las posiciones oficiales». Dice De Carreras que las acusaciones de antinorteamericanismo le parecen «totalmente infundadas» porque la «discrepancia sobre ciertos aspectos de la política exterior no implica estar en contra de un sistema político y menos aún —sería un absurdo irracional— de toda la población de un Estado», concluyendo que «sólo desde posiciones nacionalistas y comunitaristas se justifica la incompatibilidad entre pueblos: en las guerras mundiales, los franceses contra los alemanes; en la guerra fría, los soviéticos contra el "mundo libre"; ahora —como ha teorizado Huntington—, la civilización judeo-cristiana contra el mundo islámico». Y finalmente: «No es casualidad que quienes nos acusan de antinorteamericanos sean, en su gran mayoría, nacionalistas que machaconamente insisten en el antagonismo entre Cataluña y España».

Yo no me considero precisamente nacionalista, en ningún sentido. Y tampoco lo es la gente que tiene posiciones críticas con la izquierda, con los musulmanes en general, con los palestinos en particular, con el terrorismo en general y con el terrorismo vasco

en particular. Salvo excepciones que logran, mediante piruetas ideológicas que marean al espectador, conciliar la pertenencia global a una civilización de alcance universal con el más asombroso localismo particularista. ¿Huntington y Pujol, que hace editar en la Generalitat para su distribución gratuita en las escuelas un diccionario árabe-catalán? ¿Bush y Carod Rovira, a quien el terrorismo de ETA le parece bien mientras no haya atentados en Cataluña? ¿Huntington y Heribert Barrera, o Huntington y Marta Ferrusola, que temen a los árabes por lo que puedan detraer de la cultura local catalana, y a quienes les trae al fresco la civilización judeo-cristiana, de la que España es muestra sincrética? No. Simplemente no.

Hace poco tiempo, en una conversación telefónica, un por lo demás ilustrísimo intelectual catalán me decía que él no podía olvidar a Eisenhower en coche descubierto, en Madrid, pasando por la Castellana con Franco. Eso le importaba más, afirmó, que el desembarco en Normandía. Desde un antifranquismo que ya no se tiene en pie, venía a sostener en el año 2002 lo que ya en aquellas fechas era un error: que el reconocimiento del régimen franquista por parte de Estados Unidos y el ingreso de España en la ONU habían sido únicamente una legalización *de facto* del fascismo. ¿Hubiese preferido este hombre la perduración del aislamiento de España con un dictador material e ideológicamente inderrocable, que hubiese muerto en la cama de todos modos? ¿Hubiese preferido que no vinieran los turistas a cambiar las costumbres ultramontanas de este país? Porque, de no haber tenido lugar esa resituación de España en el mundo, debida en gran parte a la acción personal de Eisenhower, que no fue precisamente el más reaccionario de los presidentes americanos, en 1975 esto hubiera sido más o menos Albania.

2 de octubre de 2001. *El País*. Baltasar Garzón, cómo no. «Que Estados Unidos iba a reaccionar como anuncia que lo hará, o co-

mo ya ha podido hacerlo [...] era lógico y esperado, pero la sumisión simiesca de todos no era previsible» y «resulta preocupante que países como Francia o España no hayan alzado la voz en forma clara para decir no. [...] Occidente y sus jerarquías políticas, militares, sociales y económicas han estado más ocupados del progreso abusivo y vergonzante de la producción, la especulación y el beneficio globalizados que de una adecuada redistribución de la riqueza, de una política de exclusión social que de una mayor atención a la integración de los pueblos o de una política de inmigración progresista y solidaria; del mantenimiento y exigencia de la deuda externa que de la implementación de recursos en esos países a los que ahora se les pide ayuda o comprensión, o a los que se amenaza con la guerra final, con la "justicia infinita" o con la paz duradera. Por esas omisiones conscientes, ahora se sufren las consecuencias terribles de una violencia irracional extrema y fanáticamente religiosa. Sin embargo, la paz o la libertad duraderas sólo pueden venir de la mano de la legalidad, de la justicia, del respeto a la diversidad, de la defensa de los derechos humanos, de la respuesta mesurada, justa y eficaz». Sin comentarios.

El 3 de octubre de 2001, Edward Said, palestino, profesor de Literatura en Estados Unidos, en *El País*: «Reacción y marcha atrás». Expresa gran preocupación por la situación de los musulmanes en la sociedad norteamericana, diferencia entre pueblo y gobierno, tanto en América como en los países árabes, se queja de la influencia del *lobby* proisraelí en la política americana —como si no hubiese *lobby* propalestino— y del racismo de publicaciones proisraelíes como *The New Republic* [!!!] y *Commentary*. Pero al final de su artículo, de una casi espeluznante corrección política, dice algo importante: «Durante años he estado afirmando que nuestras principales armas como árabes no son militares, sino morales, y la única razón por la cual —a diferencia de la lu-

cha contra el *apartheid* en Sudáfrica— la lucha palestina por la autodeterminación no ha captado la imaginación del mundo es que no parece que tengamos claros nuestros objetivos y nuestros métodos, y que no hemos definido de un modo suficientemente inequívoco que nuestro propósito es la coexistencia y la inclusión, no el exclusivismo y el retorno a algún pasado idílico». Suena estupendo, pero el plural no corresponde, porque Said no puede arrogarse la representación de los palestinos, cosa que sí puede hacer y hace Arafat. Además, en el texto hay falacias: por ejemplo, Palestina sí ha captado la imaginación del mundo. Y la imagen de Palestina responde a la realidad de Palestina, a las organizaciones que mandan en Palestina, a las constantes pruebas de deseo de exclusión que los palestinos dan. A la, al menos aparente, buena voluntad de Said le estalla cada día un suicida en las narices.

Pero aún hay más: «En los medios impresos parece haber una *campaña atenuada* para introducir a martillazos la tesis de que "ahora todos somos israelíes" y que los *ocasionales* hombres-bomba suicidas palestinos son *prácticamente* lo mismo que los ataques a las Torres Gemelas y al Pentágono. Por supuesto, en este proceso, la opresión y desposesión de Palestina se han borrado de un plumazo de la memoria; como también se han borrado las múltiples *condenas* de muchos palestinos a los bombardeos suicidas, *incluida* la mía» [las cursivas me pertenecen]. Puede que en los medios de Estados Unidos, donde vive Said, haya una campaña proisraelí, atenuada o abierta, pero desde luego no en Europa en general, y menos en España, donde la tesis es «ahora todos somos palestinos». Los hombres-bomba y los ataques de Al Qaeda, aunque formalmente lanzados desde distintas organizaciones, *son* lo mismo, y no porque a mí se me ocurra, sino porque lo dicen Ben Laden y los dirigentes de Hamás, Hezbolá y la Yihad. Lo más curioso del caso es que un hombre que, como declara

Said sobre sí mismo, ha sido condenado a muerte por alguna de esas organizaciones, o por todas, en plan *fatwa*, siga empeñado en su defensa.

25 de octubre de 2001. *El País*. «Los norteamericanos no han entendido lo que ha ocurrido», entrevista con Michel Wiewiorka, sociólogo francés. Según él, el 11 de setiembre fue una respuesta «a todos los problemas del mundo condensada en un solo acto de tres horas de violencia pura, destructiva y autodestructiva». Reconoce que los atentados no fueron «la respuesta de los pobres», pero apela a un cambio de actitud de los países occidentales: «El Norte habla en nombre de valores universales de manera muy egoísta». Dice que hay que detenerse a analizar «si este terrorismo está conectado o no con el islamismo político y, si lo está, hasta dónde está vinculado con las esperanzas, con las maneras de pensar de las masas musulmanas» y que «el mundo musulmán no es homogéneo».

El 31 de octubre de 2001, 50 días después de los atentados, *El Mundo* publicó las respuestas que una veintena de personalidades intelectuales, religiosas y políticas de diversas partes del mundo dieron a la pregunta con que se titula el balance: «En qué ha cambiado el mundo tras el 11-S».

Según Manuel Vázquez Montalbán, el «conflicto ha contribuido a diseñar el rostro del enemigo», aún desconocido tras «el esfuerzo de la recomposición armamentística del bloque dominante dentro de la globalización».

Para Iñaki Anasagasti, «los atentados se terminarán por olvidar», y pregunta retóricamente «¿quién se acuerda ya de la guerra de Yugoslavia?», para concluir que la «única consecuencia positiva es el avance que se puede dar en Oriente Próximo con el reconocimiento del Estado palestino». Interesante visión, reveladora de las calidades del Partido Nacionalista Vasco en el plano internacional.

En respuesta a la pregunta de *El Mundo*, pero también —sin habérselo propuesto concretamente— a Iñaki Anasagasti, Nicolás Redondo Terreros habla de una mayor sensibilidad de los Estados y los pueblos al problema del terrorismo, y menciona la entrega de las armas por el IRA como señal de un cambio de comportamiento en ese orden. «Ahora —concluye—, sólo cabe esperar que esa sensibilidad y presión alcance al nacionalismo gobernante en Euskadi, que deje de buscar diferencias entre el terrorismo de ETA y el islámico, para que ETA acabe haciendo lo mismo que el IRA». En el momento en que dijo eso, Redondo Terreros era aún secretario del Partido Socialista de Euskadi: por cosas como ésta, finalmente, se vio obligado a dimitir. Poco después, su amigo y hombre de mayor confianza, Juan Carlos Gutiérrez, se suicidó.

Noam Chomsky, desde luego: «Los atentados han sido un regalo a la derecha dura, a quienes justifican el uso de la fuerza para extender su dominio y su control. Las acciones de Estados Unidos servirán posiblemente para apretar el gatillo de más ataques como éste, o incluso peores. Las perspectivas de futuro son más siniestras de lo que lo eran antes de las últimas atrocidades. Ante hechos como éstos, se puede intentar entender qué ha motivado a los autores de este crimen. Podemos elegir una senda diferente e intentar escuchar a Robert Fisk: "Ésta no es una guerra de la democracia contra el terror. Ésta es una cruel campaña contra un pueblo humillado y abatido"».

La idea, evocada por Chomsky, de que el terrorismo *siempre* hace regalos a la derecha y a nadie más, viene de lejos y tiene a su favor un caso puntual: la acusación por los nazis a Jorge Dimitrov del incendio del Reichstag, incendio que sí dio réditos a Hitler y los suyos, que permitió incriminar a los comunistas en su conjunto como terroristas, y del que Dimitrov no era culpable. Pero la derecha dura, si hemos de hacer caso a Chomsky en otros textos y

declaraciones, no necesita excusas para actuar. Habrá más ataques, incluso peores, eso es verdad, pero no por la reacción de Estados Unidos: los habría de todos modos, y probablemente haya menos después de la prueba de Afganistán. En efecto, se puede intentar entender las motivaciones de los terroristas, pero con la seguridad de que siempre volveremos al mismo punto: el islam como ideología de guerra. No sé si el pueblo al que se refiere Robert Fisk, humillado y abatido, es el pueblo afgano o el musulmán en general, pero sí sé que la frase podría haberla suscrito sin inconvenientes Xabier Arzalluz.

El fascista Zhirinovski dice que el ataque a Afganistán «puede equipararse a la ofensiva lanzada por la Alemania nazi en 1939», en lo que viene a coincidir con todo un sector de la izquierda real.

Por supuesto, las cosas no se detuvieron ahí. Las opiniones, de una uniformidad aterradora, se fueron acumulando, y volvieron a hacer eclosión un año más tarde, cuando los periódicos pidieron a los intelectuales —en muchos casos, los mismos— que lo recordaran todo nuevamente. Pero recordaban lo mismo, y a menudo con más virulencia, como si el paso de un año no hubiera bastado para una reflexión. Sólo que para el 11 de setiembre de 2002 ya se había añadido la cuestión iraquí, que en el momento en que termino la redacción de este libro está a punto de estallar, con agresiones a los inspectores de la ONU y otros detalles escabrosos.

Hispanoamérica: la izquierda real de Argentina como modelo

En medio de una crisis nacional que, además de los conflictos puntuales con los sectores del capital financiero internacional del que la mafia dirigente local es socia, tiene cara y ojos, nombre y apellidos, el que alguien desplace el problema a las Torres Gemelas es algo que el presidente Duhalde debe de agradecer. No

importa que sea un sector minoritario en el país y minoritario dentro de las Madres de Plaza de Mayo —de hecho, un sector usurpador, que se ha quedado con el nombre mientras el grueso de las heroicas mujeres que le plantaron cara a la dictadura, y que poseen pensamientos políticos muy diversos, tuvieron que cambiarlo por Madres de Plaza de Mayo, Línea Fundadora—, porque ese sector minoritario se arroga la representación de la izquierda e influye en el patético pero mayoritario peronismo actual, donde el antiimperialismo les sirve no sólo a los patronos y a los políticos en el poder, desde Menem a Duhalde, sino, sobre todo, a una casta de dirigentes intermedios, que son los que realmente manejan el movimiento y ocupan puestos en las provincias, en el senado, en la cámara de diputados, y de modo alarmante en los sindicatos y en el movimiento piquetero, perfectamente controlado.

Por eso es terrible que desde un sitio llamado Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo, personas reconocidas, entre ellas David Viñas, que ocupa una cátedra en la universidad, celebren sin rubor los atentados y hablen de Ben Laden como de un apreciado camarada. Gesto con el cual no consiguen que Ben Laden sea realmente su camarada, pero sí consigue Ben Laden que ellos lo sean suyos en la práctica.

Reproduzco a continuación la información que el periodista Horacio Verbistky proporcionó en su momento en el diario argentino *Página/12*, en un largo artículo, muy crítico con las posiciones que describe, desde una posición que no es la mía pero que en gran parte podría suscribir. Transcribo la transcripción de Verbistky y, como él, remito a quien quiera los textos completos a *Resumen Latinoamericano, resumen@nodo50.org*:

«Durante una clase pública dictada en la academia denominada "Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo", cuatro oradores celebraron los atentados del 11 de setiembre. Trataré de

sintetizar sus argumentos con fidelidad y de refutarlos con calma. El escritor David Viñas dijo que el ataque "a los grandes símbolos del poder" constituía "una forma inédita de la lucha de clases", entre "la violencia popular y la violencia institucional del imperio", "la violencia desde abajo contra la violencia enquistada arriba". Estas "señales inesperadas, inéditas, invictas, primeras de la lucha de clases en el mundo globalizado por el imperio terrorista del Pentágono y de Wall Street" provendrían "de los sometidos, los humillados del mundo". Dijo que debían leerse "dentro del contexto del proceso general de globalización". Comparó a sus autores con Robespierre y Castelli [el jacobino de la revolución independentista argentina]. Evocó los sufrimientos infligidos por Estados Unidos a Cuba, Chile, Japón, Nicaragua, Panamá, Granada, Irak y Yugoslavia, y a sus hijos, María Adelaida y Lorenzo Ismael Viñas, "entre otros miles de compatriotas asesinados por el terrorismo de generales y almirantes adiestrados por el Pentágono y sustentados por Wall Street".

»El director de la academia, Vicente Zito Lema, sostuvo que Osama ben Laden era "un revolucionario", cuya lucha "es parte de la lucha de clases" de "los oprimidos de la humanidad contra el imperio". Lo comparó con San Martín, Belgrano, Artigas [líderes independentistas de Argentina y Uruguay en el siglo XIX], Ernesto Guevara y "mis compañeros caídos en combate". Además de las "bombas en ciudades japonesas" mencionó a los "36 500 niños que mueren todos los días" en el mundo y dijo que sólo pueden "hablar de derechos humanos" y lamentar "la muerte de los trabajadores que estaban también en esas torres gemelas" quienes "siempre alzaron la voz por los caídos en la humanidad". Buena parte de los intelectuales y de la clase política de nuestro país "lloran por el poderoso cuando son cómplices cotidianos de la muerte".

»El abogado Sergio Schocklender afirmó que no fueron actos terroristas sino "operaciones quirúrgicas" de guerra contra "los centros precisos de poder", del "enemigo que nos está destruyendo". Se trataría de "una guerra declarada, de la civilización y de la humanidad contra Estados Unidos". En cambio, actos terroristas son los bombardeos indiscriminados de Estados Unidos e Israel contra civiles. Expresó su admiración por los "militantes" que realizaron esas acciones, a quienes comparó con "el pueblo heroico de Vietnam", que derrotó al enemigo al "llevarle la guerra a su propio territorio". Narró un viaje a Irak y su "revolución maravillosa". Dijo que le dolían "los casos individuales, esas figuras cayendo", pero que le dio "mucha alegría" saber que "no son tan invulnerables y que tenemos la posibilidad de resistir y enfrentarlos".

»Hebe Pastor de Bonafini contó que estaba en Cuba ese día y que sintió alegría. "No voy a ser hipócrita, no me dolió para nada", porque "había muchos pueblos que eran felices" y de ese modo "la sangre de tantos en esos momentos era vengada", entre ellos sus hijos. En esos ataques "no murieron pobres, no murieron poblaciones". Sus autores fueron "hombres y mujeres muy valientes", que "se prepararon y donaron sus vidas para nosotros". Ellos "declararon la guerra con sus cuerpos, manejando un avión para estrellarse y hacer mierda al poder más grande del mundo. Y me puse contenta". El "miedo que nos metieron a nosotros, con la persecución, con la desaparición y con la tortura, ahora lo vive el pueblo norteamericano entero. Ese pueblo que se calló y aplaudió las guerras". Para ella, los blancos no fueron sólo simbólicos: "En esas dos torres se decidía todos los que nos íbamos a morir, a quedar sin trabajo, a masacrar, a bombardear". Igual que Viñas, comparó a los autores con "nuestros hijos, que dieron y entregaron la vida por un mundo mejor", a los que llamaban terroristas pero eran revolucionarios».

En una parte de su respuesta, Verbistky le recuerda a Viñas que «el régimen teocrático de Afganistán» es «supresor de todas las libertades que permitirían vivir y desarrollar su obra en ese país a los intelectuales críticos, ateos, socialistas y judíos como Viñas». Después de eso, su visión del problema y la mía se distancian.

Conocí a Viñas cuando estaba exiliado en Madrid, precisamente por las fechas en que, por un acuerdo entre el ejército argentino y la dirección asesina de Montoneros, un grupo de jóvenes, engañados por Firmenich y compañía con el sueño de la revolución, jóvenes que se habían marchado del país para no ser asesinados, aceptaron formar parte del Operativo Retorno, de devolución de los militantes que habían salvado su vida al interior de Argentina: las fuerzas conjuntas de la dictadura y sus cómplices en Chile y Brasil, desde donde esos muchachos pensaban cruzar las fronteras, en el marco del Operativo Cóndor, los detuvieron y los hicieron desaparecer. Habían sido entregados por la dirección montonera cómodamente instalada en México. Uno de ellos era Lorenzo Ismael Viñas. Jimmy Carter era por entonces el presidente de Estados Unidos y había decretado el bloqueo económico a Argentina por las constantes violaciones de los derechos humanos. Cuando la clase dirigente argentina no pudo seguir vendiendo los productos de la tierra a sus clientes de siempre, la URSS tomó el relevo y se convirtió en el principal sostén económico exterior de los militares en el poder. Nadie más que Carter, en el plano internacional, tomó medidas activas contra la dictadura argentina: el imperio terrorista del Pentágono y de Wall Street.

Entretanto, Ismael Viñas, hermano de David —del mismo nombre que su padre, el juez Ismael Viñas, el de la Patagonia rebelde—, trotskista de viejo cuño, se había sustraído a un destino trágico de tortura y desaparición exiliándose en Israel, donde creo que continúa y donde durante largos años dirigió (o dirige) la revista *La semana* e hizo declaraciones muy críticas para con el

país que, por su condición de judío —su madre lo era—, le había dado asilo.

Vicente Zito Lema se exilió inicialmente en Barcelona. Le conocí a través de David Tieffemberg y supe que nada más llegar se había vinculado con los felizmente efímeros grupos independentistas catalanes inclinados a la vía violenta: era, y no oculta que sigue siéndolo, simpatizante de ETA.

Hebe Pastor de Bonafini, que construyó su carrera política a partir de una causa noble, pero que se negó a aceptar la oferta de Alfonsín de identificar a los cadáveres de desaparecidos anónimamente enterrados arguyendo que «vivos se los llevaron y vivos los queremos», y que con eso dividió la organización cuyo nombre se apropió, ni siquiera tiene el pudor de leer los periódicos antes de decir que los autores de los atentados del 11 de setiembre fueron «hombres y *mujeres* muy valientes».

Sergio Schocklender fue procesado y cumplió años de prisión por el asesinato de sus padres. Su hermano sigue en la cárcel por el mismo crimen. Su padre era judío; él es, con la excusa del antiimperialismo, un antisemita militante.

¿Es esto la izquierda argentina? ¿Es esto la izquierda en Hispanoamérica? Debo decir que sí, que esto es lo que queda.

Otras respuestas

28 de setiembre de 2001. *La Vanguardia*, Salvador Enguix, corresponsal en Bruselas: «Berlusconi indigna a la UE al afirmar que Occidente es superior al islam. La Liga Árabe acusa al primer ministro italiano de racismo y le exige una disculpa». ¿Por qué se indigna la UE con Berlusconi? Toda la UE, que no me incluye a mí como ciudadano comunitario, sino a los eurodiputados, la Comisión, el Parlamento, etc. Esa indignación es el preámbulo de la peregrina afirmación por la ministra española de Exteriores, Ana Palacio, de que «Europa no es un club cristiano».

Lo que Berlusconi quiere decir, pero se oculta tras su lenguaje futbolero de Forza Italia, es que Occidente está en una etapa de desarrollo de la civilización humana superior a la del mundo musulmán. Según *El País* [29-9-2001], el jefe del gobierno italiano «se reafirmó en la defensa de los valores del Occidente civilizado: tolerancia, pluralismo, libertades políticas y económicas, sufragio universal, etc.». «Nosotros —dijo Berlusconi— excluimos de nuestro horizonte el fanatismo, pero precisamente por eso luchamos con orgullo para erradicarlo de la conciencia de los pueblos. La idea de que todos los valores y todos los comportamientos tengan la misma dignidad es, simplemente, falsa». Y en eso tiene razón, irremediablemente, aunque me cueste darle la razón a un hombre que está atentando a diario contra la cultura italiana como nadie lo había hecho hasta ahora, haciendo recortes presupuestarios en investigación que dejan a Italia fuera de la mayor parte de los programas científicos europeos, aliándose con enemigos del Estado para mejor ocupar el Estado: un talibán del liberalismo que no ha retrocedido en su desregulación ni siquiera después del 11-S, como sí lo ha hecho Bush por mérito de algunos consejeros neokeynesianos. La Liga Árabe exigió que Berlusconi pidiera disculpas y, pocos días después, el 29, el primer ministro lamentó públicamente «que alguna frase mía sacada de contexto, haya sido mal interpretada y haya podido herir la susceptibilidad de mis amigos árabes y musulmanes». Obviamente, Berlusconi respondía así a las presiones, no de la Liga Árabe, sino de la UE.

Por los mismos días, Oriana Fallad se manifestó en el mismo sentido que Berlusconi, en un artículo. El artículo se convirtió rápidamente en libro: *La rabia y el orgullo* [La Esfera de los Libros, Madrid, 2001], un documento que trata exactamente sobre lo que su título anuncia, pero que tiene mucha información interesante. Por ejemplo, cuenta Fallad que en 1972 entrevistó a Arafat en Ammán y precisa entre paréntesis: «lugar donde sus mariscales en-

trenaban también a los terroristas alemanes de la Baader-Meinhoff». Además, muchas de sus airadas afirmaciones sobre el islam y sobre los relativismos son certeras, como dijo Fernando Savater, «porque no hay civilizaciones o culturas superiores a otras (en el sentido de que no tengan nada que aprender de las demás), pero en cambio sí que unos sistemas políticos son racionalmente preferibles a otros», [«La civilización y *Lady* Mary», *El País*, 20-10-2001].

Susan Sontag fue, probablemente, malinterpretada. No es posible situarla, como ha hecho alguna prensa, en la misma línea que Chomsky. No obstante, el texto que publicó en el *New Yorker*, junto a los de otros varios autores invitados a dar su impresión sobre los atentados, además de ser crítico con los servicios de inteligencia americanos por su ineficacia, también lo es con las «opciones de las que dispone la política exterior americana, especialmente en Medio Oriente», [*The New Yorker*, 21-20-2001], sobre lo que se ratificaría posteriormente al periodista David Talbot en una entrevista difundida por AlterNet, con todas las matizaciones necesarias: «Creo firmemente en el retiro unilateral de Israel de los territorios palestinos, lo cual es desde luego el punto de vista de una minoría de ciudadanos en Israel, pero no la del gobierno de Sharon. Ese punto de vista lo expresé cuando recibí el Premio Jerusalén allí, en mayo pasado, y se produjo una tormenta de reacciones. El hecho de que tenga un punto de vista crítico acerca de la política de Israel, en particular sobre el tema de la ocupación, porque me parece insostenible, crea una frontera indefendible, no significa que crea que Estados Unidos ha traído el terrorismo a casa porque apoya a Israel. Me parece que Ben Laden y sus patrocinadores están usando eso como un pretexto. Aunque hubiéramos cambiado nuestro apoyo a Israel, no habríamos detenido estos ataques».

Esto último es rigurosamente cierto. Porque Estados Unidos es un objetivo por sí mismo. Pero Israel, por su parte, también lo es, y en las condiciones actuales, una cosa no se puede separar de la otra. No hay que olvidar que uno de los factores más importante en la creación de una conciencia antiamericana ha sido el antisemitismo. El antiamericanismo es una forma de antisemitismo, y el antisemitismo una forma del antiamericanismo, por más que los dos términos signifiquen, cada uno por su lado, muchas más cosas.

También se quejó Sontag por la censura impuesta por el gobierno a los medios de comunicación americanos, en especial en referencia a los vídeos de Ben Laden. Como había dicho Barbara Probst Solomon [«El poder de las palabras», *El País*, 21-10-2001], ya antes de que saliera el texto de Sontag en el *New Yorker*, «estar en guerra con Ben Laden y fingir que estás interesado en lanzar su mensaje a todo el mundo es un contrasentido»; «durante la Segunda Guerra Mundial [...] las cartas de los soldados llegaban censuradas para que no se divulgara información militar» y «la prensa no se quejó porque Roosevelt no la informara con anticipación del desembarco en Normandía, ni tampoco nos transmitían la propaganda de Goebbels».

28 de octubre. *El País*. William Pfaff: «El mundo musulmán, no Occidente, es el amenazado». A pesar del título, se trata de una reflexión sobre la forma en que el mundo árabe, al perder Lepanto, Poitiers y Viena, perdió el tren de la historia y mostró carecer de la aptitud necesaria para «formular una concepción moderna de la política y el gobierno, capaz de enfrentarse a un mundo no islámico mucho más poderoso en medios materiales, organización y ciencia». Concluye Pfaff que, «desde 1914, el islam no ha conseguido dar una respuesta intelectual seria al Occidente moderno». «La cultura y la inteligencia, no el poder, deciden la calidad de las sociedades. Éste es el fracaso que ha dado origen a

Osama ben Laden y su Al Qaeda, y es un fracaso más peligroso para el islam de lo que jamás podría serlo para Occidente». Esto es política: si Berlusconi o Fallaci hubiesen tenido la finura de plantearlo así, hubiesen sido menos notables, pero igualmente certeros, porque Pfaff no habla de otra cosa que de la superioridad de una sociedad sobre otra. De todos modos, se les agradece que hayan lanzado el debate en los términos en que los hicieron, porque permitieron a otros expresarse con crudeza y claridad.

Y una nota complementaria: desde 1914, pero sobre todo desde los años treinta, ese mundo árabe sin capacidad para formular una concepción moderna de la política estuvo siempre junto a Alemania.

Finalmente, como un soplo de aire fresco, abriendo una puerta, llegó Salman Rushdie a *El Mundo* [4-11-2001], con su artículo «Sí, esto tiene que ver con el islam». Un musulmán condenado a muerte por los musulmanes habla, escribe, dos años después de que 508 iraníes se hubiesen declarado dispuestos a donar un riñón «para financiar un atentado mortal contra el escritor británico Salman Rushdie», [*El País*, 30-12-1999, citando una noticia aparecida en *Kayban*, diario fundamentalista iraní].

Reproduzco la parte a mi entender más significativa de su texto:

«"Esto no tiene nada que ver con el islam". Dirigentes de todo el mundo han venido repitiendo este mismo mantra durante semanas, debido parcialmente a la virtuosa esperanza de impedir ataques contra musulmanes que viven en Occidente y parcialmente porque si Estados Unidos va a mantener la coalición contra el terrorismo, ésta no puede permitirse hacer ninguna sugerencia respecto a que el islam y el terrorismo estén relacionados de alguna manera.

»El problema que existe con este rechazo, por otra parte tan necesario, es que no es verdad. Si realmente todo esto no tiene

nada que ver con el islam, ¿cuál es la razón de esas manifestaciones de apoyo a Osama ben Laden a lo largo y a lo ancho de todo el mundo musulmán?

»¿Por qué se apiñan esos 10 000 hombres armados con espadas y hachas en la frontera entre Pakistán y Afganistán en respuesta a la llamada a la *yihad* de algunos *mulás*? ¿Por qué las primeras bajas británicas en esta guerra han sido tres musulmanes que murieron luchando a favor de la causa talibán?

»¿Por qué ese rutinario antisemitismo de la tan repetida calumnia islámica, que afirma que fueron "los judíos" quienes organizaron los atentados contra el World Trade Center y el Pentágono, con la extraña y autoexculpatoria explicación de que los musulmanes no disponían ni de la capacidad tecnológica ni de la sofisticación organizativa necesarias y suficientes para llevar adelante semejante hazaña?

»¿Por qué Imran Khan, la exestrella pakistaní del deporte ahora transformada en político, demanda que se muestren pruebas de la culpabilidad de Al Qaeda, mientras, aparentemente, hace oídos sordos a los discursos autoinculpatorios del propio portavoz de Al Qaeda ("habrá un diluvio de aviones desde los cielos y se advierte a los musulmanes de Occidente que no trabajen ni vivan en edificios altos")?

»¿Por qué todas esas manifestaciones sobre las tropas infieles norteamericanas que profanan el sagrado suelo de Arabia Saudí, si no existe definición de ninguna clase sobre lo que es sagrado en el corazón de los disconformes?

»Desde luego que todo esto *tiene que ver con el islam*».

El 10 de diciembre de 2001 le entregaron el Premio Nobel a Vidiadhar S. Naipaul. En una entrevista, dijo que los «fundamentalistas islámicos pretenden extender el silencio del desierto por todas partes» y que «Arabia Saudí debería pagar indemnizaciones por el 11-S». A lo que añadió que él no sabía qué decía Hunting-

ton, pero «nunca oí hablar del conflicto de civilizaciones entre los hindúes y Occidente ni entre Japón y Occidente; los fundamentalistas no creen en la coexistencia», [*El Mundo*, 10-12-2001].

Cuando, alrededor del 11 de setiembre de 2002, la prensa empezó a publicar nuevos artículos de los mismos, con las mismas opiniones, Gabriel Albiac volvió a ser la excepción [«Tomar partido», *El Mundo*, 12-9-2002], escribiendo sobre «el islamismo político» que «es vano buscar en la historia europea del siglo XX, algo comparable en pureza reaccionaria a ese islamismo. No es de ésta era. Hunde sus raíces en un universo de guerra que el imaginario occidental no acierta siquiera a representarse. [...] Nadie se engañe: en comparación con ese impensable retorno al primitivismo irracional extremo, Adolf Hitler sería un avanzado de las libertades públicas. Frente al islamismo hoy, aún más que frente al fascismo hace medio siglo, sólo caben dos opciones: ganar la guerra o perderla».

3
EL MITO DEL MULTICULTURALISMO Y EL PROBLEMA MIGRATORIO

El mito multicultural

Siempre hay un fantasma recorriendo Europa. Uno, cualquiera, no constantemente el mismo. En tiempos de Marx y Engels, era el del comunismo. Sobre la base de esa ficción, de esa enorme ingenuidad que convirtió una expresión de deseos en una desgracia universal, se organizaron los aparatos ideológicos de justificación de la guerra fría, a partir de la formalización de uno de los dos grandes mitos del siglo xx: el mito del proletariado universal revolucionario. La rendición de la Unión Soviética dio por tierra con el invento. Con un dolor infantil, los militantes se quedaron mirando las entrañas mecánicas del juguete al que habían confundido con un niño de carne y hueso.

En *El judío imaginario* [Anagrama, Barcelona, 1990], Alain Finkielkraut (1990) trata con amplitud del otro mito secular: el de la raza aria. El pensador francés no comete el error de darlo por liquidado: en política, y sobre todo en el ámbito de los imaginarios políticos, la razón cuenta poco; y no basta con abordar las estructuras enfermas desde el sentido común, la conciencia y la memoria para alcanzar su curación, como Freud pretendía hacer con las neurosis en el espacio individual. Si bastó con el desastre ruso para acabar con la ficción del proletariado, fue porque con la caí-

da de las fronteras de la autarquía stalinista se alcanzó el establecimiento del mercado mundial, fin último del capitalismo. La ficción de la raza aria, generalizable en una primera etapa en la ficción de las razas y, después de la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial, ya en un nivel superior, en la ficción de las culturas, goza, en cambio, de buena salud. Lo que se llamó raza hasta 1945, se llama ahora cultura. Es la denominación políticamente correcta de una aberración que hunde sus raíces en el pensamiento de Lutero y de la reacción antiiluminista. Cabe apuntar aquí que la expresión «políticamente correcto» se deriva de la noción de «ideológicamente correcto» acuñada por Goebbels con idéntico sentido, y que es uno de los mitos que alimentan y se alimentan de la noción de lo multicultural, deletéreo para cualquier sociedad abierta, como la norteamericana, donde la población negra pasó a ser afroamericana a la vez que se convertía masivamente al islam, desligándose de la idea y de la práctica de la ciudadanía.

La revolución burguesa en Europa y América tuvo su expresión ideológica en dos movimientos intelectuales: la Ilustración y el Romanticismo. Se trata de posturas contrapuestas, que conviven, contradiciéndose, en el proceso de institucionalización del poder burgués. La Ilustración prohija la *Carta de los Derechos* de Virginia, de 1776, y la *Declaración de los Derechos del Hombre* de la Revolución Francesa de 1789. El Romanticismo, los Estados nacionales modernos. De la Ilustración procede la idea de la igualdad universal. Del Romanticismo, la de la particularidad nacional. La Ilustración está asociada a lo racional y a la noción de progreso. El Romanticismo, a lo irracional, a lo instintivo, a lo hereditario, a lo inmanente y a lo esencial. La Ilustración es *universalista* y, por emplear una expresión que irritaba especialmente a José Stalin, cosmopolita (en 1784, Kant escribió su *Idea de la historia universal desde el punto de vista cosmopolita*, sosteniendo que, por enci-

ma de las diferencias entre razas y naciones, entre grupos y entre individuos, era racionalmente imprescindible la paz universal y la sociedad de naciones, para que los individuos fuesen a un tiempo legisladores y sujetos en un reino de fines). El Romanticismo es *relativista*. Entre el Romanticismo y su antítesis, complemento y contrapeso, la Ilustración, realizaron la mayor operación conocida de reinvención de la historia.

Conviene revisar aquí sucintamente la historia de las dos tendencias y sus proyecciones concretas en el pensamiento contemporáneo, bastante notorias, por otra parte, en la medida en que las condiciones que generaron la divergencia original no sólo se han mantenido inalteradas, sino que han rebasado los límites de su geografía inicial para extenderse por la mayor parte del planeta, y las diferencias han tendido a acentuarse. Tal revisión histórica puede realizarse a través de tres obras en las que ha sido elaborada y documentada, y que cito por el orden de su publicación en español: *El asedio a la Modernidad*, de Juan José Sebreli [Sudamericana, Buenos Aires, 1991], *El mito de la cultura*, de Gustavo Bueno [Prensa Ibérica, Barcelona, 1996] y *Las raíces del Romanticismo*, de Isaiah Berlin [Taurus, Madrid, 2000]. Lo que sigue es un esbozo de síntesis, destinado a echar cierta luz sobre el camino que va de los inicios de los Estados nacionales modernos y de los imperios coloniales a la época actual, señalada por los mayores movimientos migratorios de la historia, en el territorio de las ideologías.

La huella de la Ilustración puede rastrearse a lo largo de todo el pensamiento occidental, desde los presocráticos, pasando por Aristóteles y, en la Edad Media, por lo que Ernst Bloch denominó «la izquierda aristotélica», hasta el Renacimiento y la era de los descubrimientos. Pero el siglo XVIII, el de las Luces, es el de su formalización organizada y su consolidación: la consolidación de la razón como eje de una *weltanschauung*. Voltaire atribuía a Roger

Bacon (1214-1249) la paternidad, en pleno siglo XIII, de la filosofía experimental. Bacon reclamaba «las felices bodas del intelecto humano con la naturaleza de las cosas», bodas a las que se oponían la credulidad, la aversión respecto de la duda, la precipitación en las respuestas, la pedantería cultural, el temor a contradecir, la indolencia en las investigaciones personales, el fetichismo verbal, la tendencia a detenerse en los conocimientos parciales, todos elementos perfectamente identificables en la vida intelectual de nuestros días. En el siglo XVII, Descartes colocaba en el pensamiento el sentido de la existencia.

Kant [*Filosofía de la Historia*, vol. I, Nova, Buenos Aires, 1958] define la ilustración como «el hecho por el cual el hombre sale de la minoría de edad. [...] La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esa minoría, cuando su causa no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión para servirse con independencia de él, sin la dirección de otro. [...] ¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! Tal es la divisa de la ilustración».

Hegel, ya en el siglo XIX, resume su sentido en la expresión «todo lo real es racional y todo lo racional es real».

Veamos, en ajustada síntesis, los principios de la Ilustración: a) La razón, informada por los sentidos, permite el acceso a la verdad, b) La razón debe servir para la búsqueda de un modo de vida justo para el conjunto de la humanidad, c) Tanto la naturaleza como la sociedad obedecen a leyes, que el hombre puede y debe conocer por la ciencia, d) Nada hay que sea inherente a la naturaleza, ni individual ni social, del hombre, que es infinitamente perfeccionable.

Todo ello se actúa en diversos campos, en las obras de pensadores y científicos como Newton, Buffon, Beccaria o Condorcet. Idénticos principios alientan en Montesquieu y en Rousseau, y

van a culminar en los grandes trabajos críticos y de ordenación del saber de Voltaire y Diderot. Los estudios genealógicos del pensamiento contemporáneo vinculan a Rousseau con Marx, a Kant con Marx, a Hegel con Marx, al joven Hegel con el joven Marx.

El gran precedente del Romanticismo es el llamado «movimiento de los genios», conocido por la fórmula *sturm und drang* (que, aproximadamente, significa «tormenta e ímpetu»), título de una pieza dramática de Klinger que, en una primera versión, había sido *Confusión*. En una historia de la literatura [*Capítulo Universal*, CEDAL, Buenos Aires, 1968] encontramos la siguiente apreciación: «Fue significativo el que sus integrantes provinieran de diferentes regiones de Alemania y de capas sociales muy distintas: el joven de rancio abolengo se codeaba con el hijo del proletario. Su rebelión se dirigió tanto contra el riguroso predominio de la razón —a la cual se opusieron los poderes irracionales del corazón— como contra la estrechez de la vida político-social [...]» En el siglo XX hemos aprendido mucho, y con mucho dolor, acerca de los movimientos policlasistas lanzados al asalto a la razón, íntimamente relacionados con aquel original alemán. Para quienes no lo hayan percibido aún, cabe apuntar desde ya que *la Ilustración es madre del derecho a la igualdad, en tanto el Romanticismo prohija el derecho a la diferencia*.

La Ilustración, naturalmente, dialécticamente, engendró un opuesto: el antiiluminismo. Maistre y Bonald, modelos de reacción a la revolución de 1789 en Francia; Burke, que suele ser tratado cono «prerromántico», en Inglaterra, y Herder y Möser en Alemania, son buenos ejemplos de esa tendencia.

Juan José Sebreli [*cit.*] resume así lo que siguió al *sturm und drang*: «Los románticos antiiluministas oponían al universalismo las particularidades nacionales, étnicas y culturales; a la razón abstracta, la emoción; al progreso, la tradición; al contrato social,

la familia; a la sociedad, la comunidad. El iluminismo buscaba todo lo que los hombres tienen de común, en tanto que el Romanticismo antiiluminista enfatizaba todo lo que tienen de diferente: la nacionalidad, la raza, la religión. Contra lo racional, aquello en que todos los hombres pueden ponerse de acuerdo, los románticos antiiluministas priorizaban lo irracional, la parte singular e incomunicable de cada hombre [...] el antiiluminismo romántico pretendía ser portavoz de las masas ingenuas y espontáneas, de los pueblos primitivos, de los campesinos analfabetos». Para quienes tengan presentes las consignas populistas de los fascismos, huelga todo comentario.

La *Idea de la historia desde el punto de vista cosmopolita* de Kant corresponde a su polémica de 1784-1785 con Herder, desatada a propósito de la reseña que el filósofo realizó de la obra tenida por cumbre del *sturm und drang: Filosofía de la historia para la educación de la humanidad*, reivindicada por el ideólogo del nazismo Alfred Rosenberg en *El mito del siglo xx*. Ya Kant advertía de los riesgos que implicaba el exaltado particularismo de Herder, quien establecía en su texto, como ventajas a conservar, las diferencias nacionales y un supuestamente esencial aislamiento del individuo.

«Hasta la imagen de la felicidad —escribía Herder— varía con cada Estado y latitud, pues ¿qué otra cosa es la felicidad, sino la suma de las satisfacciones, de deseos, de realización de fines, y esa dulce superación de las necesidades que dependen todas del país, del tiempo y del lugar?, y por lo tanto, en el fondo falla toda comparación [...] ¿quién puede comparar la diferente satisfacción de sentidos diferentes de mundos diferentes? [...] El hombre se ennoblece por medio de bellos prejuicios. [...] El prejuicio es aceptable en su momento, pues hace feliz. Impulsa a los pueblos hacia su centro, los fortalece en su tronco, los hace más florecientes en su idiosincrasia, más apasionados y por lo tanto más felices

en sus tendencias y fines. La nación más ignorante, más llena de prejuicios suele ser, en este sentido, la primera» [citado en Sebreli, *cit.*].

Y propone Herder una disciplina para la preservación del individuo conformado según esa noción de lo particular nacional: «No mirar más lejos; que la imaginación apenas exceda de ese círculo. Deseo todo lo que esté de acuerdo con mi naturaleza, lo que pueda asimilarse; aspiro a ello, me apodero de ello. Para lo que está afuera, la bondadosa naturaleza me armó de insensibilidad, frialdad y ceguera. Hasta puede llegar a ser desprecio y repugnancia, pero la única finalidad es que yo me vuelva sobre mí mismo, que me baste dentro del centro que me sostiene».

J. De Maistre, por su parte, decía que «todos los pueblos conocidos han sido felices y poderosos en la medida en que han obedecido más fielmente a esa razón nacional que no es otra cosa que la destrucción de los dogmas individuales y el reino absoluto y general de los dogmas nacionales, es decir de los prejuicios útiles». Y Barres, ideólogo del fascismo en Francia: «El rol de los maestros consiste en justificar los hábitos y los prejuicios de Francia».

El particularismo y la exaltación particularista pueden rastrearse a lo largo de las décadas. La mención de algunos nombres resulta esclarecedora: Arnold Toynbee (civilizaciones), Oswald Spengler (culturas), Max Scheler.

No puede sorprender que el protonazi Oswald Spengler escribiese en 1922 [*La decadencia de Occidente*, Espasa, Madrid, 1983] que nosotros, «hombres de la cultura europea, occidental, con nuestro sentido histórico, somos la excepción y no la regla. La historia es nuestra imagen de la "humanidad". El indio y el antiguo no se representaban el mundo en su devenir. Y cuando se extinga la civilización de Occidente acaso no vuelva a existir otra cultura y, por lo tanto, otro tipo humano para quien la *historia*

universal sea una forma tan enérgica de la conciencia vigilante. [...] En realidad, la configuración de la historia universal es una adquisición espiritual que no está garantizada ni demostrada».

Menos natural parece que un pensador asumido por buena parte de las izquierdas, como Michel Foucault [*Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México], suscriba idéntica afirmación: «[...] el hombre [...] es indudablemente sólo un desgarrón en el orden de las cosas, en todo caso una configuración trazada por la nueva disposición que ha tomado recientemente el saber [...] una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento y quizá también su próximo fin. [...] Se comprende el poder [...] que pudo tener [...] el pensamiento de Nietzsche cuando anunció [...] que el hombre dejaría de ser pronto».

Decididamente contra natura resulta que quien se reclama marxista, como Althusser [*Crítica de la práctica teórica*, Siglo XXI, México, 1974], sostenga que «el hombre es un mito de la ideología burguesa. La palabra "hombre" es sólo una palabra».

No pocos estudiosos han asociado a Rousseau con el Romanticismo, o lo han tratado como prerromántico. Su contractualismo, su gran proyecto pedagógico, su preocupación por el problema de la igualdad, todos ellos elementos definitorios de una actitud universalista, deberían bastar para situarlo en la línea de la Ilustración. Su sensibilidad o, más exactamente, su sentimentalidad, corresponde a una época, antes que a una elección intelectual.

También Marx ha sido y es disputado para la tradición romántica. La lectura del trabajo de Ludovico Silva sobre *El estilo literario de Marx* [Siglo XXI, México, 1968] despeja toda duda acerca de ello: de la exterioridad de un estilo no se puede inferir un contenido.

En el Romanticismo, en tanto que filosofía política de las juventudes revolucionarias de los nacientes Estados nacionales, el

particularismo se expresa en la noción de *volkgeist*, espíritu de los pueblos o espíritu nacional. Esta noción, a su vez, es heredada, con ropaje verbal científico, por el relativismo de la antropología estructuralista, desde Levy-Strauss hasta Marshall Sahlins. Todas las *culturas* son iguales porque son distintas, en un análisis, claro está, sincrónico. La abolición de la idea de humanidad trae aparejada la abolición de la idea de historia y de la idea de progreso, es decir, de desarrollo en el tiempo.

Los románticos de principios del siglo XIX carecían del valor, del poder político y de la claridad suficientes para proceder sin ambages a la liquidación de la Historia, como lo ha hecho hace poco el publicista Francis Fukuyama. Lo que hicieron fue suspenderla, releerla y reescribirla para sus propios fines: el viaje a Italia de Goethe marca el inicio de la experiencia más asombrosa, por su amplitud y eficacia, de la historiografía: la invención de una Antigüedad clásica acorde con las necesidades de pasado de los nuevos Estados. La misma Antigüedad que convierte a Séneca en español y a Alcuino de York en inglés o francés, según los casos, y que en Ricardo Wagner, autor de *Parsifal* y de *Los judíos y la música*, entre otras obras, se resuelve en la mitología racial germánica.

El lingüista y antropólogo Martin Bernal, autor de *Atenea negra, las raíces afroasiáticas de la civilización clásica* [Crítica, Barcelona, 1993], vivió dolorosamente la experiencia del racismo y de los mitologismos románticos que persisten en el pensamiento del Occidente actual. De hecho, el ataque frontal que su obra recibió por parte de la crítica académica y paraacadémica en España fue tal que el editor obvió la publicación del segundo volumen. En el prólogo del primero, al narrar el proceso de elaboración de su trabajo, explica Bernal: «... ¿cómo es que, si todo es tan simple y tan evidente como tú sostienes, no ha habido nadie que se haya dado cuenta antes? La respuesta la encontré al leer a Gordon y a Astour. Estos autores consideraban que el Mediterráneo

oriental constituía un todo cultural, y Astour demostraba además que el antisemitismo era la explicación de que se negara el papel desempeñado por los fenicios en la formación de Grecia».

¿De qué modo la noción de relativismo cultural, o de multiculturalismo, como se ha elegido llamarlo últimamente, está asociada al antisemitismo en particular, por la historia del Romanticismo alemán, y al racismo en general? La negación de la noción de humanidad, y su sustitución por la de un conglomerado de «culturas» abre la brecha de la diferencia. Y el racismo no se construye sobre la superioridad o la inferioridad de una determinada raza: eso viene después, en segundo término: lo primero es la diferencia de esa raza respecto de otras. Para aceptar la idea de que los arios son superiores, o la de que los judíos son inferiores, tengo que aceptar primero que son diferentes. Es tan racista afirmar que todos los judíos son malos como afirmar que todos los judíos son buenos. O los árabes, o los chinos, o los sioux, lo mismo da. Al diferenciarlos, los separo de la idea de humanidad.

Las diferencias entre culturas suelen ser mostradas por los interesados en términos de espacio, en virtud de las mitologías de Estado. Los franceses tienen una cultura y los japoneses otra, elaboradas en función de su territorio y del ámbito de su lengua, dicen inicialmente los multiculturalistas. Porque si definieran esas diferencias en términos de tiempo, si desplazaran de su seudoanálisis lo sincrónico en favor de lo diacrónico, tendrían que empezar a hablar de niveles de desarrollo de una misma, única cultura humana. Lo que es fácil de aceptar en la esquematización económica, que establece niveles de desarrollo y de subdesarrollo, parece imposible de aceptar en una esquematización antropológica. Nunca, a lo largo de la historia, estuvieron tan separadas como ahora la estructura económica de la superestructura ideológica.

Tomemos un ejemplo candente: el de la ablación de clítoris. Los espacios en que se practica de modo habitual corresponden a zonas económicamente deprimidas, profundamente atrasadas, incorporadas al mercado mundial por sus mercancías, pero con regímenes productivos precapitalistas. Los multiculturalistas radicales afirman que es posible y hasta deseable que tal costumbre sea respetada cuando los que hasta ahora han vivido en el pasado histórico se desplazan hacia el presente, es decir, pasan del subdesarrollo al desarrollo. Y, en sociedades que, a partir de las revoluciones burguesas han incorporado con más o menos lentitud zonas cada vez más amplias de libertad individual, de utilización del propio pensamiento y del propio cuerpo en función del deseo, pretenden insertar estilos represivos correspondientes a estadios superados. Así, el derecho a la igualdad ante la ley, sobre el que se han fundado todos los progresos hacia la libertad individual, viene a ser desplazado por el derecho a la diferencia ante la ley, según la elección del que la viola, sea el testigo de Jehová que niega la transfusión a su hijo o a su padre, sea el musulmán o el hindú que aprueba o fomenta la ablación del clítoris. Lo curioso es que grupos que han conquistado nuevos grandes territorios de libertad, como es el caso de ciertos grupos feministas, sobre la base de la potenciación de la igualdad ante la ley, por un sentimiento de marginalidad común, puedan de pronto inclinarse por la defensa del derecho a la diferencia, olvidando que no se trata del derecho a ser diferente en general, sino del derecho a ser diferente ante la ley; por otra parte, esos mismos grupos reivindican para sí la igualdad en determinados terrenos, como el matrimonio o la adopción.

El auge del multiculturalismo coincide con el punto más alto del proceso migratorio más variado y generalizado de toda la historia humana. Aparentemente, los multiculturalistas están al servicio del respeto por las características del otro. El Estado tiene

que construir templos para los miembros de todas las religiones que lo exijan, como si el culto no fuese una cuestión privada en sociedades y Estados no confesionales. La escuela pública, factor unificador de los Estados nacionales desde su nacimiento, debe enseñar en lenguas distintas de las del Estado, poniéndose en posición suicida, abdicando de su función de formación de ciudadanos y pasando a ser una penosa obligación sin fundamento alguno. En realidad, lo que se logra con esa política de rechazo explícito de la integración de los inmigrantes en los países de acogida, es perpetuar la marginalidad, fomentar el gueto y la endogamia, aislar al objeto de respeto conservándolo en su salsa, favoreciendo la explotación —porque quien no se integra en sus deberes para con el Estado mal puede defender sus derechos en ese marco— y el florecimiento de mafias. Piénsese en los pakistaníes que explotan pakistaníes, en los magrebíes que explotan magrebíes, y se tendrá la suma quintaesencial de esta aberración. Todas la emigraciones produjeron situaciones similares: los gallegos explotaban gallegos en Hispanoamérica, y los polacos explotaban polacos en toda América, de polo a polo, pero eso duró exactamente una generación, porque los hijos de los inmigrantes fueron, desde Argentina hasta Estados Unidos, ciudadanos de pleno derecho en los países de acogida, hablaron la lengua del Estado y se organizaron sindicalmente para defenderse de sus patronos, fuesen del origen que fuesen.

El multiculturalismo es, así, racismo marginalizador, políticamente correcto en sus enunciados y, en consecuencia, profundamente reaccionario en su práctica.

En resumen: la noción de cultura en tanto que conjunto de caracteres de un colectivo nacional, tribal o religioso, ha venido a reemplazar por equivalencia la noción de raza, desprestigiada por la experiencia nazi. Pero su funcionamiento objetivo es el mismo. Raza, nación y cultura son constructos nacidos a la sombra del Romanti-

cismo, de la reacción antiiluminista. El multiculturalismo es la ideología llamada a justificar en el plano teórico la perduración de divisiones entre seres humanos, de exclusiones más o menos voluntarias, y de la explotación derivada de la constitución de guetos étnicos y, en nombre del derecho a la diferencia, ha servido para postergar las luchas por el aún incompleto ejercicio del derecho a la igualdad.

Todo esto viene avalado en la práctica por unas disciplinas seudocientíficas, las mal llamadas ciencias del hombre, de día en día más desembozadamente ideológicas, si no puras expresiones de ideología. Y matizo con el «si no» porque, aunque después no sepan manejarlos, y quizás a pesar de ellos mismos, los especialistas en antropología, psicología, sociología, etc., reúnen información que en el futuro, cuando tenga lugar en el plano universitario la reforma real y expresa de los paradigmas de lo científico, podrán ser útiles para nuevas cabezas pensantes. Llama la atención que, al menos desde Heisenberg, las ciencias duras hayan empezado a poner en duda sus propias conclusiones y, en cambio, las humanidades ni siquiera hayan considerado la posibilidad de la indeterminación de sus supuestos resultados. Hace unos años, tuve un encuentro en un congreso con un antropólogo italiano, mexicanista, al que tuve la lamentable idea de hablarle de Bernal, la antropología romántica y las raíces comunes de la humanidad. Me dijo: «¡Pero ésas son ideas del siglo XIX! Ahora *los antropólogos pensamos* que…» y a continuación soltó uno de los discursos más profundamente reaccionarios que yo hubiese escuchado sobre «las culturas». Pero lo que me sorprendió no fue tanto su voluntaria ignorancia de otras posibilidades teóricas, sino la serenidad con que, al decir «los antropólogos pensamos que», incluyó su propia tarea en el campo de la ideología pura. Hace mucho que la antropología dejó de ser el estudio del hombre —si es que alguna vez lo fue, como pretendía Lynton— para ser un estu-

dio del diferente que, en las manos de la izquierda real, ha devenido elogio del atraso y contribución al odio a la excelencia.

El problema migratorio

La primera dificultad, cuando se quiere plantear la cuestión migratoria en el ámbito de la izquierda real, es que el interlocutor acepte que está hablando de un problema y no de un fenómeno inocuo, cuando no decididamente favorable para el conjunto de la sociedad. A lo sumo, dicen, como Sami Naïr, que «debemos tratar la inmigración como un problema social y cultural, pero nunca como un conflicto político», [«La inmigración no es un problema político», *El País*, 16-2-2001]. Los discursos más habituales se reducen a: 1) los inmigrantes proceden de países pobres y vienen a países que son ricos porque han explotado a los otros con anterioridad o, en términos más brutales, Estados Unidos y Europa no se merecen otra cosa que pagar deudas: más aún, no tienen otro papel en la historia que pagar deudas, que es más o menos lo que se planteaban los alemanes a mediados de la década de 1930; 2) si hay un problema, lo crean las sociedades receptoras, que son racistas y cobardes ante la diferencia; 3) la diversidad no sólo no es un problema, sino que enriquece: tenemos mucho que aprender de los inmigrantes; y 4) la cuestión religiosa no es relevante, todas la religiones son iguales y los inmigrantes tienen derecho a ser educados en la suya aunque para ello haya que renunciar a doscientos años de lucha por la enseñanza no confesional: el rizo del rizo de esta argumentación perversa es que *nosotros* —o sea, ellos, los que lo dicen, que se arrogan la representación de todos — *no queríamos* enseñanza *católica*, pero ellos —todos los inmigrantes, empezando por los sujetos de la educación, los niños— *quieren* enseñanza islámica, con lo cual echan al cubo de la basura las nociones de público y privado, y de la religión como ámbito de lo privado.

Pero resulta que la inmigración sí es un problema, para los inmigrantes y para la sociedad receptora.

Resulta que la riqueza de los países centrales no es la suma de lo robado a los países periféricos, sino que los centrales se convirtieron en colonizadores de los periféricos porque *eran* más ricos; y que, en el caso particular de España, la acumulación de capital no se operó por mérito de su imperio colonial, cuyo producto pasó de largo por estas tierras con destino a las guerras europeas [en este sentido, véase Earl Hamilton, *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*, Ariel, Barcelona, 1975] hasta que la desestructuración social de la Península y la imposibilidad de controlar territorios remotos apartó el proyecto de las cabezas reinantes [en este sentido, véase Manuel Camacho y de Ciria, *El desistimiento español de la empresa imperial*, reconstruido sobre los «Avisos» de Pellicer, comentado por el duque de Maura, Espasa-Calpe, Austral, 1941], sino sobre la base de cuarenta años de desarrollo autárquico, bajo el franquismo, período durante el cual el pluriempleo era la norma, y de la emigración española a países más desarrollados. En 1975, el 90% del ahorro privado español procedía de las remesas de los emigrantes desde, sobre todo, Alemania, Suiza, Francia e Inglaterra.

Resulta que Estados Unidos de América no sólo no es un país expulsor, sino que se construyó sobre la base de la recepción de inmigrantes. Eso sí, dispuestos a convertirse en ciudadanos.

Resulta que los países periféricos, desde que se autodeterminaron, ya sea a comienzos del siglo XIX, como en el caso de Hispanoamérica, ya sea a mediados o en la segunda mitad del siglo XX, como en el caso de África y algunos estados de Asia, tienen gobiernos propios, una clase dirigente y una clase política propias y, por lo tanto, unas responsabilidades determinadas, adquiridas junto con los derechos de su constitución.

Resulta que, en el mercado, las burguesías de esos países periféricos han sido socias de las burguesías de los países centrales.

Resulta que las sociedades receptoras no son necesaria ni inevitablemente racistas, y España, de cuyo caso nos ocuparemos más abajo, no lo es de manera singular. Más aún: es excepcionalmente no racista, desde el momento en que los sucesos violentos ligados a la inmigración que tuvieron lugar en los últimos años se recuerdan con la precisión de la singularidad, a pesar de que el país ha vivido y vive un *shock* demográfico: esta inmigración [entre un 2% y un 3% de incremento de la población total cada tres años: un millón sobre cuarenta] que nadie preveía hace una década sólo es comparable con la de Estados Unidos y Argentina a finales del siglo XIX y principios del XX, con la salvedad de que aquélla obedecía a una política de las naciones de acogida y era esperada.

Y lo que viene es aún más grave. Según una información enviada desde Bruselas por Carlos Yarnoz [«La UE aborda un plan de inmigración ante el envejecimiento de Europa», *El País*, 23-11-2000], la UE estima que: 1) para que en 2050 haya la misma población que en 1998, se necesitan 16 300 000 inmigrantes; 2) para que en 2050 se garantice un nivel de vida igual al de 1998, se necesitan 47 400 000 inmigrantes [la población española es hoy de 40 000 000]; 3) para que en 2050 haya la misma población activa que en 1998, se necesitan 79 600 000 inmigrantes [el doble del total de población española actual, y casi el total de la Alemania unificada, que era de 82 000 000 en 1998]; y 4) para que en 2050 haya el mismo ratio de activos/jubilados que en 1998, se necesitan 123 000 000 de inmigrantes [más del triple de la población española actual, el equivalente a las de España y Alemania sumadas]. Según la ONU, Francia necesita 23 000 000 de inmigrantes antes de 2025 [sobre una población de 58 000 000 en 1998, de la cual ya unos 10 000 000 son inmigrantes o hijos de inmigrantes],

Alemania necesita 44 000 000 antes de 2025 [más del 50% de la población actual en 22 años, siendo que hoy hay 7 000 000 de extranjeros, de los cuales 2 500 000 son turcos, el gobierno pretende limitar el ingreso y la derecha bávara reclama incluso la supresión del derecho de asilo], Italia necesita 26 000 000 antes de 2025 [sobre 57 500 000 en 1998, entre un 40% y un 50% de la población actual en 22 años], y España necesita, eso sí, sólo para 2050, 12 000 000 de inmigrantes [alrededor del 35% de la población actual]. A la vez, se calcula que la población europea, actualmente en 372 000 000 de personas, crecerá por sí misma hasta 2025 hasta los 386 000 000. Es decir que, si en efecto llega a establecerse el número de inmigrantes previsto —o, lo que es peor, reclamado—, en 2050 habrá en el continente —la UE de los quince— un inmigrante por cada tres nativos. Un veinticinco por ciento de la población tendrá como lengua materna una no europea, o la versión poscolonial de una lengua no europea, y pertenecerá a una religión no europea, o a una versión no europea de la tradición judeocristiana.

La situación es simplemente inimaginable. Ninguna sociedad ha vivido antes una experiencia semejante, salvo en las invasiones bárbaras, donde el fenómeno se operó por la fuerza y poblaciones enteras fueron exterminadas. Sin embargo, ni los gobiernos de los Estados miembros ni ninguna de las instituciones supraestatales europeas proponen soluciones para el problema.

Gobiernos e instituciones plantean como problema el envejecimiento de la población, que hará insostenible los regímenes de pensiones y jubilaciones, pero no plantean como problema el rejuvenecimiento forzoso de la misma población, que excederá con mucho las posibilidades de los actuales sistemas de educación y salud, que en principio deberán ser financiados por la misma población activa que financia pensiones y jubilaciones. El gran demógrafo italiano Massimo Livi Bacci [«Es triste pero imprescindi-

ble que Europa restrinja la inmigración», entrevista en *El País*, 10-11-1999] explica que «cuando los emigrantes europeos iban a Estados Unidos hace cien años, llegaban a un país más o menos rico, pero ellos no participaban en sus beneficios públicos. Lo que el sector público de Estados Unidos pagaba entonces representaba el 5% o el 10% de la renta nacional. Redistribuía muy poco. Ahora, uno llega a España o Italia, países donde la mano pública redistribuye el 50% de la renta nacional. Ésa es la razón que impone a los países ricos seleccionar la inmigración». Por ejemplo, en 2025, alrededor del 25% de los niños españoles serán hijos de inmigrantes, nacerán en hospitales públicos, en los que no habrá suficientes neonatólogos ni pediatras porque no se están formando, irán a guarderías públicas en las que no habrá suficientes puericultores ni maestros jardineros porque no se están formando —ni se formarán, a la vista de los salarios que cobran los actuales— y asistirán a escuelas primarias y secundarias en las que tampoco habrá maestros ni profesores suficientes, suponiendo que la especulación actual con el suelo no vaya en aumento y haya todavía solares disponibles para construir escuelas o, lo que es más probable, instalar módulos prefabricados.

Gobiernos e instituciones no plantean ni se plantean otros varios problemas, a saber:

- El que recuerdan Juan Antonio Fernández Cordón y Joaquín Leguina en «La termita demográfica», [*El País*, 3-2-2001]: que la inmigración por sí misma no va a resolver el problema si no tienen lugar «cambios rápidos, positivos y muy notables en a) la fecundidad, b) las inmigraciones, c) la productividad del sistema, o, mejor, todas ellas juntas», para lo cual reclaman políticas públicas de fomento de la natalidad (para la población local y la inmigrante: ayudas familiares, conciliación de la vida laboral y familiar, vivien-

da, etc.) y políticas públicas de acogida de la inmigración, así como un imprescindible aumento de la productividad.

- Los inmigrantes, en un principio con una notable fertilidad en relación con la de las sociedades de acogida, terminan, en el plazo de una generación, o aun antes, por adaptarse a la fecundidad del lugar, con lo cual la población crece, pero no deviene más joven: eso está ocurriendo ya en España con los inmigrantes de Hispanoamérica, mayoritariamente ecuatorianos y dominicanos, que no esperan una generación para reducir su tasa de fecundidad porque no vienen a poblar, sino en busca de una vida decente [véase «Inmigrantes y habitantes», Antonio Izquierdo Escribano, *El País*, 23-1-2000]. A todo lo cual hay que sumar el dato de que países en proceso de modernización que antes tenían una alta tasa de natalidad, ahora, en gran medida por la difusión de nuevos comportamientos, sin haber resuelto muchos de sus problemas centrales de alimentación, salud y educación, han reducido la natalidad más allá de lo esperable: Brasil tiene hoy una tasa de poco más de dos hijos por mujer. Como no soy el único lince, ni debe de serlo, aparte de mí, el profesor Izquierdo Escribano, para haber descubierto con esto la piedra filosofal, debo suponer que muchos demógrafos, entre ellos algunos que trabajan en la [mala] planificación de la inmigración que estamos sufriendo, deben de ver con especial simpatía la inmigración musulmana porque es de las que, sin duda, más tardarán en adaptarse a la realidad demográfica europea. Entre otras cosas, porque, en proporción, es la comunidad en que el empleo femenino es menor en relación con el masculino: si en la pareja ecuatoriana, o rumana, o polaca, o rusa, trabajan los dos casi sin excepción, en la pareja musulmana la excepción es frecuente. También porque las sociedades islámicas han sido,

pese a la televisión y al mercado global, que de global, desgraciadamente, tiene muy poco, las que menos comportamientos occidentales han adoptado.

- Sean cuales fueren las políticas de acogida —y las actuales son menos que inexistentes y crean bolsas de marginalidad —, debería haber algo así como una política de llegada por parte de los inmigrantes más preparados, que en el caso español son muchos [de las mujeres inmigrantes se sabe que el 17% tiene estudios universitarios, el 40% terminó los secundarios, una de cada cuatro la enseñanza básica y sólo el 18% son analfabetas: lo mejor de los países de origen, donde las tasas de relación no son ésas].
- Las leyes de extranjería, que generan marginalidad al inventar y fomentar la figura de los sin papeles, sólo benefician a los patronos decididos a la contratación ilegal, con salarios ínfimos y sin cargas de seguridad social, incrementando la parte sumergida de la economía en unos Estados que persiguen el déficit cero: consecuencia de lo cual, a medio o corto plazo, será un aumento, probablemente desmedido, de la presión fiscal sobre los que tienen ingresos legales para mantener las estructuras sanitarias y de educación necesarias para el conjunto. De modo que, además de influir en los salarios a la baja, la mano de obra inmigrante ilegal obligará a pagar más impuestos a todos. De esto no sólo no se habla, sino que de tanto en tanto sale a la palestra algún dirigente de la izquierda, políticos y, sobre todo, sindicalistas, a tranquilizar la opinión pública asegurando que la inmigración no tiene consecuencias sobre los salarios: al contrario, de ella depende un mejor nivel de vida.
- A estas alturas, la cuestión de la legalización y la documentación de los inmigrantes está directamente ligada a la de la seguridad. Sólo en España, los comandos «dormidos» de Al

Qaeda descubiertos por la policía y por los servicios de información son ya decenas. El 24 de enero de 2003 fueron detenidas en Cataluña nada menos que 16 personas organizadas en dos células de Al Qaeda, ligadas a otras desarticuladas poco antes en Francia —la del intento de atentado con gas en el metro de París— y el Reino Unido. En España había sido detenido también, en junio de 2001, tres meses antes de los atentados de Atta y su gente, Mohammed Benshakiria, considerado entonces el líder del aparato operativo de Ben Laden. Las autoridades alemanas lo reclamaron inmediatamente para que respondiera a cargos ante la justicia de su país, y fue extraditado, pero la policía española, en colaboración con la británica y la francesa, siguió la pista de sus relaciones hasta ahora. Estos detenidos, todos de nacionalidad argelina, tienen igualmente lazos con los responsables del atentado de la discoteca de Bali de octubre de 2002, que se saldó con cerca de doscientos muertos. ¿Por qué frontera entraron estos hombres a España? ¿Cuándo? ¿Desde cuándo la policía tiene alguna posibilidad de controlarlos? Ya sé que se me acusará de querer limitar los derechos civiles de los inmigrantes, pero lo que estoy reclamando es documentación. Desde el momento en que, al pedir un documento de identidad, debo presentar una partida de nacimiento, dar un domicilio y dejar mis huellas digitales, además de ser un ciudadano, soy alguien a quien cabe la posibilidad de hacerle cumplir tas leyes a la vez que alguien que posee determinados derechos.

- O se acepta una reducción radical del gasto público, con un desastre sanitario y de educación, o se limita la inmigración.
- O se empieza a comprar productos de los países pobres, o todos sus habitantes tendrán que venir a Europa. La hipo-

cresía con que hoy se habla del Tercer Mundo, la casi gazmoñería de los que dicen comprender a los inmigrantes porque carecen de lo más elemental en sus países, impide pensar en el problema. Y, a poco que se piensa en él, se descubre que la clave del drama no es el mercado sino la falta de mercado, no es la globalización sino la falta de globalización, no es el liberalismo europeo sino el proteccionismo europeo: la UE sigue adelante con tas subvenciones a la agricultura, es decir, se destina una parte de los impuestos a financiar la producción de lo que compramos para comer. Negocio redondo para los Bové que reclaman la apertura de tas aduanas de Estados Unidos a sus quesos, muy mal negocio para los demás ciudadanos, que somos sus socios capitalistas sin participar de los beneficios. Y peor negocio para los demás países, los pobres, que reciben en ayudas de los países ricos, que también salen de los impuestos, un tercio de lo que pierden por no poder vender. Entre lo que se da en ayudas y lo que se da en subvenciones, el Estado podría comprar fuera todo lo que necesitamos y alimentarnos gratis, y no es una afirmación delirante, con nuestro propio dinero. Habría más gente más feliz en más sitios y los ciudadanos europeos no estaríamos obligados a regatear nada, es decir, seríamos más ricos. El obstáculo más notable con que nos encontraremos para llevar a buen término una política que tuviera en cuenta estos factores, acabar con la agricultura subvencionada y dar entrada a los países pobres en el mercado mundial, es que los agricultores subvencionados votan en Europa, y los habitantes de los países pobres no. De modo que los candidatos al Parlamento Europeo no alcanzarían jamás sus objetivos si dijeran cosas así en campaña. No obstante, es de suponer que llegará el momento en que la vaca de las subvenciones deje de dar leche para el

queso de Bové, momento en el que la clase política europea sufrirá una seria transformación o será desplazada. Pero será a pesar de sus miembros.

Y pasan otras cosas en el plano cultural: Oriana Fallad [*op. cit.*], sin pelos en la lengua, dice lo que, sin coordinación ni expresión adecuadas, muchos europeos piensan. «Estoy diciendo que exactamente porque está definida y es muy precisa, nuestra identidad cultural no puede soportar una oleada migratoria compuesta por personas que, de un modo o de otro, pretenden cambiar nuestro sistema de vida. Nuestros principios, nuestros valores. Estoy diciendo que en Italia, en Europa, no hay sitio para los muecines, los minaretes, los falsos abstemios, el maldito chador y el aún más jodido burka. Y hasta si hubiese, yo no se lo daría. Porque sería como echar a nuestra civilización. Cristo, Dante Alighieri, Leonardo da Vinci, Michelangelo, Raffaello, el Renacimiento, el Risorgimento, la libertad que bien o mal hemos conquistado, la democracia que mal o bien hemos instaurado, el bienestar que sin duda hemos conseguido. Equivaldría a regalarles nuestra alma, nuestra patria».

Algo de esto intuye la gente, aunque no sea capaz de precisar los términos, y por eso puede sentirse representada en consignas como «Holanda para los holandeses», promovida por Pym Fortuyn, quien logró desplazar electoralmente a la socialdemocracia y fue calificado unánimemente por la prensa tras su asesinato, aún no aclarado, de ultraderechista. Mucho distaba el gay Fortuyn, que hacía gala de su homosexualidad y era partidario de la eutanasia y de la legalización de las drogas blandas, de ser alguien a quien se pudiera calificar de ultraderechista. Pero había abierto el debate sobre la inmigración y debía ser castigado. ¿Cómo no abrir ese debate en Holanda, el segundo país del mundo en densidad de población? Era un tipo duro y no se recataba en

sus opiniones sobre el islam, al que consideraba «retrógrado» en relación con la homosexualidad desde el momento en que proclamaba que los gays eran aún más inmundos que los cerdos, los más inmundos de los animales. Decía que era vergonzoso que el *clero* islámico establecido en Holanda fuera ofensivo con la homosexualidad, y que los musulmanes intentaran imponer costumbres rurales medievales en el país. «¿Cómo puede usted respetar una cultura si la mujer tiene que caminar varios pasos detrás de su hombre, tiene que permanecer en la cocina con la boca cerrada?». No era políticamente correcto, pero tampoco era un ultraderechista. Era esencialmente un populista que había sabido conectar con una porción importante del electorado y había puesto el dedo en la llaga en la cuestión migratoria. Sólo la hipocresía de la UE y los gobiernos de los Estados miembros pudo conseguir que la prensa en general difundiera ese rótulo.

Resulta que la diversidad sí es un problema, y que tampoco necesariamente ni por sí misma enriquece. No siempre hay mucho que aprender de los inmigrantes, y mucho menos cuando proceden de sociedades más atrasadas, de situaciones culturales y económicas hace tiempo superadas en Occidente. Volvemos aquí a la cuestión tratada cuando hablamos de Vandana Shiva: la de los supuestos saberes propios de una tradición cultural que ha dado lugar a explotaciones inicuas, a mortalidades alarmantes, a sistemas de exclusión de clases, de sexos o de credos.

Resulta que la cuestión religiosa sí es relevante, que no todas las religiones son iguales y que las distancias entre unas y otras se establecen en relación con el Estado, es decir, con el marco de garantías de las sociedades abiertas, y con los espacios propios de lo público y lo privado, que son fuente de derecho.

Sara S'Kimdat, una muchacha nacida en Marruecos en 1970 y trasladada a Sant Vicenç dels Horts, Barcelona, a los dos años, fue entrevistada por Guillem Martínez para *El País* [«A veces tengo

problemas con niñatos con el pelo rapado», 3-5-2000]. Trabaja en el servicio doméstico. En condiciones sociales normales, a sus treinta años tendría que tener una carrera universitaria: sin duda sería una excelente profesional, a la vista de su excepcional lucidez, capacidad de síntesis y valor personal. Reproduzco por extenso varias partes de la entrevista, en el entendido de que es un documento singular y en él se ponen de manifiesto varias de las cuestiones clave de la inmigración.

«**P.:** Usted se crió aquí, ¿qué sociedad descubrió primero?

»**R.:** En mi casa era como vivir en Marruecos. Así, en casa tenía problemas con mi libertad, y fuera de casa tenía problemas por ser un individuo que viene de fuera. Yo percibí una gran intolerancia de los inmigrados hacia el país donde estaban. Con esa mentalidad se forman comunidades cerradas y muy incomunicadas. Cuando tienes la edad en la que empiezas a salir tienes problemas con esa comunidad. Están muy basados en la religión y les resulta difícil respetar a los que no son así. [...] Sigo vinculada a mis orígenes, a mi historia y a la historia de mi gente. Me preocupa que mi gente no quiera integrarse, porque creo que la integración debe producirse por ambas partes. Fuera de mi comunidad he tenido los mismos problemas que un cojo. Era rara. En el colegio me llamaban mora y me pegaba con los chicos. Vivía en un pueblo donde la mayoría era inmigrante. Lo curioso es que este tipo de problemas los tenía con inmigrantes, y no con catalanes. [...] Otro problema, claro, son los papeles, toda una complicación a la hora de la contratación. El problema que más me divierte es el de los papeles. Vivo aquí desde hace 27 años, mi padre dispone de ciudadanía española y una simple renovación de mi permiso de residencia es todo un problema. Nunca te puedes relajar al respecto.

»**P.:** ¿Todavía tiene algún agravio con su comunidad y con la sociedad?

»**R.**: En mi comunidad me crea problemas la forma de vida que llevo siendo mujer. En mi vida parto de la idea de que mi religión no debe ser un condicionante externo. En cuanto te descuidas te llaman *nissrania*, es decir, pecadora o persona que es de fuera. Me da rabia ese querer vivir el mundo que vivían allí en una sociedad que se mueve de manera diferente. ¿Agravios con esta sociedad? A veces tengo problemas con niñatos con el pelo rapado.

»**P.**: Su distanciamiento respecto a la tradición, ¿es muy común entre las mujeres hijas de la primera generación de inmigrantes?

»**R.**: Sucede, pero en un porcentaje bajo. En el momento en que una chica dice que quiere vivir su vida, su entorno se le cierra. Suele ocurrir que, tras casarse joven y con enfrentamiento familiar, las cosas acaben mal y la mujer, aislada, vuelva a su casa aceptando ciertas condiciones. Es pequeño el porcentaje de mujeres que sepan llevar bien eso de ser perfectamente musulmana con una vida occidental y sin romper con su gente.

»**P.**: ¿Se ve viviendo sin problemas en Marruecos?

»**R.**: No.

»**P.**: ¿Y aquí?

»**R.**: Los papeles son la pera.

[...]

»**P.**: ¿Ve en esta sociedad los *muebles* para acoger una nueva ola de inmigración?

»**R.**: Habría que cambiar cosas en el rollo cultural. Que a una niña se le practique la ablación en Barcelona, por ejemplo, no es un valor a respetar. En vez de tanto hablar de intercambio de cultura, se tendría que empezar a hablar de lo que hay que aceptar. No todo es chachi en las culturas. Las costumbres no deben generar problemas para la convivencia de las personas».

Lo que los países receptores hacen con los inmigrantes

Debiéramos estar celebrando en este inicio de milenio la liquidación *de facto* de las políticas demográficas tradicionales, las que partían de la noción de una humanidad parcelada por fronteras que aislaban a unos grupos de otros definitivamente. De acuerdo con esa noción, los gobiernos de cada uno de los países centrales trazaban unas líneas de desarrollo interno y, cuando consideraban que era necesario aumentar las tasas de natalidad, recurrían a estímulos de índole diversa, habitualmente económicos, para fomentar la nupcialidad y elevar el número de hijos por pareja. En los países periféricos, la cuestión solía plantearse en términos inversos, de exceso de natalidad, pero no se elaboraban estrategias, al menos explícitas, de control, debido a la fuerte influencia de las religiones institucionales, todas ellas despiadadamente natalistas, en el poder político. Eso se ha terminado en la práctica, aunque la teoría y la práctica teórica de la demografía vayan a tardar aún un tiempo en adaptarse a esa realidad.

Habrá que dar crédito a la afirmación de Marx acerca de que son las masas las que hacen la historia, afirmación bien distinta, si no opuesta, a la leninista de que son las masas conscientes, esclarecidas, vanguardizadas y para sí, las que la hacen. Hoy, millones de personas se desplazan de unos puntos del planeta a otros sin obedecer a una planificación previa ni con propósitos acordes. Y hay países, al menos teóricamente, necesitados de población y países sobrados de ella. Los políticos, que no hacen la historia, sino que la administran, procuran nadar a favor de la corriente, y no porque estimen que sigue la dirección más adecuada o más favorable al progreso, sino porque han constatado que es imposible, además de inconveniente para su profesión, nadar en contra.

Ciudadanos, súbditos o, las más veces, simples habitantes de países periféricos, se desplazan cada día hacia países centrales,

hacia la Europa comunitaria y Estados Unidos, en una ola imparable.

No hay una conducta común al respecto en los gobiernos republicanos de América Latina, ni en todos ellos el proceso es idéntico. El gobierno actual de aquella Argentina que se organizó constitucionalmente en función de la fórmula «gobernar es poblar», observa, sin siquiera mencionar el problema, cómo, día tras día, pierde habitantes con formación de alto nivel, y gana otros, procedentes en su gran mayoría de los países limítrofes, sin cualificación profesional, que aún ven el país como una posibilidad de futuro. El gobierno de Ecuador negocia con España y con otros Estados de la Comunidad Europea el envío de contingentes poblacionales no despreciables, probablemente a cambio de las ventajas que esté en condiciones de conceder en el sector del petróleo, del que es exportador: mejor pocos y ricos que muchos y pobres. El gobierno de la República Dominicana alienta el éxodo de trabajadores del sector terciario hacia España y hace la vista gorda ante las actividades de las mafias de la prostitución.

Los gobiernos realmente inexistentes, salvo en el terreno de la represión, de buena parte de los países del África subsahariana, son tan incapaces de detener como de estimular la corriente de habitantes que huyen, más aterrorizados por lo que dejan atrás que entusiasmados por lo que puedan encontrar delante.

La corona de Marruecos, que ha tenido durante largos años un ministerio de emigración, se muestra ajena al desplazamiento de sus súbditos hacia Europa, como si la cuestión no fuese de su incumbencia. Se lava las manos en lo tocante a las pateras que, noche a noche, cruzan el Estrecho con mayor o menor fortuna, como si fuese sencillo abandonar clandestinamente la costa marroquí. A la vez, emplea esa sangría humana como factor de negociación extorsiva en lo que se refiere al uso de sus caladeros y la ocu-

pación de ése Sahara que pocas posibilidades tiene de constituirse en país independiente.

La clase política comunitaria, en la que montan tanto, tanto montan las derechas como las izquierdas, ha alcanzado en torno de la cuestión migratoria sus más altas cotas de cinismo. El voto de los agricultores, siempre tan proclives a los lepenismos, por ejemplo, se consigue con relativa facilidad si se dejan entreabiertas las fronteras: ¿por qué no permitir que se realice el sueño mezquino del empresario agrícola medio, el sueño de tener esclavos?; después de todo, para que un hombre devenga esclavo, basta con negarle su identidad, la condición, el nombre, la singularidad, la individualidad que sólo se poseen con un documento, no un documento cualquiera, sino una carta de ciudadanía, ya que es en su ser ciudadano donde un hombre resulta ser igual a cualquier otro ante la ley. Los sin papeles no son personas con problemas: son personas en el límite de la nada. Pero si se los legaliza, si se los convierte de una vez en los trabajadores que los sindicatos patronales dicen necesitar, se corre el riesgo de que nuestro empresario agrícola medio, forzado a pagar seguridad social y salarios legales, se radicalice. Y quien dice empresario agrícola, dice pequeño industrial o contratista de servicios.

La cuestión es, pues, mantener en situación de minoridad al inmigrante. Pero no en una minoridad absoluta, porque los políticos saben perfectamente que, si se exceden en la presión, en poco tiempo no habrá policía capaz de contener la violencia en los cinturones urbanos. Y eso les preocupa: no la violencia, sino el corto plazo. Los políticos de estos días han descubierto la diferencia entre el simple y breve tiempo humano individual, y los largos ciclos del tiempo histórico. No lo han descubierto por el camino de la inquietud metafísica que llevó la cuestión al centro de algunos trascendentes debates filosóficos y literarios en la segunda mitad del siglo xx, sino por el camino, más breve, del interés por

su propia carrera. Pero, tras descubrirlo, sacaron conclusiones: ¿para qué esperar el prolongado proceso de la gestación y la crianza de una gran masa de trabajadores no especializados, de un ejército industrial de reserva según la concepción ricardiana, si es posible importarlos ya, haciendo bajar el precio de la fuerza de trabajo y elevando los beneficios inmediatos de los dueños del capital? Y, una vez importados, ¿por qué situarlos en el nivel de la carne de cañón local?

Así, con el mismo desparpajo con que privatizan, es decir, venden las empresas que dan solidez y sentido al Estado, con la burda excusa de que el Estado no debe tener déficit, cuando para eso está, con ese mismo desparpajo, decía, arbitran los medios para crear una zona social de marginalidad integrada, proveedora de mano de obra menos que barata —un nuevo ejército industrial de reserva estructurado en términos actuales—, y políticamente poco conflictiva, contenida por el miedo a la expulsión de las inmediaciones del paraíso y, en consecuencia, incapaz de organizarse para la defensa de sus propios derechos en la forma en que los hacían los primitivos sindicalistas, que podían ir a la cárcel, pero no perder su nacionalidad. De paso sea dicho, esto no es nada nuevo: en la Argentina de 1904 se promulgó la ley de residencia, destinada a justificar la repatriación de los militantes europeos emigrados, sobre todo anarquistas.

El trabajador inmigrante no debe ser jamás equiparable en sus derechos al trabajador nativo. Si no, recibirlo no valdría la pena. Y la primera medida obvia para crearle un marco legal *sui generis* consiste en definirlo como diferente.

Así, el relativismo cultural, asumido en el término multiculturalismo, adquiere un peso decisivo en la elaboración de una política de no asunción de los inmigrantes en un plano igualitario. Allí donde se puede creer estar defendiendo los derechos del recién llegado, se los está, de hecho, desconociendo. Manténgales

usted distintos, que pobres se harán solos, parece haber sido la consigna tácita de los Duisenbergs, los Prodis y otros mandamases de turno.

Y el problema no es económico, sino político, y se instala sobre las ambiciones del empresariado medio y pequeño, y sobre las cobardías de los que ocupan formalmente el Estado. Cuando el BBV, a través de su departamento de estudios, recomendó abrir la inmigración en España hasta alcanzar la tasa media europea del 6% de la población total [«El BBVA estima que la economía precisa 300 000 al año», *El País*, 30-6-2000] —recomendación explícitamente aplaudida por Felipe González, precedida por la iniciativa del gobierno Aznar hasta en la exactitud de las cifras [«El gobierno prepara la llegada de un millón de trabajadores extranjeros en tres años», *El País*, 3-10-1999] y ratificada por la CEAR seis meses más tarde [«La Comisión Española de Ayuda al Refugiado afirma que España necesita 300 000 inmigrantes al año», *El País*, 25-1-2001]—, no especificó condición alguna para llevarla a la práctica, aunque se entendía como propuesta implícita una acogida integradora, ya que los nuevos habitantes iban a venir a sustituir a los que ya no nacían en territorio español. Nuevos habitantes, nuevos ciudadanos. Pero en los hechos, los sindicatos patronales y los funcionarios de la política hicieron otra cosa, la que todos conocemos: crear un espacio social de indocumentados, carentes de derechos y, por tanto, de obligaciones para con los demás. Una bomba, alimentada constantemente con la promoción de la noción de diferencia desde los altos estamentos estatales y autonómicos. Con el acuerdo de la Generalitat de Cataluña, el Ayuntamiento de Barcelona promovió las últimas fiestas de La Mercé, patrona de la ciudad, con carteles en catalán y en árabe —el castellano, de más está decirlo, fue excluido—, mientras la policía seguía deteniendo noche a noche, y liberando mañana a mañana, a inmigrantes de todo pelaje, y la plaza Cataluña seguía

siendo el mismo dormitorio para pobres, al raso y vigilado por los municipales, que era entonces. ¿A quién convocaban los carteles en árabe? A la conciencia de los catalanes bienpensantes, convencidos de que la clave del progreso está en la diferencia, y a los musulmanes, muy mayoritariamente marroquíes, que no tienen el menor interés en una igualdad que no sea de derechos.

Entretanto, «La economía sumergida en España factura más de 20 billones de pesetas cada año», [*El País*, 6-8-2001], es decir, en estimación de la UE, el 22% del PIB, lo que lo convierte en el país con mayor economía sumergida de Europa. Los sectores más comprometidos, según el mismo análisis, son la construcción y la agricultura, precisamente los que emplean más mano de obra inmigrante: el llamado «mercado negro del empleo». Pero en el conjunto de la UE la economía *informal*, directamente relacionada con el mercado negro laboral, alcanza hasta el 19% del empleo total de la comunidad y casi el doble del volumen de la población activa desempleada: unos 25 millones de personas trabajan sin contrato. «La Comisión Europea estima que el 90% de los indocumentados que las mafias introducen en los Estados miembros acaban realizando trabajos no declarados en condiciones de explotación que no serían aceptadas por otros trabajadores y que ponen muy difícil su integración laboral y social», se indica en otra parte de la información.

Ésa y no otra es la razón por la que interesa la inmigración, e interesa en las condiciones actuales de precariedad: baja el precio de la fuerza de trabajo, empeoran las condiciones y se emplea a gente sin posibilidad de protesta ni interés en protestar.

El argumento de las pensiones del porvenir en una sociedad envejecida es una falacia. Los encargados de rejuvenecer Europa en términos económicos no cotizan. El pleno empleo de los ciudadanos europeos, con todos sus derechos, sumado al desmantelamiento de los regímenes jubilatorios especiales, daría para el

sistema de pensiones mejores resultados a corto y medio plazo. A largo plazo, se podría planificar una renovación demográfica gradual, con posibilidades de integración de los nuevos ciudadanos en condiciones de igualdad.

El dato mismo de la sociedad envejecida es una falacia, una proyección de las tasas actuales de reproducción que no garantiza absolutamente nada. No se hace con ello más que profetizar, ignorando la historia del futuro. Ya en *El año 2000* [Revista de Occidente, Madrid, 1967], Hermann Kahn y Anthony Wiener habían hecho profecías con los mismos parámetros experimentales con que se hacen éstas, y la realidad ha dado al traste con la mayor parte de ellas. Como señalaba Álvaro Delgado-Gal [«El informe Süssmuth», *El País*, 31-7-2001], «nada impide que los adolescentes [de hoy] decidieran reproducirse más que sus padres, igualar o superar la tasa de reposición, y generar cohortes que aseguren sus pensiones en el futuro». Y, en última instancia, «*nadie sabe exactamente lo que pasará*», dijo en una entrevista Wolfgang Lutz, secretario general de la Unión Internacional para el Estudio Científico de la Población y uno de los autores del estudio publicado por la revista *Nature* sobre el futuro de la población, «pero estimamos que hay un 85% de probabilidades de que la población [mundial] deje de crecer antes del año 2100 y un 60% de que no supere los 10 000 millones de personas», [*La Vanguardia*, 2-8-2001]. Según él, el 44% de la población mundial vive en países que no superan la tasa de reemplazo de 2,1 hijos por mujer.

Por otra parte, todos estos cálculos están hechos sobre la base de una UE de quince miembros. En noviembre de 2002 ingresaron Polonia, Hungría, Chequia, Eslovaquia, Eslovenia, Estonia, Letonia, Lituania, Malta y Chipre y quedó acordado el próximo ingreso de Bulgaria y Rumania. Posteriormente, y gracias a las presiones alemanas y a la singular idea de Europa de la ministra española de Exteriores, se adquirió también un compromiso a

medio plazo con Turquía. Con la ampliación, la UE aumentará en un tercio su superficie y su población, pero sólo incrementará su PIB en un 5%. Chipre, Malta, Eslovenia y la República Checa tienen una renta per cápita cercana al 80% de la media de la Europa de los Quince. Todos los demás países, es decir, un 16% del total de población de la Europa ampliada, tienen alrededor del 40% de esa media. De los 105 millones de personas con que cuentan los países recién incorporados, 98 vivirán en regiones con un PIB per cápita que no sobrepasa el 75% del de la UE de antes de la ampliación. Además, las tasas de fecundidad de los nuevos países son superiores a la media europea, y por tanto su aporte demográfico supondrá un rejuvenecimiento de la población. Entretanto, los diez miembros añadidos en 2002 esperan que su PIB y su renta per cápita mejoren gracias a la aportación de fondos estructurales y de cohesión de la UE, es decir, del bolsillo del ciudadano de los primeros quince socios [*www.cfnavarra.es/INFOPOINT.EUROPA/ampliación.htm*].

Como se ve, en el curso mismo de la redacción de este libro, las profecías se van enmoheciendo antes de prosperar.

Una nota más sobre el tema de las pensiones, del que nadie habla nunca y que debiera ocupar un papel en la agenda reivindicativa, no ya de las izquierdas, sino de las personas decentes. Cuando se inician los depósitos para un plan de jubilación en la banca privada, está claro que el pacto es que uno pone su propio dinero para que el banco no sólo lo cuide, sino que lo incremente, y se lo devuelva al cabo de unos años. De ese mismo pacto deberían hacerse cargo los Estados. La jubilación no puede ni debe ser más que la devolución del dinero retenido de los salarios. Cuando los políticos dicen que la generación que viene debe pagarme una jubilación para la cual yo mismo he ahorrado en sus arcas, están confesando sin ningún rubor que mi dinero ha sido empleado por ellos con fines distintos de aquél para el cual se lo

confié. Las pensiones no pueden depender del futuro, porque son por definición un depósito del pasado.

Por otra parte, el argumento de las pensiones se contradice esencialmente con los argumentos solidarios de la izquierda: o los necesitamos para poder jubilarnos o debemos acogerlos sin trabas porque ellos necesitan venir. En todo caso, la emigración hacia Europa no sirve para resolver los problemas del Tercer Mundo, a menos que Europa estuviese dispuesta y en condiciones de recibir 4000 millones de inmigrantes.

El multiculturalismo tiene todo el aspecto de una *weltanschauung*, pero es una tragedia intelectual y humana, un arma cargada de pasado.

Lo que los inmigrantes hacen en y con los países receptores

El 20 de julio de 2000 [*El País*] se publicó una sentencia del Tribunal Supremo español, anulando un fallo anterior de la Audiencia de Guadalajara y condenando a dos empresarios por haber contratado como esclavo al argelino K. M., que en 1995, a sus 24 años, había solicitado asilo político y se le había denegado. La Comisión Católica de Migración le había protegido hasta que entró en contacto con Rafael Llorente González, empresario de la construcción, pareja y socio de un falso abogado y falso psicoanalista llamado José María de Miguel Osorio. Éstos y K. M. firmaron un documento formal, el día de Nochebuena de 1995, en Sigüenza, en cuya única cláusula consta que las dos partes acuerdan «llevar a cabo el contrato como esclavo de Don [K. M.] (también conocido como Willy) para la empresa Construcciones y Reparaciones Llorente, S. L., de acuerdo con lo dispuesto en el Derecho Romano, pudiendo disponer de él como tuviese a bien, para la flagelación o los trabajos forzados, la sodomía o para hacer la comida, teniendo bajo su jurisdicción la vida o la muerte del esclavo». Esto en sí es gravísimo, pero más grave aún es el hecho de que la Audiencia de Guadalajara haya absuelto a Llorente y Oso-

rio argumentando que «los inmigrantes ilegales carecen de derechos laborales». No obstante, atendiendo únicamente a la letra de la ley, es posible. Y seguirá siendo posible. Y nadie se opondrá realmente a la actual Ley de Extranjería, ni a ninguna otra, hasta que la porción ilustrada de la inmigración no tome el problema en sus manos y, a la vez que procura obtener derechos, parta de reconocer deberes.

Al terminar el año 2002, había 462 276 inmigrantes empadronados en Madrid y 382 702 en Cataluña, la mitad de los cuales, paradójicamente, carecían de estatuto legal. Los inmigrantes se empadronan para tener acceso a los servicios de salud: de 261 306 inmigrantes irregulares en la Comunidad de Madrid, 240 000 tenían tarjeta sanitaria. Servicios, naturalmente, a cargo del contribuyente nacional y del sector de extranjeros que está contratado legalmente: ni un solo céntimo de sus aportes se podrán convertir en fondos de pensiones. La misma proporción se guarda en Cataluña.

Según la Comunidad de Madrid los colectivos con mayor crecimiento en su área metropolitana durante los seis primeros meses del 2002 han sido los argentinos (34%), rumanos (27%) y ecuatorianos (16%). Los colombianos aumentaron en un 12% y los marroquíes en un 8%. No obstante, se supone que la contratación en origen prevista en la ley debería haber cerrado la inmigración.

Toda esta información apareció en *El Periódico de Catalunya* [16-11-2002], en una edición en que los titulares principales eran «La CEOE [organización patronal española] se niega a actualizar los salarios de forma automática» y «Hambre en Argentina». Sin embargo, el caso argentino tiene matices de excepcionalidad, lo mismo que el caso rumano.

Las matizaciones imprescindibles respecto del caso argentino se refieren: 1) al hecho de que el recuento de inmigrantes argentinos es imposible de hacer, puesto que una proporción importan-

te de ese colectivo ingresa con pasaportes europeos tramitados en origen, valiéndose del derecho a la nacionalidad por padre o madre en el caso español, o por padres o abuelos en el caso italiano; 2) Argentina no es un país pobre, sino un país en crisis, que sigue siendo el quinto exportador de alimentos del mundo, con lo cual se hace imposible hablar de la miseria como factor expulsor: la crisis argentina tiene soluciones, y son internas; 3) Argentina está incorporada al mercado mundial y no produce mercancías ilegales: no se cultiva en la pampa opio ni coca, aunque haya muchos dirigentes, empezando por el presidente Duhalde y el expresidente Menem, implicados en el narcotráfico; 4) el nivel profesional del colectivo argentino, como el cubano, está muy por encima de la media; 5) los argentinos aumentan en Madrid y Barcelona porque son muy raros los casos en que su destino es rural, ya que son mayoritariamente emigrantes urbanos, que van de una ciudad a otra: los emigrantes del interior argentino, de los pueblos, van a Buenos Aires, Rosario o Córdoba.

La excepcionalidad del caso rumano es obvia: su incorporación real a la UE es cuestión de tiempo, y las negociaciones para ella están en curso desde 1998. Pero, además, Rumania es un país multiétnico, y una parte importante de ese colectivo en España es gitana. Y que nadie piense que los gitanos rumanos se sumarán a los gitanos españoles, ni que sus reivindicaciones serán comunes: nada de eso. La marginalidad de estos inmigrantes es doble: respecto de la sociedad general y respecto de sus supuestos pares locales, que en los últimos años han dado pasos de gigante hacia la integración, a pesar de que aún son el 95% de la población chabolista de España.

Sigamos viendo excepcionalidades presentadas como triunfos por autoridades e instituciones. El 26,9% de los ciudadanos extranjeros censados en la ciudad de Barcelona —la proporción no es la misma en el resto de Cataluña— ha estudiado una carrera

universitaria, mientras que el porcentaje de la población barcelonesa con estudios superiores es más de diez puntos inferior (15,7%), según el departamento de estadística del ayuntamiento [*ABC*, 31-8-2002]. La distribución, por supuesto, no es igual. Un 25,2% por ciento de los suramericanos y un 26,5% de los centroamericanos tiene estudios universitarios pero, dentro de esos grupos, los argentinos tienen un 37,5% y los peruanos un 29,1%. También ha ido a la universidad un tercio de los procedentes de la Europa central y oriental y de Oriente Medio. Pero sólo un 8,4% de los magrebíes y un 10,1% de los subsaharianos tiene ese nivel de formación: son los que más se reparten por las zonas rurales y los que realizan los peores trabajos. Por cierto, no ha perjudicado el orgullo del alcalde, al comunicar estos datos para mayor gloria de la sociología urbana, el hecho de que dos tercios de esos universitarios anunciados con bombos y platillos esté trabajando en puestos muy por debajo de su nivel debido a un desarrollo productivo que se muestra a todas luces insuficiente. Por ejemplo, una parte de los profesionales de la salud y de la educación que ya hacen falta, y la harán más en el futuro próximo, como ya dijimos, y que no se están formando, podrían ser aportados por los mismos colectivos de inmigrantes en la medida en que crezca el empleo *legal* y los ingresos fiscales y de seguridad social aumenten.

Tampoco es idéntica la proporción de hombres y mujeres en los distintos colectivos, lo que condiciona la cantidad y la calidad del empleo. Un 51,8%de los extranjeros censados en Barcelona —un total de 113 809— son hombres, y un 48,2% son mujeres. Pero las mujeres son mayoría entre los iberoamericanos —un 54,4% entre los ecuatorianos, y dos de cada tres dominicanos— y, sobre todo, entre los filipinos, mientras que el 90% de los pakistaníes y el 63% de los marroquíes son varones. Filipinas y dominicanas se reparten el grueso del trabajo doméstico, mientras los magrebíes

y los subsaharianos se ocupan en la construcción. Respecto de estos dos últimos, hay que insistir en el hecho de que los que viven en la ciudad son minoría: los más van al medio rural, a trabajar en la economía agrícola sumergida que a su vez funciona gracias a las subvenciones comunitarias. Los pakistaníes son sobre todo pequeños comerciantes de alimentación y mayoristas de productos como la bisutería y las flores, que venden por las calles y en los locales públicos otros paquistaníes, magrebíes y subsaharianos: explotación dentro de la explotación. A los vendedores se les entrega la mercancía y se les retienen los documentos, sean éstos los que sean, para asegurarse de que al final de la jornada regresen, liquiden y devuelvan el sobrante. Los patronos de estas empresas, que declaran a hacienda lo que se les ocurre y que no tienen empleados en nómina, suelen retener más del 50% del importe de las ventas, lo que convierte este ejercicio de venta, en la práctica, en una forma de mendicidad.

Ahora bien: tan complejo es integrar a una masa migratoria con una formación laboral inferior a la media como lo contrario; los colectivos desnivelados en términos de sexo tienden a integrarse a través de las parejas con contraparte local, aunque de forma menos marcada en el caso de los varones islámicos y de forma más marcada en el caso de personas étnicamente diferentes pero culturalmente próximas, más en términos religiosos que lingüísticos: es más probable que se constituyan parejas hispano-hispanoamericanas, aún con diferencias de color, o parejas hispano-polacas, que hispano-magrebíes, aunque éstas, a su vez, son más que las hispano-pakistaníes, ya que los pakistaníes van a Pakistán a casarse o mandan a los hijos y, sobre todo, a las hijas nacidas en Europa para contraer matrimonio con desconocidos de su mismo país que, por una suma importante, obtienen así la nacionalidad del país de destino.

A finales del 2000, el año de los sucesos de El Ejido, los extranjeros eran, según el cálculo oficial, el 2,7% de la población española, exactamente 938 783, de los cuales 418 374 procedían de países de la UE y 515 955 eran extracomunitarios. Una inmigración que probablemente ya fuera en la realidad el doble para esa fecha, y que estaba llamada a duplicarse a su vez en los tres años siguientes. El mayor de los colectivos de inmigrantes no comunitarios era el marroquí, con 194 099 residentes regularizados, alrededor del 40% del total. El segundo era el chino, con 30 000 regularizados, es decir, un 6%. Ecuatorianos y colombianos ocupaban el tercer lugar, con 28 773 y 24 650 respectivamente, poco menos que los chinos.

El empleo por sectores era predominantemente agrícola (el 33,25%), en la construcción y el servicio doméstico (14,91% y 14,99% respectivamente), en hostelería (11,37%), en el comercio minorista (5,92%) y en alimentación (0,71%). El 18% restante lo incluían las autoridades en «resto de actividades».

En setiembre de 1990, en Campohermoso, una pedanía de Níjar, Almería, que había sido hasta la década de 1970 una de las zonas más deprimidas de España y que a partir de esas fechas se desarrolló gracias a un aporte tecnológico capaz de convertir un desierto en una zona de cultivo mediante la instalación de invernaderos, y ahora recibe a numerosos inmigrantes, en su mayoría irregulares, hubo una huelga y una manifestación: los trabajadores no acudieron a los invernaderos y se movilizaron en el pueblo: alrededor de quinientos, «en su mayoría de Marruecos, Liberia y Ghana», [*El País*, 14-9-1999] —ni Liberia ni Ghana figuran entre los países de los cuales procedían los inmigrantes regularizados de la estadística del párrafo anterior, proporcionada por el gobierno—. Esto era así porque desde hacía varios días, esos trabajadores estaban siendo acosados por una banda de nueve personas, que habían dado palizas a algunos de ellos con cadenas,

barras de hierro, palos y piedras, y los habían amenazado con pistolas. A. B., un marroquí sin papeles, que no presentó denuncia por su situación, y que por lo mismo tampoco acudió a la manifestación, dijo haber sufrido un intento de atropello por un coche rojo del que no recordaba detalles. En Níjar había 15 000 españoles y 4000 extranjeros, un *shock* demográfico insostenible, que sin embargo sólo había dado lugar a ese acoso y a los comentarios de los vecinos al periodista que fue a hacer la nota: «¿Por qué no preguntáis por lo que ellos roban y hacen? Yo tengo hijas y me da miedo que salgan por la noche...». Miedo de los unos a los otros. Necesidad de mano de obra por parte española, necesidad de vender fuerza de trabajo por la otra. Eso estaba sucediendo en todo Almería, y en gran parte de Andalucía y de Murcia.

El 23 de enero de 2000, José Luis Ruiz llegó en su furgoneta, acompañado por su mujer y sus dos hijos, al invernadero del que era propietario, en El Ejido, Almería, 53 000 habitantes, 15 000 trabajadores extranjeros, en su enorme mayoría marroquíes. Bajó del vehículo y echó a andar. Entonces recibió una pedrada en la cabeza y, acto seguido, un hombre se acercó a él con un cuchillo y le cortó el cuello. La mujer y los hijos corrieron a pedir ayuda a los bomberos, que tenían el parque a muy poca distancia, y éstos llamaron a la Guardia Civil. Pero en el ínterin, Tomás Bonilla, propietario de otro invernadero aledaño, alarmado por los gritos, se acercó para tratar de ayudar a Ruiz y recibió una puñalada en el corazón antes de ser, también él, degollado. El asesino, detenido de inmediato, era Cherki Hadij, marroquí, sin papeles, de 24 años, que tardó dos años en ser juzgado y condenado a 35 años de prisión por el doble crimen. Hasta que esto ocurrió, el 24 de julio de 2002, la prensa de izquierdas y la políticamente correcta en general habló del «supuesto» culpable. La tensión entre las dos comunidades aumentó, pero no pasó de tensión.

El 5 de febrero de 2000, dos semanas después de las muertes de Ruiz y Bonilla, en un mercadillo de un barrio de El Ejido, fue asesinada Encarnación López Valverde, de 26 años, por un marroquí de 20 años, con las facultades mentales alteradas, que venía recibiendo tratamiento psiquiátrico en el hospital almeriense de Torrecárdenas.

El 6 de febrero, después del funeral de la muchacha, el delegado del gobierno en la provincia, Fernando Hermoso, fue apaleado por los vecinos, y toda la población española de El Ejido en condiciones de moverse se lanzó a la calle y pasó la noche dedicada a destrozar locales de inmigrantes: carnicerías islámicas, locutorios, restaurantes de cocina árabe y una mezquita improvisada. La policía prácticamente no intervino y el gobierno se vio obligado a enviar 500 agentes desde Valencia y Murcia, y otros 150 desde Málaga, Granada, Sevilla y Madrid, además de una unidad de intervenciones de la Guardia Civil. *El País* dedicó dos páginas al tema bajo el titular general «Brote xenófobo en Almería» y el de cuerpo mayor «Vecinos de El Ejido armados con barras de hierro atacan a los inmigrantes y destrozan sus locales».

El ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja, advirtió de que todo el peso de la ley caería sobre el asesino —el de Encarnación López Valverde, ya que el de Ruiz y Bonilla había quedado atrás — y sobre los que se tomaban la justicia por su mano, y poco después planteó la creación de una secretaría de Estado para la inmigración [*El Mundo*, 10-2-2000], cosa que finalmente se concretó: el hombre se hizo cargo. El gobierno de Marruecos condenó el asesinato de la mujer española y la violencia contra los marroquíes. En los días siguientes, los inmigrantes marroquíes entraron en huelga en los invernaderos para pedir medidas de seguridad y se manifestaron con grandes pancartas en las que se leía «nuestro pésame a las tres familias». *El País* siguió titulando hasta el 18 de febrero «Brote xenófobo en Almería» y «Conflicto racista en

El Ejido» —«racista», no «racial», es decir, unilateral—. La Coordinadora de Organizaciones Agrarias y Ganaderas [*El Mundo*, 10-2-2000] estimó en 2000 millones de pesetas (unos 12 millones de euros) las pérdidas por cada día de huelga, poniendo en evidencia el nivel de explotación de los trabajadores inmigrantes, unas pérdidas concentradas casi totalmente en las grandes empresas, dado que en las pequeñas propiedades el trabajo continuó, a cargo de familiares y trabajadores lituanos, rumanos y ecuatorianos —Lituania tampoco figuraba entre los países de procedencia de los inmigrantes en la cuenta oficial—. Esto dio lugar a momentos de gran tensión entre colectivos de inmigrantes y a enfrentamientos entre marroquíes y trabajadores del este de Europa.

El 8 de febrero, es decir, tan pronto como se iniciaron los disturbios, Juan Goytisolo y Sami Naïr firmaron conjuntamente un artículo en *El País*: «Contra la razón de la fuerza». «La razón es en apariencia sencilla —escribían—: se *trataría* de la reacción de parte de la población tras el asesinato de una joven por un perturbado mental en el mercado de El Ejido. Más aún: este asesinato *habría tenido* lugar tras otros dos asesinatos en los invernaderos ocurridos unos días antes. En suma, la caza al emigrante [*sic*], sin ser legítima, es comprensible: los bravos ciudadanos de El Ejido están hartos... Esta explicación, que se escucha a menudo, añade a la tragedia de los asesinatos la irresponsabilidad de los que la utilizan. Ante todo, hay que decir una cosa: ningún crimen es legítimo y los responsables deben ser detenidos, juzgados y castigados. [...] Pero también hay que recordar esto: la ley, toda la ley, y nada más que la ley. La ley: los culpables deben ser juzgados; toda la ley: deben poder explicar sus actos, es decir, ser escuchados y defendidos; nada más que la ley: no deben ser juzgados por otra cosa —condición social, religión, color de la piel— que no sea la materialidad de sus actos. [...] Ésta es la realidad: en la España democrática del siglo XXI, los inocentes son perseguidos a

causa de su pertenencia social (son pobres), confesional (en su mayoría, son musulmanes), nacional (son extranjeros). ¿Cómo se ha llegado a ello? La opinión pública [...] se hace esta pregunta, pero los responsables saben muy bien por qué y cómo. Desde hace años "se" ha dejado pudrir la situación. Unos patronos sin escrúpulos tenían necesidad, para aumentar sus beneficios, de mano de obra joven, pobre, sin derechos sociales, sin derechos políticos, y, por tanto, susceptible de sufrir una dictadura pura y dura. Unos dirigentes políticos cerraban los ojos ante esta situación, pues esos trabajadores no votaban y por lo tanto no podían influir en sus carreras. Unas autoridades, acostumbradas a practicar el doble rasero, aterrorizaban con frecuencia a los inmigrantes, les vejaban, con más frecuencia, y, como mínimo, les hacían notar que eran indeseables en un país, en una región, cuyo alto nivel de vida se funda precisamente en sus míseras condiciones de trabajo».

Todo cierto, pero con salvedades.

La primera es que la responsabilidad no es únicamente de la clase política española, sino que ésta la comparte con la corona marroquí, cuyos intereses están en muchísimos aspectos enfrentados a los de España, con el agravante de que, amén de haber generado en beneficio de la fortuna familiar de Hassan y de su hijo y sucesor Mohamed una sociedad expulsora —donde esos hombres tienen aún menos derechos sociales y políticos que en Europa y además no tienen trabajo ni comida—, vienen empleando esa masa migratoria como factor de presión en su política exterior. Las mismas izquierdas reales que consideran inadecuado recuperar militarmente el islote de Perejil, porque la cuestión de la soberanía les trae al fresco incluso en territorio peninsular —véase el caso del País Vasco—, y que piensan con Rodríguez Zapatero que el tema del Sahara no es relevante —cuando el Sahara ha sido de hecho ocupado por Marruecos en el momento en que la

única esperanza de convertir ese territorio en un país independiente estaba ligada a la actitud de los socialistas y excomunistas españoles—, esas mismas izquierdas, suscriben las afirmaciones de Goytisolo y Naïr respecto de la clase política de la que forman parte y no dicen una palabra sobre la monarquía marroquí.

La segunda salvedad tiene que ver con el trato dado por «las autoridades» a los inmigrantes. Debo pensar que Goytisolo y Naïr se refieren a la policía y a la Guardia Civil. Y tal vez no sea de izquierdas, ni políticamente correcto, defender a esos cuerpos, pero hay que decir que en España —con contadas, públicas y conocidas excepciones, que siguieron el camino de la justicia— su actuación frente a cientos de miles de inmigrantes ha sido en general correcta.

La tercera salvedad tiene que ver con el «son pobres, musulmanes y extranjeros», que limita la visión de la cuestión migratoria al colectivo magrebí, casi íntegramente marroquí aunque haya algunos argelinos, como es costumbre en estos autores. Un cuarenta por ciento de los extranjeros, como ya habíamos dicho. El otro sesenta por ciento es sólo pobre y extranjero, y está mucho menos organizado para la defensa de sus derechos que el cuarenta por ciento marroquí porque carece, precisamente, del factor de unificación religioso. Los hispanoamericanos son católicos al modo español, muy secularizado, y no se encuentran en misa. El catolicismo sólo tiene peso como organizador en el caso filipino, porque fue mediador de la primera oleada migratoria de ese país, en los años setenta y ochenta, y en el caso polaco, donde la práctica religiosa es más o menos constante. Los conflictos con los inmigrantes de origen cristiano, practicantes o secularizados —que son la mayoría—, son infinitamente menores y menos frecuentes, y el índice de criminalidad en esos colectivos, con la excepción del colombiano, es mucho menor que en el marroquí. ¿Tendrá eso algo que ver con la cuestión religiosa?

La cuarta salvedad tiene que ver con el dato de la explotación de marroquíes por españoles. Lo cierto es que los agricultores, y sobre todo las grandes empresas de agricultura, que de inocentes no tienen nada, no contratan directamente, sino a través de empresas de trabajo temporal, la más próspera de las cuales se llama Forma Azul y tiene su sede en Torre Pacheco, Murcia. En su ventanilla hay un cartel en que se advierte a los inmigrantes que «faltar tres días al trabajo conlleva la pérdida automática de contrato y alojamiento». Forma Azul es propiedad de los ciudadanos iraníes Javad y Mahjabin Goldani, que además son socios de empresas de la zona: Newcrop Spain, Agrícola Los Arriberos, Servicios Agrícolas Rumbo Nuevo, CIO Áridos y Construcción, Plantas Selectas, Transportes Hispano Tersa y Promociones y Construcciones Hispano Tersa, entre otras [*El País*, 20-2-2000]. Ricos, musulmanes y extranjeros.

La inquietud de Goytisolo y Naïr, compartida por las izquierdas reales en su conjunto, está ligada a sus indisimulados lazos con el mundo musulmán. Nunca les he leído una sola línea a propósito de otras comunidades inmigrantes. Y hay algo de lo que no cabe duda, y es que a estos supuestos antirracistas militantes, igual que a los trabajadores de El Ejido, que al asesino de Ruiz y Bonilla, que al loco que mató a Encarnación López, que a los que agredieron a los trabajadores y que a los hermanos iraníes que participan de su explotación, se les ponen los pelos de punta cuando oyen nombrar a Israel. Doble rasero, como suelen decir ellos.

El 4 de febrero de 2001, al cabo de 364 días del asesinato de Encarnación López, *El País* publicó una nota de Francisco Perejil titulada «El "*apartheid*" sobrevive en El Ejido», donde se dice que un «año después, los líderes sociales de los inmigrantes, que se sentaron en una mesa para exigirles a las diversas administraciones viviendas, indemnizaciones por las pérdidas y condiciones

dignas de trabajo, se han marchado del pueblo. Mientras tanto, diversos bares prohíben la entrada en su interior de marroquíes, según ha podido comprobar este periódico. Además, un informe de la ONG Sos Racismo revela que de las 693 denuncias interpuestas entonces, todas menos dos han sido archivadas».

Manuel Chaves, socialista, presidente de la Junta de Andalucía, y Manuel Pimentel, del Partido Popular, a la sazón ministro de Trabajo cuando los sucesos de principios de 2000, habían prometido, para salvar los papeles, invertir 200 millones de pesetas en viviendas para inmigrantes, algo que nadie había hecho antes desde el poder para los trabajadores españoles. Chaves abrió oportunamente el paraguas, diciendo que ello dependía de que los ayuntamientos cedieran el suelo, cosa que se sabía imposible, dado que los ayuntamientos de toda España son la clave de la especulación inmobiliaria que en estos años ha llegado a niveles demenciales. Naturalmente, un año después no había absolutamente nada construido, ni se construiría, porque los consistorios se habían negado a dar los terrenos.

Justo entonces, al año casi exacto de la muerte de Encarnación López Velarde, el 4 de febrero de 2001, en Lorca, Murcia, un accidente reveló otro rostro de la tragedia de la inmigración. Doce inmigrantes ecuatorianos, hacinados en una furgoneta sin capacidad para tanto pasaje, fueron arrollados por un tren de cercanías en un paso a nivel sin barreras, de los que todavía quedan unos cuantos en nuestra desarrollada Europa. Eran todos ilegales. Iban a trabajar. Por entre 4000 y 5000 pesetas diarias, entre 24 y 30 euros, en jornadas de diez horas. Entre 3 y 6 euros de ese jornal eran gasto de transporte: en este caso, pagaban 6 cada uno por el uso de la furgoneta porque la explotación a la que iban estaba en las afueras. Otros cobraban menos: 10 pesetas por kilo de brócoli recogido, es decir, 1 euro por cada 17 kilos. Todos ellos dejaban a sus familias, en Ecuador, en vez del dinero que habían venido a aho-

rrar para enviarles, una deuda imposible de pagar. Jorge Vyavai Álvarez, de 25 años, uno de los fallecidos, tenía esposa y dos hijos en Ecuador, y esperaban un tercero: se había endeudado en medio millón de pesetas, 3000 euros, para venir, y tenía que enviar a su familia, para que viviera y fuese pagando esa suma, restando de los 20 euros diarios pelados que le quedaban para comer y dormir [*La Vanguardia*, 5-1-2001].

El gobierno de Ecuador, ante el hecho, dijo que no tenía dinero para repatriar los cadáveres de los doce fallecidos, que los incineraran.

El PSOE descubrió a los ecuatorianos. Y puso el grito en el cielo porque sus condiciones laborales eran de semiesclavitud.

El PP, en el gobierno, también descubrió a los ecuatorianos. Y lo hizo todo mal a partir de ese momento.

Los españoles y gran parte del mundo habíamos descubierto a los ecuatorianos mucho antes.

En el verano de 1998, la Delegación del Gobierno en Murcia había ordenado la expulsión de territorio español de 133 inmigrantes ecuatorianos, parte de los 500 que vivían en la localidad de Totana, con 20 000 habitantes. Hicieron una redada y detuvieron a 17: la solidaridad de los pobladores de la localidad había sido absoluta, excepcional. Se había iniciado por los empresarios, que padecían falta de mano de obra agrícola, y a ellos se habían sumado los sindicatos, partidos y asociaciones civiles. «Los vecinos apreciaban la sencillez de los ecuatorianos, su innata discreción y timidez. Trabajadores de pocas palabras, acostumbrados a realizar labores pesadas, se habían adaptado al trabajo de las huertas de hortalizas y frutales, a su paisaje y a la vida de un pueblo pequeño. Eran hombres de fe, que rezaban en la misma lengua», [«Otro verano sin papeles en Totana», Marcia Cevallos, *El País*, 16-8-199]. Pobres, cristianos y extranjeros. *The New York Times* se hizo eco del apoyo del pueblo a los inmigrantes.

Pero un año más tarde, cuando se publicó el artículo que acabo de citar, los 500 ecuatorianos se habían convertido en 2500: los nuevos habían llegado atraídos por la leyenda. Nada sorprendente, teniendo en cuenta que de Ecuador, con 12 millones de habitantes, habían emigrado 1 400 000, el 12% de la población total. En Totana, habían pasado del 2,5% de la población local al 12,5%. Trabajaban en distintos puntos de la región, sin papeles en un 70% de los casos, y empezaron a hacer bajar los salarios, lo que les ganó la inquina de los jornaleros locales, pobres, cristianos y nativos.

La Guardia Civil fue puesta sobre aviso de la existencia de una mafia dedicada al tráfico y explotación de inmigrantes ecuatorianos. Detuvieron a Víctor Lirón, un empresario condenado en varias ocasiones anteriores por explotar a sus trabajadores, y con ello lograron que los agricultores salieran en su defensa porque estaba haciendo algo que todos estaban haciendo: contratar trabajadores sin permiso de residencia ni empleo.

Descubierto el problema, que todo el mundo conocía, al secretario de Estado de Extranjería, Enrique Fernández Miranda, respaldado por el ministro Mayor Oreja, no se le ocurrió mejor solución que decirles a los ecuatorianos que se fueran a su país, arreglaran los papeles y regresaran con un contrato en origen. Un puro absurdo, con un coste desorbitado —3190 millones de pesetas, 19 millones de euros, sólo en billetes— y al que se llamó «retorno voluntario». Sin embargo, la asombrosa docilidad del colectivo ecuatoriano hizo que en la fecha prevista ya se hubiesen apuntado al plan 15 000 ciudadanos de ese país. El precio del negocio hizo rectificar al gobierno en varias ocasiones, y finalmente sólo una parte regresó a Ecuador. Una parte de la que un 30% estaba de vuelta, legalizado, un año más tarde, y con el compromiso del gobierno de destinar a Ecuador el 30% del cupo inmigratorio de los siguientes cinco años.

Ningún problema. Ningún artículo de Goytisolo ni de Naïr. Ningún asesinato, si aceptamos que los doce muertos de la furgoneta lo fueron en un accidente.

Don Francisco Rodríguez Adrados, un sabio académico, claro, sensato, valiente y tenido siempre por hombre de derechas, escribió lo que debería estar diciendo la izquierda, esa izquierda que quiere, se supone, transformar la realidad, y para ello debe conocerla y reconocerla.

«Entonces: no hay más remedio, en Europa, que encauzar la inmigración racionalmente», escribió Rodríguez Adrados [«Xenofobia», *ABC*, 4-5-2002]. «Ni murallas de China ni paraísos (luego no lo son tanto) sin barreras. Esto lo saben los gobiernos europeos, pero no lo hacen. No se atreven. Dejan que los gobiernos de África y Asia, que son los grandes responsables, les endosen el problema. Al final: agua para el molino de los Le Pen. Descrédito para todo el sistema de nuestras democracias.

»Europa está ante un peligro muy grave, no se conjura con cuatro frases. La inmigración ayuda a crecer, es hasta necesaria, pero pasado un límite nos empuja a fragmentarnos y disolvernos. Aquí, en España, donde hay ya tanto movimiento centrífugo artificialmente promovido, tanta invitación a la disolución, el riesgo es aún mayor.

»La Unión Europea debería tomar este problema en serio, está en juego nuestro mismo ser. La xenofobia, por mucho que cueste reconocerlo, por reprobable que sea, no es sino un anticuerpo que trata de frenar una invasión. ¿Eran xenófobos don Pelayo, Fernando III, los Reyes Católicos? Quizás, a partir de un momento. Pero su arranque era defensivo: parar la invasión musulmana o hacerla retroceder. O bien ¿eran xenófobos Cervantes y lord Byron luchando contra el turco? En todo caso, la xenofobia es un producto secundario: quítese el problema y se quitará la respuesta.

»Aquí está el quid de la cuestión Le Pen. Encaúcese la inmigración, redúzcase a límites manejables y se desvanecerá la brutal respuesta y otras respuestas no tan visibles.

»Porque hoy estamos ante una invasión ante la cual palidece la de Tarik y Muza. Prescindamos de la habitual hipocresía: se está haciendo inmanejable para cualquier gobierno o partido y para nuestro pueblo todo. Pone demasiadas cosas en riesgo, la democracia entre ellas, a la larga; porque los que votan de ese modo [Le Pen] creen que su tema es el verdaderamente importante, se despreocupan de lo demás.

»Y, luego, hay inmigrantes e inmigrantes. Se asimilan relativamente bien los hispanoamericanos, los europeos orientales, hasta los chinos y los negros (subsaharianos dicen ahora, supongo que esto no incluye a los bóers de El Cabo). Mal los islámicos.

»¿Por qué será? ¿Porque nos hemos defendido de ellos desde el siglo VII al XIX, pese a algún momento de convivencia que enfatiza cierta nueva retórica? No deseo profundizar. El caso es que los griegos asimilaron culturalmente a los romanos, unos y otros a los eslavos, germanos, celtas y demás. Ante los árabes y los pueblos islamizados, fracasaron y fracasó toda Europa en las edades sucesivas. Está fracasando ahora mismo, e igual América, véanse las brutales reacciones frente a la occidentalización y la globalización: 11 de setiembre y demás. Esto es así, son hechos, no invento.

»Todavía, buscando honradamente su sustento individuo a individuo, quizá podrían asimilarse estos inmigrantes musulmanes. Pero encuadrados por sus imanes y adoctrinados en sus mezquitas, sufragados por los saudíes con el dinero del petróleo, difícilmente. Quizá no sea imposible, pero es muy muy difícil. Y una nación dentro de otra es un problema muy muy grave. Hay ejemplos bien a la vista [...]»

Exactamente eso había dicho Ben Laden en el año 2000: que en Europa había una nación militante de muchos millones de hombres.

La de Rafael Maya, *Mustafá*, hijo de gitanos granadinos emigrados a Bruselas, donde él nació, y converso desde hace seis años; actualmente coordinador de la Asociación Islámica de Málaga. Piensa que «el velo protege el honor de las mujeres», quiere casarse en Marruecos y que su mujer se quede allí porque aquí «tendría que coger el autobús y rozarse con los hombres» y cree que «como musulmanes, no tenemos que creer lo que dicen los medios occidentales». En octubre de 2001, poco después del 11-S, colgó en la puerta de la pequeña mezquita que administra, una declaración de los talibanes sobre el trato a las mujeres [*El País*, 18-10-2001].

La de la *buankisa* Ommi Mamma [«Ommi, la mutiladora de Girona», *El Mundo*, 19-5-2002], natural de Mali, dedicada profesionalmente a la ablación de clítoris con cuchilla de afeitar y sin anestesia a lo largo y ancho de España. Unas 6000 niñas de entre 4 y 12 años la sufren en el mundo cada día: 2 190 000 al año; se estima que 130 millones de mujeres han pasado por ello. Mama Samathe, presidenta de la Asociación Contra la Ablación de la Mujer en España, dice, con razón, que a las mujeres africanas sobre las que pende la amenaza de mutilación se les debería conceder asilo político, como ya se hace en Estados Unidos —oh, el imperio—, Canadá, el Reino Unido y Francia.

La de los padres de las siete niñas, todas de entre 13 y 16 años, que denunciaron a la Fiscalía de Menores de Cataluña los malos tratos a que habían sido sometidas por negarse a contraer matrimonios concertados en Marruecos por los que sus progenitores habían cobrado importantes adelantos [*El País*, 17-2-2002].

Estas niñas, ahora, pueden denunciar. Cuando su comunidad se extienda y se organice en toda la extensión del término, no po-

drán.

Es la comunidad islámica organizada la que consiguió que 50 000 niños musulmanes —una falacia: los niños no son musulmanes, sino que lo serán a partir de esto— [*El País*, 4-10-1999] reciban clases de islamismo en los colegios públicos españoles, para lo que hacían falta cientos de profesores, la mayoría de los cuales debían ser contratados en el extranjero, todo ello a cargo del Estado. Es la comunidad islámica organizada la que reclamó ese pago a las autoridades al cabo de dos años y medio [«Los musulmanes exigen que el Estado pague la enseñanza del islam en las escuelas», *El Mundo*, 4-3-2002]: «La Unión de Comunidades Islámicas asegura tener preparados ya más de 180 profesores para que se aplique el acuerdo firmado en 1996 por los ministros Belloch y Saavedra tanto en colegios públicos como concertados en los que haya demanda». Poco más tarde [*ABC*, 17-9-2002] el Ministerio de Educación informó que el curso 2002-2003 se iniciaría con 50 000 alumnos menos que el año anterior, y con 80 000 inmigrantes más, hasta un total de 300 000. Un año antes, Mohamed Belard, presidente de la comunidad magrebí del Baix Penedés, al anunciar que cuatro colegios de la comarca cumplían «de sobra» la exigencia de tener cada uno un mínimo de diez alumnos árabes que quisieran clase de religión islámica e informar que sólo faltaba el visto bueno de las autoridades, porque ellos ya tenían profesor, explicó que «ahora somos nosotros los que por nuestra cuenta tenemos que enseñar nuestra religión a los niños, sea en las mezquitas o en nuestras casas», [*La Vanguardia*, 29-8-2001]. Pues claro, como todo hijo de vecino, la catequesis es de incumbencia del señor cura, y no de la escuela pública, laica, obligatoria y gratuita, porque la religión pertenece al ámbito de lo privado. ¡No veo el día de que llegue 1789!

Es la comunidad islámica organizada la que pretende construir mezquitas con fondos públicos [«Los musulmanes se orga-

nizan como ONG para captar subvenciones públicas. Planean construir mezquitas en toda España con fondos de las comunidades autónomas», *La Razón*, 17-3-2002], favor político que ni siquiera se hace a la Iglesia católica. Y ésta es la parte moderada, que actúa así para no recibir subvenciones como las que recibe el imam de Fuengirola, Mohamed Kemal Mostafá, testaferro de los intereses saudíes en España, *wahabista* como los Saúd y Ben Laden. Arabia Saudí pagó la construcción de la mezquita de la M-30 en Madrid.

También Kemal Mostafá es la nación islámica de Ben Laden, la nación dentro de otra nación: él es el célebre autor de un opúsculo titulado *La mujer en el Islam*, en el que se aconsejan formas de pegarles sin dejar marcas. Colega de Abdelwahab Houze, el imán de Lérida que dijo que «ningún musulmán puede rechazar la ablación, ya que está permitida por su religión» pero matizó que «en los textos religiosos queda muy claro que esta práctica sólo es defendible en países muy calurosos, como Arabia Saudí»; una semana antes, el imam de otra mezquita de la misma ciudad, Morro Jaiteh, se había expedido en el mismo sentido. Los dos dijeron que comprendían el rechazo que provoca la ablación en otras sociedades, pero su condición de líderes religiosos de una comunidad donde estas prácticas se consideran normales «nos impide mostrar un rechazo abierto a estas mutilaciones», [*La Vanguardia*, 21-5-2001]. Literalmente, redondo: la comunidad hace lo que mandan sus líderes y éstos hacen lo que manda la comunidad.

A Kemal Mostafá, Abdelwahab Houze y Morro Jaiteh hay que sumarle el imam de Sabadell que dijo que el Holocausto estaba muy bien, que «el mundo sin judíos sería un paraíso» y que «Hitler acertó en el diagnóstico», [*El Mundo*, 2-3-2001].

También es comunidad organizada Alí Eldrissi, que se propuso, y consiguió, que su hija Fátima asistiera a clases en un colegio de Madrid con pañuelo. Cuando la niña, de 13 años, fue al institu-

to Juan de Herrera, obligado por el gobierno local a aceptarla «sin condiciones», el padre entró con ella y, acompañado por varios representantes de colectivos musulmanes, se reunió con la directora: en la entrevista, Gloria Blanco, española conversa explicó a la responsable del centro el sentido del *hiyab* con que las mujeres islámicas se cubren la cabeza voluntariamente [*El País*, 19-2-2002]. Como escribió Gabriel Albiac en aquel momento, «hoy chador, mañana clítoris», [*El Mundo*, 18-2-2002]. Pero esto es preferible a lo que obligó al fiscal jefe de Cataluña, José María Mena, a denunciar a cinco padres magrebíes que habían retirado a sus hijas, mujeres, de los institutos en que estudiaban, tan pronto como tuvieron su primera menstruación. Mena tramitó las respectivas causas, dijo que la actitud de los padres podía ocasionarles una condena penal por abandono de familia, e incluso la expulsión, en el caso de que se aplicara la ley de extranjería, y obligó su escolarización [*ABC*, 29-6-2002].

La expansión del islam, el retroceso del cristianismo, de la democracia y de la izquierda

Rodríguez Adrados fue el primer escritor al que leí que empleara para definir este fenómeno la palabra invasión, que yo había empleado muchas veces en diálogos con amigos, pero que no me había atrevido a poner por escrito porque, aunque esté vacunado contra lo políticamente correcto, me pasa con esa enfermedad lo que con la vacuna contra la gripe: con menor intensidad, pero se la padece.

Cuando Ben Laden habla de la recuperación de Al Ándalus, que seguramente, en su califal imaginación, es toda la Península, no está diciendo nada que una parte importante de los musulmanes del norte de África no estén pensando desde hace mucho. Y lo mismo sucede con el territorio israelí, y con la Turquía laica de Atatürk, en la que están teniendo gran éxito.

Y es que el islam es lo que el catolicismo, las izquierdas y la democracia dejaron de ser en la segunda mitad del siglo xx: un proyecto.

Mientras en España el islam es la segunda religión, con 600 000 practicantes, en general radicales, y posee más de 200 asociaciones, la Iglesia católica está en retroceso.

En parte porque la Conferencia Episcopal, si tiene algún proyecto, lo tiene para el pasado, no para el presente, y mucho menos para el futuro.

En parte, porque los católicos, practicantes o no, perciben fisuras serias en la jerarquía, sobre todo en torno de la cuestión de los nacionalismos: hay una iglesia vasca y una iglesia catalana, ambas con un discurso que no es identificable con el de la iglesia española como conjunto.

En parte, porque los obispos tienen vedada la expresión de cualquier idea que pueda ser interpretada como prueba de espíritu de cruzada: no es políticamente de recibo, está bien sólo para Ben Laden, de modo que cuando a monseñor Caries se le ocurrió decir, a propósito de la construcción de la gran mezquita de Barcelona, financiada por Arabia Saudí, aún no concretada pero en principio autorizada, que estaría bien que, a cambio del favor democrático, los saudíes permitieran la instalación de algún local cristiano, capilla, ermita o lo que fuera, ni siquiera una catedral modesta, en su territorio, alguien le llamó a silencio desde las alturas, y no fue Dios.

En parte, porque el edificio católico fue minado desde el interior por el Opus Dei y por los teólogos de la liberación simultáneamente. Y Juan Pablo II, un papa al que la historia le reconocerá el haber hecho una revolución teológica cuyo alcance aún no hemos comprendido, y cuyo espíritu le sitúa más cerca de la iglesia de acción social de Hispanoamérica que de cualquier otra corriente, ha perdido la batalla de la propaganda al tener un porta-

voz, Navarro Valls, que no sólo está sentado a la diestra de Escrivá de Balaguer, sino que se da el lujo, y muy a menudo, de corregir al pontífice matizando sus declaraciones.

En parte, porque la corrupción generalizada no ha dejado fuera al Vaticano, y desde el escándalo Marcinkus hasta el de los fondos de la iglesia española, los últimos años han sido pródigos en espectáculos. Sólo los integristas musulmanes pueden financiarse con la venta de opio sin ser mal vistos.

Las izquierdas han dejado de ser un proyecto porque ni tienen un modelo de sociedad socialista dignamente defendible, ni se han comprometido con la defensa del único sistema, el occidental, en el que les está permitido vivir.

Hablar de Cuba como modelo, hoy, es algo que linda con la patología. La Unión Soviética se desmoronó sin que ninguno de sus defensores de antaño haya esbozado una crítica seria de su pasado. Más: cada vez que alguien lo intenta, basta con llamarle fascista para que arríe sus banderas. Y hoy es fascista casi todo el mundo, cada uno por una razón diferente, desde derramar una lágrima por los muertos de las Torres Gemelas —no digamos ya por las víctimas de un atentado suicida en Jerusalén— hasta decir que Stalin *también* fue un bárbaro.

El antiamericanismo cerril, y como directa consecuencia el antisemitismo y la simpatía por las bestias pardas de Al Qaeda, el fomento de la inmigración ilimitada en Europa, el reclamo de ayuda a los países pobres sin ningún análisis previo de sus condiciones políticas, el reclamo de la cancelación de deudas externas contraídas por dictadores que aún están en el poder o —en una versión moderada de las acciones de Bové— la negativa a beber Coca-Cola, la consideración de la noción de soberanía como un trasto ideológico descartable, parecen ser todas las banderas actuales de la izquierda real: el retrato del progre español hecho por Alonso de los Ríos.

Ningún proyecto: la liquidación pura y dura de lo que hay. Vietnam, Camboya, Laos. Vietcong, Jemeres Rojos, Pol Pot. Revolución cultural: los Budas de Bamiyán.

Y la democracia tampoco es un proyecto. Ya está, se la da por sentada, no se la ve en peligro, ésas son manías de yanquis y proyanquis. A la democracia no le va a pasar nada porque Alemania arme a Irak y después esconda la mano con la que arrojó la piedra. Esto, en el mejor de los casos, cuando no sale un energúmeno a decir que la democracia *formal* no es diferente del *fascismo*, entienda lo que entienda el energúmeno por cada uno de esos términos.

En los últimos treinta años, 26 de los 48 países del África continental —y uno del África insular: Comores— han pasado a formar parte de la Conferencia Islámica. En esos países viven 423 millones de personas de los 722 millones del total de África, aproximadamente un 59%. Esto no significa que esos 423 millones de personas sean de fe musulmana, sino que viven en regímenes islámicos en países de mayoría islámica. Por ejemplo, en el caso de Nigeria, el país más poblado de África, sólo el 50% de la población es musulmana, pero forma parte de la organización islámica supraestatal y rige una variante de la *sharia* o ley islámica, lo bastante bárbara como para condenar a muerte a la periodista a la que se le ocurrió hablar del concurso de *Miss* Mundo [vid. *supra*, pág. 59]; un 40% de la población es cristiana —menos de la mitad, católica— y el resto o no están enmarcados en ninguna religión más o menos institucional o son animistas, y ello a pesar de que sólo los cristianos, y predominantemente los católicos, construyeron y utilizaron a lo largo del siglo XX la única red de escuelas —ahora nacionalizada— existente en un Estado con el 28,7% de analfabetismo en los hombres y el 45,8% en las mujeres.

En Asia, se integraron 26 —incluida Palestina— de 47 países, entre ellos Azerbaiyán —7 500 000 habitantes, petróleo—, Kaza-

jistán —18 millones de habitantes, petróleo y gas—, Kirguistán —4 500 000 habitantes, petróleo y gas—, Tayikistán —7 millones de habitantes, petróleo y gas—, Turkmenistán —4 500 000 habitantes, petróleo y gas— y Uzbekistán —23 millones de habitantes, petróleo y gas—, pertenecientes a la antigua URSS, y Bangladesh —127 millones de habitantes, sin recursos naturales.

En Europa, Albania pertenece a la Conferencia Islámica desde 1992 y Bosnia-Herzegovina está presente en la organización como observador. Turquía, próximo miembro de la UE, es miembro fundador de este conglomerado de países musulmanes, aun cuando por aquellas fechas no gobernaba el partido religioso de Erdogan.

Indonesia, con 205 millones de habitantes en sus 13 000 islas y miembro fundador de la Conferencia Islámica, tiene un 85% de musulmanes y un 8% de cristianos, de los cuales menos de la mitad son católicos. Es el décimo productor mundial de petróleo. Timor Oriental, oficialmente Timor Leste, con 800 000 habitantes, que había declarado su independencia en 1975, sólo la alcanzó en los hechos en 2002: hasta entonces, continuó ocupada por fuerzas indonesias. Bali pertenece a Indonesia, pero posee una mayoría abrumadora de hindúes, debido a lo cual el gobierno indonesio, aunque oficialmente la combata, permite la actuación de la *Jemaah Islamiya* [Nación Islámica], parte de Al Qaeda y responsable del atentado de la discoteca en el que murieron doscientos turistas occidentales. En 2000, en Yakarta, los musulmanes llamaron a la guerra santa contra los cristianos de las Molucas, quienes, a pesar de ser marcadamente minoritarios, tienen mayor presencia en el sur de ese archipiélago [*El País*, 8-1-200].

Veintidós de los 57 países de la Conferencia Islámica están organizados a su vez en la Liga Árabe, incluida Palestina.

Diez de los once países de la OPEP —el undécimo es Venezuela—, que producen el 76,70% del petróleo del mundo y fijan su

precio, así como las cuotas de mercado de los demás, pertenecen a la Conferencia Islámica, incluido Nigeria. Los tres siguientes, por orden de producción, son Rusia, Noruega y México, pero no pertenecen a la organización. Estados Unidos produce pero no exporta. Argentina produce y exporta, pero por mediación de Repsol, que compró YPF, del mismo modo en que el Chad lo hace a través de empresas francesas, vía Camerún.

De los 11 países de la OPEP, nueve pertenecen a la Liga Árabe.

De los 191 países miembros de la ONU, 57, una cuarta parte, pertenecen a la Conferencia Islámica, 10 de ellos establecen el precio del petróleo y otra docena lo produce. ¿Dónde está el imperio?

El imperio está en los países que más reparten entre sus ciudadanos, con Estados Unidos a la cabeza.

En el mundo árabe, según el Informe Sobre el Desarrollo Humano Árabe 2002, patrocinado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo y el Fondo Árabe para el Desarrollo Económico Social, y que se refiere a los 22 países de la Liga Árabe, de los cuales 9 se cuentan entre los mayores productores de petróleo del mundo, la situación es intolerable: con una población de 280 millones de habitantes, el PIB es inferior al de España; en el conjunto de Estados se traducen 330 libros al año, una quinta parte de lo que se traduce en Grecia, y en diez siglos, desde el califa Mamoun, el mundo árabe ha traducido un número de libros similar al que se traduce en un año en España; la mitad de las mujeres son analfabetas, y constituyen dos terceras partes de los 65 millones de analfabetos que hay en total; la tasa de mortalidad materna árabe duplica la de América Latina y cuadruplica la del este de Asia; las tasas de participación de la mujer en la vida social y política es la más baja del mundo; también son los más bajos los índices de libertades civiles, derechos políticos, participación popular, independencia de medios de comunicación y ren-

dición gubernamental de cuentas; la inversión en investigación es un séptimo de la media mundial. Ningún país árabe es una democracia: son monarquías dictatoriales o dictaduras de otros tipos. El 38% de la población tiene menos de 14 años, y para 2020, en sólo 20 años, la población total habrá pasado de 280 a 400 millones.

Las seis exrepúblicas soviéticas de Asia las perdió el comunismo, igual que la mayor parte del África subsahariana, en cuyos procesos de independencia influyó. Cuba creó Namibia, desgajándola de Angola y dejándola bajo la influencia sudafricana, en una guerra brutal librada en nombre del derecho a la autodeterminación. Dio lugar a un país de 1 700 000 habitantes en 824 790 km², una densidad de 2 hab./km², una de las más bajas del mundo, con un PIB global de 8604 millones de dólares y un PIB por habitante de 5176 dólares —menos de un tercio del de España en 1998, que era de 16 502 dólares, pero superior al de España en 1975, de 4280 en dólares constantes—, un gasto en educación del 9,1% del PIB y una tasa de analfabetismo del 17,6% en varones y un 16,6% en mujeres —alta inversión y tasa baja para África—, pero que, no obstante todo ello, tiene una mortalidad infantil del 6,5% y una esperanza de vida de 52 años. Incongruente, sobre todo, si se tiene en cuenta que Namibia produce diamantes, cobre, uranio, oro, plomo, estaño, litio, cadmio, cinc, sal, vanadio, gas natural, pescado, carbón, pirita de hierro y es posible que tenga importantes depósitos de petróleo y gas natural.

China, a la larga, y a pesar de que no tiene límites morales ni políticos que impidan al gobierno reprimir como se le antoje, acabará por perder Xinjiang a manos de los grupos islámicos armados uigures, formados por hombres entrenados y con experiencia de combate adquirida en Afganistán junto a los talibanes.

Rusia, a medio plazo, acabará por perder Chechenia y el Daguestán, que aún no está en los titulares pero llegará, y, con ellos,

una parte muy importante del petróleo del Cáucaso.

En gran medida, el triunfo electoral de Erdogan en Turquía se debió a la lucha entre facciones de la izquierda: la socialdemocracia de Bulent Ecevit se partió en dos en relación con la cuestión del ingreso en la UE.

La Iglesia católica pierde cada vez que las minorías cristianas son atacadas en cualquier parte del mundo y el Papa no se hace oír al respecto. Durante la semana que siguió al 11 de setiembre, por ejemplo, hubo cinco atentados en Pakistán, con 50 muertos en total, todos de la minoría cristiana (el 2% de la población).

Filipinas, con 70 millones de habitantes, productor de petróleo, además de estaño, níquel, cobalto, plata, oro, sal y cobre, tiene un 83% de católicos, un 8% de protestantes y un 3% de miembros de la Iglesia Filipina Independiente, es decir, un 94% de cristianos, un 8% de musulmanes y un 3% de budistas y animistas, pero soporta la acción de grupos extremistas islámicos, entre ellos el de Abu Sayyaf, vinculado a la red Al Qaeda —y cuyo líder, Merang Abante, también se hace llamar subcomandante— y el Frente Moro de Liberación Nacional. Un alto el fuego entre el gobierno filipino y el Frente Moro se quebró en febrero de 2002, cuando las autoridades pidieron la colaboración de un contingente de tropas especiales estadounidenses para combatir a Abu Sayyaf. Tal vez, se me ocurre, por pura mentalidad militante, las iglesias católicas de todo el mundo debieran estar informando de estos extremos a sus fieles a diario, y el Papa debiera hablar del tema cada domingo en la plaza de San Pedro, ya que no lo hace la prensa. Si bien es cierto que los teólogos de la liberación, como su nombre indica, están por la liberación nacional y la autodeterminación de quien sea, antes que por cualquier otra causa.

La India, donde el cristianismo en general se hundió en la bruma en los días de la independencia, pero donde hay misioneros católicos que actúan como únicos organizadores de determina-

das zonas y capas de la sociedad sin que ello produzca las conversiones que cabría esperar, es territorio de un permanente enfrentamiento entre hindúes y musulmanes. En 1992, en Godhra, en el estado de Uttar Pradesh, en el norte, un grupo de hindúes fundamentalistas destruyeron una mezquita del siglo XVI, iniciando una serie de disturbios que se saldaron con 3000 muertos. A principios de 2002, los mismos hindúes, o sus compañeros o descendientes, se reunieron allí para celebrar la próxima construcción de un templo en el emplazamiento de la mezquita y después se subieron a un tren para regresar a sus casas: no lo consiguieron, porque una muchedumbre de musulmanes detuvo el tren, lo incendió y quemó vivas en su interior a 57 personas e hiriendo gravemente a otras 80. Los hindúes de este estilo están en el gobierno de la India. Sus contrapartes musulmanas tienen un enorme poder en Pakistán. Cuando, en cumplimiento de la profecía de Kenizé Mourad, Musharraf sea asesinado por alguno de ellos, o tenga la fortuna de emprender el camino del exilio, se abrirá el camino de la guerra, que no será entre los dos países, sino entre hindúes y musulmanes de las dos partes, siendo los primeros muy mayoritarios. La unificación que Gandhi dejó pasar en su momento tendrá lugar así en las peores condiciones, con una inmensa matanza. El sistema de castas hindú será desplazado por el de géneros islámico.

La Iglesia católica contribuye a la tragedia de Occidente con las alianzas que, objetivamente, establece con el islam en su desborde natalista, una cuestión en la que ya no son de recibo los principismos porque está directamente ligada a la situación de la mujer y a la modernización de las sociedades.

¿Es integrable el islam? La respuesta de Sartori

Tenemos la nación militante de Ben Laden en Europa. Oficialmente, según *El País* [«Musulmanes europeos, ¿integrados o integristas?», 31-10-2001], son 11 millones de personas en la Europa

occidental —Reino Unido, Bélgica, España, Francia, Alemania e Italia—, pero si se tiene en cuenta la situación de ilegalidad en que muchos de ellos viven, la cifra puede ascender a entre 12 y 15. [En el Albaicín, barrio de predominio islámico en Granada, que a la vez es la capital del islamismo español, hay 12 000 musulmanes con papeles, pero se estima que hay 20 000 más en situación ilegal, hasta un total de 32 000]. Pero vamos a quedarnos en las cifras oficiales. No hay datos de Portugal, ni de Grecia, ni de Suecia, ni de Noruega, ni de Dinamarca, ni de Irlanda, ni de Luxemburgo; tampoco de Holanda ni de los Balcanes, donde son muchos más que en los seis países que consideramos.

En Alemania hay entre 3 millones y 3,5, cerca de la mitad del total de extranjeros y cerca del 4% de la población total. Dos millones son de origen turco. Entre el 12% y el 15% están organizados en comunidades religiosas. El 10% manda a sus hijos a escuelas coránicas.

En Francia hay 4 millones, el 7% del censo. Un millón procede de Argelia y 800 000 de Marruecos. Un tercio del total practica activamente el islam.

En el Reino Unido más de 2 millones —1,2% de la población total—. Un 41% procede de Pakistán, un 11% de la India, un 13% de Bangladesh, un 23% de Oriente Próximo y África. Un 12% viene de otras zonas del planeta. Se sabe que hay 40 000 afganos. En un 90% son suníes. Tienen 250 asociaciones —una por cada 8000 personas— y 800 mezquitas —una por cada 2500 personas.

En España, oficialmente, hay 600 000, aunque la cifra real debe de ser alrededor del triple. La mitad son marroquíes. Tienen centenares de organizaciones.

En Italia se registran 800 000, pero es posible que la cifra real sea el doble. Son mayoritariamente magrebíes.

En Bélgica, oficialmente, hay «más de» 200 000: 175 000 marroquíes, 70 000 turcos, 8500 argelinos y 5000 tunecinos.

Ni los partidos comunistas de los años cincuenta y sesenta en Francia e Italia llegaron a tener un número comparable de militantes. Sí de simpatizantes, pero no de militantes. Si en Gran Bretaña los comunistas hubiesen tenido alguna vez la cantidad de locales y de asociaciones que poseen los musulmanes hoy, todavía estarían en el poder.

La cuestión es si toda esa gente es o no es integrable en las sociedades europeas.

Éste es un tema del que no se habla. Tampoco se habla del islam si no es para deshacerse en elogios y desangrarse en la búsqueda de afinidades, o para ratificar la tan celebrada «abolición de la otredad» en la que se refocilan los que no leyeron bien, o no leyeron, a Sartre. Debiera haberlo sabido Giovanni Sartori antes de dar a la imprenta su libro *La sociedad multiétnica* [Taurus, Madrid, 2001], del cual una señora me dijo, con la serenidad de un relaciones públicas de la Inquisición, que «no se tendría que haber publicado jamás». Me quedé aguardando una glosa de autor a la sentencia, que se glosaba sola: no es ideológicamente correcto, es pensamiento degenerado. Y la señora añadió: «No se puede decir que el islam sea imposible de integrar, que sea de una ajenidad insuperable». No aclaró si se trataba de integrarlo a Occidente, a España o a su propia casa.

Sartori hace una crítica del multiculturalismo aún más dura que la que yo mismo he hecho más arriba. Dice que «en principio está claro que el pluralismo está obligado a respetar una multiplicidad cultural con la que se encuentra. Pero no está obligado a fabricarla. Y en la medida en que el multiculturalismo actual separa, es agresivo e intolerante, en esa misma medida el multiculturalismo en cuestión es la negación misma del pluralismo. [...] Los *liberales* americanos que defienden el multiculturalismo hablan

de una política del reconocimiento (*recognition*). Pero convenientemente olvidan precisar que un contexto pluralista postula un reconocimiento *recíproco*. Un reconocimiento que recibe a cambio un radical desconocimiento es antipluralista».

Pero esa reflexión es apenas introductoria. La gran pregunta la formula más tarde, al decir: «¿Una comunidad puede sobrevivir si está quebrada en subcomunidades que resulta que son, en realidad, contracomunidades que llegan a rechazar las reglas en las que se basa el convivir comunitario?».

«De lo que se debe deducir que la xenofobia europea se concentra en los africanos y en los árabes —escribe más abajo Sartori—, sobre todo si son y cuando son islámicos. Es decir, que se trata sobre todo de una reacción de rechazo cultural-religiosa. La cultura asiática también es muy lejana a la occidental, pero sigue siendo "laica" en el sentido de que no se caracteriza por ningún fanatismo o militancia religiosa. En cambio, la cultura islámica sí lo es. E incluso cuando no hay fanatismo sigue siendo verdad que la visión del mundo islámica es teocrática y que no acepta la separación entre Iglesia y Estado, entre política y religión. Y que, en cambio, esa separación es sobre la que se basa hoy —de manera verdaderamente constituyente— la ciudad occidental. Del mismo modo, la ley coránica no reconoce los derechos del hombre (de la persona) como derechos universales e inviolables; otro fundamento, añado, de la civilización liberal. Y éstas son las verdaderas dificultades del problema. El occidental no ve al islámico como un "infiel". Pero para el islámico el occidental sí lo es. [...]

»Por eso nos debemos plantear tres preguntas. La primera es: ¿integración *de quién*? La segunda es: ¿integración *cómo*? Por último, hoy también nos debemos preguntar: ¿integración *por qué*? En efecto, si el multiculturalismo la combate y si los "integrandos" la rechazan, ¿qué sentido tiene apuntar hacia esa solución? [...]

»[...] ¿integración *cómo*? A las bobas y los bobos [...] les parece obvia: consiste en transformar al inmigrado en ciudadano, es decir, en "dispensar ciudadanía" [pero] la ciudadanía para todos —sin mirar a quién— no sólo es una política destinada al fracaso, sino que además es una política que agrava y convierte en explosivos los problemas que pretende resolver. [...]

»El *cómo* de la integración evidentemente depende del *quién* del integrando. [...] la imposibilidad aumenta cuando el inmigrado pertenece a una cultura fideísta o teocrática que no separa el Estado civil del Estado religioso y que identifica al ciudadano con el creyente. En los ordenamientos occidentales se es ciudadano por descendencia, por *ius sanguinis* (en general, en los viejos países), o por *ius soli*, por dónde se nace (suele ser en los países nuevos, de inmigrados). En cambio, el musulmán reconoce la ciudadanía *Optimo iure*, a pleno título, sólo a los fieles: y a ésa ciudadanía está contextualmente conectada la sujeción a la ley coránica».

La extensión de la cita obedece a que yo mismo no podría explicar mejor mi propia concepción del problema. Y todo esto se confirma cada vez que aparece un musulmán de tipo «progresista». Ejemplo: Tarik Ramadan, «renovador del pensamiento islámico», quien afirma que «Se puede ser a la vez un buen musulmán y un buen europeo», [*El País*, 30-11-2001]. Ramadan es nieto del fundador de los Hermanos Musulmanes e hijo del discípulo preferido de éste, e hizo su tesis doctoral en Friburgo sobre Nietzsche. Quien le entrevista, Ignacio Cembrero, formula una de sus preguntas invirtiendo la tesis de Sartori: «Algunos musulmanes consideran que el Estado de derecho y laico que impera en Europa es incompatible con una práctica correcta del islam», dice. Y Ramadan responde: «Hay que conocer mejor las constituciones y legislaciones europeas y, paralelamente, hacer una labor de adaptación de las fuentes del islam. Gracias a ello sabemos que el de-

recho musulmán *prácticamente* no choca con los principios del Estado de derecho. Los puntos de fricción son escasos. Le pongo un ejemplo: para ejercer determinados oficios es necesario contraer un seguro de vida, algo que los musulmanes no pueden hacer. Sobre este punto concreto hay que hacer una labor de adaptación mediante una *fatwa* para resolver el problema». No se sabe si es ingenuidad o cinismo, pero realmente el currículum del hombre no facilita el creer que sea un ingenuo.

«La religión más idiota es el islam. Cuando lees el Corán se te cae el alma al suelo», declaró Michel Houellebecq a *Lire* en una entrevista. Y también que era «una religión peligrosa desde el primer día» y que deseaba que «el materialismo capitalista triunfe lo más rápidamente posible en el mundo árabe [porque] los valores del materialismo son despreciables, pero menos destructores, menos crueles que los del islam». Uno puede coincidir o no coincidir. A estas alturas, ha escuchado cosas mucho peores sobre el catolicismo, y no digamos sobre el judaísmo. Lo único que hace al terminar de leer el párrafo es cerrar la revista y guardarla o tirarla. Todo lo más, comentar con un amigo «mira lo que dice este francés». Pero los rectores de las mezquitas de París y Lyon, la Federación Nacional de Musulmanes de Francia —que representa a 4 millones de musulmanes— y la Liga Islámica Mundial han llegado a la conclusión de que las tesis de Houellebecq «se pueden caracterizar sin duda de racistas antimusulmanas» y le han llevado ante los tribunales [*El País*, 17-9-2002; *El Mundo*, 18-9-2002]. Lo de racismo antimusulmán es una contradicción en esencia, porque la ofensa o es racial o es religiosa —el propio Houellebecq diría que la raza «es una característica genética, algo que no se puede elegir, como tener joroba, pero uno puede elegir su religión»—, pero la acusación se formuló hábilmente por «complicidad en la incitación al odio racial» y por «injurias». Si un obispo con mentalidad ultramontana se hubiese presenta-

do hoy ante un tribunal francés para acusar a un escritor de «blasfemia» por decir que el catolicismo es una religión idiota y peligrosa, y que cuando lee la Biblia se le cae el alma al suelo, los jueces probablemente hubieran desestimado la demanda y hasta sus propios correligionarios hubieran contribuido a hacerle entrar en razón. No hace falta especular demasiado para imaginar lo que sucedería si el obispo se presentara ante un tribunal saudí para denunciar a un escritor musulmán, escena que pertenece a la más pura ficción porque no se puede ser católico en Arabia. Pero los jueces franceses están hoy *políticamente* obligados —criterio de corrección política— a aceptar la denuncia y procesar a Houellebecq por un delito de opinión, cosa no recogida en la legislación francesa, opinión que, además, afecta a una cuestión, la religiosa, que pertenece al ámbito de lo privado en la república laica. Si no, cuatro millones de musulmanes, organizados y convencidos, se lanzan, no ya sobre esos jueces, sino sobre el gobierno y le crean un gravísimo problema, sacando a la calle a su propia gente y contando con la solidaridad de SOS Racismo, una ONG que controlan, y a partir de ahí, de otra serie de grupos, cómo no, de la izquierda, que está encantada de obsequiarle unos cuantos votos a Le Pen. Prueba de la exactitud del diagnóstico de Sartori: en esto juegan lo multicultural, lo políticamente correcto y la falta de reciprocidad.

Martín Varsavsky Waisman publicó un artículo en el momento en que se preparaba la guerra de Afganistán [«La guerra laica», *El País*, 26-10-2001] en el que enumeraba las razones por las que se podía justificar, más allá de la retórica de aquellos días, un conflicto armado. La lista me parece realmente adecuada también para justificar la imposibilidad de una convivencia, que es menos que un conflicto armado pero a veces molesta más por lo prolongado: «Nosotros creemos en la democracia; ellos, no. Nosotros creemos en la libertad de culto; ellos, no. Nosotros creemos que

ellos tienen el derecho a vivir en paz; ellos no creen que nosotros lo tengamos. Nosotros creemos que ellos tienen derecho a hacer proselitismo en nuestros países; ellos persiguen y a veces asesinan a quienes promueven otra religión en los suyos. Nosotros creemos en el pluralismo; ellos, en la uniformidad monolítica. Nosotros creemos que las leyes son obra de los hombres y que las podemos cambiar de común acuerdo; ellos creen que las leyes nos fueron entregadas por Alá y son inalterables. Nosotros creemos en la libertad de prensa; ellos, no. Nosotros creemos que hombres y mujeres tienen los mismos derechos; ellos, no. Nosotros creemos en la libre educación para hombres y mujeres; ellos, no. Nosotros no creemos que los menores deban ser soldados; ellos, sí. Nosotros creemos en ayudar a los musulmanes cuando son víctimas de la opresión; ellos no están dispuestos a ayudar a un infiel aunque esté en la miseria».

4
EL MITO DE LA GUERRA FRÍA Y SU CONTINUACIÓN: LA SUSTITUCIÓN DE RUSIA POR ALEMANIA Y EL CHOQUE DE CIVILIZACIONES

En un artículo de título brillante pero de contenido magro, Edward Said [«El choque de ignorancias», *El País*, 16-10-2001], en una crítica a Samuel Huntington más llena de desprecio —«un escritor torpe y un pensador poco elegante», dice de él— que de rigor metodológico, afirma algo que ha pasado a ser un lugar común en la izquierda real contemporánea: que el «paradigma básico de Occidente contra el resto (el enfrentamiento de la guerra fría en una nueva formulación) permanece intacto».

En realidad, aceptando que el modo occidental de vincularse con «el resto» sea el enfrentamiento, en exclusión de cualquier otro nivel de intercambio, ese modo está ahí desde el principio, desde que los viajeros europeos de finales de la Baja Edad Media y del Renacimiento fueron al África litoral, a Oriente y, a partir de 1492, a América. Hasta aquí, no ha habido ningún encuentro entre civilizaciones, culturas o sociedades diferentes, o como se prefiera llamar a cualquier grupo unido por una lengua, una religión y, aunque no siempre, un territorio, que no haya partido de un enfrentamiento.

En algunos casos, como el del islam en la península Ibérica, ese choque inicial se prolongó en una guerra que duró siete siglos, con algunos islotes de paz en los que siempre latió el encono ante los invasores, por mucho que hoy se hable de una tan idílica como inexistente coexistencia de «las tres culturas»: en todo caso, la minoría judía, esencialmente desvinculada de lo militar tanto por las limitaciones impuestas en ese sentido por las mayorías dominantes musulmanas o cristianas, según el sitio, como por su propia vocación, convivió pacíficamente con las otras dos, sin ser especialmente amada por ninguna de ellas, hasta que los católicos triunfantes resolvieron que la unificación de su Estado sólo podía realizarse sin cuerpos ideológicos extraños y los expulsaron. Pero también es cierto que mientras se operaba el largo proceso de la reconquista peninsular y la posterior creación del Estado, tanto mahometanos como judíos impregnaron el modo de vivir, la sexualidad, el sentido estético de los habitantes de lo que con el correr del tiempo sería España, aunque fuese por la vía del rechazo, como en el caso de la cocina del cerdo, que está en el centro de la alimentación ibérica. Constantemente, a lo largo de la historia de la historiografía española, se volvió atrás con cierta nostalgia, los arquitectos construyeron edificios neomudéjares y los músicos buscaron inspiración en las melodías que, más que árabes, eran mediterráneas. Los buscadores de raíces que justificaran nacionalismos locales, como Blas Infante, hasta se construyeron un pasado árabe con tintes idílicos. Y los judíos expulsados conservaron su lengua, el judeoespañol o sefardí, en los rincones del mundo más alejados de la añorada Sefarad, de la que se preservaron también recetas culinarias y hasta tradiciones médicas. Ni la nostalgia ibérica ni la sefardí tuvieron, por cierto, una contrapartida equivalente en el imaginario islámico hasta que los ulemas marroquíes financiados por Arabia Saudí decidieron esta-

blecerse en Andalucía, centrando su actividad en Granada, y Ben Laden ladró que su pueblo «volvería» a Al Ándalus.

En otros casos, el encuentro y el inmediato enfrentamiento terminaron mal, en términos de pervivencia cultural, para algunas de las partes, no siempre la más débil. Los negros que fueron secuestrados y vendidos por los musulmanes a los cristianos en África y fueron trasladados forzosamente a América, marcaron la estética de todo el continente: los tres grandes movimientos de la música popular que, en el curso del siglo xx, se hicieron universales —el *jazz*, el tango y la bossa nova— tienen sangre africana, y América no sería América sin ese aporte. Los esclavos, mientras fueron esclavos y después de su liberación, se cristianizaron, pero a su manera, adaptando, recreando. Y lo mismo ocurrió con la población indígena, maltratada y vilipendiada por sus propios gobiernos independientes desde hace dos siglos.

Japón fue modernizado a la fuerza, mediante la conquista de las élites. Nadie arrasó su territorio ni se instaló ni se mezcló, pero el país es una potencia industrial por la presencia de Occidente. Hasta la forma japonesa de oponerse a Occidente en el siglo xx fue profundamente occidental: mediante la alianza con los fascismos, tan profunda que Hitler envió a Tokio a su antropóloga de confianza, Ilse Svidersky, para que reuniera pruebas de la condición aria de los nipones, con los mismos criterios con los que Himmler visitó España para ver museos en busca del pasado germánico de los españoles por la vía visigoda. Un apaño étnico.

En Irán, la invasión y la islamización acabaron con la civilización persa, mucho más poderosa y rica que la de los árabes que la conquistaron: con todo, lo persa resistió hasta el punto de haber sido Reza Pahlevi, en pleno siglo xx, el primer *sha* coronado como *sha* de Irán y no de Persia, aunque este último título perdurara en el imaginario popular.

Roma pudo militarmente con casi todo, pero no pudo ideológicamente con la necesidad del monoteísmo y terminó superada por una pequeña secta de Judea por la que nadie hubiese dado un duro en los primeros tiempos. Aunque Roma absorbiera al cristianismo y el cristianismo absorbiera a Roma, y aunque la Roma de la República y del Imperio siga profundamente viva en todos nosotros, tanto como la desaparecida Atenas: ambas condicionan nuestra forma de ser cristianos y nuestra forma de ser judíos.

Las invasiones bárbaras fueron eso, pero los bárbaros eran pocos y no tuvieron más camino que mezclarse o desaparecer, y su impronta no borró la romanidad previa.

La idea de Huntington a propósito del choque de civilizaciones, con ser generalizadora, no se funda en una fantasía. Choque de civilizaciones, o de sociedades en diverso nivel de desarrollo, hubo siempre, y hasta que los seres humanos no lleguen a vivir todos en un mismo nivel material y tecnológico, seguirá habiéndolos. Es más que probable que el de nuestra época sea entre Occidente y el islam, que no es más que una repetición de otros enfrentamientos idénticos desde Mahoma hasta aquí [véase «Escenarios para una guerra global», Umberto Eco, *El País*, 23-10-2001]. Ahora bien: decir, como dice Said, que esta concepción de la historia se la ha sacado Huntington de la galera para dar coartada a una prolongación de la guerra fría es desconocer demasiadas cosas, y dar a la guerra fría una entidad que jamás tuvo.

En primer lugar, en términos económicos, jamás hubo nada parecido a una diferencia de sistemas esencial, jamás hubo capitalismo y socialismo. Hubo dos formas de capitalismo o, más exactamente, dos niveles de desarrollo del capitalismo: el del mercado mundial, coincidente con lo que hasta la década de 1980 se llamó mundo libre, incluidas sus partes más espantosas y míseras, y un capitalismo autárquico en la entonces Unión Sovié-

tica. El hecho de que millones de personas creyeran que vivían en sistemas diferentes, y hasta contrapuestos, es producto de la fantasía de los políticos que también lo creían y así lo hacían saber, y del discurso de los políticos que eran conscientes de la realidad pero consideraban conveniente no decirla. Y todos ellos fueron lo bastante convincentes como para que lo creyeran personas que se contaban entre las más cultas e inteligentes de ambos lados.

Winston Churchill fue el primero en creer en la guerra fría, y hasta es probable que se le deba la expresión [en este sentido, véase el extraordinario *Winston Churchill. Una biografía* de Sebastian Haffner, Destino, Barcelona, 2002, complementario de las no menos extraordinarias *Anotaciones sobre Hitler*, del mismo autor, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2001]. Creía en la unidad anglo-americana y en crear una unión europea a partir de ese motor, muy diferente de la actual, caracterizada por la hegemonía alemana. Y creía que Stalin encarnaba la abolición de la propiedad, como lo creyeron cientos de millones de personas, y que por eso había que combatirlo.

Stalin fue el primero en no creer en la diferencia de sistemas.

Lenin había hecho el esfuerzo de hurgar en el pasado y en el presente, y escribir el trabajoso *El desarrollo del capitalismo en Rusia* [Progreso, Moscú, 1975] porque necesitaba demostrar la validez de su lectura del marxismo, en la cual el socialismo no podía suceder al feudalismo, sino que *debía* suceder al capitalismo. De modo que, para que pudiese haber una revolución socialista, la suya, ésta debía producirse en un país capitalista y, lo que es más, en un país capitalista desarrollado, con una clase obrera organizada. Y Rusia no era esa clase de país, ni los obreros rusos eran esa clase de obreros: era un país inserto en el mercado capitalista mundial, con cierto desarrollo industrial en torno de algunos núcleos urbanos, pero aún feudal en gran parte y sin condi-

ciones para competir como metrópoli. De hecho, Rusia estuvo ausente del proceso colonial: la sumisión de zonas de Asia que posteriormente fueron repúblicas soviéticas tuvo un sentido más feudal que capitalista. Pero Lenin se empeñó y escribió ese libro en el que se recoge hasta el menor dato de lo que podía considerarse capitalismo en aquellas fechas, desde el número de campesinos que poseen un caballo, o dos, o tres, que eso ya implica una jerarquía, hasta los astilleros de San Petersburgo.

Stalin tuvo conciencia de la falacia de su jefe desde el primer momento. No en vano su cometido en la URSS, el de comisario de las nacionalidades, le ponía en contacto con la realidad del tremendo atraso en que estaba hundida la mayor parte del territorio. Comprendió con qué tipo de país tenía que habérselas. Comprendió que no había habido acumulación de capital, y que la poca que había habido se había evaporado en la guerra y los exilios a los que dio lugar la revolución. Comprendió que lo que había que crear allí no era el socialismo, sino el capitalismo, y que, como no había patronos adecuados, fuese porque los hubiera habido y estuviesen en el extranjero, sea porque los que tenían bienes no tenían idea de qué hacer con ellos, concluyó que el patrono universal tenía que ser el Estado. Y a eso se dedicó. La acumulación de capital se produjo y los funcionarios del Estado se erigieron en propietarios, formalmente, en 1991, entrando en el mercado mundial en condiciones de competencia, que era el objetivo para el que se habían preparado, para el que Stalin había preparado a Rusia.

La guerra fría fue el prolongado desvelo de los dirigentes políticos occidentales por el ingreso de Rusia en el libre comercio, complementario del prolongado desvelo de los dirigentes soviéticos, nuevos ricos, por ingresar en él de la mejor manera posible. No hay más.

Es cierto que en la autarquía soviética la represión ideológica era brutal, que miles y miles, cientos de miles, pagaron con la vida o con el ostracismo siberiano por su pensamiento, o por su condición de judío, o por una denuncia del vecino mal avenido e influyente en el partido. También es cierto que son incontables los comunistas que pagaron con su vida fuera de la URSS por haber creído en el mito de la patria de los trabajadores: miles en una sola noche en Yakarta, cientos en Chile, el comité central del Partido Comunista fusilado en masa en Egipto con la anuencia de la URSS que protegía y financiaba a Nasser. Pero nada de eso convierte al gran montaje de la guerra fría en un choque de civilizaciones.

La fantasía de que Estados Unidos necesita un estado de guerra perpetuo para consumir armas, para servir a lo que el general Eisenhower —y no un teórico de la izquierda— bautizó con el nombre de complejo militar-industrial, y del que dijo que hacía muy difícil gobernar Estados Unidos, no es más que eso: una fantasía. Los gobiernos americanos seguirán gastando en armamento, haya o no guerras, porque la clave de ese gasto es el desarrollo tecnológico. Ése y no otro es el sentido del llamado escudo antimisiles por el que aboga George Bush, y su padre y Ronald Reagan antes que él. De hecho, los atentados del 11 de setiembre de 2001 obligaron a dar un paso atrás en ese terreno porque la intervención en Asia comprometió el gasto militar por bastante tiempo, y no tanto porque Ben Laden haya convencido a los representantes y a los senadores de la importancia de la guerra convencional: una cosa no quita la otra, y el complejo militar-industrial seguirá fabricando ingenios atómicos que jamás estallarán y sistemas de defensa que jamás repelerán un ataque.

Por otra parte, la carrera espacial, suspendida tras el derrumbe del competidor soviético, sólo ha cesado como carrera, porque Rusia no estará en condiciones de reemprenderla por muchos

años, pero a nadie se le ha ocurrido bajar las persianas de la NASA, ni dejar de investigar, ni dejar de fabricar aparatos de todas clases, ni dejar de enviar sondas y naves, con y sin tripulantes. Y todo eso entra en el gasto militar de Estados Unidos y los proveedores de esos programas de desarrollo tecnológico son los devoradores del complejo militar-industrial.

En la mayor parte de las guerras que hoy se están librando en el mundo, al menos una de las partes combate con armas fabricadas en países distintos de Estados Unidos: excomunistas, sobre todo en Rusia y Chequia, y países europeos como Francia y España, y sobre todo, Alemania.

El 18 de diciembre de 2002, *El País* publicó una información firmada por Javier Moreno en Berlín, sobre la cual ni ése ni ningún otro periódico insistió posteriormente, pero que tampoco nadie desmintió: «Empresas alemanas vendían armas a Irak, según filtraciones del informe de Bagdad. Gracias a esta ayuda, Sadam Husein ha logrado que sus misiles Scud puedan alcanzar Israel».

«Alemania —dice el cable—, se encuentra en un buen aprieto diplomático». Más de 80 [!!!] empresas alemanas han estado suministrando tecnología militar a Sadam Husein, algunas incluso el año pasado, según el informe que Irak ha presentado a la ONU y al que ha tenido acceso un periódico berlinés. Entre ellas se encuentran gigantes industriales como Siemens, Degussa, Hochtief, Interatom [!!!] o H&H Metalform. Gracias a esta ayuda, el dictador iraquí ha logrado, entre otros objetivos, duplicar el alcance de 400 de sus 819 misiles Scud para poder alcanzar Israel. El 90% del material necesario para ello llevaba la marca *made in Germany* [...] corresponsal en Ginebra del diario *Die Tageszeitung* ha logrado parte del informe, que revela que decenas de *empresas, laboratorios de investigación y ciudadanos alemanes a título individual* han colaborado *desde mediados de los años setenta* con los programas de armamento de Bagdad. En sí, ello no supondría una

gran novedad, pues resulta ampliamente conocido que decenas de empresas extranjeras ayudaron a Sadam en el pasado. Pero el informe de Bagdad revela que las empresas alemanas han estado vendiendo material sensible hasta el año pasado, en clara violación del embargo impuesto por la ONU en 1990 tras la invasión de Kuwait, según [...] el periódico berlinés.

«La noticia supone un revés diplomático para Gerhard Schröder. Las relaciones entre el canciller alemán y la administración de George Bush ya atraviesan un mal momento. Berlín se ha negado a ayudar militarmente a Washington en caso de un ataque contra Irak. Varios miembros de la administración estadounidense, desde el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, al propio Bush han dejado patente en diversas ocasiones su enfado por esta decisión, lo que ha llevado a escenas de frialdad y tensión entre ambos gobiernos. La última, durante la cumbre de la OTAN en Praga. Ahora, el informe de Irak deja claro que Alemania, durante años, ha sido su mayor suministrador de armas. En total, más de la mitad de las empresas citadas en el texto son alemanas. [...] Sólo los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU (Estados Unidos, Rusia, Reino Unido, Francia y China) tendrán acceso al informe completo [12 000 páginas], que contiene una descripción exacta del programa de Sadam para lograr armas nucleares».

Europa, entre el Atlántico y los Urales, no fabrica menos armas que Estados Unidos, aunque esa producción no se refleja, como en América, en la parte del PIB destinada a defensa, sino en la balanza de exportaciones o en la economía sumergida. Mientras América gasta en armamento, y hasta dice cuánto gasta, Rusia, los países que pertenecieron a su órbita hasta 1989 y la Unión Europea, con Alemania y Francia en la primera línea, cobran por las armas que proveen a gobiernos y grupos terroristas o paramilitares hostiles a Estados Unidos, país del cual, por otra parte, la UE

es socia en la OTAN. Decía la verdad Felipe González durante la campaña del referéndum para el ingreso de España en la OTAN: se trataba de reforzar el pilar europeo de la organización. Por eso muchos que aún creíamos en el fantasma americano porque todavía no habíamos leído los periódicos de después, votamos afirmativamente, creyendo democratizar la OTAN. El 15 de febrero de 2001 [«La Guerra de las Galaxias o el desequilibrio del terror», *El País*], González, con su fidelidad canina a la Alemania que lo llevó al poder dentro de su propio partido y luego impulsó su carrera en España, fidelidad en la que sólo corre el riesgo de ser superado por Javier Solana, González, decía, después de advertir de los riesgos del desequilibrio de saberes [«la tentación de poner dinero para impulsar un nuevo salto tecnológico que mantenga la ventaja de EE. UU. en la economía global» es lo que le preocupa], llega a afirmar que la «guerra del Golfo, finalmente, puso de manifiesto la superioridad tecnológica americana frente al material soviético empleado por Irak». Digamos que González tiene acceso a un caudal de información superior al del ciudadano medio, de modo que si la contribución alemana a la causa iraquí, y a la causa árabe en general, no había saltado a los periódicos [aunque sí era perceptible y asumible en forma fraccionada en los márgenes de otra información para el lector atento], él sí la conocía.

Como el propio González se encarga de afirmar en el artículo citado, «Europa no es América. Es Eurasia. Ni el Atlántico ni el Pacífico la separan de los hipotéticos agresores». Por eso considera inútil el escudo antimisiles, la «nueva frontera» ofrecida electoralmente a los ciudadanos americanos, «un escudo espacial que les ponga a cubierto de un supuesto ataque nuclear ruso, chino, o de quien se invente». De lo cual, posteriormente, cabría colegir que Ben Laden es un invento y Sadam Husein otro.

Es cierto que Afganistán e Irak son países alejados de la modernidad, el primero más que el segundo, pero Estados Unidos está obligado a enfrentarse con ellos porque están armados y son hostiles. Ya no los arma la URSS, aunque la Kalashnikov no haya dejado de ser un símbolo de los movimientos guerrilleros, se llamen como se llamen —la mayoría de las organizaciones armadas islámicas se autodenominan «de liberación nacional»—. Pero los arman otros, desde la hipocresía del socio ladrón que hace asaltar la tienda de cuya mitad es propietario.

En *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991* [Crítica, Barcelona, 2000] de Ronald E. Powaski, el mejor estudio disponible en español sobre el tema y, probablemente, el más documentado y organizado aparecido hasta la fecha en cualquier lengua, el autor historia las relaciones de los dos países, limítrofes y con aspiraciones expansionistas en el Pacífico, desde el comienzo de sus fricciones, tras la venta de Alaska por el zar a Estados Unidos. No obstante, los intereses rusos anteriores a 1917 fueron sobre todo territoriales, y sus roces con Estados Unidos se debieron casi siempre a las persecuciones de minorías dentro del imperio de los zares, una parte de las cuales había accedido a la ciudadanía americana, tenía familia en la vieja tierra y presionaba a los gobiernos democráticos para su salvación. En todos los desacuerdos previos a 1917 entre ambas naciones, el problema del antisemitismo y la rusificación de las minorías —política en la que Stalin continuó inmerso hasta su muerte— fue el detonante. Después de 1917, y sobre todo después de 1930, cuando el desarrollo autárquico empieza a parecer peligroso, la competencia se establece en el ámbito de los mercados: Stalin quiere extender sus dominios para sumarlos al esfuerzo del desarrollo, mientras que Estados Unidos los quiere como mercados.

No obstante, Woodrow Wilson se resistió a que la intervención americana en la Primera Guerra Mundial se extendiera al territo-

rio ruso. En fecha tan tardía como marzo de 1918, Wilson envió un mensaje personal al congreso de los soviets en el que decía que, a pesar de comprender lo tremendo de su situación, su país «por desgracia, no estaba [...] en condiciones de prestar la ayuda directa y eficaz que desearía prestar». Apunta Powaski que el mensaje «daba a entender que los bolcheviques estaban confabulados con los alemanes» —cosa que era cierta, aunque nunca haya sido reconocido por ninguna de las partes—. Sólo en junio de aquel último año de la guerra, Wilson accedió a enviar 5700 soldados, tres batallones, mucho menos de lo que los aliados le habían pedido, al norte de Rusia, y lo hizo únicamente porque sus asesores le convencieron de la necesidad de reactivar el frente oriental ante un probable derrumbe del occidental. Y en efecto, para eso había Alemania financiado y apoyado la aventura de Lenin: para no tener que ocuparse del frente oriental.

En el período de entreguerras, cuando se suponía que Alemania no podía rearmarse ni recomponer su ejército, los oficiales alemanes se formaron en la Academia Frunze de Moscú —la misma a la que asistirían después varios de los improvisados generales de nuestra guerra civil—, y Goering desvió la atención de la Luftwaffe en agraz hacia las líneas alemanas comerciales, a las que se proveía de aviones «fácilmente reconvertibles para usos bélicos», [Spruille Braden, *Diplomats & Demagogues*, Arlington House, New Rochelle, Nueva York, 1971].

En 1945, dos días antes de morir, Roosevelt dio su aprobación a la idea de Eisenhower de permitir que fuesen los soviéticos quienes tomaran Berlín, sobre todo con la idea de salvar vidas de soldados americanos, para gran disgusto de Churchill, que había aprendido y entendido algo que a Roosevelt se le escapaba: el vínculo profundo que desde 1917 existía entre Alemania y la URSS. Un vínculo entre Estados, de los que perviven por encima y más allá de cada uno de los hombres y los partidos que ocupen

el poder. El que había llevado a Stalin a firmar el pacto de no agresión germano soviético de 1939 con Hitler, dejándole a éste las manos libres para su expansión sobre Polonia. Stalin no era lo que se dice un hombre confiado: por simple desconfianza mandó fusilar a unos cuantos de sus allegados, pero aceptó entonces la palabra de Hitler, y todavía nadie ha explicado satisfactoriamente por qué. Un vínculo que, después de la locura nazi, y a pesar de los 20 millones de cadáveres soviéticos que costó, se reanudó por la vía de la ocupación soviética de una parte considerable de Alemania que duró hasta 1989, por la vía de la colaboración entre servicios de las dos Alemanias y por la vía de la reconversión de los beneficios del Plan Marshall —creado por el secretario Marshall como desarrollo de la Doctrina Truman, según la cual «Estados Unidos debe tener por norma ayudar a los pueblos libres que se resisten a los intentos de subyugación por parte de minorías armadas o de presiones externas», aún vigente—, la reconversión de los beneficios del Plan Marshall, decía, en dinero para préstamos al exterior: cuando la URSS se autodisolvió definitivamente en 1991, el grueso de su deuda externa [48 000 millones de dólares], el 40% para ser exactos, era con Alemania Federal, ya entonces en posesión de su otra mitad territorial. Otra parte de la deuda era con los países del este de Europa, muchos de ellos ahora incorporados a la UE, como la República Checa, a la que Rusia debía 1100 millones de dólares: en 1996, según Radio Praga en Internet [«Rusia pagará a la RCh parte de su deuda con material *militar*»], pagó 210 millones, un 20% de ese total, en suministros de energía eléctrica, combustible *nuclear* y equipos para la investigación *nuclear* [las cursivas me pertenecen]. ¿Hace falta recordar que el mediocre dramaturgo Havel era llamado en sus días de mayor gloria «el alemán de Praga»? ¿Hace falta recordar que la partición de Checoslovaquia en dos Estados actualiza el sueño del III Reich, que ya había instalado en el poder, apenas

iniciada la Segunda Guerra Mundial, al nazi monseñor Tiso al frente de Eslovaquia? ¿Hace falta recordar que el mapa actual de Chequia y Eslovaquia reproduce el de 1940 con la misma fidelidad con que lo hace el de la actual Yugoslavia respecto del de Ante Pavelic?

Alemania es hoy la potencia hegemónica, sin ningún género de dudas, en la UE. Hasta el punto de que los periódicos de los países más débiles de la Unión, como es el caso de España, sospecho que sin plena conciencia, pueden publicar titulares como éste: «Alemania decide hoy si permite que sus socios le amonesten por su alto déficit», [*El Mundo*, 11-2-2002], donde consta que el «ministro alemán de Finanzas, Hans Eichel, decidirá esta noche si acepta que sus socios europeos le recriminen por superar en un punto el déficit [...] desafío planteado por Bruselas a la primera economía de la eurozona». Alemania podía evitar el reproche, porque no era más que eso, una pataleta de Pedro Solbes, valiéndose de una minoría de bloqueo, desde el momento en que se requería el apoyo de una mayoría cualificada de Estados miembros y la propia Alemania contaba con 10 votos, igual que Francia y el Reino Unido, mientras Portugal, al que le cabía idéntica reprimenda y que la iba a recibir junto con Alemania si tocaba, tenía 5. Esto, en la Europa de los 15, donde aún no habían entrado los países del Este que, en su nueva condición democrática, se han convertido en deudores netos de Alemania sin excepción.

Alemania se ha aliado con Francia para algunas cuestiones. Chirac y Schröder coinciden en su valoración de sus respectivos países como los más importantes de la UE y en calificar el tándem como «locomotora franco-alemana» de la Unión. El mismo 25 de junio de 2000 en que Chirac visitó a Schröder en Berlín, con todos los honores por ser el primer jefe del Estado francés que viajaba a la Alemania unificada, tras fotografiarse con sus respectivas esposas, los cuatro sonriendo [*El Mundo*, 26-6-2000, todo un

espectáculo], ambos dirigentes subrayaron su «total acuerdo [...] sobre la necesidad de fortalecer las decisiones mayoritarias en el seno de las instituciones europeas» y el alemán afirmó en su tono populista habitual que «Alemania y Francia no se dejarán dividir en esta cuestión», mientras Chirac, palmadas en la espalda del colega, consideraba que reforzar las votaciones mayoritarias frente a las tomadas por unanimidad, que reclamaban otros Estados miembros, «no será ningún problema», [*El País*, 26-6-2000], a ver quién manda aquí, y también estamos de acuerdo en el número de comisarios en la Comisión Europea, que no podrán pasar de 26.

Sin embargo, en diciembre de 2000, en la cumbre de Niza, donde se decidiría la ampliación de la UE hacia el este, pasando de una unión de 15 países y 375 millones de habitantes a otra de 27 países y 480 millones de habitantes —sin contar Turquía—, las dos potencias tendrían un enfrentamiento a propósito del número de votos de cada una: Francia reclamaba igualdad entre fundadores de la UE y Alemania pretendía hacer valer su mayor peso demográfico. El 5 de diciembre de 2000, *El País*: «Francia se queda sola en su batalla para que Alemania no sea el país con más votos en la EJE». Sin comentarios.

El 31 de diciembre de 2002, entró en servicio el tren de levitación magnética que cubre en 8 minutos el trayecto de 30 km entre Shanghai y el aeropuerto de Pudong. Alcanza una velocidad punta de 431 km/h y es el primero de esas características que se instala. Alemania ha descartado unir Berlín con Hamburgo (210 km) mediante una línea de ese tipo porque es demasiado caro: el consorcio Transrapid, integrado por el Estado alemán, la Siemens y la Thyssen Krupp [empresas enriquecidas con el trabajo esclavo durante el nazismo], cobró por el tren 1300 millones de euros. Están en estudio la realización de las líneas Shanghai-Pekín [1250 km, 42 veces el tramo ahora construido: a los mismos

costes, 54 600 millones de euros, cantidad superior al montante de la deuda externa rusa y a los 45 000 millones de euros de subsidios que permitieron el llamado «milagro irlandés»] y Tokio-Osaka. Todo esto en un momento en que el PIB alemán cae, la tasa de paro está en torno al 10% de la población activa [4 millones de parados; 7,3 millones de inmigrantes] y, según alguna prensa, el país «roza la recesión».

En 2001, la Siemens se había quedado con la mitad del contrato para la fabricación de los 32 trenes de alta velocidad que unirán Madrid con Barcelona. La otra mitad fue otorgada a Talgo, y quedó fuera la franco británica Alstom. «Talgo y Siemens se reparten el nuevo AVE», informó *El País* [25-3-2001], hablando de «la empresa española Talgo y la multinacional alemana Siemens».

Mientras el Estado alemán hace sus negocios con las empresas de siempre, presiona para que la Comisión Europea impida a los demás Estados miembros ejercer derechos como tales. Por una parte, exige desregulación absoluta y total, y por otro no desregula en casa. La Comisión Europea viene representada en la prensa por el topónimo «Bruselas», cosa que no compromete a nadie, ni siquiera a la ciudad del mismo nombre, sede de la institución. «Bruselas denuncia a España por el control "injustificado" de empresas privatizadas», [*El País*, 6-7-2000]: el 5 de julio de 2000, la Comisión denunció al Reino de España ante el Tribunal de Justicia de la UE por el recurso «injustificado» a la *acción de oro*, el mecanismo que permite que los gobiernos se reserven el derecho de vetar operaciones en empresas privatizadas. El detonante fue la negativa del gobierno Aznar a autorizar la fusión de Telefónica con la holandesa KPN, en la que seguía presente como accionista el Estado holandés. Tenía razón y derecho el gobierno español. «Lo que hay que hacer —dijo entonces Loyola de Palacio— es encontrar una solución [...] que evite que se den casos de que

una empresa pública privatizada pueda pasar a manos de otro Estado». Razonable. La propia Holanda mantenía su *acción de oro* en KPN en el momento en que se planteó la fusión con Telefónica, pero no la iba a usar porque el negocio era mucho más rentable para los holandeses que para los españoles. Fue un holandés, Fritz Bolkestein, el comisario europeo de mercado interior, quien llevó el peso de la batalla, aún no concluida, frente al Parlamento Europeo: «Es inadmisible usar la "acción de oro" para evitar que una empresa extranjera compre», [*El País*, 23-7-2001], llegó a decir, perfectamente consciente de que no se trataba, ni en el caso de Telefónica ni en otros muchos —en unos cuantos se prescindió del privilegio y las compañías fueron vendidas de todos modos—, de que el comprador fuese una empresa extranjera, sino de que el comprador fuese una empresa participada por un Estado extranjero. El cinismo es la condición de la política en general, pero en la UE ha llegado a sus cotas más altas porque los políticos que ejercen en ella, perfectos desconocidos para la mayoría de la población, que vota listas de diputados por partidos, ni siquiera necesitan ser simpáticos. El señor Bolkestein es de los más repelentes.

En el mismo mes de julio de 2000 en que se denunció a España ante el Tribunal de Justicia de la UE, la Comisión Europea instó al gobierno a modificar normas fiscales. «Bruselas sostiene que España discrimina fiscalmente a los accionistas extranjeros», tituló *El País* [29-7-2000]. El Ejecutivo comunitario presidido por Romano Prodi pretende que se levanten absolutamente todas las barreras que perturben el ingreso de capitales en España y en cada uno de los países miembros, a la vez que se elimina cualquier posibilidad de que se pongan obstáculos a la adquisición de empresas estatales por otras empresas con participación estatal extranjera. Pero resulta que, una vez desregulados los Estados europeos, Alemania y, en segundo término, Francia, cuyo sector públi-

co es casi invendible por problemas de volumen, operan con todas las ventajas. Federalismo asimétrico o neocolonialismo interior, como se prefiera.

En 2001, Deutsche Telekom, empresa participada por el Estado alemán, compró Voice Stream, una compañía líder en la telefonía móvil de Estados Unidos. El terreno estaba preparado desde el punto de vista político, desde que la prensa venía titulando desde hacía tiempo con frases del estilo «Estados Unidos invade la red europea», [*El País*, 13-2-2000]. En julio de 2000, Bruselas había prohibido la fusión entre WorldCom y Sprint, empresas americanas, en territorio europeo por ser «contraria a las normas de competencia comunitaria, porque crearía una posición dominante en el mercado de Internet», [*La Vanguardia*, 29-6-2000].

A finales de 2002 [*africanidade.com*, 30-12-2002], fue aprobada por el gobierno de Mozambique la propuesta de ley de telecomunicaciones, que convierte la Empresa Nacional de Telecomunicaçoes de Moçambique (TDM) en sociedad anónima limitada y pone término al monopolio estatal de las comunicaciones móviles TMM (Telecomunicaçoes Móveis de Moçambique), dejando el 76% de éstas en manos de la TDM y el 24% restante en manos de Deutsche Telekom. Mozambique es un síntoma de otro de los procesos que señalan la actual expansión alemana: la herencia de las zonas de influencia soviética que Rusia no es capaz de conservar.

También en Arabia Saudí tiene presencia en las comunicaciones Deutsche Telekom, a través de una subsidiaria, Detecon Al Saudia. Detecon es una empresa establecida en 1977, una «compañía independiente», como se define a sí misma en su web corporativa, «con actividades en todo el mundo, especializada en ingeniería de telecomunicaciones, consultoría y proyectos de inversión en el sector de la tecnología de las comunicaciones y la información». Detecon está participada por Deutsche Telekom

(49%), el Deutsche Bank, (18,2), el Dresdner Bank (18,2%) y Bau-und Handelsbank de Frankfurt (14,6%), y dice tener presencia en el FMI, el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento, etc.

Detecon tiene filiales y subsidiarias en Maputo (Mozambique), Estambul, Riad, Crawley (Reino Unido), París, Abu Dhabi (Emiratos) y Kaliningrado, la antigua Königsberg, un territorio ruso de 15 000 km² en el Báltico, antiguo puerto de anclaje de la flota soviética del área y almacén de armas químicas de la Segunda Guerra Mundial. Kaliningrado aloja el 90% de las reservas de ámbar en el mundo y es centro de operación de las mafias del narcotráfico: la criminalidad es allí un 20% más alta que la media rusa y el paro está en un 30%. ¿Qué hace ahí una empresa como Detecon, en cuya habitación del fondo se encuentra el Estado alemán?

El Dresdner, que estaba a punto de fusionarse con el Deutsche cuando sus directivos descubrieron que era más beneficioso continuar trabajando juntos pero como empresas independientes, era el propietario del 28% de la acciones del Banco General de Negocios de Argentina, dirigido por los hermanos Rohm, ligados a Carlos Menem y socios de Domingo Cavallo en Bahamas. Aún no ha sido estudiado con la debida atención el papel de Alemania en la última crisis argentina, pero no es un papel secundario.

En la privatización española de la banca pública, cuando Argentaria pasó a manos del BBV, Correos firmó un acuerdo con el Deutsche Bank para que éste sustituyera a la Caja de Ahorro Postal. Así, el Deutsche cuenta hoy con 1800 puntos de atención en las estafetas de toda España.

A finales del año 1999, al plantearse el retiro de Michel Campdessus de la presidencia del Fondo Monetario internacional, el gobierno alemán se propuso colocar al frente de esa institución a un conciudadano. En aquel momento, el personaje propuesto era Caio Koch-Wesser, viceministro de Finanzas y funcionario del

Banco Mundial durante 26 años. El 17 de enero de 2000 [«Schröder redobla su campaña para que un alemán dirija el FMI», Pilar Bonet, Berlín, *El País*, 20-1-2000], cuarenta y dos embajadores fueron convocados en la cancillería federal con el fin de «impulsar la candidatura de Koch-Wesser»: se les entregó una carta para sus respectivos gobiernos en la que se hacía el elogio del candidato. Entre esos gobiernos se contaban varios de Hispanoamérica, entre ellos el de México, que parecía ser especialmente reticente por la actuación de Koch-Wesser en el Banco Mundial durante la gran crisis financiera del país. «Con el nuevo gobierno rojiverde —escribe Pilar Bonet—, Alemania inició una nueva forma de *lobbismo* internacional, al imponer prácticamente a sus aliados europeos la candidatura de Bodo Hombach como máximo responsable de los planes de reconstrucción en los Balcanes». Primero, esos Balcanes cuya tragedia creó la propia Alemania, ofreciendo el óptimo negocio de la reconstrucción: ¿quién si no ellos? Después, el FMI. No fue Koch-Wesser el nuevo presidente del directorio del FMI: fue, desde el 1 de mayo de 2000, Horst Köhler, nacido en Polonia y ciudadano alemán, presidente del Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo, y de la Asociación Alemana de Cajas de Ahorro, antes de ser viceministro de Hacienda y coordinar en nombre de Alemania las negociaciones del Tratado de Maastricht. Se ha especulado con la posibilidad de que la negativa del FMI a conceder nuevos créditos a Argentina esté relacionada con las presiones de Siemens, empresa de la que el Estado argentino es deudor como consecuencia de la consolidación de la deuda externa por obra de Domingo Cavallo, socio de los Rohm y, por interpósita persona, del Dresdner.

En *ABC* del 24 de octubre de 2002 apareció un artículo firmado por Henry Kissinger: «Las relaciones germano-estadounidenses entran en crisis». No podía ser de otra forma, después de que Schröder basara su campaña electoral en el ataque a Estados Uni-

dos. El análisis de Kissinger es lúcido e implacable, y hay que pensar, conociéndole, que no se puso a escribir sobre el tema porque se le pasó una idea por la cabeza, sino porque la situación de la que se ocupa realmente ha desbordado todas las expectativas. No obstante, hace gala de un tacto excepcional y en ningún momento da un paso más allá de lo imprescindible, buscando una explicación histórica para cada actitud, aunque dejando claro que el cisma está ahí.

«Las relaciones germano-estadounidenses han entrado en crisis por el modo en que el partido en el gobierno condujo la campaña para las elecciones alemanas —escribe Kissinger—. Otros aliados han expresado sus reservas sobre la política estadounidense hacia Irak, pero ninguno ha escogido el camino del enfrentamiento.

»La causa de este repentino deterioro es compleja. Algunos lo atribuyen [...] al oportunismo electoral. Pero los motivos del canciller [...] no es lo que importa, ya que es evidente que la campaña antiamericana resultó atrayente a un electorado lo bastante numeroso como para transformar la derrota prevista de Schröder en una victoria [...] una especie de antiamericanismo puede haberse convertido en un rasgo permanente de la política alemana.

»Esto es especialmente doloroso para aquellos de nosotros que contribuimos activamente [a] uno de los logros más sobresalientes de la política exterior estadounidense de la posguerra: el retorno de Alemania a la comunidad de naciones como un miembro igual, respetado e indispensable [...] el Plan Marshall; el apoyo a la pertenencia de Alemania a la OTAN y a la Comunidad Europea; la estrecha cooperación en dos crisis posteriores sobre Berlín; el apoyo [...] (tras superar las dudas iniciales) a la reconciliación alemana con el Este (Ostpolitik); el liderazgo [...] en la negociación de un acuerdo final sobre el acceso a Berlín; y por último, el apoyo [...] incondicional a la reunificación alemana a pe-

sar de las reticencias de otros aliados. [...] La contribución de Alemania fue la valiente decisión de posponer la reunificación cuando Stalin la ofreció a cambio del rechazo alemán a la OTAN, decidiendo con ello ligar su futuro a la unidad europea y la asociación atlántica.

»[Hubo] desacuerdos puntuales sobre políticas específicas [...] interpretaciones distintas de intereses comunes. Esto explica el impacto que ha supuesto que, de repente, sin ningún aviso o consulta, se haya convertido la política estadounidense hacia Irak en un tema electoral. La participación alemana en un conflicto militar con Irak fue rechazada y el uso de bases alemanas proscrito [por Alemania], aunque estuviera respaldada por una votación en la ONU y con independencia de lo que pudieran decidir los demás miembros de la UE o de la OTAN. *Este drástico rechazo en nombre de una pretendida "vía alemana" se proclamó a pesar de que no se había realizado ninguna petición de una contribución militar alemana ni era probable que se hiciera*.

»[...] la insensibilidad respecto de las inquietudes estadounidenses continuó después de las elecciones, cuando el recién nombrado secretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, Klaus Scharioth, describió la nueva doctrina estratégica [de] la Casa Blanca como *una reminiscencia de la doctrina Breznev*. [...]

»El fin de la guerra fría ha eliminado el temor a un peligro común. Durante cuatro décadas, los gobiernos alemanes trataron la alianza con EE. UU. como la clave de la seguridad alemana y de la legitimidad política de la nueva Alemania. Ninguna de esas condiciones rige en igual medida hoy. No hay sensación de peligro primordial y Alemania, con toda razón, ya no siente la necesidad de pagar un precio por reivindicar su legitimidad. Por tanto, [...] *Irak se ha convertido en un pretexto para reorientar la política exterior alemana en una dirección más nacional*. [...] Del lado ger-

mano, los líderes de la posguerra se habían apartado conscientemente de un pasado en el que Alemania había sobrepasado sus límites [...] su meta primordial era establecer una reputación de fiabilidad y constancia dentro de Europa y de la Alianza Atlántica.

»Los nuevos grupos de líderes que han emergido a ambos lados del Atlántico no han compartido la experiencia de la guerra y la reconstrucción de la posguerra. [...]

»[...] EE. UU. se siente responsable de la seguridad global. Pero en Europa el debate se centra en la política interna más que en los asuntos internacionales. Los líderes europeos gastan una enorme cantidad de tiempo en los tecnicismos de la construcción europea. [...] Estas realidades desafían a Alemania de una manera especialmente aguda. Logró la unidad nacional más tarde que los demás países europeos y adquirió sus actuales dimensiones y estructura hace poco más de diez años. Por tanto, posee una menor tradición de política exterior mundial que los demás. [...] Sus problemas internos son más graves. Está gobernada por una coalición cuyos líderes se formaron políticamente en las protestas contra la actuación de EE. UU. en Vietnam. [...] A comienzos de [...] la posguerra, el partido gobernante, el SPD, abogaba por la unidad por encima de la OTAN y expulsó a uno de sus cancilleres, Helmuth Schmidt, porque estaba dispuesto a aceptar la instalación de misiles de la OTAN en suelo alemán [...] los verdes se opusieron a cualquier lazo militar con Occidente hasta que entraron en el gobierno [...] los dirigentes con visión de futuro de ambos partidos [...] hicieron posible que gobernaran con programas que apoyaban los lazos atlánticos, si no con pasión, al menos en función de una valoración realista. Pero dejó un residuo *en el ala izquierda de cada partido* que podía ser *movilizado* rápidamente con llamamientos al tradicional antiamericanismo. [...]

»Esta situación se ve agravada por la especial condición psicológica del este de Alemania [...] liberada tanto por la presión de Occidente como por [...] su propia resistencia interna. Y su reconstrucción ha tenido lugar bajo los auspicios de la Alemania Occidental [...] la población [...] se enorgullece menos de los logros económicos, es más consciente del paro persistente y está menos ligada a Occidente que las poblaciones de [...] Polonia, la República Checa o Hungría [...] pasó del nazismo al comunismo sin ninguna experiencia de democracia [...] tiende a verse a sí misma como víctima de la historia y, hasta cierto punto, del mundialismo occidental [...] busca su seguridad en un moralismo abstracto que tiende al pacifismo. Así pues, el final de la campaña electoral alemana, el margen de victoria puede haberlo proporcionado una combinación de pacifismo, izquierda y nacionalismo de derechas, y la evocación de una vía específicamente alemana que recuerda a la Alemania del káiser Guillermo II. Ya que si Alemania puede enfrentarse con EE. UU., rechazar las opiniones de la ONU y actuar sin consultar a las demás naciones de Europa en nombre de una "vía alemana" —*made in Berlín*, en palabras del canciller— es que *se siente atraída por un aislamiento con pretensiones de superioridad moral y un retorno a las condiciones anteriores a la Primera Guerra Mundial en Europa*.

»[...] Karsten Voigt, encargado de las relaciones con EE. UU. del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, resumió así esta nueva actitud: "Hacemos lo que tiene sentido para nosotros; no hacemos nada con cuya esencia discrepemos." [...]

»[...] la nueva y autoproclamada "vía alemana" es un desafío no sólo para EE. UU., sino también para Europa. Implica el fin de la aceptación del liderazgo político francés en temas europeos, que fue el sello de la política alemana antes de la unificación. Plantea cierta *reivindicación del liderazgo europeo, quizás en cooperación con Rusia, que recupera algunas ideas prusianas del*

siglo XIX. Y plantea *cuestiones sobre el rumbo de la OTAN ampliada*. Alemania es demasiado importante para Europa y EE. UU. como para no esforzarse en superar las tensiones existentes. Pero es necesario reconocer que la fisura no fue un accidente.

»[...] Tampoco EE. UU. debería hacer ningún esfuerzo por conseguir el apoyo de Alemania a su política hacia Irak. [...] El entorno internacional producirá suficientes situaciones en las que ambos puedan poner en práctica planteamientos comunes, y no sólo en Oriente Próximo, cuando Alemania asuma la Presidencia del Consejo de Seguridad de la ONU en febrero [de 2003]».

Resumiendo: hay una crisis, una fisura entre Alemania y Estados Unidos; Schröder hace antiamericanismo desembozado y tiene apoyo de masas; antes de que le digan nada, se niega a cooperar contra Irak, al que le ha estado proporcionando armas —contra EE. UU.— durante una década después de la guerra del Golfo; Schröder desconoce los lazos con EE.UU. y tiene apoyo de masas: el Plan Marshall y demás pamplinas han quedado en el olvido, y si se recuerdan es con resentimiento; Klaus Scharioth habla veladamente de totalitarismo americano y es escuchado; la CDU se suma al gobierno en esto; hay una nueva vía alemana que devuelve a Alemania a posiciones anteriores a la Gran Guerra; EE. UU. reconsidera su propio papel y el de Alemania en una OTAN ampliada.

Hace años que venimos diciéndolo: el desarrollo de la izquierda real en Europa, fundado en el antiamericanismo, está desde siempre al servicio del proyecto nacional alemán, que así como no desapareció entre 1918 y 1933, no ha desaparecido después de 1945. Uno de los impedimentos más graves con que nos hemos encontrado a la hora de explicar el proceso alemán es la estricta separación hecha en el *relato* histórico —que no en los hechos— entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. En realidad, el nazismo no fue la excepción, sino la consecuencia lógica de una ca-

dena de situaciones ideológicas iniciadas tras la guerra franco-prusiana de 1868-1870. Los contemporáneos de izquierdas, como Ödön von Horváth [véase *Juventud, sin Dios*, Espasa-Calpe, Austral, Madrid, 2000] o Brecht, vieron el nazismo como excepcionalidad. Pero Ludendorff y Goering actuaron y pensaron en función de la continuidad, y vivieron el período de entreguerras como una etapa de convalecencia y preparación para lo que seguiría, con Hitler o con ellos mismos al frente. No hay nada nuevo bajo el sol alemán y Kissinger se ha dado cuenta, finalmente.

La reaccionaria izquierda antiamericana, que, lo sepa o no, ha devenido en lo objetivo proalemana, tiene en la dirección especímenes ejemplares por su cortedad de miras y su furia seudoeuropeísta, que a la larga será deletérea para Europa una vez más. Tomemos un ejemplo característico: el del irritable Robin Cook, exministro británico de Exteriores y ahora presidente del Partido de los Socialistas Europeos, la heterogénea internacional continental, entrevistado nada menos que en Granada, en un *Encuentro entre culturas* [*El País,* 16-2-2002], quien «no quiso concretar la postura de los socialistas europeos en torno de la controversia creada por el distanciamiento de *Europa* y EE.UU.» [la cursiva es mía] pero dijo que «Bush no debe dictar el debate en Europa» y le espetó a la periodista Berna Harbour: «¿Podemos hablar de Europa alguna vez? Hablemos de Europa. No hace más que preguntar sobre EE.UU. y yo no soy un político de EE.UU.» [!!!]. En cambio, dijo con toda claridad que «la opinión europea es favorable a la declaración del Estado palestino». Gracias por la información, señor Cook. A cambio, yo le informo a usted que la opinión israelí también, pero que a los israelíes, a mí y a su socio eventual Joschka Fischer nos encantaría saber cuáles serían las características de ese Estado, para no caer en la tentación de apoyar la creación de otro país árabe totalitario.

Esta gente ha cambiado el pasado, o lo ha olvidado, o lo ha reprimido, y actúa como si Europa fuese una entidad llegada desde el fondo de los tiempos con su forma presente y estuviese llamada a ser eterna. En el prólogo al muy recomendable *La Europa negra* [*Dark Continent. Europe's Twentieth Century,* Vintage, Nueva York, 1998; en español, Ediciones B, Barcelona, 2001], Mark Mazower apunta que «Europa puede parecer un continente de Estados y pueblos viejos, pero en muchos aspectos es muy nueva y se ha inventado y reinventado a lo largo de este siglo a través de transformaciones políticas a menudo convulsivas. Algunas naciones, como Prusia, han sido borradas del mapa de la memoria viviente; otras, como Austria o Macedonia, tienen menos de tres generaciones. Cuando mi abuela nació en Varsovia, ésta formaba parte del imperio zarista, Trieste pertenecía a los Habsburgo y Salónica a los otomanos. Los alemanes dominaban a los polacos, Inglaterra a Irlanda y Francia a Argelia. Lo más cerca que Europa estaba de los Estados nacionales democráticos que son la norma actual, eran las monarquías de los Balcanes».

Mientras Alemania crece, otros países europeos hacen sus negocios menores a la sombra de los pecados del gran hermano: en 1998, España exportó armas y material de doble uso, militar y civil, por valor de unos 600 millones de euros, a Tailandia, Singapur, Turquía, Angola, Marruecos [!!!], Arabia Saudí y otra larga lista de países, entre ellos Estados Unidos; Italia, después del escándalo de la compra en 1997 por la estatal Telecom Italia del 29% de Telecom Serbia, mantuvo relaciones comerciales con Libia, Irán, Corea del Norte y otros por el estilo —sin contar la «economía sumergida» del tráfico Italia-Túnez, mantenida desde siempre por la mafia y potenciada en la era Craxi—, lo que hizo decir a Emma Bonino que lo de Telecom Serbia «debería bastar para que Italia abandonara su política de flirteo con el Irán de los ayatolás y la Libia de Gadafi» y que la política exterior italiana es «conoci-

da por su decisión a la hora de abrir el diálogo y hacer negocios con los países más detestados». Pero todo esto es *pecata minuta* en comparación con las actividades alemanas.

El 27 de enero de 2003, al borde de la guerra con Irak, Fareek Zakaria escribe en *Newsweek* que el «creciente antiamericanismo hace cada vez más difícil para los políticos apoyar acciones de EE. UU., incluso cuando se está de acuerdo con ellas. Ésta es la razón por la cual el gobierno de Turquía [!!!] ha tenido que matizar su apoyo. Se está convirtiendo en políticamente suicida para cualquier político ser abiertamente proamericano», inclusive, dice, en Polonia, el país más proamericano del mundo, junto con Israel. Es obvio que el gobierno turco no ha matizado su apoyo porque le sea difícil ante su electorado ser proamericano, sino porque es antiamericano y su política exterior es francamente proalemana.

Sami Naïr [«La astuta Europa», *El País*, 13-12-2000], por la cuenta que le trae, llegó tras la cumbre de Niza a la conclusión de que Europa «no tiene ningún proyecto político propio». Por supuesto que no. Europa, la Europa actual, es un proyecto franco-alemán del que Francia ha sido apartada en el punto adecuado para los intereses de Alemania.

Ésa es la línea de continuidad de la guerra fría: Alemania frente a Estados Unidos, y no porque a Estados Unidos le haga falta un enemigo, sino porque el enemigo está ahí. Alemania con, tal vez, Rusia, como sugiere Kissinger.

Algunos dirigentes conservadores británicos que se han opuesto a la entrada del Reino Unido en el euro han sido claros en cuanto a la oposición entre Estados Unidos y Alemania, y en cuanto al proyecto alemán, cosa que se echa de menos en la izquierda. «Debo decir que creo que Gran Bretaña debe desempeñar un papel dirigente en el corazón de Europa, que la Europa que quiero ver es una Europa fundada sobre políticas sociales y

económicas liberales, y que sólo nos uniremos a la moneda común si nos beneficia claramente», dijo David Curry, exministro *tory*. *Sir* Peter Tapsell, quien lanzó en su día la candidatura de William Hague para la dirección de su partido entendiendo que ambos querían seguir teniendo una relación especial con Estados Unidos, dijo que «los planes de Gerhardt Schröder para una mayor integración en Europa eran similares a los planes de Bismarck y Napoleón [...] pudimos no haber estudiado a tiempo el *Mein Kampf* de Hitler, pero, por todos los cielos, no hay excusa alguna para que no estudiemos el plan de Schröder ahora», [Kamal Ahmed y Gaby Hinsliff, *«Tory candidates revolt over euro», The Observer*, 13-5-2001].

¿Y el choque de civilizaciones? También está. Lo crea Alemania que no recibe inmigrantes pero establece una política de acogida para los demás; lo crea Alemania que proporciona armas y cobertura «pacifista» a los regímenes árabes con los que hace negocios. El choque de civilizaciones es la gran tapadera de la política alemana hacia Estados Unidos. Con la colaboración de la izquierda real en su conjunto, que a la larga se va a poner del lado alemán contra «el Imperio» sin demasiada conciencia de estar participando de una competencia interimperial. Cuando en España, por ejemplo, las izquierdas nos sumábamos a las manifestaciones contra las bases americanas en suelo español, *yankee go home*, siendo España territorio occidental neto en la guerra fría, un territorio en el que los rusos jamás iban a alentar movimientos de ese tipo, y menos aún cuando ellos mismos estaban librándose ya de cualquier compromiso de esa clase, cinco minutos antes de la *perestroika*, no nos preguntábamos quién los alentaba. Pues si no era la URSS, y no lo era, ¿quién pagaría los aerosoles y el engrudo para los carteles?

«¿Cree Ben Laden, de quien desconozco si ha leído a Huntington, en el choque de civilizaciones?», se interrogaba Álvaro Del-

gado-Gal [«Hablar en prosa sin saberlo», *El País*, 24-10-2001]. Y se respondía: «Pues sí, lo cree porque lo ha dicho. Y lo creen varios intelectuales integristas. Y conjeturo que lo creen asimismo varios millones de musulmanes».

Eso, por una parte. Por la otra, el antiamericanismo europeo.

Jean-François Revel [*L'obsession anti-americaine*, Plon, París, 2002] y Philippe Roger [*L'ennemi américain* (*Généalogie de l'antiamericanisme française*), Seuil, Paris, 2002] han rastreado el pasado del antiamericanismo francés desde sus orígenes. La evidencia es abrumadora: izquierdas y derechas han coincidido en su rechazo al Nuevo Mundo, de polo a polo, aun antes de que Estados Unidos existiera como tal, como en los casos de Buffon (muerto en 1788) y de Diderot (muerto en 1784). Joseph de Maistre, Stendhal, Baudelaire, Maurras, Sartre, Breton, Aragon integran una larga lista que llega hasta Baudrillard y Le Pen. Lo que no impide que también haya habido amigos de América como Hugo, Chateaubriand o Tocqueville. Falta todavía un trabajo equivalente en relación con España, país en el que comparten aversión Rafael Alberti y Blas Piñar.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con la guerra fría y el Plan Marshall, la fobia antiamericana se atemperó por un tiempo, al menos fuera del discurso comunista —entre 1945 y 1960, aproximadamente—, para resurgir con más fuerza posteriormente.

El antiamericanismo europeo actual lo promovió y lo financió Alemania desde el mismo momento —en los alrededores temporales de la guerra de Vietnam, cuando Neruda incitaba al nixonicidio— en que el islam inició su expansión dentro de Estados Unidos y las izquierdas americanas, con fondos públicos en muchos casos, empezaron a promover el antiamericanismo en el interior. No en vano los atentados del 11 de setiembre se planearon sobre sagrado suelo alemán, en casas de alemanes multicultura-

listas que no sabían nada de lo que hacían esos muchachos árabes que les alquilaban el piso o la habitación, mientras Europa se convencía de que donde el islamismo había florecido y los islamistas hacían lo que les venía en gana era en Inglaterra, en lo que un diario español denominó «el polvorín de Leicester». Tampoco en vano tuvo lugar en Alemania la primera de las grandes masacres terroristas perpetradas en nombre de la causa palestina: la de los atletas israelíes en Munich.

La expansión del islam en Estados Unidos tiene fechas: ocurrió entre el 28 de agosto de 1963, día en que Martin Luther King pronunció en el Lincoln Memorial de Washington su célebre discurso «Tuve un sueño», y el 16/17 de octubre de 1995, cuando el excantante de calipsos Louis Farrakhan encabezó la marcha de un millón de hombres negros sobre la misma ciudad. Es decir, en los cuarenta años transcurridos entre la época de la lucha por los derechos civiles, de la reivindicación del derecho a la igualdad, pero sobre todo, cuando los negros norteamericanos, organizados en torno de pastores cristianos de confesiones diversas, querían ser ciudadanos, americanos y negros, y esta época, en la que, con una dirección predominantemente islámica, rechazan la condición de ciudadanos, es decir, de iguales, y la de negros de América, autodefiniéndose como «hermanos», es decir, sólo iguales entre sí, y «afroamericanos», es decir, con raíces en otra parte y sumando el derecho de suelo que siempre ha sido dominante en los países de gran inmigración, a un vago derecho de sangre que ninguno de los Estados realmente existentes del África de hoy, a quince o veinte generaciones de distancia, está por la labor de reconocer.

Estados Unidos tiene un problema en los países musulmanes, pero tiene otro en su propio interior, tan grave como el otro. Y tiene el problema alemán.

La guerra fría es con Alemania. La otra guerra, llamémosla caliente, es con el islam, dentro y fuera de sus fronteras, dentro y fuera de las fronteras de Europa y de Rusia, y hasta de China, donde los musulmanes están empezando a ser un dolor de cabeza. La segunda es el ingenioso producto de la primera, y en ella se invertirá sangre, sudor y lágrimas mientras Alemania crece. El choque de civilizaciones, pues, entre el islam y Occidente, deberá ser sostenido en solitario por Estados Unidos.

¿Y la izquierda? Distraída, luchando contra el racismo, aunque no contra el antisemitismo. O diciendo, como Santiago Carrillo [«En torno a la política de Defensa», así, con mayúscula, *El País*, 17-1-2000], que él tiene «serias dudas de que los intereses de EE. UU. sean en este caso iguales a los intereses de Europa»; es más, él «diría que son contradictorios. EE. UU. parece estar interesado en consolidar lo que unos llaman su "liderazgo mundial" y otros consideran su dominación imperial [...] para que nunca más haya quien le dispute la hegemonía».

El próximo capítulo de esta larga novela probablemente sea, con la aprobación de las izquierdas pacifistas, la profunda reforma o la simple desaparición de la OTAN, y su sustitución por un ejército europeo cuyo funcionamiento, objetivos e historia aún están por determinar.

5
EL MITO DEL IMPERIALISMO EN UN SOLO PAÍS Y OTROS MITOS COLATERALES: LOS PAÍSES POBRES, LA DEUDA EXTERNA Y LA REVOLUCIÓN

El imperialismo en un solo país: el mito americano

Además de la falacia de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Vladimir Lenin legó a la posteridad su obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo* [en *Obras escogidas*, Progreso, Moscú, 1977], escrita en 1916 a partir de *El imperialismo* de J. A. Hobson [1902; *Estudio del imperialismo*, Alianza, Madrid, 1982] y *El capital financiero* de Rudolf Hilferding [1910; Tecnos, Madrid, 1973].

Si Hobson y Hilferding habían llegado a conclusiones acerca del problema de la saturación de los mercados de los países hoy llamados centrales, de la necesaria exportación de capital a partir de ese hecho, de la expansión colonial consecuente y del proceso de la concentración monopólica de las inversiones, fijando entre ambos un modelo metropolitano del que podía desprenderse un esbozo de las condiciones de los que serían países periféricos, Lenin fue mucho más allá al decir que el imperialismo era un desarrollo cualitativamente superior del capitalismo y que era la forma en que, de ahí en más, se manifestaría.

Stalin, los movimientos políticos alemanes casi sin excepción —incluido el nazismo— desde la década de 1920 —con la mirada puesta en el Reino Unido y, posteriormente, en Estados Unidos: la paja en el ojo ajeno—, la confusión establecida en el ya mencionado Congreso de Bakú de 1922 y potenciada por la Conferencia de Bandung de 1955 de países del llamado Tercer Mundo, hicieron el resto para llegar al punto en que nos encontramos: mayoritariamente convencidos de que el imperialismo ha encarnado en Estados Unidos y sólo en Estados Unidos.

El imperialismo nace de la expansión de un país llamado por su desarrollo a las filas de las metrópolis. De la expansión de cualquiera y de todos esos países: Estados Unidos, pero antes Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Bélgica —primero como potencias coloniales y más tarde como socios neocoloniales o clientes privilegiados—, Suecia, Japón, la URSS...

Y en el proceso de esa expansión —que el final del colonialismo no detuvo porque no fue una contracción, sino otra fase de expansión de las metrópolis, salvo en el caso español—, los países llamados periféricos o dependientes no se convirtieron en posesiones, sino en territorios de competencia interimperial o intermetropolitana.

La idea de un solo país imperial es producto de una trasposición de la idea del socialismo en un solo país que acompañó al estalinismo, y del hecho de que la guerra fría, con más o menos aliados, tuviera como polos a la URSS y Estados Unidos.

Nadie puede aspirar a entender, por ejemplo, la situación de los países periféricos sin entender antes esta competencia interimperial: Japón y Alemania en Perú, Estados Unidos y Alemania en la zona de Colombia controlada por la guerrilla, Estados Unidos y Alemania en Argentina —directamente o por intermediarios como la URSS, alternándose periódicamente—, el ALCA y la

UE —esta última por medio del Mercosur— en el Cono Sur y Brasil.

El que Estados Unidos sea la primera potencia es más un hecho político y militar que una realidad económica. Y esto es así porque los países democráticos de Europa delegaron el gasto militar y el esfuerzo político sobre Estados Unidos entre 1945 y 1989, mientras existía la URSS, ellos remontaban el desastre posbélico con las contribuciones del Plan Marshall y se libraban de las colonias del modo menos oneroso posible. A la vez, se desarrollaba el proceso de la unidad europea, es decir, el de la constitución de una potencia alternativa a Estados Unidos que, de entrada, estaba libre de gastos militares de intervención en el extranjero y de investigación espacial.

En 1999, el PIB per cápita de la Europa occidental había alcanzado los 25 500 dólares de media, mientras el de Estados Unidos estaba en los 31 800, calculadas ambas cifras en dólares constantes de 1995. Pero Luxemburgo era el país con mayor PIB de todo el mundo con 42 800 dólares.

En el Informe sobre Desarrollo Humano de las Naciones Unidas del año 2000, elaborado sobre la base de la esperanza de vida, la tasa de alfabetización, el nivel de escolarización y el PIB por habitante, Estados Unidos ocupaba el sexto lugar, después de Noruega, Australia, Canadá, Suecia y Bélgica. Con la excepción de Australia (2), Canadá (3), Estados Unidos (6), Japón (9) y Nueva Zelanda (19), los veintiún primeros puestos, incluida España en el último lugar, son europeos. Luxemburgo es el undécimo, pese a lo elevado de su PIB.

En desarrollo tecnológico, Estados Unidos ocupa el segundo puesto, detrás de Finlandia, que tiene más ordenadores conectados a Internet por cada mil habitantes (200,2 frente a 179,1), más teléfonos por cada mil habitantes (1203 frente a 993) y una mucho mayor tasa de matriculación en estudios científicos (27,4%

frente a 13,9%). Estados Unidos tiene más patentes otorgadas a residentes por cada millón de habitantes (289 frente a 187 de Finlandia, pero Japón registra 994 y Corea 779; Alemania, 235).

Estados Unidos tiene 275 600 000 habitantes. Según la Oficina del Censo americana, 32 900 000 vivían bajo la línea de la pobreza en 2001, un 11,7% de la población total. Ese mismo año el ingreso medio declinó para todos los grupos raciales, blancos incluidos. La tasa de pobreza se elevó para los negros, que son el 12,4% de la población total, de 22,5% a 22,7% y su ingreso medio pasó de 30 495 dólares por hogar a 29 470. La tasa de pobreza de los blancos, 83,5% de la población, se elevó del 7,4% al 7,8%, y su ingreso se redujo en un 1,3%, a 46 305 dólares. La tasa de pobreza de los asiáticos-pacíficos, un 3,3% de la población, se elevó del 9,9% al 10,2% y su ingreso se redujo más del 6%, a 53 635 dólares. Los hispanos vieron casi imperceptiblemente reducida su tasa de pobreza, del 21,5% al 21,4%, pero también tuvieron menos ingresos: 33 565 dólares [cable de AP, 25-9-2002, argenpress.info].

Los asiáticos-pacíficos, el grupo étnico que más gana en Estados Unidos (53 635), y los blancos, que constituyen el segundo (46 305), tienen ingresos superiores al PIB de Luxemburgo, que como habíamos dicho es el más alto del mundo (42 800). Eso no significa en modo alguno que sean más ricos que los luxemburgueses, quienes, evidentemente, ingresan mucho menos, pero tienen resueltos numerosos problemas, como la asistencia sanitaria o la educación, mucho mejor que los americanos de cualquier grupo.

Para tener la misma proporción de pobres de Estados Unidos, debería haber en la Europa de los Quince 44 500 000 pobres absolutos, cosa que no hay, aunque un estudio hecho por el Ayuntamiento de Madrid con los mismos criterios con que se realizó el de la Oficina del Censo americana, es decir, por hogares, haya determinado que 100 000 familias madrileñas, el 10,7% del total —

un punto por debajo de la media americana—, son pobres [*El País*, 15-2-2001], esto es, que la renta per cápita de cada miembro del hogar es inferior a las 50 000 pesetas —300 euros—, partiendo de la idea de una familia de cuatro miembros en que el ingreso conjunto no supera las 180 000 pesetas —1080 euros—. Otras 244 000 familias, el 28,6%, se encuentran, según el mismo estudio, cerca del umbral de la pobreza: entre 50 000 y 75 000 pesetas —300/450 euros— per cápita o entre 200 000 y 300 000 pesetas —1200 a 1800 euros— por grupo familiar. Entre los considerados pobres, hay grados: muy graves (menos de 15 000 pesetas o 90 euros: el 0,2% de la población), precarios (entre 35 000 y 50 000 pesetas o entre 210 y 300 euros: el 9,5% de la población), y de pobreza moderada, que es el escalón intermedio (entre 20 000 y 35 000 pesetas o entre 120 y 210 euros: el 3,2% de la población) y el que más ha crecido en los últimos años: 23 familias, cerca de 100 000 personas, se encuentran en él. Pero la renta media madrileña per cápita es de 100 000 pesetas —600 euros—, lo que representa 400 000 pesetas en una familia de cuatro miembros, y un 12,6% de la población tiene ingresos per cápita de más de 200 000 pesetas —1200 euros—. Y España está en el tercer puesto, a contar desde abajo, en la renta europea. Estas cifras descienden notablemente en Alemania, donde la pobreza —estimada en relación con la renta media: son pobres los que ingresan menos de la mitad de la renta media— roza el 9%, en estimaciones de ONG, ya que el gobierno no proporciona cifras. En Francia hay cinco millones de personas en situación precaria, pero cuatro de ellos —un millón de hogares— reciben el llamado ingreso mínimo de reinserción o seguro de paro: un millón de ciudadanos en la pobreza sin atención social pone la cifra por debajo del 2%, la sexta parte del porcentaje americano.

Ya sé que a lo único que van a conducir estos datos a la mayoría de mis lectores de la izquierda real, si es que han llegado a es-

tas líneas, es a decir que no hago más que aportar una prueba más de la infamia de la clase dirigente americana, que ni siquiera es buena con su propia gente.

También sé que no se van a detener a preguntarse qué papel desempeñó el Plan Marshall, no sólo en la recuperación de la economía en general en la posguerra, sino en la posibilidad de establecer o mantener, en la mayor parte de los países devastados por la guerra, y de manera superlativa en Alemania, los actuales regímenes de seguridad social, asistencia sanitaria y educación.

Tampoco se preguntarán cuánto tiene que ver el gasto militar en estas desigualdades: a partir de 1945, todo el peso de la defensa de Occidente recayó sobre Estados Unidos, y Alemania no podía rearmarse ni recurrir a trucos históricos del estilo de los que había hecho después de la Gran Guerra, como formar oficiales en la URSS o desarrollar bajo cuerda la aviación militar —la formación soviética la tuvieron unos cuantos alemanes de la RDA, hoy unificados—. Gran Bretaña y Francia se rearmaron en función de la OTAN. Ahora, Francia secunda a Alemania.

Estados Unidos se enfrenta, pues, a una situación nueva, ante una serie de países que financian el terrorismo internacional con petrodólares y, como en el caso de Irak, compran a empresas alemanas que cuentan con el apoyo del Estado —el que no lee la prensa cada día está perdido: del primer informe iraquí sobre armas [*supra*, pp. 201 y ss.] no se volvió a saber—. Esto no le costará un céntimo a la UE, que sacará réditos políticos y económicos de la guerra, especialmente la «pacifista» Francia, que recibe de Irak gran parte del petróleo que consume, a través de la empresa Total Fina, que lo extrae con el beneplácito de Sadam.

Estados Unidos no necesita la guerra con Irak. Es un movimiento a pura pérdida. No va a salir beneficiado el complejo militar-industrial, que no venderá al Estado americano un solo avión ni una sola bomba más de las que ya le había vendido, y que el

Estado había comprado, y viene comprando desde hace años, en previsión de situaciones como ésta. No va a salir beneficiado Bush: las guerras no garantizan elecciones aunque se ganen, y si no que se lo pregunten a Churchill. Estados Unidos no va a tener más control sobre el petróleo que el que tiene ahora, cuando está obligado a sobarle el lomo a enemigos hipócritas como Arabia Saudí, que después pagan terroristas bajo cuerda, porque la OPEP y la Liga Árabe y la Conferencia Islámica tienen la última palabra. La paz, entre otras cosas, es extraordinariamente barata para las naciones.

Israel no necesita la guerra con Irak. Al contrario: el Estado mismo se ve gravemente amenazado por ella. Cualquier respuesta armada que Sadam Husein pretenda articular fuera de sus fronteras recaerá sobre Tel Aviv: Washington y Nueva York quedan demasiado lejos.

Musharraf, en su inestable equilibrio —y en consecuencia el resto del mundo—, no necesita la guerra con Irak, que puede desatar todos los demonios talibanes en Pakistán.

Turquía, miembro de la OTAN que ha pedido ayuda puntual a sus aliados sin demasiado éxito, no necesita la guerra con Irak, que resucita el problema del Kurdistán en forma especialmente incómoda: el inicio mismo de las acciones bélicas puede poner en territorio turco un millón de kurdos en menos de 24 horas.

Ningún país en particular *necesita* hoy la guerra con Irak, pero no hay país que no la necesite si se considera la cuestión a medio plazo. Simplemente, alguien tiene que hacerse cargo de terminar, con diez años de retraso, la guerra del Golfo y acabar de una vez por todas con Sadam Husein. Y, como ya es hábito histórico, ese alguien ha de ser americano y, una vez realizada la tarea, nadie se lo agradecerá; más aún: se lo reprocharán.

Los únicos que *necesitan realmente* esa guerra son los profesionales del antiamericanismo —como decía, una vez más con

acierto, César Alonso de los Ríos [«Necesitan la guerra», *ABC*, 12-11-2002]—, y la necesitan para justificar *a posteriori* el 11 de setiembre. Los mismos que salen a manifestarse contra ella, convencidos de que tendrá lugar, hagan ellos lo que hagan, los mismos que después vivirán en paz y deplorarán a diario la intervención.

El mito de los países pobres y la deuda externa

¿Qué es un país pobre? Las respuestas parecen obvias: un país cuya renta per cápita y cuyos índices de mortalidad infantil, de esperanza de vida y de alfabetización están por debajo de ciertos niveles, que han ido variando con el correr del tiempo, y cuya deuda externa guarda una relación con el PIB nacional que la hace difícilmente pagable.

Los índices de renta, mortalidad infantil, esperanza de vida, alfabetización y otros han ido variando con el tiempo porque ha ido variando el criterio de pobreza de acuerdo con el desarrollo general.

Aunque la educación es un derecho reconocido al menos desde las revoluciones de 1776 y 1789, su ejercicio no se ha concretado en los países desarrollados, y algunos periféricos con características singulares, como Cuba —desde antes de la revolución—, Argentina y Uruguay, hasta el siglo xx. En Europa, se accedió a él gradualmente, con Francia, Gran Bretaña, Italia y Alemania en el primer lugar —por lo mismo que fueron los primeros en industrializarse—. La alfabetización no fue completa en España hasta la década de 1980. De modo que la escolarización ha sido incorporada como unidad de medida tardíamente.

La esperanza de vida ha variado de modo sustancial en dos etapas: con la difusión de la vacuna, a finales del siglo xix —la primera vacunación masiva en España la llevó a cabo el doctor Ferrán en Valencia en 1870—, y con la aparición de los antibióticos,

en la segunda mitad de la década de 1940. De modo que ser pobre hoy implica no haber sido vacunado y no disponer de medios para combatir las infecciones. También el desarrollo del sistema hospitalario y de los regímenes de seguridad social han tenido un papel en este ámbito, aunque Estados Unidos ha alcanzado tasas similares a las europeas sin contar con otra cosa que la medicina y los seguros privados.

La tasa de mortalidad infantil está ligada a dos problemas: la vacuna y el antibiótico, por una parte, y la desnutrición, por otra.

El sida es una enfermedad para la cual no se cuenta con vacunas ni con formas de tratamiento que no sean prolongadas y caras, y que alargan la vida, pero no curan ni impiden el contagio. Así que, si es posible vacunar masivamente en zonas muy deprimidas, desde organismos como UNICEF, contra la viruela, la poliomielitis o la malaria, no es posible enfrentar el sida en países en los que el nivel de desarrollo humano, medido según los haremos de los que venimos hablando, no alcance un nivel mínimo en el que la prevención sea posible. Se pueden hacer campañas abogando por el uso del preservativo donde hay preservativos y la gente sabe leer los carteles. Eso no ocurre en el África de hoy, donde, además, el islam mayoritario es doctrinariamente enemigo del condón y de cualquier otra forma de contracepción, igual que la Iglesia católica, aunque los fieles católicos, por una cuestión cultural, tengan mucha manga ancha en ese terreno. Así, en Botsuana, el 35% de las mujeres embarazadas y el 40% de la población de entre 20 y 34 años tienen sida, pero ya hay más de doscientas iglesias cristianas que colaboran en la campaña del condón. En todo el continente, se estima que los infectados son 25 millones, un 3,5% de la población total.

En cuanto a los índices de renta, por más que, en función comparativa, se establezcan correlaciones de precios y tablas para evaluar en dólares constantes las diferencias entre un año y otro,

lo cierto es que son sólo parcialmente significativos en lo que no toca a un mismo período en distintos lugares. Los pobres de hoy son más pobres que los pobres de hace cien años, porque el desarrollo tecnológico ha hecho que tengan más necesidades objetivas: si hace cien años el problema giraba en torno de la reducción de la jornada de trabajo de 13 a 12 horas, y la clave estaba simplemente en sobrevivir y conseguir que sobreviviera el mayor número posible de hijos, es decir, en comer o no comer, hoy gira en torno de tener o no tener agua corriente, gas, electricidad, teléfono y ordenador, por no hablar de todos los bienes intermedios: aseo en el interior de la casa, baño, plancha, nevera, calefacción o refrigeración, etcétera.

Cabe establecer, pues, que un país pobre es aquél en el que la mayoría de la población no cuenta con protección sanitaria ni con posibilidades de escolarización elemental, no tiene vivienda —ni propia ni de alquiler—, su esperanza de vida está por debajo de una determinada edad —podría fijarse entre los 55 y los 60 años, veinte menos que en los países desarrollados— y no cuenta con agua potable, suministro de energía regular ni parafernalia doméstica.

Cuatro mil millones de personas, dos de cada tres, viven en países cuyos indicadores están por debajo de la tasa de dignidad. Mil millones viven con menos de 1 dólar diario. Mil millones son analfabetos. Mil millones viven sin agua potable. Ochocientos cuarenta millones están subalimentados. El 70% de todos esos pobres absolutos son mujeres. Todo África —donde la población que vivía con menos de un dólar diario pasó del 56% en 1965 al 65% en 1995; en los 34 países menos adelantados del continente, nueve de cada diez personas vive con menos de 2 dólares diarios —, casi todo Asia, una parte importante de América Latina. Precisamente, la población de los países de los que procede el grueso de los bienes sin los cuales sería imposible el desarrollo: el petró-

leo, los minerales que emplea la industria, una parte de los alimentos, el caucho, el oro, los diamantes, las esmeraldas, las materias primas para artículos de lujo, desde piel para zapatos hasta seda, desde marfil hasta coral.

Países independientes. Países no democráticos, o en los que se convoca a votar para ratificar a los presidentes. Países autodeterminados. Países con pueblos pobres y muy pobres. Países en los que yace una riqueza inexplotada de la que aún ni siquiera hay medida.

Países ricos con mayorías miserables: ésos son los llamados países pobres.

Dice la izquierda real que la culpa de la existencia de los países pobres es de los países ricos. Y, en consecuencia, reclama una mayor independencia para ellos. Reclama que el imperio no intervenga. Reclama que les sean condonadas sus deudas. Vocifera contra la globalización, contra el comercio sin barreras, reclama el derecho de esos países al proteccionismo.

El mito del imperialismo —más allá de las lecturas que del término se hagan— ha servido para que, a lo largo de todo un siglo, el XX, las izquierdas de todo el mundo dejaran a un lado la batalla contra las castas dirigentes nacionales. Los mismos que dieron muestras de alegría con los atentados del 11 de setiembre de 2001 porque afectaban a los «símbolos del poder del imperio», se mostrarían indignados si se perpetraran atentados del mismo tipo contra los símbolos del poder nacionales, desde la Casa Rosada que albergó a Menem y a De la Rúa, y ahora alberga a Duhalde, hasta el palacio de Banghi que hizo construir el sargento emperador Bokassa en lo que hoy es la República Centroafricana, con grandes frigoríficos para conservar las porciones comestibles de sus opositores.

Los llamados países pobres, que hemos definido como países ricos con pueblos miserables, no necesitan una mayor indepen-

dencia, sino, por el contrario, una mayor interdependencia. Necesitan una integración completa en el mercado mundial.

Y no necesitan una condonación de la deuda, sino una sustitución completa de sus clases dirigentes. Porque la deuda no es suya, sino de quienes los han manejado durante décadas. Cuando el Papa, las ONG y la izquierda reclaman que las deudas se cancelen, piensan en la devastación de la miseria, pero no leen los periódicos, ni entran en Internet, ni, mucho menos, se informan sobre el terreno.

Los desfalcos al erario público hechos por Menem y sus allegados, familiares y amigos, que han salido a la luz, bastarían para pagar al menos dos tercios de la deuda externa argentina.

Las ayudas, tanto nacionales como internacionales —del FMI, el Banco Mundial y la UE, por un lado, y Japón, Bélgica y Estados Unidos, por otro— destinadas a Costa de Marfil —cacao, café, caucho y diamantes— durante la presidencia de Henri Konan Bédié (1993-1995) jamás llegaron al país, sino que fueron desviadas por el camino a cuentas personales y de miembros de la familia del hombre fuerte en Suiza, Bahamas y otros lugares de reposo.

Sani Abacha, de la familia de Ibrahim Abacha, sobre cuyas empresas provee información en Internet el Observatorio de las Transnacionales, dictador de Nigeria —país de la Conferencia Islámica y de la OPEP, productor de petróleo, con una esperanza de vida de 50 años—, sacó del país, o impidió la entrada en el mismo, de una cantidad indeterminada de dinero. El presidente que le sucedió, Obasanjo, negoció con la familia la devolución al Estado de 1000 millones de dólares, a cambio de un 10% a retener legalmente por ellos y una amplia amnistía para todos los parientes. En el año 2000, la justicia suiza congeló 140 cuentas de Abacha en las que había 640 millones de dólares. Obasanjo no parece haber mejorado la situación: siendo que el país tenía un PIB de

108 000 millones de dólares en 1997 —último dato fiable disponible—, las reservas de divisas se situaban en 2002 en los 8000 millones, y el presidente declaró una moratoria en el servicio de la deuda, que ascendía a 33 000 millones, menos de un tercio del PIB [*news.bbc.co.uk*, 28-8-2002]. Y no se trata de que el dinero haya sido dilapidado en hospitales y escuelas.

Después de que la pasión colectivizadora de Boumedienne —preferible sin duda a la pasión islámica de Ben Bella— acabara por convertir en un cenagal la Mitiya, zona proverbialmente fértil, y Argelia empezara a necesitar alimentos que antes tenía, se empezó a acumular deuda externa —coincidiendo con el ingreso de esta nación en la OPEP y en la Conferencia Islámica, en 1969 —. Pero los años de Bouteflika, que podían haber sido de acumulación por las ventas de petróleo y gas, no mejoraron la situación, sino que, por el contrario, la empeoraron. Se calcula que lo defraudado en los últimos diez años por el entorno presidencial equivale aproximadamente al monto de la deuda argelina —que, sólo con Francia, es de 25 000 millones de dólares, pero en un país con 130 000 millones de dólares de PIB— [Jean-François Revel, *Diario de fin de siglo*, Ediciones B, Barcelona, 2002].

Arabia Saudí, la gran potencia regional, que posee el 25% de las reservas de petróleo mundiales y exporta el 10% del que se consume, ha visto en los últimos 20 años bajar la renta per cápita de 35 000 a 7000 dólares anuales, mientras el crecimiento del PIB se mantenía en el 1% anual y la población crecía en un 3,8% cada 365 días. La tasa de desempleo se puede situar en el 40%, a la vez que cada año se incorporan 320 000 personas al mercado de trabajo. Hay siete millones de extranjeros, que hacen los trabajos que los saudíes, pese a esa situación, no harían. De 12 millones de saudíes en edad laboral, sólo tres son económicamente activos, el 60% de éstos está empleado por el Estado. Hay petróleo, pero nada más que petróleo: eso les basta a los *seis mil* príncipes de la fa-

milia real, que tienen en el exterior alrededor de 600 000 millones de dólares —suficiente para desarrollar todos los países de la zona, cuatro veces la deuda externa argentina, doce veces la rusa —. Esta información la proporcionó Emma Bonino en su relato de un viaje a Riad [«El ocaso económico de Arabia Saudí», *El Mundo*, 27-8-2002], en cuyo curso participó en la visita que un grupo de diputados del Parlamento Europeo hizo al teólogo profesor Sali bin Abdalá bin Humaid, presidente del Parlamento [!!!] saudí, que no saludó ni miró a las señoras, y en cambio explicó a los señores que: «a) algunas normas del Corán son flexibles, no todas: la pena de muerte para un asesino, por ejemplo, es un dogma; b) ¿las mujeres? No hay duda, el islam las describe y las considera distintas de los hombres; c) ¿el islam y la política? Es que el islam o es político o no es nada, porque no consiste en la relación de Dios con cada individuo, sino con el conjunto de los individuos, y cada acto en nombre del islam es un acto político».

El problema de los países ricos con pueblos miserables no se resuelve con la condonación de una deuda que no sería difícil de pagar con un funcionamiento normal de la economía, porque no es un problema económico, sino político. Y lo que se tiene que resolver políticamente es la corrupción. Tenía razón Paul O'Neill cuando, en el principio de las negociaciones de Eduardo Duhalde para conseguir más créditos de organismos internacionales, dijo que no estaba dispuesto a ceder un solo dólar sin la garantía de que no iría a parar en una cuenta en el extranjero de cualquiera de los hombres en el poder. Y el probable apoyo de Estados Unidos a la candidatura presidencial de Carlos Reutemann naufragó cuando el embajador americano le preguntó, en el curso de una comida, si él estaba en condiciones de acabar con la corrupción: Reutemann dijo que no y ahí se acabó la conversación. Muy otra fue la actitud de la UE durante los años de Menem y siguientes, y por eso, en el territorio de competencia interimperial que es Ar-

gentina, el empresariado de Estados Unidos fue desplazado una vez más como primer inversor —ya había ocurrido en 1945-1955 y 1966-1979— en el país, por España y otros Estados europeos, y por empresarios españoles y europeos. Lo cual revela otro aspecto de la cuestión: la lucha contra la corrupción no es exclusiva de los países pobres, porque es la corrupción en los países ricos la que, en muchos casos, permite la perpetuación de castas dominantes del tipo de las que acabamos de recordar.

Transparencia Internacional es una ONG dedicada al control de la corrupción en el mundo. En 2001 evaluó los índices de corrupción de 102 países, entre ellos España, y llegó a algunas conclusiones interesantes. TI califica los países según un índice de Percepción de Corrupción que va de 0 a 10, siendo el cero la corrupción total y el 10 la limpieza absoluta.

En el estudio de TI, Italia y Grecia tienen peores notas que Namibia, y Francia está por debajo de Botsuana. Finlandia (9,7), Dinamarca y Nueva Zelanda (ambas con 9,5) son los países menos corruptos. Los más corruptos son Bangladesh (1,2), Nigeria (1,6) y Paraguay (1,7), que se cuentan entre los más pobres del mundo: los dos primeros pertenecen a la Conferencia Islámica, el segundo a la OPEP [!!!] y el tercero es un histórico feudo alemán en Hispanoamérica y santuario de terroristas musulmanes en la llamada Ciudad del Este. No se puede dejar de decir. Argentina —que pasó de 3,5 a 2,8 mientras la población bajo la línea de la pobreza pasaba del 30% al 53%—, Panamá, Honduras, Bolivia, Nicaragua, Guatemala, Venezuela, Haití y Ecuador empeoraron durante 2001. De los países europeos, Gran Bretaña está entre los diez menos corruptos (8,7 puntos), seguido por Alemania (puesto 18), España (22), Francia y Portugal (ambos 25). Grecia es el más corrupto de la UE. Chile es el menos corrupto de Hispanoamérica: con 7,5 puntos, está apenas por debajo de Estados Unidos, que ocupa el puesto 16 y por encima de Alemania, que ocupa el 18. A ello

hay que añadir que según TI es preocupante la situación de las exrepúblicas soviéticas: Uzbekistán, Georgia, Ucrania, Kazajistán, Moldavia y Azerbaiyán [*El Mundo*, 28-8-2002; *transparency.org; econosur.com*].

TI promueve también la confección de la lista de las empresas transnacionales que sobornan a gobernantes de países subdesarrollados.

Existen formas eficaces de combatir la corrupción en la práctica, y no desde la represión y el castigo de los corruptos, que siempre habrá, se haga lo que se haga en ese terreno, sino desde sistemas de administración que impidan la corrupción. Me limitaré a uno de ellos.

Muhammad Yunus, a quien tuve la fortuna de ver y oír en una conferencia que dio en Buenos Aires, en la sede del sindicato de vendedores de periódicos, se ha hecho conocer como «el banquero de los pobres». Cuando le vi, estaba acompañado por el padre Farinello, un cura populista que lidera un pequeño sector del peronismo y que quería apuntarse a su programa.

Yunus, economista graduado en Nueva Delhi y en Estados Unidos, Premio Internacional Unesco 1996 y Príncipe de Asturias de la Concordia en 1998, nació en Bangladesh en 1940. Ya era un hombre maduro en 1976, cuando descubrió algo que, en sus propias palabras, «ningún profesor me había explicado»: que «las personas sufren por cantidades que no llegan a un dólar». Hizo la experiencia de prestar 27 dólares de su bolsillo a personas que los necesitaban: «Que les prestara dinero era lo mejor que les había pasado en la vida». [*El Mundo*, 29-6-2000]. Fue a visitar a unos cuantos banqueros, para proponerles que prestaran pequeñas cantidades de dinero a los pobres. No los convenció hasta que él mismo se ofreció como fiador. Le fue bien, porque todo el mundo devolvía los préstamos, hasta que él creó su propio banco, el Grameen Bank, que no tiene una sede, sino corredores que van de un

sitio a otro, en 40 000 de las 60 000 aldeas que hay en Bangladesh, prestando sumas muy bajas, diez, doce dólares, sin avales, sobre todo a mujeres, que son más confiables que los hombres. Con cantidades así, «microcréditos» los llama él, en una economía como la bengalí, se pueden iniciar microindustrias, comprar los materiales primarios para crear algo: algodón, la primera cuota de una máquina de coser que empieza a dar frutos inmediatamente, etcétera. En una sociedad predominantemente islámica, no parecía fácil al principio, pero ningún imam dio con una buena razón para negarse a que las mujeres ingresaran dinero en sus hogares. Yunus ha extendido su filosofía y su modo de actuar a otros países, y cree que los microcréditos ayudarán a 100 millones de familias en 2005. No se opone a la globalización, cosa sorprendente a la vista de la popularidad que ha alcanzado, ni a las nuevas tecnologías, en las que cree como factor de desarrollo. En realidad, no ha hecho otra cosa que llevar el capitalismo a los más pobres, invitarlos a participar. Tal vez las ayudas a los países pobres, para sortear el obstáculo de las clases dirigentes corruptas, debieran destinarse a una política sostenida de microcréditos, llegando así a manos de los propios interesados. No es descartable, a la vista de que fue Bill Clinton quien propuso a Yunus para el Nobel de Economía, y de que los republicanos en algún momento dejarán la Casa Blanca. Porque no es lo mismo que gobiernen unos u otros en Estados Unidos, como supone la izquierda en el resto del mundo.

Amy Domini empezó a atender en la década de 1980, cuando ella tenía unos 30 años —ahora tiene 53— a ciudadanos que rechazaban invertir en empresas que, por ejemplo, apoyaban el *apartheid* o fabricaban armas. En 1990, esta protestante norteamericana «creó un fondo de 400 empresas "socialmente responsables", que constituyeron, a imagen y semejanza del Dow Jones o el Standard & Poor's, un índice de inversión bursátil llamado Do-

mini 400 Social Index, donde se agrupan sociedades "éticas" o que no atentan contra el medio ambiente, no amparan políticas dictatoriales, no abusan de los trabajadores del Tercer Mundo o no fabrican armas, cigarrillos, alcohol, etc. La conciencia social de los últimos tiempos ha apoyado tanto este tipo de acción que la elección de un fondo con los participantes del Domini 400 no es ya sólo una decisión de espíritus delicados, sino, también, una decisión más rentable en dinero que el Standard & Poor's», [«El siglo moral», Vicente Verdú, *El País*, 6-1-2000].

¿Es de izquierdas la lucha contra la corrupción en todos los niveles? Tal vez sea lo único que la izquierda pueda hacer sin caer en la indecencia ideológica. Y no hablo ya de la izquierda en el poder, de los socialdemócratas de toda la vida que seguirán suscribiendo la acción alemana como en 1915, sino de la izquierda de a pie, la de los ciudadanos que creen haber elegido pensar. En caso contrario, tendrán que ponerse, una vez más, en contra del sentido común y de la experiencia histórica, a hacer la revolución. Que, si fracasa, lleva a la sociedad a una dictadura. Y, si triunfa, también.

El mito de la revolución y el odio a la excelencia

A lo largo de la ya larga historia de la humanidad, sólo hubo dos revoluciones formalmente tenidas por tales por sus protagonistas que hayan dejado huella clara y profunda en las instituciones: la norteamericana de 1776 y la francesa de 1789. En el siglo XIX tuvo lugar otra, pero quienes la hicieron no llamaron revolución a la serie de decisiones que tomaron para llegar a la abolición de la esclavitud: Lincoln, sus predecesores y sus seguidores consideraron aquello como un paso más en la formación de una nación y un desarrollo de la Carta de los Derechos de Virginia, suscripta en el curso de la revolución anterior. Estas dos revoluciones fueron la expresión política de procesos tan profundos y prolongados en el tiempo que todavía ahora estamos viviendo sus consecuencias

en las sociedades más habitables del planeta, las sociedades abiertas y democráticas. Todos los índices que revisamos en el apartado anterior, relativos a lo que una persona civilizada considera prioritario a la hora de establecer sus calidades mínimas de vida, son la herencia de esos movimientos del siglo XVIII. Fue entonces cuando nació el ciudadano.

Sin embargo, en el siglo XX, muchos sentimos la necesidad de cambiar el estado de cosas en el que nos encontrábamos. Ciertamente, al iniciarse la centuria, la injusticia reinaba en todas partes: los imperios coloniales eran la norma, los obreros industriales y los mineros eran explotados hasta la extenuación en todo el mundo, el campesinado minifundista apenas sobrevivía y más difícil lo tenía aún el jornalero de los latifundios y el siervo de la gleba, subsistía en zonas muy amplias una economía de plantación en la que el sistema de trabajo estaba próximo a la esclavitud, la medicina perdía la batalla con la miseria cada día, y la represión ideológica, moral y sexual pesaba sobre el mundo de las relaciones como una losa. Curiosamente, no entendimos entonces —asumo el plural en la medida en que, en su día, asumí un legado—, y ya sería hora de que empezáramos a entenderlo, que el camino no pasaba por la abolición de lo ya conquistado, la democracia, la noción de república, la libertad, la igualdad y la fraternidad, sino precisamente por su profundización. Y, por si alguien lo hubiese entendido, vinieron los propagandistas, desde Marx en adelante, a convencernos de que, con la burguesía en el poder, esa profundización no sería posible. Si queríamos verdadera igualdad y verdadera fraternidad, deberíamos tomar el poder en nuestras manos y dar una vuelta completa a la sociedad. ¿Y la libertad? ¿Libertad para qué? ¿Para que los burgueses hablen, escriban, convenzan, retrasen el progreso? No, claro.

El comunismo y el fascismo fueron la respuesta lógica a esas preocupaciones de los depositarios del pensamiento. Ya al co-

menzar el siglo, con el corte de la Gran Guerra, en la que todos forjaron sus armas. Si se leen el *Aurelien* del comunista Louis Aragon [Lautaro, Buenos Aires, 1947] y el *Gilles* del fascista Drieu La Rochelle [Alianza, Madrid, 1989], correspondientes ambas al período de entreguerras, aunque la de Drieu se publicó en 1939 y para esa fecha la de Aragon estaba en elaboración y no se publicó hasta 1945, se asiste al espectáculo de dos jóvenes en la edad y las experiencias en que se toma conciencia del mundo y de su esencia trágica: tanto Aurelien como Gilles se hacen las preguntas de la época sobre la sociedad y su destino, y lo curioso es que se dan respuestas muy parecidas.

Todavía hace falta más distancia, todavía hay adherencias en nuestro espíritu de una sentimentalidad bolchevique, que nos impide a quienes nos formamos en las izquierdas asumir la esencial identidad del comunismo y el fascismo como respuestas revolucionarias paralelas, con un origen común, con una parafernalia común, con una coreografía común, con un lenguaje común, con unos discursos comunes. Todavía no podemos, no nos atrevemos a dar el paso que ya dieron François Furet [*El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista del siglo xx*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995], Jean-François Revel [*La tentación totalitaria*, Plaza y Janes, 1976], los autores de *El libro negro del comunismo* [Espasa-Calpe, Madrid, 1998] y, antes que ellos, Ernest Nolte [*Fascismo y comunismo*, correspondencia con François Furet, Alianza, Madrid, 1998], acusado de nazi por afirmar que en el stalinismo prosperaba el antisemitismo con la misma fuerza que en el nazismo, pero no tuvo ocasión de dar sus frutos por la fuerza de las circunstancias: Nolte no hace negacionismo, se limita a constatar lo que había ocurrido en los años treinta y estaba empezando a ocurrir nuevamente en los cincuenta en la URSS, cuando la muerte de Stalin después del célebre proceso de las batas blancas, el de los médicos judíos, truncó una segunda *Shoá*.

Revel [*Diario, cit.*] nos recuerda que Pierre Broué escribió que, de no haber muerto Stalin en aquel momento «probablemente una oleada de terror se hubiese cernido sobre los judíos, cuya deportación a las regiones orientales ya estaba preparada».

Pero los datos, las evidencias, por mucho que nos cueste reconocerlas, están ahí.

Federico Engels, apasionado de la historia militar, legó a la izquierda un lenguaje castrense: vanguardia, retaguardia, táctica y estrategia, frente, avanzada, barricada, retirada, asalto. Mussolini, formado en ese lenguaje en sus años de socialista, recobró, en su evocación romana, el término «falange», de larga historia en España: se sentía cerca de César y de Bonaparte, tanto como los Primo de Rivera, primero don Miguel y después su hijo José Antonio, se sentían cerca de él, el *fascio*, el haz de Roma, el yugo y las flechas, pasó a ser símbolo de la Falange Española.

Franco no necesitaba heredar nada de Engels, ni de Mussolini, ni de Hitler, que eran meros imitadores de las actitudes de un jefe de ejército: Franco era decidida y esencialmente militar. Hitler tuvo la necesidad de llamar socialista a su movimiento nacional y de inscribir sobre una bandera roja la cruz gamada: en negro, apropiándose de los dos colores del anarcosindicalismo.

Después de 1945, todos los jefes de filas de las revoluciones comunistas, desde Mao Zedong hasta Fidel Castro, parodiaron a los dirigentes del fascismo: ninguno de estos dos, así como tampoco Stalin, eran militares, pero siempre se disfrazaron de militares. El poeta Heberto Padilla [*La mala memoria*, Plaza y Janes, 1989] hizo hincapié en las imitaciones y citas de los textos y discursos de Hitler y Mussolini por Fidel Castro, incluso en sus más celebradas y populares consignas: «¡Venceremos!», la palabra con la que el Líder Máximo y Comandante en Jefe suele cerrar sus discursos, es la misma con que los cerraba el Duce, y «La historia me absolverá», frase con la que terminó su alegato de defensa en el juicio

por el asalto al cuartel Moncada, es la misma que Hitler empleó en parecidas circunstancias ante un tribunal de Munich. ¿Hay algo que se parezca más a los jefes de manzana del *fascio* italiano que los CDR, los Comités de Defensa de la Revolución de Cuba, con el mismo terrible control sobre la vida cotidiana, el ojo del Gran Hermano constantemente sobre la espalda de cada uno?

El militarismo y el autoritarismo fueron comunes a los dos movimientos, y se reprodujeron con la firmeza de un gen dominante en los movimientos guerrilleros de todo el mundo, desde el Vietcong hasta el ERP, desde las FARC hasta ETA, desde el FLN argelino hasta el IRA, e hicieron eclosión en la Revolución Cultural china y en Pol Pot, a la vez que los herederos del nazismo medraban a la sombra de la OAS y de la Escuela de las Américas y se reproducían en Montoneros, paramilitares de Guatemala y de Brasil, soldados de Bokassa o de Savimbi.

La revolución, eso que se hace de un día para otro, mediante la toma del poder, con el propósito de instaurar un orden nuevo —otra fórmula común—, es un sueño tan imbécil como perverso. Pretende ser una forma de la guerra —la guerra de clases— según la definición clásica de Clausewitz —«la continuación de la política por otros medios»—, pero es exactamente lo contrario: es una suspensión de lo político, es la abolición de lo político, porque esa abolición está presente en la desconfianza del revolucionario por la democracia burguesa, que percibe como intrínsecamente carente de autoridad.

La utopía es una monstruosidad: ni el falansterio —perfectamente realizado en las instalaciones para los trabajadores en la minería del hierro en Suecia—, ni el comunismo, ni ninguna forma de organización prevista en la que haya que introducir al hombre para que se modele —y que no se modele de acuerdo con el hombre— pueden servir para otra cosa que para establecer una dictadura, que es lo que ha ocurrido sistemáticamente

con las revoluciones del siglo pasado. No se puede operar una reforma de todo un estatuto social sin víctimas, sin fusilamientos masivos, sin represión, sin asesinos, ni siquiera sin asesinos de niños, porque alguien tuvo que matar a la entera familia del zar Romanov para que de él no quedara semilla sobre la tierra.

El mito de la revolución, del cambio repentino y la instalación de la justicia en todos los ámbitos, acaba así por dejar de lado el concepto de libertad, como bien había entendido Lenin, y es contradictorio con otros enunciados de la izquierda real, como la tolerancia, el pacifismo o la diversidad cultural. Así, la izquierda resulta no ser más que un ámbito retórico que no soporta el contacto con la realidad.

Esa suma de antiamericanismo, falsas identificaciones de enemigos, desprecio por el tratamiento de los problemas esenciales de la sociedad como problemas, equívocas lecturas de la historia, rechazo de valores tradicionales que no tienen por qué ser rechazados, subestimación de temas como la religión y el laicismo, lo público y lo privado, renuncia a lo nacional-estatal y a la idea de soberanía y adulteración de la memoria que antes definimos como síndrome de la izquierda, no resulta únicamente de un desconocimiento persistente y deletéreo de la realidad, sino de la ignorancia voluntaria de las contradicciones de todo eso con la idea misma de revolución.

Ninguna de las revoluciones del siglo xx dejó de tratar brutalmente la cuestión étnica ni de detener cualquier tipo de migración. Ninguna subestimó el problema religioso, fuese éste un motor, como en el caso del nacional-catolicismo franquista, fuese un problema, como en el caso soviético, el chino o el cubano. Ninguna delegó a un segundo plano al Estado, porque eran el Estado. Ninguna dejó de ocuparse de lo público y lo privado, no invadiendo lo público con lo privado, como en las dictaduras teocráticas, sino invadiendo lo privado con lo público. Ninguna obvió la cues-

tión de la familia, fuese con la intención de liquidarla en nombre de la comuna, como en una parte de la experiencia soviética, fuese para priorizarla, como en los regímenes fascistas. Ninguna fue liberal en materia sexual. Ninguna fue permisiva con el pensamiento.

De todos los componentes del síndrome, el único que se sostiene en pie delante de la idea de revolución es el antiamericanismo, que ha sido común al fascismo, al nazismo, al comunismo y a la socialdemocracia de obediencia alemana en cada una de sus formas. También formó parte del espíritu del franquismo, aunque se insista en recordar mal a Eisenhower.

La izquierda como tal no puede ser revolucionaria sin dejar de ser.

Pero tampoco puede ser antisemita, ni populista, ni represiva, ni pacifista a ultranza y quedarse cruzada de brazos ante la injusticia evidente o las relaciones de fuerzas mortales para el progreso, ni militarista e intervencionista *a priori*. Tampoco puede ser nacionalista al margen de la noción de Estado, ni siquiera internacionalista: en este orden de cosas, sólo puede ser cosmopolita. Al menos, su *deber ser*, su aspiración última, tendría que ser el cosmopolitismo.

Pero ha sido antisemita desde Marx y su texto sobre *La cuestión judía* [Santillana, Madrid, 1997], donde se identifica sin ambages el capitalismo con el judaísmo y se vincula indefectiblemente el destino del uno con el del otro: así, el hecho de que Stalin haya concebido una «solución final» a su propio estilo parece pura ortodoxia. Y ha seguido siendo metódicamente antisemita a lo largo de toda su trayectoria histórica, y de forma muy notable y hasta maniática después de la creación del estado de Israel.

El antisemitismo de la izquierda se demostró en la patética Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y la Intolerancia, reunida en Durban en setiem-

bre de 2001. Pese al largo y pomposo título, en el entorno de la conferencia hubo manifestaciones contra el sionismo, el racismo y la globalización sin que nadie señalara la contradicción inherente a esa consigna. La reunión terminó con una condena al sionismo como forma de racismo, tras una maniobra típica de Arafat. El reverendo Jesse Jackson, otrora candidato a la presidencia de Estados Unidos, consiguió que Arafat redactara de propia mano y firmara una declaración en la que se comprometía a renunciar a la crítica del sionismo y a su identificación con el racismo en la declaración final de la cumbre, y reconocía que el Holocausto es el peor crimen del siglo XX, a la vez que pedía la reanudación de las conversaciones de paz. Jackson llamó inmediatamente por teléfono a Colin Powell para comunicárselo y decirle que no era demasiado tarde, que fuese a la conferencia, a la que no había asistido por la posición inflexible de los países árabes. Afortunadamente para él y para Jackson, Powell no fue, porque poco después, en su intervención, Arafat dijo que esperaba la «condena de los sufrimientos de los palestinos», que «Israel es culpable de una trama racista y de limpieza étnica» y que la «condena de la ocupación israelí y de sus prácticas y leyes racistas es considerada urgente por nuestro pueblo [que] torturado por esta colonización mira hacia esta conferencia para que esté a su lado», [*La Vanguardia*, 1-9-2001]. Lo estuvo. Y menos mal que se cerró poco antes del día 11, porque, si no, hubiese producido un documento justificatorio de los atentados de Al Qaeda.

La prensa coincidió en decir que Kofi Annan hizo esfuerzos para suavizar las tensiones entre árabes e israelíes. El lector juzgará si fue así: «El pueblo judío fue víctima del Holocausto, la mayor abominación, este hecho no debe ser jamás olvidado ni minimizado [pero] no podemos esperar que los palestinos acepten esto como una razón para ignorar los daños que se les causan, como desplazamientos, ocupaciones, bloqueos y, hoy, ejecuciones

extrajudiciales», dijo el secretario de la ONU en el discurso inaugural [id.].

«Sionismo igual a racismo», «Sharon debe ser juzgado por genocidio» y «Bush tiene sangre palestina en sus manos» fueron los gritos más coreados en Durban por los manifestantes que apoyaban la conferencia [*El Mundo*, 1-9-2001]. Finalmente, Estados Unidos e Israel se retiraron de la conferencia, en la que también se reclamaron a los países ricos indemnizaciones por la trata de esclavos [!!!]. Fue una edición actualizada de Bakú 1922, Bandung 1955 y La Habana 1966, de la que se habla más abajo.

Y ha sido y es populista: ha funcionado con consignas, ha degradado nociones cruciales —ya hemos mencionado la cuestión del derecho a la diferencia y el derecho a la igualdad—, ha reducido la complejidad de lo político a la adhesión a supuestas mayorías que jamás resultan ser tales.

Y ha sido estúpidamente pacifista, como Romain Rolland y como Gandhi, y rígidamente militarista e intervencionista. Y que no se me acuse de contradecirme, porque aún viven los que fueron pacifistas absolutos frente a Vietnam, a la vez que apoyaban las guerrillas latinoamericanas financiadas desde Cuba con diversos dineros porque era de justicia. Yo mismo. Hay mil lecturas de la paz y de la guerra que las izquierdas hubieran podido y debido considerar en cada momento. Tanto el pacifismo como el belicismo tienen límites temporales, históricos. Gandhi apeló al pacifismo, en parte porque daba por sentado que un enfrentamiento armado con Inglaterra hubiese culminado en derrota, en parte porque contaba con el deseo de los británicos de retirarse de la India y no era imposible que una guerra sirviera únicamente para retenerlos allí, y en parte porque la clase dirigente india —cuyo apoyo necesitaba— intuía que el país podía salir modernizado de una guerra y quería la independencia sin cambios estructurales, quizás incluso un paso por detrás del momento de la llegada de

lord Clive. Sabíamos estas cosas, de modo que sólo la torpeza y la desinformación voluntaria nos impidieron oír lo que Cassius Clay dijo cuando se negó a ir a Vietnam y devino Muhammad Alí: «Yo no tengo nada que ver con este Estado». Habría que haberlo oído. La conversión de Clay tuvo lugar oficialmente en marzo de 1964, por obra de Elijah Muhammad. Marcus Garvey y Malcolm X llevaban tiempo trabajando. En 1967 rechazó la convocatoria del ejército cantando «ningún vietcong me ha llamado negro». Fue un año de disturbios raciales violentos, el primero en que el islam tuvo la palabra en la comunidad negra norteamericana. En 1968 fueron asesinados Martin Luther King y Robert Kennedy. Finalmente, Estados Unidos, «la mayor potencia militar del planeta», como se insiste en decir últimamente, perdió la guerra frente a la acción combinada y en competencia de China y la URSS, se retiró y los vietnamitas, que nunca habían llamado negro a Clay, se autodeterminaron por la vía dictatorial. La opinión pública mundial, es decir, la prensa, incluida la de Estados Unidos, impidió la intervención en Camboya y Laos, dando el triunfo a la izquierda de la región, los Jemeres Rojos de Pol Pot. Entretanto, los mismos que nos oponíamos a la guerra en Vietnam, Camboya y Laos, y que tampoco habíamos llamado negro a Clay y amábamos a Louis Armstrong, que murió en 1971, apoyábamos fervorosamente la extensión de la revolución cubana por todo el continente, de la mano del fantasma del Che Guevara, muerto en Bolivia el 8 de octubre de 1967, sin la menor imaginación para concebir lo que necesariamente iba a venir a continuación: las dictaduras de los setenta.

Y la izquierda fue represiva allí donde los revolucionarios tomaron el poder, tan indiscriminadamente represiva como el fascismo.

Y el cosmopolitismo murió aplastado por el internacionalismo proletario, primero, y por el tercermundismo voluntario, después.

La Conferencia Tricontinental contra el imperialismo que en 1966 reunió en La Habana a representantes de 82 países, un proyecto del Che, apañado por la política exterior soviética de la época, que delegaba en los socios menores la intervención en Occidente, terminó de complicar lo que se había iniciado en Bakú en 1922 y había continuado en Bandung en 1955: la infinita mezcla y solapamiento de problemas que, siendo radicalmente distintos, tienen por resultado común la pobreza. Así como el imperialismo se resumía por decisión de sus enemigos en Estados Unidos, disculpándose de ese modo a las clases dominantes locales y a los demás países centrales, las pobrezas de Asia, África y América Latina hallaban en él su explicación y su razón de ser. Y el Che Guevara creía tener poder, y vivía como si lo tuviera, sobre todos esos socios, Fidel Castro el primero, pero también Nasser, Ben Bella, el joven Gadafi que se preparaba para el asalto al poder de 1970, el Vietcong y otros, que se sintieron muy aliviados cuando se internó en la selva y salió de ella muerto.

Todo eso tenía que ver con un vicio intelectual de Ernesto Guevara, cuyas consecuencias aún se sienten: la confusión entre el relato de la historia y la historia misma. El Che tenía una versión de la historia pasada, elaborada sobre la necesidad de tener una versión de la historia futura. Como el futuro debía ser de pueblos triunfantes en su lucha por el socialismo y el comunismo, los pueblos tenían que haber estado empeñados en la procura de los grandes ideales desde la Antigüedad. Pero lo cierto es que los hombres se mueven por razones distintas de la realización de universales como la justicia, el bien o la belleza: los hombres, cada uno, no los pueblos, que no se mueven como tales, sino como sumas de individuos, por desvaídos que parezcan. Los soldados soviéticos no se movieron ante los nazis en nombre del comunismo, cuestión casi mística: actuaron como rusos frente a alemanes, cosa que sabía muy bien Stalin, que bautizó aquello

como Gran Guerra Patria. Por curioso que aparente ser, los americanos, los ingleses y los franceses de De Gaulle estuvieron más cerca de moverse por el ideal abstracto de la democracia que los rusos por el ideal abstracto del comunismo, cuya realidad conocían demasiado bien. La propaganda de posguerra, que tanto peso ha tenido en la elaboración de lo que estamos habituados a creer, estuvo a punto de convencernos a todos de lo contrario. Al Che lo convenció. Coincidía con Thorez en aquello de que lo mismo da la democracia que el fascismo, son dos formas de la opresión capitalista.

A la vista de este recuento, cuando evoco las imágenes de esa época, que es la mía, no puedo dejar de pensar que en el fondo de todo aquello, de la declaración de superioridad de los pobres respecto de los ricos —los pobres como amos del porvenir—, de la exaltación del subdesarrollo frente al desarrollo como si el atraso fuese una virtud y el progreso un vicio, del constante elogio de las masas como sujeto y no como objeto de la historia, del olvido total de la afirmación certera de Marx de que el proletariado era la suma de todas las alienaciones —y en modo alguno el portador del bien: para devenir hombre tenía que dejar de ser lo que era—, en el fondo de todo aquello, decía, había un profundo odio a la excelencia, un profundo resentimiento: todo lo contrario de lo que se suponía que tenía que ser la izquierda.

Tal vez el reino de los cielos, si es que existe —Juan Pablo II dice que no en el sentido en que solemos imaginarlo—, sea de los pobres de espíritu —que es una forma elegante y humilde de nombrar a los ricos de espíritu—, pero el reino de la tierra, que sin duda existe, no puede ser de los ignorantes, ni de los confusos, ni de los violentos por principio, ni de los que se engañan, a menos que nuestro propósito sea ver desaparecer la especie, llevados por la desazón, tal como Hitler pretendía ver desaparecer

de la faz de la tierra, después de los judíos, a los derrotados alemanes que no habían estado a la altura de su destino.

Pues bien: es la tarea de la izquierda real de hoy mirar de frente a su propia historia, poner en orden el pasado para poder imaginar lo poco que cabe imaginar del futuro. Y hacerlo dejando a un lado la soberbia que tantas veces lleva a pensar que la historia, si no se termina, al menos se resuelve, y para mejor, en el curso de nuestra breve vida individual.

6
ESCLAVOS, PARIENTES Y GENES: EL MITO DE LA PROSTITUCIÓN COMO OFICIO

Una de las tragedias de la izquierda que ha llegado al siglo XXI radica en la pérdida de puntos de referencia en la vida personal. Si los viejos anarquistas fueron considerados por mi generación, la que se hizo mayor en la segunda mitad del XX, excesivamente puritanos por su rígida moral sexual monogámica, sus inacabables batallas contra el alcoholismo y su jurada oposición a la prostitución, ahora uno puede llegar a echarles en falta.

Al arrojar el bebé familiar con el agua sucia del clericalismo represor del nacional-catolicismo, en el caso español, y de las iglesias en general en todo el mundo, esta generación, la más secularizada y la más sexuada que recuerda la historia —con la píldora y el antibiótico, antes del sida—, cometió un gravísimo error. Tuvo teoría: la de la antisiquiatría en los años sesenta, con Cooper a la cabeza. Tuvo práctica: unos padres metidos en matrimonios abominables, que murieron sin un solo día de felicidad y que se hubieran merecido el derecho al divorcio.

Pero algo está pasando entre los más jóvenes, de los que decimos que son más conservadores que nosotros porque creen en cosas en las que se creía hace cincuenta años: en la pareja estable, en los hijos, en el futuro profesional y esas cosas.

Paralelamente, se oyen voces diversas que reclaman desde la legalización de la prostitución con «todos los derechos» para las prostitutas, incluida su organización sindical, hasta la adopción de niños por parejas homosexuales, puesto todo en el mismo plano y con la misma jerarquía.

Las izquierdas reales lo apoyan todo, el sindicato de prostitutas y el matrimonio gay o lesbiano, a la vez que hace rechazo expreso de los «valores tradicionales», que las izquierdas del pasado habían hecho suyos. Pero ¿puede una persona con un poco de sentido común decir que la «prostitución es un trabajo como cualquier otro»? ¿Y puede esa misma persona, acto seguido, mezclar a las trabajadoras del sexo con las parejas homosexuales que piden adoptar niños que, si no son adoptados, terminarán en la misma marginalidad que las prostitutas?

Hay que echar una mirada a la situación de los niños en el mundo. Y una mirada a la situación de las mujeres en el mundo. Y una mirada sobre lo que ha quedado de la familia después del descubrimiento del ADN.

La prostitución no es un oficio: es una desgracia, y la mayoría de las veces una imposición. Y el cliente de prostitutas es un violador que sabe que puede violar porque otro tiene su navaja puesta en el cuello de la mujer con la que se relaciona: el pago es, con contadas excepciones, al cómplice que amenaza a la víctima. Pues bien: resulta que la consideración de la prostitución como actividad productiva corriente forma parte de los programas políticos de las izquierdas institucionales, con el SPD alemán a la cabeza. Suponiendo que la pobreza hubiese tenido algo que ver con el 11 de setiembre, habría que comprender las razones por las que un hombre es empujado por la miseria al suicidio y al asesinato, pero a la vez hay que aceptar que la prostitución es un trabajo igual a la venta de dulces o la fabricación de velas.

No importa el modelo de familia, pero importa la familia, importa el espacio concreto en que los niños se desarrollan. Seguramente, cualquier modelo de familia es preferible al que hoy representa «la tradición». Pero el signo de la infancia en estos días no es la sexualidad, homo o hetero, de quienes se ocupan de ella, sino la soledad más terrible.

La esclavitud en el siglo XXI: trabajo infantil y prostitución

La esclavitud fue legalmente abolida hace muchos años. No fue fácil, porque implicó una suspensión del derecho de propiedad que, en el caso de Estados Unidos, llevó al intento de secesión del sur y a una guerra civil muy prolongada. No obstante, la abolición afectó sobre todo al mundo desarrollado. En los llamados países pobres, a los que ya hemos definido como países ricos con pueblos miserables y una casta dirigente corrupta, se siguió y se sigue traficando con cuerpos.

El Departamento de Estado de Estados Unidos informó al gobierno el 2 de junio de 2001 que había detectado un aumento notable en la trata de mujeres, niños y trabajadores esclavos, que se había visto favorecida por las guerras, el aumento del turismo, los escasos controles de fronteras y la expansión del crimen organizado. Hay entre dos y tres millones de mujeres secuestradas y forzadas a la prostitución, dentro y fuera de sus países de origen. Después de la rendición de la URSS, ese número fue aumentando y actualmente entran de contrabando, sólo en Estados Unidos, 50 000 mujeres al año [*El País*, 10-6-2001].

Las economías ilegales —tráfico de drogas, armas, diamantes y personas— crecen constantemente. En cuanto a las personas, ese comercio va desde el tráfico de emigrantes que buscan trabajo y de individuos en procura de asilo hasta la cautividad de mujeres y niños para la prostitución y el comercio de órganos. También hay gobiernos que movilizan población para obras públicas o funciones militares. En todo el mundo subdesarrollado hay más

de 40 países en los que se encuentran formas de esclavitud. Los antiguos esclavistas cuidaban el cuerpo del esclavo porque su función era el trabajo, pero hoy un cuerpo puede ser fragmentado para distintos usos, u hormonado, en el caso de los niños, para que el sujeto desempeñe determinadas tareas de índole sexual [id.].

En el mundo hay 250 millones de niños explotados. En África, el 41% de los niños de entre 5 y 14 años está obligado a trabajar: 450 000 en Benín, 250 000 en Togo, ambos países miembros de la Conferencia Islámica. En Benín, la media de hijos por mujer es de 6 y sólo un 3,5% toma anticonceptivos; 117 niños de cada mil, un 11,7%, muere antes de los cinco años; la mitad de los seis millones de habitantes del país tiene menos de 15 años. En abril del 2001 fue interceptado un buque que transportaba niños de Benín a Gabón, unos 250, pero el gobierno de Gabón sólo localizó a 23, porque otros habían quedado en Nigeria, Camerún y Guinea Ecuatorial. En otro caso similar, se detuvo el barco, pero vacío: se cree que 150 niños fueron arrojados al mar. Los traficantes pasan por los poblados y compran los niños a sus padres, por cantidades misérrimas, asegurando que el nuevo esclavo enviará remesas que jamás llegarán. Cada año, 200 000 niños son comprados así en el África ecuatorial [*El País*, 19-11-2001].

Pero no se trata únicamente de África: el 30% de los trabajadores del campo mexicano son niños [*La Jornada*, México, 7-5-2002] y en Brasil el maltrato infantil se cobra cien vidas al día [*El País*, 7-10-1999]. De los 65 millones de personas con menos de 18 años que hay en Brasil, más de 3 millones trabajan sin haberse escolarizado, y muchos viven en la calle. En 1998, 700 000 niñas de menos de 14 años dieron a luz en centros públicos. La agresión sexual alcanza al 31% de los 65 millones menores de 18 años, es decir, a 20 millones, y se sabe que cada año más de 100 000 niñas

intentan suicidarse —no pocas veces con éxito— por el trauma derivado de ello.

Ya hemos visto la situación en Rusia [*supra*, pág. 37].

«Las mafias albanesas trafican con refugiadas de Kosovo para prostituirlas en Occidente», dice un titular de *El País* [16-3-2000], a pesar de que uno creía que Oriente empezaba en Turquía y que Yugoslavia, íntegra o desintegrada, era Europa. Esas mujeres son secuestradas o compradas en los campos de refugiados y enviadas a ciudades «alemanas, italianas, belgas o francesas». Más de 300 000 mujeres de países del Este «se prostituyen» en Europa occidental, dice la entradilla, aunque a continuación uno se entera de que *son* prostituidas, porque «*son* violadas y preparadas para la prostitución en auténticos campos de concentración». Las Naciones Unidas y la Organización Internacional de las Migraciones calculaban en 2000 que 500 000 mujeres eran introducidas en Europa anualmente, sobre todo de países del Este, además de las ya tradicionalmente llegadas de África, Sudamérica, el Caribe y Asia, y que el número iba en aumento [«Tráfico de mujeres en las fronteras de la UE», Elena Valenciano Martínez-Orozco, *El País*, 23-8-2000]. Por la misma época, Kofi Annan denunció el tráfico de mujeres como una nueva plaga [*El País*, 6-6-2000]. La explotación es feroz: las mujeres no llegan a percibir nunca más del 30% de lo que producen, e Interpol estima que el control de una sola mujer, en la Europa de hoy, permite ganar al proxeneta cerca de 124 000 dólares al año [«El mercado de trata de mujeres», Paola Monzini, *La Vanguardia*, 20-7-2001]. Naturalmente, las mujeres no se pueden rebelar porque viven entre el miedo a la policía, porque rara vez están en situación legal en el país en que prestan servicios, y el miedo a los tratantes.

Sólo en Madrid, se estima en 400 000 el número de mujeres dedicadas a la prostitución, el 3% de la población activa, y que en el sector se mueven más de 5000 millones de euros al año. La in-

mensa mayoría de estas mujeres están explotadas por mafias organizadas, son inmigrantes en situación irregular y son drogodependientes en algún nivel.

En el verano de 1999, el gobierno federal alemán, en cumplimiento de uno de los puntos del pacto de coalición suscrito por la socialdemocracia con Los Verdes, comunicó que iba a regular la prostitución para que quienes «ejercen este oficio» gocen de seguridad y protección jurídica y tengan, en contrapartida, obligaciones fiscales [*El País*, 15-8-1999]. En esas fechas, se estimaba que eran unas 400 000 las mujeres que en Alemania se prostituían, y que el negocio movía 12 500 millones de marcos. La actividad había dejado de estar penalizada en 1973, pero no era legal porque la ley estimaba que las relaciones contractuales entre las prostitutas y sus clientes eran «contrarias a la moral», y eso hacía imposible que fueran objeto de derecho civil. La ministra de Asuntos Familiares [!!!], mujer que se ocupa de este asunto, dijo que «estaría bien que las prostitutas pudieran firmar contratos de trabajo, pero la modificación pertinente del Código Penal no debe servir para que se aprovechen de ellas los proxenetas». Soberbia la ministra de la coalición de izquierdas. Tanto los verdes como los socialdemócratas habían presentado sendos proyectos de legalización en la legislatura anterior, en busca de una «clarificación legal» que declarara la prestación de servicios de ese tipo como «válida desde el punto de vista del derecho civil». En 1977, los socialdemócratas argumentaban que «una prostituta que ejerce un oficio legal y paga su seguridad social es menos gravosa que alguien obligado a acogerse a la red protectora del Estado». Lo que quieren es recaudar, los dos partidos de la izquierda real alemana.

En junio de 2001 [*El País*, 15-6-2001], más de treinta mujeres inmigrantes en España en situación irregular, en su mayoría rumanas y moldavas, se acogieron a las leyes de Protección de Testigos

y de Extranjería para obtener amparo y regularización legal a cambio de la denuncia de sus proxenetas, de los cuales fueron detenidos treinta y cinco. El régimen de explotación es idéntico al que Albert Londres describió en *El camino de Buenos Aires* en 1927: pasan la frontera de contrabando y quienes las traen cobran unos 1200 euros por cada una de ellas; las encierran en pisos de barrios periféricos y allí son subastadas entre los proxenetas, que pueden llegar a comprarlas, según el físico y la edad, en hasta 20 000 dólares. El dinero lo reciben finalmente los caftenes en Rumania, el último bastión del comunismo de Santiago Carrillo. Los compradores las visten, les dan un teléfono móvil y les designan una zona. Ellas tienen que reunir 300 euros diarios con servicios de menos de quince minutos, a razón de entre 20 y 30 euros, de lunes a miércoles; jueves, viernes y sábado, la cantidad exigida puede subir hasta los 600 euros. Nunca menos de diez clientes, en el mejor de los casos, y hasta treinta o cuarenta, en el peor.

Del 21 al 23 de junio de 2001, a los pocos días de sucedido lo que he narrado en el párrafo anterior, la Universidad Nacional de Educación a Distancia reunió en Madrid a una serie de expertos y de profesionales del sexo, y todos coincidieron en la necesidad de acabar con la marginalidad de la prostitución. A pesar de reconocer la existencia de mafias y redes que explotan a mujeres y a niños, insistieron en que para muchas la prostitución es sólo un trabajo. Jo Doezema, americana residente en el Reino Unido, que a los 16 años creía que «el sexo era una manera divertida de ganar dinero», se declaró consciente de que su actividad era un estigma «no sólo para las trabajadoras, sino para sus familiares, sus novios o maridos, sus amigos e incluso sus clientes» y sostuvo que era «contra eso que hay que luchar», [*El País*, 25-6-2001].

En febrero de 2002, «las prostitutas de Madrid» se manifestaron para pedir su legalización [*El Mundo*, 20-2-2002]. Fueron, según el diario, «decenas de trabajadoras sexuales», «unas seten-

ta», es decir, una proporción mínima de un colectivo de cientos de miles, las que reclamaron «una legislación que proteja sus derechos». Heidi, representante de la Agrupación de Prostitutas de la calle Montera, negó que ellas traficaran con droga y que hubiera mafias organizadas en la zona: «A veces nuestras parejas tienen que estar junto a nosotras para defendernos de las posibles agresiones. Estas personas no son proxenetas, sino amigos o familiares que vienen a ayudarnos. Queremos estar libres y que se reconozca nuestro derecho como seres humanos y trabajadoras normales». Afortunadamente, el ministro español de Trabajo, Juan Carlos Aparicio, puso un poco de sentido común al decir que «la prostitución no es una profesión, sino una actividad que facilita la vejación y la violencia» y que, aunque sabe que hay un colectivo que reclama los mismos derechos y los mismos deberes que otros trabajadores, él cree que «no existen los perfiles básicos del respeto que exige una profesión». Naturalmente, se ganó el calificativo de reaccionario. *ABC* informaba el mismo día que «feministas, gays, transexuales e Izquierda Unida se unieron a las reclamaciones de las meretrices» y que el «Foro de la Prostitución, hasta ahora inoperante, se perfila como espacio de diálogo».

¿Qué hacía Izquierda Unida en una manifestación convocada por la Asociación Hetaira? ¿Habrán pensado que Espartaco, en su momento romano, había fundado un sindicato de esclavos para reclamar una regulación de la vida de esclavo? Pues Izquierda Unida, que se apunta a la causa del terrorismo igual que a la de la prostitución, debía de estar allí haciendo lo mismo que el SPD y Los Verdes antes de llegar al poder: buscar votos. Si no fuera tan grotesca la situación, habría que echarse a llorar. ¿Y los gays? Porque lo de los transexuales se entiende, a la vista de que un número muy elevado de ellos se prostituyen porque nadie les da un empleo corriente. Pero que feministas y gays, por poco representativos que sean, se presten a ese juego es muy peligroso para el

conjunto de la sociedad, y para ese colectivo, que tiene como reivindicación el derecho a adoptar.

Al parecer, la izquierda real, que no aceptaría suscribir la frase «siempre habrá pobres» porque su presencia en el mundo perdería todo su sentido, ha llegado a la conclusión que siempre habrá prostitutas, como si una cosa no tuviera que ver con la otra. Siempre en las prioridades equivocadas. Cuando en el Partido Comunista Italiano, Amadeo Bordiga dijo que había que apoyar a Mussolini en su lucha contra la mafia, porque no debía haber otro Estado dentro del Estado, le acusaron de traidor porque el enemigo era el fascismo. Nadie pidió perdón por el error cuando se vio que la mafia alcanzaba más poder del que nunca hubiese podido alcanzar Mussolini, en la vida italiana y en el mundo.

La lucha contra la trata de mujeres —la que antes se llamaba de blancas y ahora es de negras, amarillas y cualquier otro color imaginable— debería ser una prioridad de las izquierdas, como lo fue en el pasado, y ahora sumada a la trata de niños para el trabajo esclavo.

Tal vez esta desfiguración en lo tocante a la prostitución tenga que ver con una sobrevaloración histórica del papel de los sindicatos. Durante largas décadas, las izquierdas imaginaron, y siguen imaginando, que los sindicatos representaban un paso en la organización de la clase obrera y, por lo tanto, un paso hacia su liberación, se llamase ésta socialismo, comunismo o anarquía. De ahí el anarcosindicalismo, la gran tarea estructuradora de los socialdemócratas y los esfuerzos de los comunistas por ganar posiciones en ese espacio, que percibían como el más propio del proletariado. Pero se equivocaban. Los fascistas, y en primer lugar Mussolini, tuvieron claro para qué servían los sindicatos: para organizar el capitalismo, las protestas, los reclamos y, en última instancia, la producción. Por eso Primo de Rivera coqueteó hasta el hartazgo con la UGT, Perón creó la CGT y Franco los sindicatos vertica-

les. La prostitución no fue incluida entre los oficios porque a ninguno de aquellos pudibundos señores se les ocurrió lo que sí se les ocurrió a Schröder y a Fischer: que toda esa masa de dinero que se mueve en los pequeños contratos sexuales forma parte del PIB y que habría que cobrar impuestos sobre esas muchas transacciones.

Pero los sindicatos sólo sirven a los patronos y a los obreros para relacionarse de una manera menos bárbara, y a los mafiosos para controlar a sus secuaces y a sus vasallos. No sirven a los esclavos de ninguna edad ni condición.

La izquierda familiar

Para ver en qué se ha convertido la fórmula de convivencia a la que seguimos dando el nombre de familia, probablemente a falta de otro más adecuado, hay que empezar por considerar los cambios ocurridos en las sociedades desarrolladas a lo largo del siglo xx que afectan directamente a la cuestión.

En primer lugar, naturalmente, lo que se ha dado en llamar liberación de la mujer: su incorporación al trabajo fuera de casa y al voto, y posteriormente a la universidad y a las carreras profesionales. Pero denominar liberación a ese proceso parece demasiado optimista.

En España hay hombres que realizan únicamente tareas domésticas, en general por hallarse desempleados, pero son sólo el 0,4% de la población masculina, uno por cada cien mujeres en esa situación. El 31% de las mujeres, en cambio, se dedican en exclusiva al hogar. Trabaja fuera de casa un 28% de la población femenina, pero más de la mitad de esas mujeres se ocupa también de las tareas domésticas. Hombres que compaginen los dos aspectos hay uno por cada cuatro mujeres [*El País*, 27-7-2000].

En la UE, la cantidad de varones empleados no varió entre 1980 y 2000: eran y siguieron siendo 86 millones. Pero en 1986 ha-

bía 46 millones de mujeres empleadas y en 2000 había 61 millones [id.].

Las mujeres tienen menos protección social que los hombres. En España, la pensión media de los varones en 2000 era de 91 000 pesetas (546 euros) y la de las mujeres apenas alcanzaba las 55 000 (330 euros) [id.].

El 87% de las 300 000 familias monoparentales que hay en España está formado por madre e hijo. Esa madre, en el 65% de los casos, es menor de 45 años [id.].

Una vez incorporadas al mercado de trabajo, las mujeres sufren más paro, más precariedad en la contratación y salarios más bajos [*El País*, 8-3-2001].

Las mujeres han llegado a la universidad, sí, pero la mayoría de ellas abandona la vida académica antes de lograr un cargo. En la UE, en las carreras científicas, sólo entre el 5% y el 18% de las mujeres alcanza una cátedra, y sólo entre el 7% y el 16% llega a ser profesor titular [*El País*, 12-11-2001].

En la UE, una de cada cinco mujeres ha sufrido violencia doméstica [*El País*, 18-2-2002].

En España, la violencia doméstica produjo numerosas víctimas mortales, en su mayoría mujeres. En 1988, 35 mujeres y 10 hombres fueron asesinados por sus parejas; en 1999, 42 mujeres y 10 hombres; en 2000, 42 mujeres y 6 hombres; en 2001, 38 mujeres y 3 hombres; en el mes de mayo de 2002 ya había 11 mujeres y 10 hombres [*ABC*, 4-5-2002].

Pese a las denuncias, y a que en 2002 las mujeres eran ya el 70% de las nuevas promociones de jueces [*El País*, 14-4-2002], desde el inicio del Plan de Acción contra la Violencia Doméstica, en 1998, hasta 2001, las muertes habían aumentado en un 25%. La secretaria general de Asuntos Sociales pidió a la justicia «mayor rapidez y eficacia», y «unidad de criterio en los fallos». Las de-

nuncias habían aumentado menos que las muertes en el mismo período: un 14%. La policía estima que el 60% de los delitos cometidos en el ámbito familiar, incluidos los que sufren los menores y el acoso sexual, no se denuncian. No menos de 600 000 mujeres han padecido malos tratos en algún momento de su vida [*El País*, 15-2-2001].

En 1997, Ana Orantes fue rociada con gasolina y quemada viva por su marido. En noviembre de 2000, María Luisa Chacón Heredia, de 27 años, que había denunciado por malos tratos a su compañero, fue muerta a golpes por éste, que la había tenido atada y sin comer durante días. Uno de los médicos que le hicieron la autopsia declaró que «no le quedaba ninguna parte del cuerpo que no tuviera un golpe», [*El País*, 17-11-2000]. Entre esos dos sucesos, el primer plan del gobierno contra la violencia doméstica fracasó [*El País*, 22-10-2000] y más de 3000 mujeres reunidas en Córdoba para analizar el presente y el futuro del feminismo pidieron que se priorizara la rehabilitación y el tratamiento de los agresores sobre la solución penal [*El País*, 10-12-2000].

Ya sabía Freud, aunque lo ocultó piadosamente bajo el manto de la fantasía y la sublimación, que la familia y su entorno eran fuente de agresiones, en general sexuales, desde siempre [en este sentido véase Jeffrey Moussaief-Mason, *El asalto a la verdad*, Seix Barral, Barcelona, 1982, y Richard Webster, *Por qué Freud estaba equivocado. Pecado, ciencia y psicoanálisis*, Destino, Barcelona, 2002]. Pero, en su época, todavía no era la mayor fuente de asesinatos. Ahora sí.

David Cooper, en *La muerte de la familia* [Ariel, Barcelona, 1976] describió el núcleo familiar como un espacio patológico compartido, generador de psicosis en los miembros más débiles —el «loco de la familia»—, a la vez que terapéutico para los más fuertes, que dejan en ella toda su basura emocional. No era un mal dibujo. Tenía razón Cooper al decir lo que Freud había pen-

sado y callado ochenta años atrás: que la familia, el modelo de familia que ellos conocieron y vivieron, y nosotros conocemos y vivimos, está muy enferma, a punto de desaparecer, desintegrándose por obra de sus propias tendencias centrífugas.

Esos anuncios llegaron históricamente a tiempo, como es natural. Llegaron exactamente antes de que las razones que habían hecho de la institución familiar una prisión, que todavía hacen de ella una prisión, desaparecieran, condenadas por la ciencia. Porque la familia que ha llegado a nuestros días es la familia patrimonial, la de los hijos legítimos no adoptivos, la de los herederos. Herederos de lo que sea, porque también en el imaginario de los pobres es necesaria la continuidad *legítima* del linaje. Para eso estableció Bonaparte la duración de los embarazos, para que sus soldados en campaña no fueran engañados. Para eso el Estado laico estableció el matrimonio civil y las iglesias el religioso. Un hijo era legítimo si así lo declaraba su padre, lo creyera o no. Ibsen convirtió la duda sobre la paternidad en una de las epopeyas de la modernidad, y las feministas lo adoptaron. Pero todo eso se acabó: un hijo es un hijo si las pruebas genéticas así lo confirman, y deja de serlo si lo niegan, a menos que se lo adopte, que se firme en su favor un testamento. Todo más fácil y más seguro. El siglo XXI verá cambiar la experiencia amorosa: los celos serán celos, no dudas. Ése es el verdadero fin de la familia tal como la hemos padecido.

Es probable que la revolución, por segunda vez, la haya hecho Jefferson. Al recibir a un nutrido grupo de Premios Nobel en el Despacho Oval, Kennedy dijo que nunca había habido allí tanto talento reunido desde la época en que Jefferson trabajaba solo en esa habitación. Jefferson (1743-1826), tercer presidente, redactor de la Declaración de la Independencia y el más acabado símbolo de Estados Unidos, mantuvo una larga relación con una mujer negra, esclava, llamada Sally Hemings, quien durante mucho

tiempo fue a todos los efectos su esposa: incluso le acompañó en su viaje a Francia. Naturalmente, la política de la época le obligaba a defender la separación de las razas: de no haberlo hecho así, hoy no tendríamos la menor noticia de él. Hace unos pocos años, los descendientes del primogénito de Sally Hemings, Eston, pidieron la prueba de ADN y se les concedió, confirmando que, en efecto, eran también descendientes de Jefferson. A partir de ahí, todo es posible, y las familias pasan de ser predominantemente un ámbito de derecho —aunque sin perder esa condición— a ser un ámbito afectivo.

Y es en esos términos que las izquierdas, si es que quieren sobrevivir como tales, cosa que cabe poner en duda a estas alturas, deben retomar una política de la familia.

Que no puede ser ya necesariamente la política para las familias biparentales heterosexuales. Porque ese modelo de familia, en relación con los niños, no garantiza absolutamente nada en el terreno de la agresión sexual, desde que es el espacio en que tienen lugar la mayoría de las situaciones traumáticas de ese tipo.

Que debe poner el acento en el niño antes que en los padres.

Que tiene que seguir teniendo su formulación y su estructuración legales, porque en el caso de las familias en que la pareja parental es del mismo género, la cuestión patrimonial sólo se resuelve a través de lo contractual o lo testamentario.

Que, desarrollada en términos amplios, puede contribuir en gran medida a solucionar el problema de los niños de la calle y de las instituciones de acogida de niños huérfanos o abandonados, de cuya vida sí forma parte, indefectiblemente, la violencia sexual, si no la esclavitud. Si no es bueno que el hombre ni la mujer estén solos, menos lo es el que lo esté el niño.

Para todo ello, hay que hacer una política de los movimientos de reivindicación de sexualidades diversas muy diferente de la que se hace. Muy diferente, incluso, de la que hacen esos mismos

movimientos. La izquierda no puede mezclar la prostitución, que en la inmensa mayoría de los casos no es una opción, con la defensa de las opciones sexuales alternativas, aunque en la manifestación de las prostitutas haya gays y transexuales.

No se puede pedir por un lado la normalización del islam en las sociedades occidentales en nombre del derecho a la diferencia, y a la vez vacilar a la hora de situar las sexualidades. Todo eso es una rama podrida más del árbol del multiculturalismo, que llega a confundir la identidad sexual, algo de por sí muy difícil de encuadrar en colectivos por su radical individualidad, con una cultura. La identidad sexual pertenece a la tragedia o a la comedia de cada uno, no es una *weltanschauung*.

Hay una izquierda familiar, y lo curioso es que tiene aspecto conservador. Los jóvenes que hoy hablan de pareja estable, matrimonio e hijos, simplemente reformulan los ideales necesarios para la conservación de la especie en los términos en que siempre se ha hecho. ¿Acaso no fue la aspiración de todos, mujeres y varones, en la segunda mitad del siglo XX, conciliar el matrimonio con la pasión sexual? ¿Acaso no fue eso lo que vimos esfumarse delante de nuestras narices cuando parecíamos a punto de lograrlo? ¿Acaso no era de eso de lo que hablaba, en última instancia, Moratín? ¿Acaso no es ése nuestro fracaso esencial y la razón por la cual muchos abominan de la familia como tal?

La conciliación de la pasión sexual con el matrimonio, a la que en el siglo XVI ya aspiraba Gustavo Vasa —el modelo sueco de relación sexual no es una creación de la socialdemocracia, sino la herencia lúcida de un hombre que decía que las parejas tenían que «conocerse bien» antes de casarse, porque después iban a pasar largas temporadas de soledad compartida, atrapadas por el hielo del invierno—, pareció alcanzable cuando los anticonceptivos y los antibióticos normalizaron las relaciones llamadas prematrimoniales aunque no condujeran al matrimonio. Pero la

misma ciencia que había permitido eso —y que hoy todavía no ha podido con el sida— prolongó y mejoró la vida humana en los países de Occidente. Y, si era posible que un hombre y una mujer pasaran juntos toda su existencia cuando la esperanza de vida era de 50 años, empezó a ser más difícil a medida que ésta se acercaba a los 80 y la sexualidad se extendía más allá de toda previsión.

No obstante, no fue la soledad lo que sucedió a los primeros matrimonios fracasados o simplemente deshechos, a los divorcios que, en otra época, hubieran sido tan ilegales como inútiles más allá de los treinta años, sino los segundos matrimonios, índice de que el deseo de perpetuidad en las relaciones seguía allí. Al menos, en este Occidente nuestro, monógamo y monoándrico casi por definición de lo judeo-cristiano.

La política es la administración de la historia, y la historia es el resultado de la tendencia de las sociedades a organizarse. ¿Por qué habría de quedar fuera de ella la familia? Ya no como lugar del maltrato y las pulsiones paidofílicas, sino como lugar de realización, de desarrollo afectivo y de educación.

7
ASUNTOS PENDIENTES

El número de cuestiones en las que una opinión en un sentido o en otro condiciona lo esencial de una posición política es casi inabarcable.

Sé que he dejado fuera muchísimas de primer nivel, que merecerían tratamiento idéntico al que le he dedicado a otras, y no quisiera terminar este libro sin citarlas y proporcionar algunas pautas respecto de cada una de ellas. Me refiero al tema de la soberanía, al de la ecología, al de la memoria y al de la historia, estos dos últimos íntimamente relacionados.

La soberanía

Los sectores progresistas de nuestra sociedad y, aunque en medida en ocasiones menor, la sociedad europea en general no suelen considerar de recibo las defensas de soberanía. En el desvanecimiento del Estado al que estamos asistiendo, por alguna oscura razón, hablar de soberanía es algo casi ridículo. Y, sin embargo, sumamente importante.

En el caso de la izquierda española, confluyen para ello dos elementos: el antiamericanismo y el rechazo hacia la soberanía americana, de una parte, y la penosa historia colonial del país. Penosa no por su crueldad, su violencia o su manifiesta codicia, sino por lo absurdo de su pereza y su ineficacia. Desde el desistimiento del imperio americano, del que ya hemos hablado [vid. *supra*, pág. 142], hasta la descolonización del Sahara por simple

abandono y como consecuencia de pactos nunca explicados con la corona marroquí, pasando por el aparentemente irresoluble contencioso de Gibraltar, España ha perdido bienes y ventajas imposibles de calcular, pero en cualquier caso enormes, sin presentar batalla. Es hasta curioso que el Estado se haya empeñado en las guerras de Cuba, Filipinas y Marruecos, después de haber perdido toda América. La renuncia al Sahara, con todos sus recursos, aún no precisados pero sin duda mucho mayores de lo que se cree, parece más coherente con la línea de actuación más arraigada. Esto no significa, ni mucho menos, que la mayoría de la población española se desentienda de la cuestión de la soberanía: significa que los gobiernos y la izquierda sí lo hacen, como se puso en evidencia a propósito del caso Perejil, que se podría presentar como paradigmático ya que el gobierno, con una postura firme, enviando tropas al islote, se ganó más simpatías que con cualquier otra de sus actuaciones y, sin embargo, no fue capaz de mantenerse en su sitio llevando los mismos criterios a las relaciones con Marruecos en general. Decepcionó en un par de días tanto como había entusiasmado al principio.

La gente, lo que ya nadie quiere denominar el pueblo español, era consciente de lo que venía ocurriendo. Ese pueblo estaba molesto por el problema de los presos españoles en Marruecos, sin juicio o con juicios mal llevados, sin defensa adecuada ni pruebas: presos que, en España, estarían en la calle. Estaba molesto por las siempre crecientes dificultades para establecer acuerdos pesqueros, con la impresión de que cada reunión con la UE adquiría el carácter de un regateo de zoco. Estaba molesto por el secreto que habitualmente rodeaba, y rodea, los vínculos políticos entre los dos países: cuando Mohamed VI, a principios de marzo de 2000, hizo una visita sorpresa a Madrid y se reunió con el rey, el presidente del gobierno y el ministro de Exteriores, se especuló mucho, pero aún no sabemos qué pasó en ese encuentro, ni qué

había llevado al monarca marroquí a buscarlo. Estaba molesto por la apropiación marroquí del Sahara y seguía esperando que el gobierno o el rey presionaran todo lo necesario para que se llevara a cabo el referéndum de autodeterminación que, ahora lo sabemos, jamás tendrá lugar. Estaba molesto por la defensa que Marruecos había hecho de sus súbditos en el caso de El Ejido, esos mismos súbditos cuyas condiciones de vida no se había preocupado por mejorar, y que le servían y le sirven para presionar a favor de sus propios intereses. Había sectores de ese pueblo molestos por la eliminación de controles en la UE para productos marroquíes con los que España podía competir, como el tomate. Pese a los ingentes esfuerzos de la prensa por convencer de que Mohamed VI representaba un progreso respecto de su padre, y pese a la reconciliación con este rey de exiliados tan significativos como Abraham Serfaty, que se dedicaron a promover su imagen democrática, nadie creyó en ello.

Somos conscientes de que la empresa más poderosa de Marruecos es la corona, de que es más que improbable que la mafia de las pateras —y de otras formas de tráfico de personas— pudiera operar en las costas norteafricanas sin la vista gorda del gobierno, de que lo mismo sucede con el narcotráfico —desde el momento en que nadie niega que Marruecos es el primer productor mundial de hachís— y con el contrabando, en sentido contrario, de productos españoles, que triplica el volumen del comercio legal correspondiente.

Tal vez no haya sido casual la designación al frente del CESID, en junio de 2001, de Jorge Dezcallar, hasta entonces embajador español en Marruecos y profundo conocedor del Magreb y de Oriente Próximo.

Tras algunas escaramuzas veraniegas entre los respectivos gobiernos por el tema de los inmigrantes, llegó setiembre de 2001 y pasaron dos cosas: Mohamed VI hizo declaraciones contunden-

tes a *Le Figaro*, muy críticas con España, y el ministro de Exteriores Josep Piqué respondió de forma igualmente contundente desde el Foro de *El Mundo*. Las declaraciones de Piqué se publicaron en la edición de *El Mundo* del 6 de setiembre, edición que la corona marroquí ordenó secuestrar en su territorio, a la vez que suspendía la distribución del periódico. Ese mismo día, Tahar Ben Jelloun, escritor marroquí, publicó un artículo en *El País* [«España-Marruecos, un matrimonio turbulento»] en el que protestaba por las declaraciones del presidente autonómico de Castilla-La Mancha, José Bono, que había dicho que Marruecos «no es un país amigo, sino una dictadura encubierta, un país dominado por mafias», y las de un jefe de delitos económicos de la policía, que había afirmado que «el régimen de Rabat protege el tráfico de drogas». Piqué, con más elegancia que Bono, fue mucho más lejos. «La connivencia entre la policía marroquí y las mafias es evidente», sostuvo.

El 28 de octubre de 2001, Marruecos llamó a Rabat a su embajador, dando lugar a una ruptura que empieza a enmendarse en el momento en que escribo estas líneas. Eso coincidió con un informe del Ministerio de Defensa en que se definía como riesgosa «la lealtad hacia el rey de Marruecos» de la población musulmana de Ceuta y Melilla. Un día antes, se había hecho público el papel decisivo de André Azulay, el único judío con un cargo en Marruecos, en la política de la corona: él era el enlace entre el reinado de Hassan II y el de su hijo.

Pero en ese preciso instante el eje de la cuestión no eran —aún— Ceuta y Melilla, sino el Sahara, donde Mohamed VI se plantó tan pronto como hubo lanzado la crisis diplomática, para abrir negociaciones con las empresas Kerr McGee, de Estados Unidos, y Total Fina Elf, de Francia, con las que acabó por firmar contratos para la búsqueda de petróleo en la zona.

Se suponía que la izquierda española había adquirido un compromiso histórico con el Frente Polisario, pero cuando esto sucedió, Rodríguez Zapatero dijo que la cuestión del Sahara no era relevante para el PSOE. Aún no han sido aclaradas, ni tal vez lo sean nunca, las relaciones de los socialdemócratas españoles, empezando por Felipe González, con Marruecos. Pero de algo podemos estar seguros: son intensas y constantes, y dan lugar para otras de más alcance. No hace mucho tiempo, en un programa televisivo de prensa de bidet, Isabel Pisano, eterna viuda del músico Waldo de los Ríos, que tiene a gala contar que ha sido amante de Yasser Arafat, preguntada por un periodista, contó que había conocido al dirigente palestino en el Rif, adonde él había ido a visitar a las amigas que estaban con ella, una de las cuales era Carmen Romero. Al menos frente a Marruecos, la soberanía española no va con ellos.

La retirada del embajador fue el principio. El 11 de julio de 2002, tropas marroquíes ocuparon Perejil, un islote deshabitado al que ellos llaman Leila, y el ejército español lo recuperó seis días más tarde.

El primer día del mes, como para complicar más las cosas que ya estaban muy complicadas y para poner en portada a Mohamed VI antes de que lanzara la provocación, el presidente del gobierno autónomo vasco, Ibarretxe, había hecho una visita al Sahara por sorpresa, sin informar al ministro Piqué, y se había reunido con los dirigentes del Frente Polisario.

El último día del mes, Mohamed VI afirmó que Perejil «siempre ha formado parte del territorio nacional y de la soberanía del reino de Marruecos», y cuarenta y ocho horas más tarde llamó a «movilizar todas las fuerzas vivas para liberar Ceuta y Melilla».

¿Y qué más? Nada más. Terminó el año 2002 y, después de unas declaraciones tan falsas como grotescas de Ana Palacio, actual ministra de Exteriores española, acerca de la democracia marro-

quí, de la que ella, yo y el resto del mundo sabemos que no existe, se iniciaron los preparativos para restablecer las relaciones bilaterales, volver a enviar embajadores —los mismos, para qué innovar, si ellos poco pintan, las cosas realmente importantes se resuelven en otro nivel—, y aquí paz y después gloria. El rey Mohamed dio dos pasos adelante y uno atrás, fiel a las enseñanzas del leninismo, reclamó lo que no le interesaba y, mientras se le decía que no, invadió lo que sí le interesaba. Ya tiene el Sahara, y de sus arenas brotará el petróleo que lo hará miembro de la OPEP: a él, no a sus súbditos, que seguirán viniendo a España.

Pero hablar de soberanía, inclusive cuando a uno le quitan bajo el bigote el petróleo que le hubiera pertenecido, de no haber sido tan pusilánime, no está bien.

Ni Gibraltar, refugio de mafias, banca para dinero negro, ni el Sahara. Ni Ceuta, ni Melilla, ni Perejil a medio plazo. No es de izquierdas defenderse.

La ecología

No voy a emprender aquí la crítica general del tema, ni la crítica puntual de las ONG que se ocupan de él, que merecería todo un libro. Pero hay dos asuntos esenciales que requieren un pronunciamiento de las izquierdas si éstas quieren sobrevivir: el fin del petróleo y los transgénicos.

Desde hace décadas se vienen desarrollando formas de energía alternativas al petróleo, con fuentes renovables, como la luz solar o el viento para la producción de electricidad o el hidrógeno como combustible para los automóviles. Tanto las placas para la luz solar como los molinos para la energía eólica existen desde hace mucho. En 2002, General Motors fabricó el primer prototipo de automóvil con motor de hidrógeno.

Si un coche de esas características, cuyo motor deja como residuo únicamente agua, es excelente para descontaminar la atmós-

fera y reducir los gases, los otros dos inventos presentan un inconveniente: son cuantitativamente insuficientes, requieren enormes espacios para una producción que difícilmente alcance para mantener un desarrollo industrial sostenido, que probablemente requiera aún más consumo cuando, tras agotarse el petróleo, termine la edad del plástico. De modo que hay que pensar en fuentes de energía renovables con grandes resultados en tiempos y espacios reducidos. Y eso lo proporcionan las centrales nucleares. Al menos, es una opción que hay que considerar, como dijo Pedro Mielgo, presidente de Red Eléctrica Española [*El Mundo*, 8-7-2001], al explicar que la energía eólica sólo puede cubrir una cuarta parte de la producción que España necesita. La tecnología de las centrales nucleares es proporcionalmente barata, el combustible no falta, no genera emisiones de gas, las emisiones líquidas son mínimas. Ya imagino a muchos lectores llevándose las manos a la cabeza, convencidos de que están leyendo la obra de un bárbaro, de un asesino de masas vocacional.

Se comprende. Medio siglo de propaganda de guerra fría, cine catastrofista y fantasías milenaristas de fin del mundo ha creado una mentalidad antinuclear.

Cuando, el 6 de agosto de 1946, cayó la primera bomba atómica sobre Hiroshima, y el 9 la segunda sobre Nagasaki, se inauguró una nueva época, señalada por el temor a que aquello se repitiera. No se repitió, pero el miedo no se ha disipado aún. Puede repetirse. Es inútil debatir una vez lo que aquello significó en relación con la Segunda Guerra Mundial, recontar las víctimas de esas explosiones y, por contrapartida, las probables víctimas de una prolongación aún mayor de la ya terrible guerra con Japón. Pakistán y la India tienen sendas bombas de una potencia mucho mayor que la de aquellas dos. También Estados Unidos y Rusia, por supuesto, y en ingentes cantidades. Si se repite Hiroshima, será el final de todos nosotros, tal vez el estallido del planeta.

Pero ¿qué tiene que ver eso con las centrales nucleares?

A partir de 1945, la energía nuclear encontró cientos de aplicaciones diversas, todas ellas positivas para los seres humanos. La curación de todos los cánceres susceptibles de tratamiento depende de ella. Los viajes espaciales dependen de ella. La genética se sirve de ella. Pero entonces llegó Chernóbil.

En la madrugada del 26 de abril de 1986 tuvo lugar allí un accidente al que contribuyeron tanto fallos humanos como de diseño de la central. Los responsables decidieron hacer unas pruebas en el reactor con la finalidad de mejorar la seguridad. Querían confirmar que, si se producía un corte en el suministro de electricidad, la inercia de una turbina bastaría para que el sistema de refrigeración siguiera funcionando hasta que arrancasen los generadores diésel de emergencia. En los reactores de las centrales de Occidente, esta eventualidad está prevista en el diseño del reactor, y los generadores pueden tardar hasta 30 segundos en sustituir la entrada normal de energía. La experiencia se hizo con éxito en la unidad 3 de la central. Para repetirlo en la 4, había que reducir la potencia de funcionamiento del reactor a un 30%. Cuando el reactor ya funcionaba a un 50% de su potencia, se desconectó una de las dos turbinas, pero se lo mantuvo en actividad por necesidades de la red de energía eléctrica. Así se hizo durante diez horas, hasta que se autorizó la continuación de la experiencia. Entonces se produjo el primer fallo humano: la potencia se redujo al 1%. Ante el riesgo de que se apagara, los operadores cometieron el segundo error: retiraron las barras de control del núcleo, algo que no se debía haber hecho, pero que permitió levantar la potencia al 7%, aunque con gran inestabilidad. Para que el sistema automático de control de caudal no detuviera el reactor, fue desconectado y se asumió el control manual, cometiendo un tercer fallo. Así, todo el refrigerante se condensó en el núcleo y, finalmente, se decidió desconectar la turbina de la línea de vapor e

iniciar la prueba. Para ello tuvieron que desconectar también otros sistemas de emergencia, lo que precipitó el desastre. A partir de ese punto, la potencia del reactor fue en aumento hasta triplicar la que nominalmente debía tener y, finalmente, estallar. Murieron 31 miembros del personal de la planta, 2 por la explosión y 29 a causa de la radiación. Muchas hectáreas de campo quedaron inutilizadas por la deposición de material radiactivo. Teniendo en cuenta las dosis recibidas por los 135 000 habitantes de los alrededores, los modelos matemáticos predicen un incremento de menos del 1% sobre la tasa normal de cáncer (20%) en el área.

Del mismo modo en que los soviéticos se habían valido de las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki para cuarenta años de propaganda, en aquellos años postreros del comunismo se valió Occidente de Chernóbil para desprestigiar el sistema. Ningún otro accidente de esta especie, y hubo varios —el más importante, el de Harrisburg—, tuvo la prensa del de Chernóbil, que fue el más grande pero no fue Hiroshima. Era cierto que en Occidente no se habrían producido los mismos fallos, porque estaban previstos en los sistemas, pero nunca nadie se convenció de eso. Chernóbil sirvió más a la causa antinuclear de las izquierdas prosoviéticas que a la causa anticomunista de quienes se dedicaron a hacer ruido con el tema.

Pero las izquierdas tienen un compromiso con la racionalidad y deben prever el final del petróleo. Más aún: se debiera trabajar desde ahora mismo por la sustitución de fuentes de energía, si se pretende hacer política una vez declarada la independencia económica de Occidente respecto de los países islámicos. No obstante, estoy convencido de que tenemos por delante un larguísimo período de lavado de cerebro antinuclear, y de que es probable que la cuestión no se resuelva hasta que sea demasiado tarde y el saldo en víctimas del apagón universal sea muy crecido.

El otro tema tabú es el de los alimentos transgénicos, es decir, los que proceden de plantas cuyos genes han sido modificados en la semilla.

El 7 de diciembre de 1999, *El País* publicó un debate, orientado por Javier Sampedro, entre Ricardo Aguilar, responsable de las campañas de Greenpeace en España, y Francisco García Olmedo, catedrático de la Escuela Superior de Ingenieros Agrónomos de la Universidad Politécnica de Madrid, con el título «Los transgénicos, a la luz de los argumentos».

Remito al lector a ese texto, porque es posible que yo padezca alguna clase de mengua en mi capacidad interpretativa, a la vista de que, de todo cuando dijo Aguilar, el hombre de Greenpeace, lo único que pude deducir fue que le preocupaba la biopiratería, como a Vandana Shiva, y el problema de la propiedad intelectual y de las patentes sobre seres vivos, a pesar de que García Olmedo le explicó que lo que se patentaba en cada caso no era el gen, sino su modificación; en cualquier caso, es un problema político y no científico ni, en primera instancia, económico en el sentido en que lo son los aumentos de producción que el uso de transgénicos implica. También deduje que, al quejarse de que la ingeniería genética sea «un camino acelerado contra el medio», él también, como tantos otros, había abolido la noción de proceso y desconocía que las ciencias, por acumulación, van acelerando cada vez más su desarrollo: en el siglo XIX, avanzaron más que en toda la historia precedente de la humanidad, y en el XX, más que en todo el tiempo anterior, incluido el XIX. Desde que se produjo en épocas remotísimas la primera revolución agrícola, que consistió básicamente en una domesticación de especies salvajes para poder cultivarlas y dejar de depender del azar de la recolección de lo que bien podía no haber, los hombres experimentaron con las plantas; y lo mismo sucedió cuando se empezó a estabular animales. Se hicieron cruces de toda clase, se llegó al camino cerrado de los

híbridos, se retrocedió y se volvió a probar. A ciegas, de una manera puramente empírica, hasta que Gregor Johann Mendel formulara en 1865 sus célebres leyes, fundando la moderna genética.

De lo que García Olmedo dijo, en cambio, se desprenden dos cosas clarísimas: 1) que lo que los agricultores siempre buscaron, a lo largo de todas esas experiencias a las que he aludido en el párrafo anterior, fue un mayor rendimiento de los sembrados por hectárea y 2) que las plantas transgénicas reducen drásticamente el empleo de plaguicidas y pesticidas —ejemplo: el algodón transgénico requiere cinco tratamientos menos contra las plagas que el normal, debido a que los genes modificados son resistentes a ellas, y si la mitad del algodón que se produce en España fuese transgénico, se emplearían mil toneladas menos de pesticidas—. El problema con los alimentos procedentes de semillas transgénicas no es, como pretenden algunos, que vayan a invadir los países pobres cuando aún no se sabe cuáles son sus efectos sobre la salud, sino que *no* vayan a invadirlos porque las simientes resulten demasiado caras. Y sería interesante que los invadieran, porque lo que sí conocemos son los efectos que sobre la salud tiene la desnutrición.

Oponerse a los transgénicos sin saber de la misa la mitad es lo políticamente correcto. Entender por qué hay que oponerse, o por qué *no*, parece no preocuparle a nadie. La propaganda es demasiado abrumadora. Las transnacionales gastan mucho dinero en publicidad de transgénicos cada año. Pero García Olmedo dijo en el diálogo publicado en *El País*, y Aguilar no lo desmintió, que Greenpeace gastaba a su vez cada año, en contrapublicidad, 100 millones de dólares. ¿Quién y para qué sostiene a las ONG? Es una pregunta general, no relativa específicamente a la que acabamos de mencionar, y la respuesta general debe darse con plena conciencia de que las ONG son instrumentos de poder de enorme peso, como consecuencia de la renuncia de los Estados a de-

sempeñar muchas de las funciones para las cuales fueron creados.

La historia y la memoria

Alonso de los Ríos, en su retrato del progre español de este comienzo de siglo [*supra*, pp. 47 ss], señala como uno de los factores constitutivos de su mentalidad el permanente recurso a la Guerra Civil española como referente de unos bandos que parecieran no haberse extinguido, y que caracterizarían la vida política española actual con los mismos rasgos que la de 1936. En ese punto de su texto estoy sólo en parte de acuerdo con él, porque recordar la Guerra Civil no está de más si se la recuerda bien, porque algunos de los rasgos de aquellas gentes perduran se diría que genéticamente en ciertos personajes de hoy, y porque, como decía Juan Benet, ése es el único territorio mítico de la España del siglo xx. Pero no ignoro que evocar hoy con nostalgia al brutal Enrique Líster o prestigiar a un personaje tan nefasto como Santiago Carrillo por su participación en aquella guerra, y por haberlo hecho en el bando que suponemos correcto, no sólo es un error, sino un error que se comete con agravantes de violencia intelectual y moral. Porque esos personajes no le hicieron ningún bien a la República y, de haber sido así todos sus enemigos, a Franco no le hubiesen hecho falta amigos —que los tuvo—. Yo creo que hay que volver una y otra vez sobre la Guerra Civil, pero volver con un criterio nuevo, no místico, sino entomológico, a ver quién hizo qué, y cómo lo hizo, y cuándo, y por qué. Que todavía está sin escribir la historia de los que no fueron franquistas ni comunistas, que eran la mayoría. Y que todavía está sin escribir por españoles la historia entera de aquella guerra. El primer —e interesantísimo— libro que ha aparecido sobre el papel de la URSS en aquella guerra [Ronald Radosh, Mary R. Habeck y Grigori Svostianov (eds.), *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002], una vez más, como sucedió con las histo-

rias generales de Hugh Thomas, Bolloten, Soria y otros, ha sido escrito por extranjeros: no han sido españoles los primeros en ir a documentarse en los archivos de Moscú, como si no hubiesen representado un enorme misterio durante tantos años [en este sentido véase mi obra *La Guerra Civil española, una historia diferente*, Plaza y Janes, Barcelona, 1996, donde se hace un repaso exhaustivo de toda la bibliografía aparecida hasta esas fechas].

Todo esto es así porque la disciplina histórica está en crisis. En España y en el resto del mundo, al haber desaparecido o estar a punto de desaparecer casi todos los referentes sobre los cuales se había construido y reconstruido a lo largo del siglo XX. A tal punto esto es así que las divergencias de criterio acerca del pasado dieron lugar a mediados del 2000 a una polémica como consecuencia de un informe sobre los planes de estudio de la disciplina, producido por la Academia de la Historia. Por un cierto número de miembros de la Academia de la Historia, habría que precisar —puesto que no tardaron en aparecer unos cuantos que, asustados por los matices políticos del asunto, argumentaron que no habían sido consultados para ello—. Esos miembros, pues, elaboraron, en nombre de la institución, un informe, escueto y apenas si relativamente bien escrito, acerca de la situación en la enseñanza de su materia en los institutos españoles. Y si escueto y hasta pobre resultaba el informe, aún más alarmantes resultaban, con notables y contadas excepciones, las respuestas al mismo de las que dio noticia la prensa. A pesar de sus defectos, el informe resumía y exponía cosas de las que la mayoría de ciudadanos en ejercicio de este país tenían conciencia, más allá de lo que dijera una clase política cada vez más distanciada de la realidad social que la rodea, en olvido, probablemente debido a un régimen electoral perverso, de que la inmensa mayoría de los votantes se pronuncian, una convocatoria tras otra, por partidos de ámbito estatal. Esas cosas tenían que ver, y siguen teniendo que ver, por

mucho que los académicos se desdigan, con la deletérea acción de las políticas educativas autonómicas sobre las inteligencias de los jóvenes estudiantes.

La historia de la humanidad está siendo constantemente reescrita, y la de España no es la excepción. Como la de cualquier Estado-nación, fue profundamente reelaborada entre finales del siglo XVIII y el siglo XIX, en el marco de esa gran operación de reescritura de la historia que constituyó una de las vertientes fundamentales del Romanticismo, en el curso de la cual se inventó, entre otras cosas, la Antigüedad clásica tal como ahora la conocemos, limpia de todo vestigio afroasiático y/o semítico, y útil, en consecuencia, para fundar cualquier mitología étnica [*supra*, pp. 130 ss]. Es, pues, normal, en términos políticos, que cualquier nación con proyecto de Estado propio, aunque actualmente se conserve en el marco del Estado español, pretenda escribir y escriba su propia versión de los hechos, reales o supuestos, de la historia general, porque no hay nación posible sin mitos propios y, por tanto, sin historiografía propia. Todo esto lo sabían perfectamente todos los implicados en la polémica desatada por el informe de la Academia de la Historia sobre los mal llamados libros de texto (como si los demás carecieran de él), desde quienes lo elaboraron hasta los políticos que se prendieron de él como perros salvajes a la longaniza del pensamiento, que no han sido sólo los políticos mal llamados nacionalistas de las también mal llamadas (por lo redundante de la expresión) nacionalidades históricas, sino también los políticamente correctos de la izquierda reaccionaria que nos devasta.

Como no puedo achacarles a los académicos de la Historia una ingenuidad política que les invalidaría como profesionales, pues mal entenderían y peor explicarían el pasado si tan poco se les alcanzase el presente, estoy obligado a pensar que, al dar a conocer su informe, tenían conciencia de la reacción que provocarían. Y,

del mismo modo, tendrían conciencia de que el que planteaban no era un problema menor, a la vista de que el más grave de los problemas políticos con que se enfrenta hoy el Estado español, el del terrorismo de ETA, se sustenta ideológicamente nada menos que en una lectura de la historia local vasca, esa que, según se han afanado en recordar, ante lo enconado del debate, portavoces oficiales y oficiosos de los diversos grupos nacionalistas de esa parte de la Península, se enseña *sólo* en «algunas» *ikastolas*.

De modo que el informe, esa parte del informe, tenía que hacer ruido, y lo hizo durante algunos días, puesto que, por ejemplo, en Cataluña, acaparó el principal titular de portada del más tradicional periódico local durante dos días, como si de una inundación asesina o de unas elecciones generales se tratara. Señal de lo mucho que preocupaba el asunto a los poderes constituidos. Lo lamentable del caso fue que, como consecuencia de esa preocupación, y de lo airado de sus manifestaciones, todo el debate se centró únicamente en uno de los aspectos del informe, en desmedro de otros, ligados a él, pero probablemente más importantes, por ser mayores y más prolongadas en el tiempo sus secuelas. Más aún: yo diría que lo esencial de cuanto constaba en el informe no era el que los gallegos, los vascos, los catalanes o los andaluces escribieran para las generaciones que vienen una historia adecuada a los intereses de su clase política, que ha aprendido que da más réditos el ser distinto que el ser igual, sino lo que se apuntaba al decir que «la visión que pueden tener los alumnos de la ESO queda cortada por verdaderos saltos "en el vacío", como el de pasar del estudio del mundo antiguo al moderno, sin hacer la menor mención de la época medieval. No es posible justificar esas omisiones. En muchos casos, y esto nos parece sumamente grave, se observa la falta de un hilo conductor explicativo del proceso histórico».

El problema era la liquidación de la noción de proceso, precisamente, en la materia a la que le corresponde, por su propio carácter, hacerla arraigar en las cabezas de los jóvenes estudiantes [*supra*, pp. 32 ss]. La inclusión de la historia en el currículum escolar, es decir, la inclusión de un relato de los que los hombres han hecho a lo largo de los siglos, un relato con un sentido y un desarrollo lógico, es la formulación más eficaz de la idea de proceso. Y, para quienes aún tomamos partido por la razón, la formulación más eficaz de la idea de progreso.

Naturalmente, las historias nacionales generadas a partir de los nacionalismos periféricos del Estado al que convenimos en llamar España, contienen el germen de la negación de las ideas de proceso y de progreso, y aún de una tendencia a la negación de la temporalidad misma, desde el momento en que, para su justificación, viven como contemporáneo todo el pasado que se atribuyen, incluidas en él, y subrayadas, las ofensas supuestamente inferidas por esa abstracción a la que todos parecen convenir en llamar Madrid. El problema no radica tanto en cómo describir el papel de Felipe V en la historia de Cataluña, por ejemplo, sino en reiterar que su reinado todavía no ha finalizado, que la sumisión forzosa a España es un hecho de hoy mismo y que de las heridas recibidas en 1714 mana aún sangre fresca, como en el milagro anual de San Genaro. Y no nos equivoquemos: esas versiones de la historia son contagiosas. Hasta el punto de que Felipe V, encarnación del progreso frente al archiduque Carlos, el candidato austríaco a la corona, apoyado por las clases dirigentes de Cataluña y por los nobles castellanos más cerriles y temerosos del reformismo borbónico, resulta poco menos que irreivindicable ante los bienpensantes españoles en general, que han hecho propia la consigna, políticamente correcta, de que la autodeterminación catalana, en 1714 igual que en 2000, porque el tiempo no existe, es más valiosa que el progreso general de estos reinos.

Hace unos años, con motivo de la celebración del V Centenario del descubrimiento de América, fue invitado a España, no recuerdo por cuál de las instituciones que cuestionaban la idea misma de celebración, un dirigente indígena ecuatoriano, quien, tras oponer su propia particularidad al conjunto de Occidente, reivindicando la medicina indígena frente a la medicina blanca y las técnicas agrícolas precolombinas frente a las de los blancos, es decir, el buey frente al tractor, soltó una frase que debe de haber hecho las delicias del señor Arzalluz: «Nuestro futuro es nuestro pasado». Probablemente no lo supiera, pero venía a coincidir con Herder, con De Maistre o con Barres en su elogio del prejuicio útil, el prejuicio nacional, y con los teóricos de la circularidad de la historia.

En el pensamiento nacionalista, el pasado, el presente y el futuro son una misma cosa. De ahí que determinadas versiones de la historia, la españolista incluida, den como resultado irremediable la abolición de las nociones de proceso y de progreso. Hay que decir, tanto a los académicos como a los políticos, que, en una época en la que la historia se ha cuestionado y se cuestiona profundamente a sí misma, en la que la diversidad de las metodologías hace posible un enriquecimiento real de los programas y de las formas de la enseñanza, no es lógico ni saludable centrarse en un debate entre corrientes historiográficas que, legítimamente, pertenecen a los comienzos del siglo XIX. El tiempo existe, y pasa a la vez por Madrid, por Bilbao, por Santiago, por Sevilla y por Barcelona, aunque la historia sea más lenta en unos sitios que en otros.

8
A MANERA DE EPÍLOGO

En este repaso de las actitudes y las acciones de la izquierda real contemporánea, he propuesto varias ideas, que por respeto al lector impaciente, que también existe, resumo aquí.

La izquierda actual es un síndrome y una mitología. Los síntomas son el antiamericanismo como única filosofía central, la renuncia a las nociones de proceso, de soberanía y de Estado, entre otras, el multiculturalismo —heredero de la reacción romántica, que lleva al proislamismo acrítico y, en consecuencia, a servidumbres políticas e intelectuales perversas—, el antisemitismo, el nacionalismo, la manipulación de la memoria y de la historia, el desconocimiento de la realidad moral de ciertas prácticas, tanto positivas como negativas —la familia o el cultivo de opio—, las consignas que se repiten sin que tengan ya ningún vínculo con la realidad. Los mitos que permiten que estos síntomas se manifiesten son el del comunismo —la ignorancia de que jamás hubo, en ningún país ni momento, nada que se pudiera llamar, en términos económicos, socialismo o comunismo—, el de la guerra fría concebida como enfrentamiento de modos de producción y no de niveles de desarrollo de uno solo —lo cual impide comprender que la guerra fría tiene su continuidad—, el de la revolución como cambio brusco y definitivo, y el del imperialismo en un solo país.

La guerra fría fue un capítulo más de un enfrentamiento previo entre Rusia y Estados Unidos, y se continúa hoy en el enfrentamiento entre Alemania, como potencia hegemónica de la UE, y Estados Unidos. Ese enfrentamiento, llevado a un nuevo extremo en relación con el problema iraquí —la continuación de las acciones de 1991 contra Sadam Husein, suspendidas en espera de su desarme—, pondrá en crisis la OTAN, la UE y la ONU, que se demuestran ineficaces ante la alianza germano-franco-islámica. La misma que posee —la única que posee— la capacidad de movilización necesaria para organizar una manifestación, el mismo día y a la misma hora, en todo el planeta: tienen la experiencia de la que, en ese terreno, carece Estados Unidos, y una amplia gama de organizaciones partidarias, sindicales y no gubernamentales que, sin interés por controlar el Estado desde su centro, están abocadas a desgastarlo desde la periferia.

La ruptura formal entre Alemania y Estados Unidos se operó en el curso de la última campaña electoral del SPD, centrada en el antiamericanismo y, con la boca pequeña, las grandezas nacionales del *volk* alemán. Henry Kissinger recogió el guante, como se puede leer en estas páginas [*supra*, pp. 213 ss], porque era imposible que lo hiciera la Casa Blanca como tal. Pero el enfrentamiento lleva ya muchos años. Al menos, desde Helmuth Schmidt. Y se ha ido realizando en escenarios apartados: en Perú, Argentina y, ahora, Colombia y Venezuela; en África, donde Alemania se constituyó en heredero del imperio soviético; en Medio Oriente, donde Alemania trabajó para eludir cualquier responsabilidad europea en la solución del conflicto israelo-palestino; en Europa, donde la separación de Chequia y Eslovaquia, así como el desmembramiento de Yugoslavia, han concretado el mapa de la expansión alemana de 1940.

La política alemana hacia el mundo musulmán alienta otro enfrentamiento, el llamado choque de civilizaciones, que, no por

estar relacionado con el nuevo episodio de la guerra fría, es menos real que ésta. Al contrario: para Estados Unidos, esta situación representa un doble esfuerzo, que probablemente sea incapaz de realizar.

El islam es inintegrable en las sociedades abiertas, de modo que las migraciones en masa hacia Europa no pueden acabar bien. Sobre todo, si se entiende que el mundo musulmán tiene un proyecto expansivo. Ante el debate sobre el ingreso de Turquía en la UE —que, por lo que parece, será un hecho en la presente década—, Gadafi, en nada sospechoso de antiislamismo, dijo que «sería como trasplantar un órgano a un cuerpo de distinto grupo sanguíneo» y que «la adhesión de Turquía, un país oriental e islámico, a la Unión Europea, un conjunto de países desarrollados y diferentes, causará numerosos problemas» y conflictos «por el sectarismo religioso y étnico, y también regionales», [*El Correo Gallego*, 30-11-2002].

Allí donde el islam posee el poder político, genera indefectiblemente atraso, represión y miseria. Es una afirmación complementaria de la muy difundida de Max Weber de que allí donde el protestantismo sentó sus reales, el progreso capitalista, con todo lo que trae aparejado de bueno y de malo, tuvo lugar con mayor rapidez y eficacia que en otras partes del mundo, empezando por la católica; que yo sepa, nadie se ha ofendido nunca por esto, ni ningún Papa dictó una *fatwa* contra Weber.

Allí donde el islam se establece, las tentativas de integración fracasan en forma bastante estrepitosa. Le Roy Ladurie, el célebre autor de *Montaillou, aldea occitana* [Taurus, Madrid, 1981], propone «una especie de concordato con las autoridades religiosas musulmanas», además de «la integración mediante la educación», pero constata que «estamos ante una población joven suburbial, de origen árabe, que es muy contestataria», por lo cual es «pesimista». «Veamos el caso de los gitanos —dice—, que llegaron a

Francia y a España a partir del siglo XIV. ¿Acaso podemos hablar de integración, seis siglos después? [...] En Francia, las relaciones entre los musulmanes y los no musulmanes están dominadas por el odio y el miedo. Hay que respetar el islam, por supuesto, pero hay que preguntarse también si el islam nos respeta. En la mayoría de los países musulmanes, el cristianismo está prohibido por ley o *de facto*».

El eje franco-alemán, así enunciado por comodidad fonética, cuando en la realidad del poder es el eje germano-francés, está poniendo en crisis a la OTAN, la Unión Europea y, por elevación, la ONU. La guerra de Irak, que tal vez ya haya tenido lugar cuando este volumen llegue a las librerías, no es más que la excusa para la oportuna realización de un proyecto de ruptura de los lazos atlánticos. Como en 1914 y en 1939, toda Europa, Rusia incluida, ha reaccionado como Alemania esperaba: con paciencia, aparente ingenuidad y un seguidismo repugnante. Francia, como en tiempos de Vichy, más papista que el Papa. Italia, como en los tiempos de primer Mussolini, el que todavía pertenecía al socialismo y pedía la entrada en la guerra del lado aliado, se ha desmarcado, no sabemos por cuánto tiempo: no olvidemos que el propio Mussolini —quizá no él mismo— llegó a formar parte del Eje veintipocos años más tarde. Gran Bretaña, como en las dos guerras mundiales, manteniendo una posición independiente y próxima a la de Estados Unidos: Blair, desgraciadamente, no es Churchill, pero hace más de lo que cabría esperar de él. Bélgica *colabora*, verbo y acción terribles. Holanda se asocia con Alemania en los mejores negocios. Grecia paga más platos de los que realmente ha roto, como siempre. Portugal es un espacio de silencio en la prensa española, que trata al vecino como si no existiera: es esa ignorancia ajena la que resta a ese país la trascendencia que merece y ha ganado a lo largo de los siglos.

España —aunque es posible que haya que hablar de José María Aznar en particular, y de algunos miembros de su equipo, como Federico Trillo— tiene una posición digna, tan digna como la que tuvo en la guerra del Golfo, cuando gobernaba el PSOE: lo cierto es que el presidente, por una cuestión de principios, se está jugando las próximas elecciones sin obtener nada a cambio; ha decidido desconocer las manifestaciones a favor de Sadam Husein, pero eso no es garantía de nada, puesto que también en su momento desconoció el apoyo popular que obtuvo con la toma de Perejil para retornar a las políticas tradicionalmente ambiguas respecto de Marruecos que siempre ha impuesto el tradicionalmente ambiguo Marruecos.

Las izquierdas europeas han venido actuando en los últimos años, en especial desde 2001, con una irresponsabilidad absoluta, valiéndose de todas las consignas que la historia ha desprestigiado con eficacia: la paz, como si los congresos por la paz no hubiesen sido nunca una práctica del stalinismo dedicada a presionar sobre terrenos políticos muy diferentes de los enunciados; la igualdad, no como proyecto, sino como realidad, a la vez que se habla de desigualdades cada vez más profundas —los parias o intocables de la India pertenecen a otra cultura, que hay que respetar, pero Ben Laden es un defensor de los pobres—; la libertad como opción opuesta a la seguridad. Esta breve lista, únicamente a guisa de ejemplo.

Si las izquierdas se proponen sobrevivir al *shock* de la realidad sin convertirse en otra cosa, tienen que revisar tanto su pasado como su presente. No se puede avanzar hacia el porvenir con Stalin, Pol Pot, Mitterrand y Craxi, por citar sólo algunos nombres, a la espalda. Y no se puede dar a las cuestiones de hoy respuestas tan profundamente reaccionarias como las que se dan.

Barcelona, 3 de febrero de 2003

151 aniversario de la batalla de Caseros

BIBLIOGRAFÍA CITADA

AA. VV. *El libro negro del comunismo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998.

Althusser, Louis. *Crítica de la práctica teórica*, Siglo XXI, México, 1974.

Aragon, Louis. *Aurelien*, Lautaro. Buenos Aires, 1947.

Bellinazzi, Paolo. *L'utopia reazionaria, Analisi comparata delle filosofie nazista i comunista*, Name Edizioni, Genova, 2000.

Berlín, Isaiah. *Las raíces del Romanticismo*, Taurus, Madrid, 2000.

Bernal, Martin. *Atenea negra, Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*. Vol. 1: *La invención de la Antigua Grecia, 1785-1985*, Crítica, Barcelona, 1993.

Bobbio, Norberto. *Derecha e izquierda*, Taurus, Madrid, 1998.

Braden, Spruille. *Diplomats & Demagogues*, Arlington House, New Rochelle, Nueva York, 1971.

Bueno, Gustavo. *El mito de la cultura*, Prensa Ibérica, Barcelona, 1996.

Capítulo universal, historia de la literatura mundial, fascículo 6, redactado por Ilse Brugger, «El Romanticismo alemán», CEDAL, Buenos Aires, 1968.

Cooper, David. *La muerte de la familia*, Ariel, Barcelona, 1976.

Drieu la Rochelle, Pierre. *Gilles*, Alianza, Madrid, 1989.

Engels, Federico. *Dialéctica de la Naturaleza*, Grijalbo, México, 1968.

Fallaci, Oriana. *La rabia y el orgullo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2001.

Finkielkraut, Alain. *El judío imaginario*, Anagrama, Barcelona, 1990.

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1968.

Fuentes, Norberto. *Dulces guerreros cubanos*, Seix Barrai, Barcelona, 1999.

Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.

Furet, François. *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista del siglo xx*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1995.

Furet, François y Ernest Nolte. *Fascismo y comunismo*, Alianza, Madrid, 1998.

Garaudy, Roger. *Los mitos fundacionales de la política israelí*, Historia XXI, Barcelona, 1997.

García Hamilton, José Ignacio. *El autoritarismo y la improductividad*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

Hilferding, R. *El capital financiero*, Tecnos, Madrid, 1973.

Hobson, John A. *Estudio del imperialismo*, Alianza, Madrid, 1982.

Kaldor, Mary. *Las nuevas guerras: violencia organizada en la era global*, Tusquets, Barcelona, 2001.

Kant, Immanuel. *Filosofía de la Historia*. Vol. I, Nova, Buenos Aires, 1958.

Ladurie, Le Roy. *Montaillou, aldea occitana*, Taurus, Madrid, 1981.

Lenin, Vladimir. *El desarrollo del capitalismo en Rusia, Obras escogidas*, Progreso, Moscú, 1975.

—. *El imperialismo, fase superior del capitalismo, Obras escogidas*, Progreso, Moscú, 1977.

Marx, Karl. *La cuestión judía*, Santillana, Madrid, 1997.

Mazower, Mark. *La Europa negra*, Ediciones B, Barcelona, 2001.

Menchú, Rigoberta Y Burgos, Elisabeth. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, Argos-Vergara, Barcelona, 1983.

Moussaief-Mason, Jeffrey. *El asalto a la verdad*, Seix Barral, Barcelona, 1982.

Nolte, Ernest Y François Furet. *Fascismo y comunismo*, Alianza, Madrid, 1998.

Padilla, Heberto. *La mala memoria*, Plaza y Janes, 1989.

Powaski, Ronald E. *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Crítica, Barcelona, 2000.

Radosh, Ronald, Mary R. Habeck Y Grigori Svostianov (eds.), *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002.

Rashid, Ahmed. *Los talibán*, Península, Barcelona, 2001.

Revel, Jean-François. *Diario de fin de siglo*, Ediciones B, Barcelona, 2002.

—. *La tentación totalitaria*, Plaza y Janes, 1976.

—. *L'obsession anti-americaine*, Plon, París, 2002.

Roger, Philippe. *L'ennemi américain* (*Généalogie de l'antiamericanisme française*), Seuil, Paris, 2002.

Sartori, Giovanni. *La sociedad multiétnica*, Taurus, Madrid, 2001.

Sebreli, Juan José. *El asedio a la Modernidad*, Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

Silva, Ludovico. *El estilo literario de Marx*, Siglo XXI, Mexico, 1968.

Spengler, Oswald. *La decadencia de Occidente*, Espasa, Madrid, 1983.

Vázquez-Rial, Horacio. *La Guerra Civil española, una historia diferente*, Plaza y Janes, Barcelona, 1996

Wallerstein, Immanuel. *El moderno sistema mundial. I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo xvi* y *II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

Webster, Richard. *Por qué Freud estaba equivocado. Pecado, ciencia y psicoanálisis*, Destino, Barcelona, 2002.

HORACIO VÁZQUEZ RIAL (Buenos Aires, 20 de marzo de 1947 - Madrid, 6 de septiembre de 2012) fue un escritor, periodista, traductor e historiador hispanoargentino. Militante trotskista en su juventud, hubo de exiliarse de Argentina en noviembre de 1974 ante las amenazas a su vida de la Triple A. Solo regresaría doce años más tarde.

Había comenzado en Argentina estudios de medicina y sociología, pero finalmente se licenció en Historia Medieval y se doctoró en Geografía Humana por la Universidad de Barcelona, ciudad que le encantó tras conocer a Juan Marsé y donde residió de 1968 a 2008, año en que se trasladó a Madrid.

Ejerció como profesor de Geografía Humana y de escritura creativa. Trabajó además como editor y periodista. Se inició en la literatura como poeta, en 1965, con la publicación de *Juegos del archipiélago*. Catorce años después sacó un segundo poemario, *Los borrachos en el cementerio*, pero donde sobresaldría sería en la narrativa y el ensayo. Fue finalista del Premio Nadal en 1986,

con la novela *Historia del Triste*, finalista del Plaza & Janés en 1989 con *La reina de oros*, y ganador de los premios Fernando Quiñones en 2003 con *La capital del olvido, Generación del 27*, con *El cuñado de Nietzsche y otros viajes*, y *La otra orilla*. Otra importante novela suya, fundada en la biografía del músico, militar republicano y espía Gustavo Durán, es *El soldado de porcelana*.

Como otros intelectuales de su generación, fue cuestionándose paulatinamente sus propias posiciones de izquierda y decantándose hacia posiciones derechistas. Ajustó cuentas de forma definitiva con el progresismo tras el 11-S, y lo plasmó en su ensayo *La izquierda reaccionaria*.

ÍNDICE

La izquierda reaccionaria 2

Prólogo de José María Marco 5

Prólogo de María Teresa González Cortés 11

Prólogo del autor para esta edición 16

Prólogo a la segunda edición 25

A manera de prólogo 34

1. La izquierda real: lo que es, lo que no es, lo que cree y lo que puede ser. Síndrome y mitología 46

- La palabra izquierda 1
- El ejemplo de lo nacional: la autodeterminación 1
- La noción de proceso 1
- La noción de proceso y lo que pasó en Rusia, China y Cuba 1
- Síndrome y mitología 1

2. El 11 de setiembre de 2001 95

- El ataque no era inesperado 1
  - El 10 de setiembre de 2001 1
- Los hombres del atentado 1
- Los talibanes 1
  - El opio 1
  - Una digresión: el argumento latinoamericano sobre la droga 1
  - También aquí tráfico de órganos 1
  - Ortodoxia islámica 1

Después del 11 de setiembre 1
Los países musulmanes 1
Las organizaciones palestinas y el 11 de setiembre: la cuestión israelí 1
Las izquierdas y alrededores 1
Hispanoamérica: la izquierda real de Argentina como modelo 1
Otras respuestas 1
3. El mito del multiculturalismo y el problema migratorio 158
El mito multicultural 1
El problema migratorio 1
Lo que los países receptores hacen con los inmigrantes 1
Lo que los inmigrantes hacen en y con los países receptores 1
La expansión del islam, el retroceso del cristianismo, de la democracia y de la izquierda 1
¿Es integrable el islam? La respuesta de Sartori 1
4. El mito de la guerra fría y su continuación: la sustitución de Rusia por Alemania y el choque de civilizaciones 228
5. El mito del imperialismo en un solo país y otros mitos colaterales: los países pobres, la deuda externa y la revolución 260
El imperialismo en un solo país: el mito americano 1
El mito de los países pobres y la deuda externa 1
El mito de la revolución y el odio a la excelencia 1

6. Esclavos, parientes y genes: el mito de la prostitución como oficio 290
La esclavitud en el siglo XXI: trabajo infantil y prostitución 1
La izquierda familiar 1
7. Asuntos pendientes 306
La soberanía 1
La ecología 1
La historia y la memoria 1
8. A manera de epílogo 323
Bibliografía citada 328
Sobre el autor 332